



Emma Becker

MONSIEUR

¿Por qué hacemos cosas que sabemos que están mal?

Lectulandia

Ellie tiene veinte años y Monsieur, cuarenta y seis. Está casado, tiene cinco hijos y es un antiguo amigo de la familia. Se han visto cientos de veces, pero hoy es distinto. Entre ellos ha saltado una chispa nueva, inusual y ardiente...

Ya nada será como antes: se buscan en las redes sociales y se enganchan, cualquier momento es bueno para escribirse mensajes cada vez más subidos de tono, hasta que un día, por fin, los mensajes se convierten en encuentros sin leyes ni límites para el deseo...

Lectulandia

Emma Becker

Monsieur

ePub r1.0

Karras 14.09.2018

Título original: *Mr*
Emma Becker, 2011
Traducción: Juan Camargo

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Los peores tiranos son aquellos que saben hacerse amar.

SPINOZA

Me crucé con el hijo mayor de Monsieur en la línea 1 del metro, en Charles-de-Gaulle-Étoile. Era a la hora en que acaban las clases, y todos los vagones habían sido tomados por asalto por hordas de ruidosos estudiantes de instituto. Tuve que levantarme para que una nueva oleada pudiera empotrarse en mi ya de por sí abarrotado vagón. Y fue entonces, cuando sentí un codo indeciblemente picudo clavándoseme en la espalda, cuando aparté la mirada de mi libro —por seguir con el tradicional intercambio de disculpas indiferentes, sin ni siquiera quitarnos nuestros respectivos iPods—. Yo estaba, como siempre, relativamente convencida de la utilidad de disculparme: ¿de qué?, ¿de existir?, ¿de tener espalda?

No puedo decir que su voz en sí, apenas audible en cualquier caso, fuera el elemento desencadenante de nada. Por una u otra razón, lo miré —y en un cuarto de segundo supe, sin posibilidad de error, que era su hijo—. Nada de magia, sólo ese escandaloso parecido entre el modelo y su avatar, pero aquello me impactó con la omnipotencia de un sortilegio. Me hizo falta toda la determinación del mundo para apartar la mirada de sus grandes ojos de párpados pesados, que afectaban esa intolerable sensualidad heredada de Monsieur, y de la que no tenía, probablemente, conciencia en absoluto. En mi cabeza sonaba un disco completamente rayado: es él es él es él es él es él. Cuando sentí que le iba a parecer extraña esa mirada subyugada que lo miraba de arriba abajo, hice como si volviera a André Breton (pero no esperaba ni siquiera poder pensar en otra cosa).

Nunca hubiese imaginado que fuera tan indeciblemente doloroso sentir esa presencia cerca de mí, ese olor tenue a chico joven que no lograba eclipsar un perfume algo fuerte. Ni siquiera vi llegar mi parada —creo que hubiese podido seguirlo a cualquier sitio.

Charles. El primogénito. Ese martes por la mañana, en la habitación azul de un hotel del distrito xv, había dejado estupefacto a Monsieur enumerando a sus chicos —Charles, Samuel, Adam, Louis y Sacha—, los cinco descendientes de una vida que no me podía imaginar. Del hijo mayor sabía detalles de los que tal vez él no tuviese ningún recuerdo —esa discusión durante la cena acerca de un hecho histórico en que Charles, estrecho de miras como todos los adolescentes, había dado un golpe, en un ataque de rabia, encima de la mesa, lo que había estado a punto de costarle un sopapo paterno—. Esa tarde en que había vuelto del instituto completamente colocado, con su abundante pelo moreno atufando traicioneramente a hierba. Monsieur, que lo quería con locura —no había que ser un experto en la materia para adivinarlo—. Monsieur, que lo quería con un amor que convertía el vago cariño que mostró un día hacia mí en una ridiculez sin límites.

El tren dio un bandazo, y de nuevo Charles chocó conmigo, con todo su cuerpo desconocido pero tan extrañamente familiar.

—Perdón —me dijo, esta vez con una sonrisa un poco incómoda que tenía los hoyuelos de su padre, los mismos incisivos muy blancos y depredadores.

Tenía ante mí a Monsieur mirándome, por primera vez en seis meses, Monsieur

visto como a través de un cristal de aumento que me revelara la verdad: sus hijos, su mujer, todo lo que había construido, por lo que tanto había luchado, los grilletes de sus pies, sus éxitos y los límites de su reino. Y hubiese podido dejarme llevar por la compasión, por la ternura incluso, pero a Charles le costaba todavía despegarse de mí, mientras multiplicaba las disculpas sonrientes (cada sonrisa me traía a la memoria a Monsieur tumbado debajo de mí después de hacerlo), y toda la energía de la que disponía quedaba absorbida por mis esfuerzos para no gritar «pero para ya con esa boca que conozco de memoria, quita de mi mano los dedos crispados de tu padre, que se corre arañándose las caderas, vuelve la cabeza, no quiero —no puedo— ver esos ojos grises que ni siquiera son tuyos, nada en ese rostro es tuyo, ni siquiera esa larga nariz regalo de tu madre, tal vez el único elemento que hace de ti una persona nacida de pleno derecho del amor de Monsieur por otra mujer, así que para ya, por favor: para ya». Me mordía la lengua para no decir nada, mantener los labios cerrados e impedirme decirle por qué, a santo de qué, en virtud de qué esa mujer joven del metro lo miraba de arriba abajo, aunque la insistencia con la que él me observaba bien valía un buen número de preguntas.

¿Quién soy? Me llamo Ellie (nombre que no significa nada para ti, que ni siquiera tiene género, y, no obstante, bien sabe Dios que hubo una época en que para Él lo significaba todo: beber, comer, dormir, y todo lo que sucede entre esas cosas), tengo casi tu edad, apenas dos años más que no cuentan mucho, pues no he cambiado tanto desde la época en que llevaba mis cuadernos de mates en una vieja mochila Eastpack agujereada, y te miro así porque me recuerdas tanto a tu padre, señor, me lo recuerdas hasta un punto que ni siquiera tiene ya nada que ver con el parecido —va más allá, hay en tus ojos oscuros la misma languidez inconsciente que me dejaba petrificada, esa hambre voraz de mujeres que me apasionaba; ahora mismo, en medio de esta multitud, cualquiera diría que es la mirada que tenía bajo su mascarilla de cirujano cuando lo observaba operar en la clínica—. Por supuesto, Charles, que no debería bastarme con eso: pero mírame con estos brazos colgando y el libro por fin cerrado, las miradas disimuladas bajo mi flequillo, casi me olvido de que no eres más que un primer y talentoso esbozo de él, con treinta años menos.

Treinta años menos —es casi el mismo abismo que nos separa a él y a mí—, no obstante he sido su amante, y he amado a tu padre con una pasión en la que ardían toda mi admiración y toda mi gratitud, ciegamente, claro. He ardidado como la yesca, hasta el punto de que hoy me resulta imposible no imaginar que una tarde podría cruzarme contigo en una fiesta, en casa de unos amigos comunes, compartir un porro y ver tus ojos nublarse como se nublaban los suyos, aprender lo que te hace reír y acabar conteniendo una risita histérica en la dulzura ávida de tus labios, que me sé de memoria. Sería tan fácil y tan natural ser tu novia y venir a buscarte cada tarde al instituto —hubiese podido pasar de esa manera: no soy demasiado mayor para ti, sólo

lo suficiente como para hacértelo descubrir todo y marcarte para siempre, pero a mis veinte años me siento ya con veinte más—. No te parecería muy lógico o creíble si te dijera que, después de haber oído a tu padre hablar tantas veces de ti, a mis ojos te has convertido casi en un niño asexuado. Si te besara ahora, como a menudo lo he soñado, como me muero de ganas de hacer, sería con toda la fuerza de la desesperación, porque eres el hijo de ese hombre al que no logro olvidar, y porque tus besos me harían probablemente el mismo efecto que la metadona prescrita como último recurso a los heroinómanos arrepentidos —si tú supieras cuánto los he buscado: esos Casi, esos No totalmente, esos Sí pero no—. Imagina el valor que tienes para mí, que me he empapado de copias imperfectas de tu padre. Te tengo justo enfrente, a pocos centímetros, cautivo, efímero y silencioso, tranquilo como todos los adolescentes, cuyos ojos no conocen todavía la mancha del deseo, su violencia, cuyos ojos todavía no hacen más que dar palos de ciego —y me acuerdo de los suyos—. Por supuesto que eso no debería bastarme.

Hola, Charles, me llamo Ellie, nunca has hablado conmigo y probablemente no volverás a verme jamás, pero sé el nombre de cada miembro de tu familia y eso sin ni siquiera conocerte, porque he visto a tu padre, del que eres su copia exacta y turbadora, porque lo he estrechado tan fuerte entre mis brazos que sin conocerte te conozco tanto... Cualquiera diría que es una broma, ¿verdad? O una película de Truffaut. Una desconocida entre otras mil sube al mismo metro que el hijo de su amante. Lo reconoce; su rostro se superpone perfectamente a todas esas fotos que ha encontrado de él, de su familia. Hubiese podido ser cualquiera, pero soy yo. Soy yo con quien se ha reunido los martes por la mañana cuando os ibais todos a clase; al acariciar vuestras caritas era en la mía en la que estaba pensando ya. En mí, esta poca cosa con unos vaqueros de Bensimon, rematada con una insignificante cola de caballo. Esta cabeza. Estas manos que sudan sobre un libro de bolsillo en el aire denso del subsuelo parisino, pero que unos meses antes, Charles, hace apenas seis meses, clavaban sus uñas en la carne patricia de otras manos imperiosas —las que sentías en tu espalda cuando dabas tus primeras pedaladas en bici por los jardines de Luxemburgo—. No sabes nada de todo eso, y me miras como debes de mirar a todas las chicas, cuando soy, probablemente, la persona en el mundo a la que más despreciarías por las ganas que tengo de meterme en tu bolsillo y pasarme la noche cerca de él en la mesa de la cocina, aunque no pasara nada. Sólo comprender. Sólo verlo. Acceder unos instantes a esos momentos sagrados que dejas pasar sin concederles la más mínima atención, vuestras conversaciones en las comidas, el olor del beso que os da cuando vais a acostaros, esas cosas sin importancia, como sus primeras palabras al abrir la puerta de la entrada por la noche. Esas impresiones que constituyen la trama de vuestra vida diaria son para mí misteriosas, fabulosas como un lujo que no podré nunca darme —pues ni todo el oro del mundo, ni todas las artimañas posibles me concederán cinco minutos con vosotros alrededor de una mesa—. Cinco minutos de vuestra cómoda y tranquilizadora vidita, una cena de un día

cualquiera, tú plantándole cara a tu padre, quien, absorto en el debate, se olvida de comer, tu madre, tan guapa, poniendo cara de estar cansada de esos enfrentamientos masculinos, tus cuatro hermanos pequeños dudando si alinearse en un bando o en otro —y yo en una esquina comiéndooos con los ojos como si se estuviera frente a la mejor película del mundo, descaradamente, dándome un atracón de imágenes y olores, de fantasmas que conjurar más tarde, una vez sola—. Pienso en ello de la misma forma en que un adolescente se toca, sintiendo el peso de la culpabilidad.

En Châtelet, me echó una última ojeada entre sus largas pestañas negras y se contorsionó para imbricarse en la multitud que abandonaba el vagón. Me aferré a su alta silueta hasta que desapareció totalmente, aspirado en medio de cientos de cabezas anónimas, y, a partir de ese momento, invisible, para caminar hacia el metro, y luego, más tarde, aparecer en Île Saint-Louis. Una puerta, un número, una llave para acceder al gran piso familiar donde su madre escuchaba cómo Adam le contaba qué tal le había ido su día en el último curso de primaria. Monsieur llegaría hacia las nueve de la noche, los niños habrían cenado ya. Pero se cruzarían con él de mil maneras diferentes, se toparían con él al ir a lavarse los dientes, buscarían esa última mirada paterna al dar las buenas noches. Y Charles se dormiría sin haber conservado el más mínimo recuerdo sobre mi persona, mientras que a mí, desde que él había bajado, el vagón me parecía terriblemente vacío.

«Llora. Grita. Rompe a reír. Silba. Vuelve a tu libro».

Mi barbilla empezó a temblar como la de las niñas pequeñas a las que se les acaba de dar un cachete en la mano. Me subí el cuello muy arriba, tapándome la nariz, y hasta Nation, acompañada por la providencial *Belle Nuit* de Offenbach, sollocé miserablemente, oculta tras mi abrigo y mis mocos. Eso me parecía lo mejor que podía hacer.

LIBRO I

Dios, ¡qué guapa estabas esta noche por teléfono!

SACHA GUITRY, *Las mujeres y tú*

Lolita, de Nabokov. Ése es el libro que me llevó a la perdición. No creo, en resumidas cuentas, que se pueda encontrar otro culpable en mi biblioteca. He pasado por Sade, por Serpieri y Manara, por Mandiargues, por Pauline Réage, pero no es por ellos por lo que tengo este vicio que me echó en brazos de Monsieur. Ahora lo veo claro. Debería haberme mantenido alejada de esa vieja edición amarillenta que rodaba por el salón como si nada. Aprendí en él todo acerca de un cierto tipo de hombre, de una especie mundanal de hastío profundo que precipita sus miradas, sus sienes entrecanas, hacia las chicas jóvenes, cómo se cristaliza el deseo en cuerpos que no son ya de niñas y todavía tampoco de mujeres. He conocido su cruz, la fuerza que es necesaria para llevarla indefinidamente por esos caminos, paralizados por las nínfulas. He aprendido a interpretar, bajo sus nobles ceños de hombres adultos responsables, el poderoso atractivo del vicio, la adoración por esa divinidad de pequeños pechos puntiagudos, de pelo revuelto, a las que llamaron Lolita.

Lolita. Exigente más allá de todo lo razonable, acaparadora y celosa, comprometida en un combate interminable (y ganado de antemano) contra todas las demás hembras de la especie, la cual domina con su metro cuarenta, sus pies descalzos y sus largos y gráciles miembros. Recalquemos que el paso de la ficción a la realidad hace nacer a la nínfula exactamente en la edad en que Nabokov le daba muerte (lo que él consideraba que era algo bastante peor que la muerte, en realidad: el instituto): quince años. Esos hombres de los que hablamos, que a menudo van por el mejor camino del mundo con sus zapatos y sus ropas extremadamente serias, se ponen de rodillas, de manera desesperada, ante esas Queriditas —por razones que no son necesariamente malvadas pero que le parecen sórdidas al populacho—. Por la piel suave. Por las nalgas y los pechos que escupen a la cara de Newton. Por la criminal inocencia. Por los dedos ingenuamente impúdicos, por las manitas emocionantes que logran, por Dios sabe qué milagro, contener una emoción que no las emociona mucho, que manipulan con audacias todavía infantiles: imaginar que aparte de eso nunca han tenido nada más grande que un Magnum de almendras (hay algunas trazas de gula en la manera en que se llevan a la boca esa nueva clase de golosina). Por las ojeadas como arpones lanzados a ciegas, gratuitamente. Por el partido que han tomado, al contacto de los hombres, por sostener sus miradas enamoradas en la calle, en las comidas de familia, en las barbas de sus padres, por todas partes, pues el interés les hace olvidar todo pudor y, por consiguiente, toda educación. Ahora lo sé todo acerca de la curiosidad de los hombres por esas criaturas... pero ¿qué se sabe de lo que buscan las nínfulas? ¿Qué las precipita, lejos de sus jovenzuelos melenudos, entre las sábanas y los brazos fragantes de sulfúreas copias de su padre? Nabokov nunca abordó claramente lo que podía estar pasando por la cabeza de Lolita cuando se sentó encima de Humbert Humbert aquella pálida

madrugada de verano. Ni por qué, unas páginas antes, saltaba encima de sus piernas maltratando su manzana, bragas a los cuatro vientos, canturreando a porfía mientras su culpable adorador trataba de contener discretamente una efusión casi adolescente. Es esa lectura paralela la que eché en falta, la imposibilidad de saber cómo hubiese sido la historia si se hubiese dejado hablar a Lolita. Sin buscar excusas —que intuyo, de todas formas, inútiles—, me parece que fue con esos objetivos epistemológicos como entré por primera vez en la cama de un hombre de cuarenta años, en octubre: no cuento ya esos retozos casi accidentales con un joven empresario a la edad de quince años (están los hombres, y los de cuarenta años. Aquéllos que encuentren el matiz fácil carecen tremendamente de sutileza —cualquiera diría que las nínfulas acceden a un nivel de análisis hiperespecializado que perderían probablemente más tarde, ni una de las que pueblan mi horda hubiese confundido esas dos razas—. Las nínfulas y los hombres de cuarenta son, por un azar exquisito, recíprocamente sagrados).

Ese hombre —¿cuál era su nombre?—, si bien no me dejó extenuada de placer por la mañana, tuvo el buen gusto de no herir mi atracción por la inmensa mayoría de sus semejantes. Iría más lejos al afirmar que fue incluso su inapetencia y su abismal carencia de sensualidad lo que me impulsó en mi búsqueda. Quizá fuese demasiado exigente; quizá me aferraba demasiado a la realización de mis guiones de niña pequeña —yo, sometida totalmente bajo el yugo y las manos y las palabras de un profesor de edad ideal, abierto a todo y acostumbrado a las más mínimas manipulaciones que mi cuerpo le permitiese—. No quería tener que decir nada —y, a decir verdad, nadie dijo nada hasta las cuatro, cuando me cansé de no sentir más que el fantasma penoso de su polla, en las antípodas de las vigorosas excitaciones que poblaban mi imaginario—. Fue al verle meneándose con mano firme cuando me di cuenta de que, a Dios gracias, la lista de los que podrían rendirme un homenaje a mi medida era más larga que la de Papá Noel: sonreí cuando se corrió, pensando ya en la proporción de machos que, sin estarme reservados, me esperaban a pie firme, de manera inconsciente. Al día siguiente, cuando, agotada por la falta de sueño, trotaba hacia el metro, me pareció evidente que no sabía nada más de lo que ya sabía al llegar el día anterior. Que los hombres más mayores pudiesen tener dificultades para empalmarse era una cosa de la que siempre había sido consciente. Eso no tenía nada que ver con la excitación psicológica que yo había esperado, con las palabras con las que soñaba, y no había reconocido en aquel cuerpo las marcas sulfúreas de esa madurez todavía verde, mucho más verde que a los veinte años. Dejé de responder al teléfono, por cobardía, cuando aparecía su número y, al cabo de unas semanas de silencio culpable, irritado luego, recibí este mensaje lapidario: «Me he cansado de andar siempre detrás de ti, Ellie. No estamos jugando a las Lolitas; de todas formas, eres demasiado vieja para jugar a eso, y yo no tengo ninguna gana de ser Humbert Humbert. No aspiraba a ese título antes de que me lo negasen».

No conocía a Monsieur. No le deseaba ningún mal —ni ningún bien: simplemente

pasaba de él—. Había oído su nombre mil veces, en el transcurso de las comidas con mi tío Philippe —así tenía que ser, ya que incluso antes de ser amigos habían sido colegas, y ese nombre apestaba a hospital, literalmente—. Yo no conocía a Monsieur. Honradamente, todo es culpa de mi madre. Fue en febrero de este año, creo; no le había preguntado nada a nadie, subía arrastrándome de mi cuarto en el sótano, con mi biblia bajo el brazo (*La mecánica de las mujeres*, de Louis Calaferte), al acecho de alguna actividad salvadora en esos tiempos de huelga estudiantil. Imposible saber en qué estaba pensando mamá cuando me mencionó el nombre de ese cirujano que, según ella, era la única persona aparte de mí que podía apreciar semejante guarrada literaria —era un obseso—. Al principio, me contenté con expresar una indiferencia sincera por completo: un colega de Philippe, en cualquier caso, suponía un mundo absolutamente inaccesible para una chica de mi edad y de mi condición, obseso o no. Veía difícil plantarme en la clínica, con mis folios bajo el brazo, para hablar de erotismo con un hombre de cuarenta y seis años.

Cuarenta y seis años.

¡Cuarenta y seis años!

El aburrimiento que tan morbosa me volvía tardó unos meses en enriquecer la idea vaga de conocer a ese hombre. Repetía su nombre como de broma, sorprendida al encontrar en ese momento otro brillo muy distinto en él, extremadamente sulfúreo. Al buscarlo en Facebook, miraba el único resultado que me proponían mediante ese elegante apellido... convencida de la necesidad de encontrar una buena razón para añadirlo como amigo. Quería llegar solapadamente a su mundo, equipada con un pretexto irrefutable —la literatura como encantador caballo de Troya que ocultara en sus profundidades traicioneras mi versión de Lolita, puede que un poco caducada, pero con mejor voluntad—. La necesidad de conocer, de saberlo todo de él me escocía como la picadura de un mosquito; dos o tres preguntas hipócritas dirigidas a Philippe me habían permitido enterarme de que, siendo yo muy pequeña, durante las visitas que les hacía a sus enfermos de la clínica, me había cruzado con el célebre C. S. en los pasillos. Y a fuerza de torturarme para extraerme un recuerdo cualquiera, recordé de repente ese cumpleaños de mi tío, dos años antes: toda una fiesta deambulando entre los viejos sin percatarme de él, sin percatarme de un hombre al que me habían descrito como «obseso», que leía los mismos libros que yo, pero, sobre todo, con sólo veintiséis años de ventaja. Veintiséis años; es mucho. Veintiséis años acariciando cuerpos de mujeres, pervirtiendo los objetivos procreativos del coito, mientras que, inocente a todo eso, yo me agarraba a los pechos de mi madre. ¿Debo hablar también de esa relación que unía a Monsieur con mi familia, tan fina, aunque sólida, como un hilo de nailon, y tan cortante también? Las chicas de veinte años tienen en la cabeza argumentos increíbles, de un romanticismo o de una incoherencia inigualables (estaban la estudiante y el cirujano; ella, que no sabía nada,

él, que lo conocía todo, y, en medio, el tío inconsciente del drama que se desarrollaba —y no había duda de que si se enteraba, ¡esa historieta erótica se iba a convertir en una tragedia de Racine!).

Así pues, sin saber demasiado cómo, atraqué en esa orilla, en marzo del mismo año. La sencilla razón por la que ni siquiera había intentado imaginarle un rostro a Monsieur es que comenzó siendo un elemento totalmente intercambiable de mi imaginario sexual. Ésa es la verdad. El hecho de que fuese cirujano, de que tuviera las mismas inclinaciones que yo, de que fuese además esposo y padre de familia por supuesto lo diferenciaba suficientemente de la mayoría, ya que todos esos atributos lo situaban en un mundo casi paralelo, el de los Adultos (los auténticos: es una aberración dar un estatus como ése a individuos de mi edad). «Intercambiable» no es realmente la palabra; digamos que el concepto de Monsieur me satisfacía mucho más allá de mis esperanzas, sin necesitar para ello afinidad física alguna (con tal de que no me provocase repugnancia). Mientras escribo, lo oigo indignarse a su manera teatral: «O sea que ¡te hubieses quedado con cualquier tío gordo!». A lo que yo respondería «Probablemente». Pero Monsieur puede estar tranquilo: la continuación de la historia nos muestra bastante bien que su trampa era perfecta se mirase por donde se mirase.

Un día, me cansé de dar vueltas a su alrededor sin que ni siquiera fuese un poquito consciente de mi presencia; era el mes de abril. Estremecedor mes de abril. Llovía polen de los castaños y yo me sumía en el aburrimiento. La huelga estudiantil proseguía, nunca veía a nadie; la primavera regresaba, todos mis amigos estaban obligados a ir a clase, y yo pasaba mis días tumbada al sol, en la terraza, muriéndome de ganas de ver gente, de tener encuentros con hombres, de conocer —no sé— la exaltación, el éxtasis, la pasión, cualquier cosa menos ese letargo constante, soporífero. Le había dado tantas vueltas sin cesar a la situación que la aprensión se me había vuelto extraña: no hacía más que esperar, agazapada en la sombra, el momento en que apareciese Monsieur.

Buenas noches:

No debe de saber muy bien quién soy, aunque haya aceptado amablemente mi solicitud en Facebook, pues bien, ni se le pasa por la cabeza: soy la sobrina de Philippe Cantrel, quien ejercía hasta hace poco en la clínica. Gracias a él me he enterado de que es usted lector de Bataille y Calaferte — confieso albergar cierta curiosidad respecto a los hombres que han leído y disfrutado de *La mecánica de las mujeres*, ¡me hace sentir menos sola!

Dicho esto, me llamo Ellie, tengo veinte años, soy estudiante de literatura y publico en una revista de literatura erótica. Nada de lo que no se pudiera enterar al ojear mi perfil en Facebook —aun así, me parecía lo correcto presentarme un poco.

Me imagino que es una persona ocupada, sin embargo, si tuviese tiempo un día de éstos para explicarme en unas líneas lo que le ha gustado de Calaferte, me alegraría mucho leerlo. Yo misma estoy en plena redacción de una «mecánica de los hombres», toda la información que pueda recabar no está de más.

Que tenga una buena noche.

Ellie

Recuerdo que en ese periodo me embargó un miedo egoísta, fundamentado en unos principios a los que Monsieur —me enteraría más tarde— no había cometido la tontería de obedecer: me imaginaba a Philippe puesto al corriente de mis solapadas maniobras por su antiguo colega traumatizado, echando chispas por teléfono: «¿A ti qué es lo que te pasa, ponerte a ligar con un tío de esa edad? ¡Espera a que se lo cuente a tu madre, vaya, le va a parecer pero que de muy buen gusto!». Y a mí, empalideciendo, enrojeciendo, sudando como una miserable crápula que siente cómo la soga se estrecha: «¿Cómo que “ligar”? ¡No quería más que hablar de literatura erótica!».

Explícaselo, Ellie. Explícaselo a este hombre, que te ha cambiado los pañales y ha mirado mal a tus primeros pretendientes, dónde se sitúa la diferencia sutil entre conversar sobre *Historia de O* y tontear descaradamente con un hombre. Philippe vería claramente más allá de las palabras. Respondería con esa voz seca que siempre te ha aterrorizado: «¿Me tomas por un lelo? ¿Tú crees que un tío sabe hacer la distinción entre hablar de literatura erótica y la oportunidad de echar un polvo?».

Porque, en efecto, si la distinción entre ambas cosas es tan sutil, es quizá porque no existe: nunca he cometido la estupidez de creer que sólo el amor a la literatura motivaría una respuesta por parte de Monsieur. Quería constatarlo. Comparar mis escrúpulos con los suyos. Medir el poder de mis veinte años, saber si tenía algún peso frente a un matrimonio y unos hijos. Y ya, en nombre de mi ausencia total de principios, me entraron ganas de escribir posdatas para engatusarlo, asegurándole mi más completa discreción siempre que me consintiera mostrarme lo que era un hombre, uno de verdad, de los que cumplen a la vez con el cuerpo y con la mente.

MONSIEUR

Ellie:

Yo también me siento turbado al encontrar a alguien de veinte años que se interesa por esos autores. No recordaba, además, haberle comentado a Philippe ese interés cultural. Me gusta muchísimo la literatura erótica, tengo una colección bastante importante de André Pieyre de Mandiargues. Mi auténtica pasión, aparte de mi trabajo, es ésta.

Podemos vernos y hablar de ello cuando quieras.

¿En qué revista escribes?

(Prefiero el tuteo).

Hasta pronto.

Al principio, no hablé de ello con nadie. Guardar ese secreto era como tener una sorpresa en el bolsillo y aguantarme las ganas de desvelarlo a gritos. Y, además, la misma noche en que Monsieur me respondió, Babette vino a quedarse conmigo. Recordaré toda mi vida, creo, su ceño atento cuando leía los dos primeros mensajes, sopesando escrupulosamente cada palabra —por encima de su hombro la sometía a mis observaciones, a mis dudas.

—No, digo sinceramente, Babette. Sinceramente. ¿Crees que está pensando en eso?

—Eso pienso.

Reafirmándome bastante más que tranquilizándome, le proporcionaba más argumentos:

—Sólo le he propuesto hablar por *mail*, para que lo sepas. Es él quien habla de vernos.

—Y está «turbado» —añadía Babette, con tono de detective.

—«Turbado», eso no es anodino. Si sólo hubiese querido hablar de literatura, lo hubiese expresado como «estoy sorprendido» o, si no, «vaya, es raro conocer a gente que lea a Mandiargues».

—Pienso que está pensando en eso.

—¿Qué hago?

—No tengo ni idea. En general, ¿qué quieres hacer?

Estábamos en mi habitación, en Nogent. Me encendí un cigarrillo antes de responder:

—¿A grandes rasgos? Quiero conocerlo, hablar con él.

—¿Hablar con él?

Babette levantó las cejas, con aire dubitativo.

—Por muy bien que me parezca la literatura erótica, va a ser difícil establecer una relación cordial con un hombre si charlas con él sobre ese tema.

—Me has preguntado lo que quería hacer «en general».

—Sobre todo quieres ver si tiene agallas.

—Está casado, tiene cinco hijos, tiene cuarenta y seis años y es un antiguo colega de mi tío. Si la situación se pone realmente ambigua, significará que ese tío tiene huevos.

—O que es un perverso.

Concentrada ya en el teclado de mi ordenador, respondí sin mirar a Babette, que hojeaba con indiferencia una de mis miserables ediciones de Bataille:

—¿Qué es la perversión? Para mí es únicamente la facultad de perseguir el placer en cualquier lugar que se oculte. No conozco a muchos hombres que piensen en buscarlo en los libros. Sobre todo, en esta clase de libros, a ese nivel. Vale la pena correr algunos riesgos. Bueno, al menos eso creo.

ELLIE

Buenas noches:

Si prefiere el tuteo, voy a intentar hacerme a él, no obstante —y no sé si es por mi educación o más bien por coqueteo—, confieso sentir un cierto cariño por el anticuado encanto del usted; ya sabe, el empleo del Usted ornamental.

Escribí hace poco en una revista literaria erótica que se llama *Stupre*, que lleva un amigo mío, y que tiene por el momento tres números publicados. Aparece de manera relativamente restringida, por lo que es muy probable que nunca haya oído hablar de ella.

Me encantaría verlo a lo largo de la semana, si su trabajo le deja; en lo que a mí respecta, tengo todo el tiempo del mundo, mi facultad está en huelga desde el año de la polca y no hay intención de que la situación cambie por el momento.

Me imagino que no está constantemente conectado a Facebook, por lo que le doy mi número de teléfono, así será más sencillo: 06 68...

Hasta muy pronto, espero,
Ellie

(Prometido, la próxima vez le tuteo).

(O no).

MONSIEUR

A mí también me gusta mucho el usted, si es por elección, y es verdad que hace la relación un poco solemne... lo que me gusta, por otra parte... el Tú es un acto reflejo, el Usted una elección.

Voy a intentar encontrar *Stupre...* y leerla antes de quedar con usted... para hacerme una idea de su... sensibilidad...

Mi número es el 06 34... y mi *mail* *****

La llamo en breve.

Hasta pronto.

—¡Pero no irás a acostarte con ese tío!

Alice, después de leerlo, puso los ojos en blanco —un espanto que no me esperaba en absoluto. O quizá sí, un poco. Yo también pude tener esa clase de escrúpulos un día, no sé muy bien cuándo.

—¿Estás tonta? —me atreví a exclamar mirándola fijamente, con un aplomo que hubiese podido desmoronarse rápidamente.

—En todo caso, es lo que parece.

—Pero, está pensando en eso, ¿no?

—Quizá. —Alice vio esperanza en mi mirada huidiza.

De inmediato, soltó a disgusto un hondo suspiro de virgen:

—Eres tú quien está pensando en eso.

—¡Pero él también! No voy a acostarme con él porque él tenga ganas, para que lo sepas.

—Si no tienes intención de ello, entonces, ¿por qué lo llenas de alusiones tan burdas?

—Yo no he llenado nada de la más mínima alusión. Ni la más mínima. No hago sino hablar de literatura erótica, lo que es insidioso, muy bien, pero ese tío lee los mismos libros que yo. Hablarle de mis gustos no tiene nada que ver con proponerle que follemos.

—Claro, no podías haber sido aficionada al deporte o a los animales.

Por un momento, sentadas con las piernas cruzadas encima de mi cama, nos quedamos calladas. Eso es lo que pasa con nuestras conversaciones cuando mi hermana se indigna con mi comportamiento. Nos mirábamos ambas los pies, cigarrillo en mano, con la música de fondo que funcionaba hábilmente como conexión entre ambas. Nunca me preocupa perder a Alice definitivamente —es tan corruptible como yo y con un humor tal que, si fuera capaz de encontrar algo gracioso, por pequeño que fuera, en la historia del cirujano, la hubiese puesto de mi parte—. El problema era que yo no veía resquicio de humor alguno en esa situación —al menos, no todavía—. La facilidad para corromper a ese hombre me divertía, pero no excluía la hipótesis de ser la única en reírme de ello. De repente, Alice abrió la boca:

—De todas formas, me doy perfecta cuenta de que vas a hacerlo. No sirve de nada que me digas lo contrario.

—Entonces no me hagas esa pregunta.

Nuevo silencio embarazoso. Alice probablemente me odiaba y movía todos los hilos de su amor fraternal para defenderme a pesar de todo; en cuanto a mí, como una completa egoísta, no buscaba más que una mentira bien perfeccionada —o, en última instancia, una excusa irrefutable. Hubiese podido jurar no tocar a ese tío, pero esa historia estaba tomando forma, quisiera o no, y nunca sabría evitar desvelarle los más mínimos detalles. Sería más fuerte que yo. Así que, tras coger una carrerilla parecida a la de un salto de *puenting*, solté:

—Me interesa. ¿Vale? Está mal, es inmoral, es necesario que no se sepa de ninguna de las maneras, pero el hecho es que me interesa. Todavía no sé si voy a acostarme con él, pero es probable que lo haga si tengo ocasión para ello. Así que, venga, ahora te toca echarme la bronca.

Alice, con su clásica mueca de «me estoy ablandando y eso me irrita», refunfuñó:

—Como Philippe se entere...

—De verdad, no veo por qué Philippe habría de saberlo. Y te recuerdo que, hasta el momento, es él el que me ha propuesto que nos veamos. Y es él el que me está calentando.

Buenas noches:

Le adjunto mi gran obra. Intento evitarle, de manera cordial, el trabajo de buscar *Stupre* indefinidamente, considerando que mi texto se encuentra en el primer número —hoy es probablemente un objeto de coleccionista, se lo llevaré si quiere—. De todas formas, quiero advertirle de que ésta es mi primera publicación, es más bien ingenua... pero es el único comentario que haré, puesto que recuerdo con emoción el día en que la tuve entre las manos. Orgullo total. Mi familia puso cara de no haber oído hablar nunca de *Stupre*, yo sólo veía cómo la revista cambiaba de habitación como por arte de magia. Mi tío no comprendió que el narrador era un hombre, tuve que pelear mucho tiempo con él para que dejara de creer que era lesbiana...

En cuanto al usted, sepa que no tenía en absoluto intención de impedirle que me tutease. Haga como quiera, es incluso libre de cambiar por el camino.

Por otra parte, he estado elaborando toda una teoría erótica sobre la manera de expresarse (que tal vez no me divierta más que a mí), que me gustaría explicarle más detenidamente cuando usted quiera.

Quedo, hasta entonces, a su completa disposición.

Gracias por haberme evitado, de manera cordial, comprarla... Pero quiero un ejemplar de todos modos... dedicado...

Sorprendido... ¿Tiene veinte años...? ¿Qué ha leído, qué ha vivido? Me gustaría saber cómo se le ha ocurrido todo eso... no es tan ingenuo... no siempre, en todo caso... pasa de «cosita» a «coño» muy rápidamente...

Me intriga. ¿Y su tío no entendió que usted era Lucie...? Afortunadamente quizá...

Hábleme de su teoría erótica de la expresión. Georges Steiner, en un texto reciente que se llama, creo, *Los libros que nunca he escrito*, tiene un capítulo sobre ese tema. Habla más bien de la variación de los matices del erotismo en función de las lenguas.

«Completa disposición» es demasiada, pero me gusta mucho. Me gusta mucho también «por el camino».

Hasta pronto.

P. D.: No puedo resistirme a enviarle este poema de Baudelaire, que se llama *Las joyas*.

*La amada estaba desnuda, y, al conocerme tanto,
no se había dejado más que sus sonoras joyas,
cuyos ricos arreos le daban el aire triunfador
que tienen, cuando son felices, las esclavas moras.*

*Cuando lanzan al bailar su sonido vivo y burlón,
ese mundo radiante de metal y de piedra
me lleva al éxtasis y amo con pasión
las cosas en que el sonido y la luz se confunden.*

*Estaba, pues, tumbada y se dejaba amar,
y desde lo alto del diván sonreía de gozo
a mi amor profundo y lento como el mar,
que hacia ella subía, como a su acantilado.*

*Fijos sus ojos en mí como un tigre domado,
con la mirada perdida, soñadora, ensayaba posturas,
y el candor unido a la lubricidad
daba un nuevo encanto a sus metamorfosis;*

*y su brazo y su pierna, y su muslo y cintura,
bruñidos como aceite, ondulados como un cisne,
pasaban ante mis ojos clarividentes y serenos;
y su vientre y sus pechos, esos racimos de mi viña,*

*se acercaban más dulces que los Ángeles del mal,
para turbar la calma en que mi alma se encontraba,
y para sacarla de la piedra de cristal,
adonde, tranquila y solitaria, se había asentado.*

*Creía ver unidas en un nuevo contorno
las caderas de Antíope al busto de un efebo,
tanto su cintura resaltaba su pelvis.
¡En esa tez morena era exquisito el maquillaje!*

*Y, al haberse la lámpara resignado a morir,
como sólo el hogar iluminaba la estancia,
cada vez que lanzaba un ardiente suspiro,
¡inundaba de sangre esa piel color de ámbar!*

¡*Las flores del mal*, Monsieur! ¡Ha dado en el clavo! Eso es por lo que me gusta leer: por esta clase de milagros.

En cuanto a mi teoría del usted; la palabra «teoría» es tal vez un poco exagerada. Digamos una estética del usted, que he desarrollado al ir creciendo. A la edad en que empezaba a interesarme por los hombres, me di cuenta de que el usted resultaba muy atractivo, una tensión incontestable que hacía las relaciones no solemnes, como dije, sino más bien ambiguas. Y el hecho de conservar un cierto tiempo esa cortesía inútil hace que el tuteo sea un cambio palpable. Además la paradoja ligada al usted resulta deliciosa; decir «Usted» en ciertos contextos, es de una rara indecencia. Espero estar siendo clara, estoy un poco cansada esta noche...

Las preguntas que suscita en su primer *mail* son peliagudas. Lo que he visto, lo que he conocido... pocas y muchas cosas a la vez. Lo bastante, creo, como para escribir lo que ha leído. Demasiado pocas para utilizar la palabra «coño» desde las primeras líneas —aunque hoy que tengo veinte años, y ya no dieciocho como al publicar ese texto, creo haber alcanzado un estadio de vocalización un poco más evolucionado—. En todo caso, eso espero. Sería una pena que me gustasen tanto las palabras y no saber utilizarlas...

Lo que he conocido... si ésa es su pregunta, no creo que sea necesario hacer conocido muchos hombres para escribir sobre ellos. Calaferte no estaba lejos de los sesenta años cuando escribió *La mecánica de las mujeres*, y aunque creo que no debió de pasar mucho tiempo en su propia cama, he tomado nota de numerosos fallos en sus interpretaciones, que vuelven su conocimiento profundo de las mujeres desigual. Por ejemplo, me acuerdo de un pasaje en que le hace decir a una mujer algo así como «en cualquier caso, si no hubieses venido, me hubiera quedado con el primero que pasase. Una polla, eso es todo». Ahora bien, con la edad que tengo, y con mi experiencia (que es la que es), estoy íntimamente convencida de que una mujer nunca puede querer sólo una polla. Creo que hay en el deseo femenino, por complejo y aleatorio que pueda ser, una especie de instinto vital que nos empuja a todas a buscar una fusión, un cariño con el hombre, incluso y sobre todo cuando nos mueve una necesidad epidérmica y animal de sentirnos llenas. Lo que quiero decir es que nunca me ha sucedido no querer más que un trozo del cuerpo de un hombre —ni siquiera ese trozo—. Y muchas mujeres que conozco no pueden concebir una polla sin el pecho, la espalda, las manos, el olor y el aliento, y las palabras, del hombre que van con ella.

Así que escribir acerca de los hombres con veinte años... hay probablemente muchos errores en lo que escribo, pero no creo que el conocimiento sea la piedra angular de esta empresa. No es el conocimiento de los hombres —siempre inacabable, en cualquier caso—. Es la intención lo que cuenta; el amor por los hombres, tener ganas de sumirse en ese mundo de manos anchas y de voces potentes. Tratar de conocerlos. Por el momento, eso me parece una vocación bonita.

¿Lo que he leído? Muchas cosas. El texto que le he hecho llegar estuvo, creo, muy influenciado por Calaferte, quien fue para mí una revelación. Lo había encontrado en mi sótano unos meses antes, y la descripción de la piel de un hombre me había gustado. Pues, ya ve usted, en aquella época estaba con un chico desde hacía ya un año, un chico para el cual escribía sin parar, pero quien, desgraciadamente, no era capaz de escribirme la más mínima línea a cambio. Así que, cuando *Stupre* me propuso publicar, me di el gusto de invertir los roles... Había, pues, imaginado bien, tengo algunas cosas de Lucie, y esa escena tuvo, claro, lugar... Tendría curiosidad, por otra parte, por saber lo que le puso sobre la pista.

He leído también dos o tres Sades, pero no soy una gran fan, y tengo la impresión de haberlo leído todo de él sólo con *La filosofía en el tocador* y *Las ciento veinte jornadas*. Lo cual molesta mucho a uno de mis amigos, que es un sadiano convencido... (pero ese tío odia a Queen y a los Beatles, ¿se puede uno fiar realmente de él?).

Bataille, por supuesto. Me encantó *El muerto*, del cual Régine Deforges hizo una adaptación de una pobreza pasmosa. *Mi madre* me turbó mucho, pero de nuevo hay algunas sombras: el estilo literario de Bataille es peliagudo.

Por otra parte, lo que me irrita mucho es que hablo muchísimo, y que todavía tengo un montón de cosas que decir. Además, no sé prácticamente nada de usted. Qué pena. Eso bien vale un café. O una copa de vino. Tengo muchas preguntas que hacerle. Confieso estar fascinada por los hombres que leen. Sobre todo cuando se trata de esta clase de literatura. Ese interés por el erotismo es sumamente elocuente. Pero reservo ese debate para más tarde —imagine que no tiene nada que decirme—. ¿Quizá me esté poniendo pesada?

Como le decía, estoy disponible un poco en cualquier momento.

Tiene mi número.

Ellie

(Creo que no me estoy poniendo pesada. Puedo hasta ser muy divertida. Espero).

Confieso con un poco de vergüenza haber esperado su *mail* con una impaciencia casi... febril. He hecho bien esperando...

Creo, de todas formas, a pesar de su deliciosa, impresionante y precoz sensibilidad, que el tiempo y las experiencias permiten agrandar el universo erótico. Descubrí el erotismo en la literatura a los diez años con Pierre Louÿs, quien me parecía en su momento el colmo de lo subversivo. Luego leí mucho, y algunas de mis lecturas describían sensaciones, excitaciones, emociones que no comprendía y que sólo entendí más tarde. Creo, y sé, que una mujer en un cierto momento, a menudo, por otra parte, después o durante una excitación intensa, puede desear cualquier polla... lo he oído... vivido... me lo han dicho, aunque en un momento dado hubiese en la mente una espalda, un olor y todo eso de lo que habla con tanto talento. Al cabo de un momento todo cambia, y el objeto de deseo puede trocar de manera sorprendente, convertirse en cualquier polla, y eso es lo que Calaferte cuenta.

Sade sienta las bases sobre las que se apoyarán todos los demás y su escritura no es demasiado sensual, lo que hoy en día puede chocar un poco. Pero aquello de lo que habla es fundamental. Porque trata de la ruptura que provoca el erotismo, la caída, la proximidad de la violencia.

Está también Bataille, al que conoce. Para la teoría hay que leer *El erotismo. Historia del ojo* es sublime... *Madame Edwarda* también...

Sabía que usted era Lucie después de haber mirado detenidamente y con sorpresa sus fotos en Facebook, su sonrisa, sus ojos, su piel.

Escríbame pronto.

P. D.: No le enseñe mis *mails* a su tío...

*Pongo mi verga contra tu mejilla
La punta te roza la oreja
Lame mis bolsas lentamente
Tu lengua es suave como el agua
Tu lengua es grosera como una carnicera
Es roja como un jamón
Su punta es un cuco que grita,
Mi verga solloza de saliva
Tu trasero es mi ídolo
Se abre como tu boca
Lo adoro como al cielo
Lo venero como al fuego
Bebo en tu raja
Despliego tus piernas desnudas
Las abro como un libro
Donde leo lo que me mata.*

Babette se estaba encendiendo un cigarrillo de liar cuando solté un chillido.

—¿Qué? ¿Qué? —exclamó dando un brinco hasta a mi lado.

—Acabo de recibir un poema asqueroso —dije con tono gritón, sonriendo a medias, descifrando, con una repugnancia mezclada con diversión, las primeras estrofas—. Un poema que habla de pollas en la cara.

Me di prisa en responderle. Babette, después de haber repetido mil veces bolsas y verga, soltó:

—Como ves, ya tienes a ese hombre en tu cama. Diría incluso más, está revolviéndose en ella.

ELLIE

Querido, como se podrá imaginar, nadie está al corriente de nada, y, mucho menos mi angélico tito...

Últimas estrofas muy bonitas... ¿Cuándo lo veo?

MONSIEUR

Tengo muchas ganas, pero ¿no deberíamos esperar un poco?

ELLIE

¿Esperar? ¿Y por qué esperar? ¿Quiere algunos poemas más?

Tiene algo mágico el hablarse de cosas groseras sin conocerse... pero no voy a resistir mucho tiempo...

—Me gusta su nombre. Ellie. Ellie. Ellie. Ellie.

—Ha hecho un bonito mantra con él, en todo caso. Como si eso me sorprendiera, en realidad: siempre he sabido que tenía un nombre de alcoba.

—Qué gracioso, su tono es diferente por SMS.

—¿Diferente? ¿Preferiría que fuese un poco menos espabilada?

—¿Espabilada? Qué gracioso... no, me gustan los dos.

—Y, no obstante, duda entre si verme o no.

—No, sueño con ello... pero me gustan nuestras conversaciones...

—Es verdad que esta tensión literaria es muy agradable. Da calor en el vientre.

—¿Lo ve? Picante... deliciosa... ¿el martes por la mañana?

—¿Qué buena idea, el martes por la mañana!

—¿Dónde podríamos encontrarnos?

(A lo mejor Monsieur se equivocó al ser muy distendido conmigo. A lo mejor Babette se equivocó al irse tan pronto. Una vez sola, no tenía que mantener nada parecido a la moralidad).

—Me está rondando algo la cabeza, pero me da miedo que le parezca indecente.

—Nada es indecente... y hasta lo indecente me gusta... ¿Dónde?

—Tengo por costumbre trabajar en el hotel, porque en mi casa todo me distrae. Así que, al proponerle esto, no hago sino invitarla a pasar por mi despacho. Estoy a menudo en el distrito XV, calle Des Volontaires.

—Tomo nota... me intriga... calle Des Volontaires entonces. La dejo. Escríbame de nuevo...

—Le escribiré.

—Es posible que en mis sueños...

—Informe obligatorio mañana, doctor.

Querido:

Respuesta tardía a un punto de su *mail* que me ha mosqueado.

O sea que piensa responder a mis impresiones de niña pequeña mediante sus experiencias de hombre... sea... Así que una mujer puede desear sólo una polla. Espero con impaciencia el momento de darle la razón, dicho esto, dudo mucho que oiga decir un día algo como «da igual la que coja. Una polla, eso es todo».

A lo mejor eso ya me ha pasado, a fin de cuentas. Pero para llegar a ese punto, debería estar en un estado cerca de Ohio o más lejos.

Dios mío, ¿y dónde queda la poesía, entonces? Me duele sólo de pensar que una mujer pueda ser animal hasta el punto de no buscar más que esa parte, por fundamental que sea, de un hombre.

Es, en efecto, hacer abstracción con bastante rapidez de todas esas noches en que daba vueltas y más vueltas en mi cama, torturada, postrada en mis sábanas por una Pasión al final bastante cristiana, completamente hambrienta. Pero a lo mejor tiene razón... a lo mejor no buscaba entonces más que eso... y más teniendo en cuenta que me he pasado la noche con una amiga que me ha relatado esa misma clase de experiencia. Muy Peter Pan, cuando se cuenta, pero estoy segura de que será capaz de apreciarla. Eso pasa por la noche, pues. Digo «por la noche», porque pasa a menudo. Noche cerrada, una hora intempestiva, y la Pequeña en el primer piso, encerrada en su habitación azul de niña, que se retuerce en sus sábanas húmedas, incapaz de encontrar el sosiego, literalmente crucificada por esa necesidad imperiosa de que la llenen —esa necesidad que es el único fenómeno que transforma a una niña pequeña en mujer—. He constatado que en ese caso es inútil buscar una misma el alivio, pues lo que podría ser un golpe de gracia no es en realidad sino una estimulación más; tan pronto como pasa el orgasmo, los pensamientos vuelven a la carga. Y en mil ocasiones me he sorprendido esperando, tumbada en mi cama, a que alguien abra mi puerta, cualquiera, y disponga completa, totalmente de mí. Cualquiera, el hijo del vecino que se pasa la vida en la ventana acechándome en vano, el tío que viene a arreglar la caldera, un ladrón, incluso. Un cuerpo de hombre: sólo eso. Un cuerpo de hombre y unas manos de hombre y unas exigencias imperiosas de hombre y el indescriptible, delicioso y profundamente escandaloso olor a hombre. Esperaba eso como esperaba, de pequeña, que Peter Pan viniera a buscarme. Qué rara, por otra parte, esa historia de Peter Pan. Hace poco, le escribía a un chico: «¿Sabes que Dios ha inventado los camiones para que las chicas no se pongan bragas debajo? Me imagino que era por eso por lo que Peter Pan iba a ver a Wendy. Esa zorrilla debía de dormir con las piernas abiertas».

¿Se ha leído esa novela de J. M. Barrie? Es, creo, la historia más bonita y más triste que existe, a la vez sobre la muerte del niño y sobre el despertar erótico en la infancia. Pues, aunque no lo parezca, estoy segura de que no llevaba nada bajo su camisón... y además, ¡ese capitán Garfio!

Todo esto para decir que ese deseo de las chicas jóvenes, que provoca insoportables insomnios, tiene eso de conmovedor, creo, que es totalmente paradójico y desesperado. Conozco a pocas chicas de mi edad que hayan logrado experimentar un auténtico orgasmo en brazos de un hombre, y lo que entiendo por «auténtico» orgasmo, es simple y llanamente el que nace de la penetración.

No sé a qué es debido eso. ¿Al hecho de que con veinte años nuestro propio cuerpo sea todavía un continente por explorar? ¿Al hecho de que los chicos de nuestra edad no tienen el bagaje suficiente para comprendernos totalmente?

Sea como sea, el placer que nos es más fácilmente accesible es cosa nuestra. Ahora bien, cuando nos encontramos presas de esas ganas casi histéricas de sexo, qué pérdida de tiempo completa querer acabar de una vez a solas. Porque no es esa parte del cuerpo la que aúlla. Es, en ese momento, un deseo que viene de lo más hondo del vientre y que exige el vientre de un hombre, simple y llanamente por instinto puramente animal, porque las cosas están hechas así, porque fisiológicamente estamos hechas para agarrarnos a la espalda del hombre que nos ha preñado. Que tengamos o no oportunidad de correrlos no tiene importancia. Así que, en ese sentido, a lo mejor tiene razón. «Una polla, eso es todo».

Es difícil, por otra parte, y casi humillante, sentirse rebajada hasta ese punto. Sentirse hasta ese punto dispuesta a arrastrarse, a suplicar.

Por cambiar de tema, lo ignoré cuando, en resumen, me decía que no se acordaba de haber hablado de su gusto por Mandiargues y Calaferte a mi tío. En realidad, le hablé de ello a mi madre, durante un

fin de semana en Jersey, o algo por el estilo. La verdad desnuda es ésta: hace cerca de seis meses, mi madre, al sorprenderme una vez más con Calaferte bajo el brazo, me dijo: «¡No me cabe en la cabeza que te releas esa cosa!». A lo que respondí que tal vez se tratase de uno de los libros más hermosos del mundo. Y entonces, me dijo, creo: «Qué gracioso, te entenderías bien con uno de los colegas de Philippe».

Yo: «¿?».

Mamá: «Uno de los cirujanos que trabajan en la clínica, le encanta la literatura erótica».

Ésta es la historia. Eso es a lo que le debemos estos mensajes, desde hace algunos días. Así pues, por supuesto, nadie tiene necesidad de enterarse de nada. Pero eso, lo sabe tanto o más que yo.

3.30 ahora.

Una vez más, quisiera disculparme por los posibles errores y faltas de ortografía, con la hora que es ya no soy dueña de mí en absoluto...

Ellie

Cuando la leo, a menudo me sobresalto... a veces tengo la impresión de que es una sublime creación de mi inconsciente y mi memoria combinados... *Peter Pan*... mi inolvidable primera emoción erótica consciente...

—Ayer, primero devoré con gula todas las palabras de su blog... mientras pasaba las fotos de su perfil de Facebook... le confieso que eso tuvo una cierta influencia en el contenido de mis sueños. Estoy esperando con impaciencia a que despierte... no obstante, no le hago ascos a imaginarla en actitud de abandono y lascivia dormida con una ropa desconocida cuya evocación me procura reprensibles y deliciosos escalofríos...

—Me despierto despacio —está todo rojo en mi habitación—. Lasciva... sabe usar las palabras. Soy lasciva, estoy apenas despierta, y espero al técnico de la caldera.

—Es en estos momentos en los que lamento haberme pasado catorce años aprendiendo cirugía cuando un título de técnico de calderas me hubiese bastado hoy con mucho...

—Ay, no, ¿y la poesía entonces? No conozco nada más poético que su oficio. Y además, eso también me va, un cirujano. Como ya ve, me acabo de torcer la mano. Necesitaría que me hiciese una visita. Para curarme, evidentemente.

—Evidentemente... para curarla... pero ¿está sola?

—Mi padre trabaja en el despacho... ¿por qué, quería pasarse?

—... es difícil resistirse... para ser honesto, se ha apoderado de mi pensamiento... me parece que falta demasiado para el martes...

—La espera es como unas pequeñas dentelladas en el vientre.

—Delicioso... mordiscos para explorarla... su carne temblorosa de impaciencia... y yo en consulta un poco incómodo rogando porque la tensión fuera de lugar, apenas escondida por un sobrio pantalón oscuro, no sea visible por toda la sala de espera...

—¡Pare un poco! ¡Eso casi me da ganas de tener la mano hecha añicos!

—Sería una pena que su manita estuviese hecha añicos, no podría aflojarme el cinturón en mi despacho... sus irresistibles ojos claros descaradamente clavados en los míos...

—Querido, estoy reunida con unos amigos periodistas. No me sonroje.

(La verdad: estoy escondida en la cama, incapaz de encontrar algo que responder a algo tan licencioso como eso, incapaz incluso de imaginarme mirando cómo se baja la bragueta de su pantalón de vestir).

—Me gusta sonrojarla... Usted también me ha... emocionado... mucho... ¿También está mal? ¿Todo esto está mal? Y si es así, ¿qué cambia eso? ¿Puedo llamarla?

Ese hombre, en la otra punta de París, al otro lado del teléfono, a años luz de mí, muestra una delicadeza anticuada a partir del momento en que me sabe amedrentada por su verbo picante de macho adulto. Ahora que me he dejado llevar por él, por palabras y por pequeños fragmentos que llegan vibrando desde su teléfono móvil de cirujano, quiere oír mi voz. En lo que me concierne, estoy literalmente aterrorizada sólo de hacer una lectura injustificada de los sulfúreos cumplidos que se permite, sobre mi cuerpo o mi boca —que nunca ha visto—. No me imagino su voz; no me imagino esas risas guturales acompañando mis ocurrencias o sólo por el placer de saberme súbitamente ruborizada. No obstante, sospecho que tiene la voz del diablo, ya sea baja y profunda o clara y precisa. Y como no sé cómo plantarle cara al diablo, miro la llamada perdida de Monsieur con una culpabilidad de la típica niña que les pone trampas a los tíos en un foro de internet.

Avanzada la tarde, como no tengo nada mejor que hacer, voy a la avenida Daumesnil para que me depilen en un salón de belleza para viejecitas; al menos eso es lo que he deducido por el aire inquieto de la esteticista cuando le he hablado de integral. A mi lado, mi móvil vibraba sordamente. Número

privado. Número privado. Número privado.

Una vez desprovista de pelo alguno, encontré el aplomo necesario para responder.

—¿Ellie?

Sabía que era él. Hubiese podido ser cualquiera, pero esa voz tenía ya un nombre. Inmóvil en un trozo de acera al sol, con mis Wayfarer en la nariz:

—*Buenos días, Monsieur.*

¿He dicho lo bien que olía el aire aquel día? Un sol poniente volvía naranjas las fachadas de todos los edificios. Plantada justo en medio de la calle Dugommier, me mordía los dedos mientras sopesaba tímidamente el timbre de esa voz, la intensidad de esa risa. A mi alrededor la gente se arrastraba al ritmo que no se adopta más que en verano —ignorantes de qué intriga se urdía allí, ante sus ojos—. A pesar del escozor sordo de la depilación, un extraño hormigueo se propagaba bajo mi vestido, y por miedo a que Monsieur pudiese notarlo —de una manera o de otra— lo llevaba por conversaciones ingenuas. Respondía lenta, educada, complacientemente incluso, pero de alguna manera, aquello era casi peor que hablar de sexo. Ese hombre lo sabía. Me había leído el pensamiento. Por cortesía quizá, se divertía fingiendo que se creía mi número de estudiante amedrentada. ¿Supo alguna vez hasta qué punto lo era? ¿Hasta qué punto lo fui siempre?

Se podría calificar de espontáneo el impulso irreprimible que me llevó a exclamar:

—¡Su voz parece tan joven!

Suelta una risotada que me hace reír a mí también, e, incómoda de inmediato, me enredo en justificaciones torpes.

—¡No es que sea viejo! Es sólo que su voz parece joven en relación con... en fin, creo que me esperaba una...

—¡Una voz de viejales! —completa Monsieur riéndose.

—No, ¡una voz más grave!

Bajo mi blusa de seda, mi espalda está empapada.

—Ya echo de menos su voz...

—Cuando decía que tenía una voz joven, era un cumplido. Su voz es bonita, clara y grave a la vez. Joven... eso que lo es usted, de todas formas. Por supuesto, no tanto como yo, que soy un bebé, sobre todo desde que he pasado por las manos de esa esteticista.

—Mmmm, me encanta... me tiemblan los labios de ganas de aplastarlos ahí...

—¡Deje de mandarme esa clase de mensajes! ¡Que me he atragantado con el humo!

—¿Qué clase de mensaje quiere que deje de mandar?

—Como el que hablaba de mi tonsura.

—No dejo de imaginarme ese monte un poco enrojecido por las atenciones recientes.

—Es usted el demonio. Acabo de decirle que estaba desnuda y desprotegida, y sólo se aprovecha de eso por SMS. Espero al menos que a la cara hubiese abusado también.

—Abusaría... sin límites... lo habría descubierto al sentirme muy duro contra usted... tenso... al borde de su piel de bebé...

—¿Qué perfume escandaloso puede ponerse usted?

—Habit Rouge de Guerlain. Más mi olor.

—¿De qué habla? Quiero decir, durante. ¿Es hablador?

—Hablo, escucho.

—Maravilloso.

(Con cinco años, el equivalente de la erección matutina es el chocolate del calendario de adviento, que espera tranquilamente que alguien abra sus ventanitas. Quince años más tarde, son los mensajes de Monsieur los que provocan un infarto).

—Acabo de llegar a Holanda... mis pensamientos llenos de mechones rubios, de sonrisas pícaras y de sexo adolescente... me obsesiona, señorita... cuento las horas... no haré ruido... me quitaré la ropa... y mi lengua se pegará a su vientre dormido... mis manos curiosas la invadirán... mi sexo la buscará febrilmente... fingirá que duerme... pero cuando mi lengua haya explorado todos sus suaves repliegues... cuando haya atrapado algunas deliciosas gotas claras que la perlen entre los muslos... sentiré cómo se acelera su aliento... cómo sus manos retuercen las sábanas... le morderé la nuca casi hasta arrancarle un grito que se guardará, no obstante, para el momento en que engulla mi polla muy dura con su extraordinario coño... mientras mis dedos hurgan en su culito tembloroso... mi polla va más lejos... haciéndole balbucir palabras muy obscenas... sus súplicas son demasiado indecentes para ser escritas y cedo ante todas... trata de no correrse y es como un suplicio... pero la esperanza de un estallido más intenso le hace aguantarse todavía un poco más... gruñe sin ningún pudor... empalada... agitada... sudorosa de excitación... la mirada enloquecida... su lengüecita rosa sobresaliendo de sus labios entreabiertos...

—¿Ha recibido los SMS de esta noche? ¿He sido demasiado crudo?

—Pero... ¡de ningún modo! Crudo, sí... pero sabroso. Estoy trabajando, no puedo responderle ahora. Espérese un poquito.

—Me cuesta esperar, señorita... me cautiva... ¿puedo llamarla?

—Estoy en el coche de mi padre. ¡Es absolutamente imprescindible que no me haga sonrojar!

—Me veo obligado a hacer que se sonroje, ¡todos mis pensamientos se han vuelto indecibles!

—Cuénteme cómo estará el martes, cuando vaya a entrar en la habitación... Y hábleme de sus pechos... me he ido a un lugar frío para que el bulto en mis vaqueros sea menos... inequívoco...

—Mis pechos son pequeños. Redondos. Se me marcan muy rápido y se me ponen muy duros, ¡pero mire que está mal hecha la naturaleza! Dado que son pequeños, los hombres los descuidan a menudo, para mi gran pesar —puesto que los pechos pequeños son los más sensibles.

—Yo sus pechos no los voy a descuidar. Voy a venerarlos, besarlos, acariciarlos, aplastarlos, lamerlos... y a lo mejor hasta me corro en ellos.

—Es cierto que es bastante divertido en los pechos. Así como en la cara.

—Me he atragantado con el cuscús...

—Eso es lo que pasa cuando se es demasiado vicioso. Dirá que es culpa mía.

—Háblame de tus nalgas.

—Tengo la espalda tan arqueada que parecen grandes, pero yo creo que son guays. Es la parte de mí que más me gusta. Grandes, a lo mejor, pero al menos están bien puestas y son redondas.

—Sus nalgas, tengo ganas de que se las separe... a cuatro patas... y que mi lengua lentamente se insinúe en su puerta de atrás... que se entreabra temblando... humedecida de saliva... aspirándome como una divina ventosa... hacia las profundidades oscuras de su deseo...

—¿Cuál es el trámite a seguir después de recibir un mensaje semejante?

Le tendí mi móvil a Alice, que fumaba cerca de la ventana del baño.

—¡Pero qué OBSCENO! —gritó casi tirando el móvil al lavabo—. ¡Pero que muy obsceno!

—¿Qué hago? ¿Qué respondo? —le pregunté mientras me enjabonaba, incapaz de dar con una respuesta adecuada a esa clase de panfleto.

—¿Que te estás lavando tu divina ventosa?

—Déjeme llamarla.

—Estoy dándome un baño.

—Me gustaría estar ahí... pegar su vientre contra el suelo frío del baño, poner la cara contra las baldosas... y penetrarla...

—Ahora estoy realmente mojada. Siento curiosidad por ver todo lo que podríamos hacer. Las posibilidades son infinitas. Salvo si muere antes, atragantado con el cuscús.

—No es probable... todo mi cuerpo está tenso y no espero más que eso... mi alma también...

Ya lo he dicho, pero lo repito: día larguísimo. De ocho a ocho (o sea, doce horas más tarde) he estado de pie envolviendo macetas de muguets y estando a punto de hacerme daño cada vez que recibía sus mensajes. Resultados de este viernes primero de mayo: me duelen las piernas y ahí abajo, mientras me pongo el pijama (con mis amigas, que hablan en la habitación de al lado), ya no me puedo mirar a la cara. No sé cómo lo ha hecho, pero se diría que ha tomado posesión de mis ojos, y cada vistazo que le doy a mi cuerpo me quema. Devuélvame a mí misma.

Estoy completamente alucinada por esa idea de haberlo visto ya —le doy muchas vueltas a eso, hasta tal punto me obsesiona—. Eso quiere decir, de hecho, que hace un año y pico estaba sentado enfrente de un abdomen abierto en dos, lo miraba hacer, debía de sentir, tal vez sufrir, esa mirada en usted, pero ni usted ni yo sabíamos todavía nada. Imagine por un instante el erotismo intolerable de esa situación. Tenía sin duda los mismos ojos, la misma boca, las mismas manos, el mismo cuerpo, la misma voz —yo, por mi parte, estaba plantada a su lado, imposible de reconocer en un uniforme que me encajaba tanto como lo hacen unas bragas con abertura a Golda Meir—. ... Todavía no existíamos el uno para el otro, para usted no era más que la imprecisa sobrina del doctor Cantrel, y le causé una impresión tan viva que no se acuerda en absoluto de mí... poco más que un bebé.

Resultado de las carreras: de aquí a más o menos dos días estará clavado dentro de mí.

La noción del bien y del mal: lo que hacemos está, efectivamente, mal. No creo que nadie pudiese defendernos en conciencia. Es todavía peor pensar que es precisamente que esté mal lo que lo convierte en algo delicioso. (Aun así, y por cerrar este capítulo, me gustaría, en cualquier caso, decir que, según los criterios de Sade, no somos más que *boy scouts*. Niños cantores con cruces de madera. De primera comunión).

Si hay algo que me irrita soberanamente es pensar que durante años, con mi antiguo novio, ya se me llamó viciosa. De broma, a lo mejor. Pero no lo creo. Pienso que estaba firmemente convencido de que era lo más loba del mundo. No se equivocaba en absoluto. Volver a pensar en lo que podía haber hecho con él me petrifica totalmente. Le empujé a decirme cosas absolutamente espantosas, y yo misma, bajo el efecto de la excitación, me sorprendí formando frases que ni siquiera aquí puedo volver a escribir.

Así que lo que me irrita es haber podido ser tan obscena, tan depravada, y poner los ojos como platos al leer sus mensajes.

Se está metiendo en mi terreno.

Normalmente, soy yo quien lo adorna todo con palabras inocentes para acabar diciendo algo como... qué sé yo... «envíe todos los mensajes que quiera, prometa todo lo que le parezca bien, el martes lo tendré tan apretado y cautivo en mí, estaré tan caliente y ardiente y derretida en torno a usted, crispada como una manita de niña pequeña alrededor de su polla, que necesitará luchar para aguantar más de dos minutos».

O por lo menos, por ejemplo, «por mucho que parezca boba y molesta por teléfono, sé de antemano que absorberé sus palabras con un abandono totalmente distinto cuando me agarre a usted». Menos porno.

También puedo ser más vil. Ejemplo: «Si no fuera el pensamiento más condenable del mundo, creo que le diría que me encantaría deslizarme debajo de la mesa en la que está sentado, y chupársela haciendo que dure el mayor tiempo posible».

Citar a Calaferte, por qué no: «Piensa en eso. Nada más que en eso. Con fuerza. Mi coño y tu polla».

Decirle que tengo ganas de ser puta y niña pequeña al mismo tiempo, que puede convertirme en lo que quiera.

Decir también que el martes está a la vez lejos y cerca. Y que estoy ya en un estado de ignición que no me atrevo a imaginar la noche que voy a pasar el lunes. Ni siquiera tengo ganas de tocar nada; me encanta esta impresión que tengo, desde hace mil años, creo, de estar hecha de fuego.

Escuche a la Velvet Underground. Me daré el gusto de explicarle por qué encuentro esta música extraordinaria. Aunque me imagino que ya los conoce. Una, en particular, está llena de tensión a la vez sexual y malsana: *Heroin*. Mi preferida, de lejos. Con *Venus in Furs* (que penetra mis oídos cada vez que la escucho en mi iPod), *I'm Waiting for The Man* y *After Hours*.

Me parece que con una sola copa me las apaño bastante bien, ¿no? Me largo a unirme con las Chicas, que van a empezar a preguntarse con quién estoy hablando.

Menos mal que Dios, en su gran indulgencia, ha creado los móviles. Probablemente me habría

vuelto loca sin el mío, y sin sus SMS que hacen palpar mi corazoncito de
hipócrita
fulana
sincera
mosquita muerta

(Una de las propuestas es la adecuada. Ejercicio de dificultad de nivel 4.)

Las horas van a parecerme más largas todavía... Me despierto con la mente aún invadida por imágenes tuyas... una mezcla de fotos hojeadas con avidez en su página y textos que me has escrito... como si el personaje inmóvil de las fotos se pusiera en movimiento... a sonreír... a desvestirse lentamente... tengo la polla muy dura esta mañana... después de haberme mojado la palma de la mano con la lengua, me acaricio casi con indolencia... sus ojos imaginados en los míos, el olor de su coño inventado en mi paladar... la evocación de su culo me provoca convulsiones en la muñeca y sé que el placer puede venir rápido... pero resisto... quiero estallar el martes en sus dulces entrañas... inundar su oscuro y húmedo secreto prohibido... llenar su pecho con largos y calientes chorros de semen ardiendo...

La habitación donde me cité con Monsieur esa primera mañana de mayo se encontraba —y se encuentra todavía, supongo— en el distrito xv, barrio que nunca había pisado, y que no he vuelto a pisar después. La ventana daba a la calle Des Volontaires, a algunos edificios vetustos y a una maqueta de hospital, atrapado en una burbuja de un verdor totalmente fuera de lugar.

«He llegado bien, hay incluso una clínica, ¿por si acaso me diese un desfallecimiento en sus brazos?», le envié a Monsieur.

Era un lunes por la tarde y temblaba como una hoja, fumándome un pitillo detrás de otro sentada en el balcón. Detrás de mí, la habitación estaba ya en un estado penoso, cubierta de ropa tirada, las sábanas manchadas de moras frescas y de mango demasiado maduro. 18.30. Babette pasaba la noche con Simon, Inès estaba en Deauville, Juliette y Mathilde habían ido al cine —en resumen, estaba sola y me había ido para estarlo hasta las diez del día siguiente—. Ni una sola presencia amiga para cogerme de la mano en esa interminable y desgarradora espera. De vez en cuando, Monsieur segregaba gota a gota esos mensajes que sabían, por algún indignante milagro, volver las horas más cortas y más espantosamente largas a la vez: ése era el único contacto que tenía con el resto del género humano —y vaya género—. A cada vibración de mi móvil estaba al borde de la defenestración. Y una vez pasaba la lectura, había siempre uno o dos segundos durante los cuales dudaba si volver a coger todas mis cosas y marcharme a la francesa, sin avisar a Monsieur de que de madrugada el lugar del crimen quedaría cobardemente desierto. Había tantas cosas que me empujaban al mismo tiempo a hacerlo: sólo de pensar en mi tío, en mi hermana, quien me había visto irme de casa con los brazos cargados de vituallas, pero, sobre todo, la angustia inmensa de encontrarme frente a ese hombre que, desde hacía cinco días, me imaginaba probablemente como la más liberada de todas las chicas que hubiese podido estrechar entre sus brazos (mientras que, sola en mi gran cama de hierro forjado, me prohibía ya ciertas posturas que hubiesen podido revelarle a Monsieur mi depilación dudosa o esa piel de naranja en mi nalga izquierda, vestigio de una época de kilos de más no muy lejana). Me moría de miedo. Durante dos segundos de intensa vacilación, una vocecita chillona me fastidiaba con sus observaciones: «¿Y cómo es la piel de un tío de esa edad? ¿Es todavía elástica y firme o bien de una suavidad un poco rugosa, como los brazos de los viejos? ¿Qué hago si no me gusta en absoluto? ¿Y si es un viejo con la cabeza despejada y una gran tripa? ¿Con una frente sudorosa? ¿Y si le faltan dientes? ¿Qué puedo hacer si resulta —y después de todo, es más que posible— que sea absolutamente espantoso? ¿Y su polla? ¿Eh? ¿Qué se hace para que se le ponga dura a esa edad? ¿Todavía se le pone muy dura?».

Recibido durante mi monólogo interior, este mensaje: «Me muero de ganas de estar cerca de usted».

Como si todo aquello no hubiese sido sino una especie de largo sueño despierta, no conservo más que unos pocos recuerdos de esa noche en que mis amigos de *Stupre* vinieron a hacerme compañía. Está ese cuaderno de cuero en el que Benjamin hizo bocetos a lo Francis Bacon de mi rostro, con un rostro aplastado que al envejecer hubiese cogido ese color apagado de la sangre seca. Está también esa foto tomada por Kenza mientras, apoyada en las patas de la cama, miraba al vacío, con mi cigarrillo en la mano. Es el único retrato existente, el testimonio más desgarrador de la historia de mi cabeza llena con pensamientos sobre ese hombre. Dos meses después de los hechos me parece que mi rostro ha cambiado definitivamente. A lo mejor no en las formas —por mucho peso que haya podido perder—, sino en la mirada. Es esa mirada que nunca más he tenido desde entonces. Esa profunda ausencia.

Después, bien entrada la noche, me lavé el pelo durante horas —bueno, lo que me pareció que equivalía a horas, y no duró probablemente más que un cuartito de hora bajo chuzos de agua caliente, entre el coma alcohólico y las reflexiones sin pies ni cabeza—. Los espejos estaban colocados de tal manera que mi imagen desnuda bajo la ducha rebotaba hasta la habitación. Y esa peculiaridad que nos había apasionado toda una noche desde un punto de vista fotográfico se revelaba ahora muy turbadora; me acuerdo haber pensado muy claramente que ahora todo pasaba entre la habitación y yo. Fuese cual fuese el ángulo bajo el que la mirase, ese cuartito extrañamente tapizado vibraba por completo a la espera de la llegada de Monsieur. Los espejos en los que sólo se reflejaba mi cuerpo buscaban su silueta desconocida. La cama, todavía hecha, parecía patalear, y los muebles, esos viejos muebles de ocasión que tanto habían vivido, se preguntaban ya cuál sería su función cuando él llegara.

Mal tapada por una toalla demasiado pequeña, me acodé en la ventana para fumar un enésimo cigarrillo. Me costaba encontrar París o el distrito xv completamente normales: el aire estaba cargado con una tensión impalpable —como si esperase al diablo o al Mesías—. O el fin del mundo.

Mi móvil vibró... último mensaje de Monsieur, que parecía al corriente de esta tensión: «Voy a acostarme. Las próximas palabras te las diré al oído».

Y la honda verdad de esa declaración me hizo tirar instantáneamente mi cigarrillo sobre el capó de un coche aparcado abajo. Con un estrés de morirme. Le había dado a Monsieur el número de mi habitación, el piso; hubiese podido aparecer en cualquier momento —y yo tenía el pelo chorreando, y el rostro escayolado de maquillaje derretido—. Eso no era todo, en realidad; era mucho más que la angustia de no gustarle. La memoria me aterrorizaba: hubiese podido recrear todo su rostro a partir de su boca, que recordaba con todo lujo de detalle (pero ¿por qué?). Cobardemente, me escabullía ante el pequeño esfuerzo que hubiese completado ese retrato-robot fantasmal, bosquejado mentalmente desde hacía días. El espectro que me atormentaba estaba envuelto de una bruma tranquilizadora, sin nariz, sin ojos, sin

rasgos reales, sólo dotado de boca. Esa boca.

Dios mío, qué bueno puede ser acordarme de esa noche, algunos meses más tarde, mientras escribo medio borracha en el metro por puro amor al contacto de mi lápiz sobre el papel. Me acuerdo de mis gestos más mínimos. Podría hacer una película de esa noche sin perder un solo detalle. Cómo me acosté viendo un reportaje del canal *Arte* sobre los jóvenes roqueros bielorrusos, hipnotizada por la falta de interés abismal que me inspiraba toda esa gente y su miseria. Cómo puse mi despertador a las seis de la mañana antes de apagar la luz y la tele, quedándome completamente sola con la tenue luz azul de las calles vacías. El olor refinado de las sábanas de hotel, que son siempre un poco ásperas y que nunca guardan el calor lo suficiente —pero era precisamente la clase de incomodidad que necesitaba—. No tenía ningunas ganas de pasar una noche demasiado buena.

Cuando me desperté (sobresaltada, con la primera alarma), la habitación estaba roja. De un rojo muy bonito, apenas luminoso. El cielo era azul, de manera uniforme. Esperaba como se teme un examen, retorciéndome entre calambres de angustia; en el fondo, sólo en el fondo, resonaba la cuerdecita tenue del deseo, cuyo vibrato incesante reconocía sumida en medio del estruendo. Acurrucada en posición fetal bajo el enorme nórdico blanco, veía pasar las horas y subir el sol, desesperada por no poder dormir y sin alcanzar más que un letargo enfermizo entremezclado con sueños extraños que olían a fiebre y a mañanas agitadas —casi a enfermedad—. Estaba atenta al más mínimo de los ruidos de la escalera, completamente agonizante, encerrada en esa pequeña habitación angosta tapizada de azul de Francia del suelo al techo. Única ocupación compatible con la posición horizontal: contar las flores del papel pintado, clasificarlas y analizar su fase de floración. Tulipanes rosas muy abiertos ya, ranúnculos de tres cabezas que perdían sus pétalos. En la madera oscura del aparador cerca de la ventana, un lirio real y sus largas hojas desplegadas. La posibilidad de que Monsieur no me gustara me había pasado por la cabeza sin suscitarme ni un segundo una auténtica aprensión. Creo que había otra cosa; algo así como la certeza de que él y yo habíamos, tan sólo por teléfono, llegado a algo infinitamente más grande que a un martes por la mañana en una habitación de hotel parisina, algo basado en atracciones bastante más sutiles que físicas. No era amor, o un sentimiento igual de noble, sino más bien, creo, la misma atracción peligrosa por una relación tan cerebral como inmoral. Todavía hubiese podido huir para no pensar más en lo excitante que era el tabú de acostarme con Monsieur, cuánto me gustaba la idea de tener veinte años y esperar desnuda, sólo ataviada con unas medias que volvían la desnudez más cruda todavía, a un antiguo colega de mi tío, cuarenta y seis años, casado y con cinco hijos. Un hombre un poco más mayor que mi propio padre. Pero la ausencia total de moral en esa cita me retenía tanto como unas cadenas y una bala de cañón en los pies. Raras veces he conocido una excitación psicológica tan

violenta; mezcla de montaña rusa, de examen oral y de primera vez. En la suave penumbra de debajo del nórdico, observaba las pulsaciones de mi corazón bajo la piel tensa de mi vientre, como si lo esencial de mis funciones vitales estuviera entonces concentrado en esa zona hipersensible. Las horas pasaban a duras penas. Más allá del deseo, más allá de toda consideración sexual, terminé esperando que Monsieur fuese mi único alivio, la esperanza de respirar sin sufrir por ello de nuevo.

Me encontraba probando una técnica de respiración alternativa, ovillada bajo las almohadas, fingiendo que dormía, cuando Monsieur empujó la puertecita chirriante que había quedado entornada. Pasos lentos de hombre, amortiguados por la moqueta. Mi corazón, que tanto había latido con cada crujido en la escalera, se detuvo casi en el acto, para retomar su carrera sin prisa: sincronizándose con lo demás, a la expectativa. Sentía su presencia reciente, intrusa, con una intensidad desgarradora: el aire desplazado, tan denso y algodonoso como una niebla azucarada; el ruido del pestillo que cerramos (ya que a partir de este momento ya no esperamos a nadie, lo que debe suceder no está más que a unos segundos de este momento y no depende más que de nosotros), el susurro indiscreto de un abrigo que dejamos sobre una silla, y, sobre todo, su acercamiento quedo, que no podía sino imaginarme. Por otra parte, me costó mucho tiempo, con los ojos entreabiertos bajo el flequillo, situar a Monsieur en el espacio. Podía estar en todas partes a la vez, y los únicos indicios que obtenía cabían en la aparición breve de una sombra púrpura en las paredes azules.

Lo buscaba febrilmente todavía cuando la duda se disipó de forma definitiva: el colchón, a mi derecha, se hundió bajo su peso —su peso, oh, qué preñado de significado.

Es divertido, se puede intuir de manera bastante precisa en qué estado se encuentra un hombre sólo por su forma de sentarse muy cerca en la cama. En algunos, la inmovilidad completa traiciona un deseo sordo, paralizante. En otros no pasa sino poco tiempo antes del comienzo de las caricias —la impaciencia infantil—. Y en Monsieur, algunos segundos ardientes sintiendo su mirada en mi espalda a medio destapar, de sospechar la lenta erección de una mano en el aire y luego su aterrizaje sobre mi nuca, todo con apariencia de una fluidez sin rodeos. Oía su respiración, de una calma olímpica. Perfecto dominio aparente de la situación. El roce de la tela de su traje, el tintineo de su reloj en la muñeca, toda una sucesión de percepciones anodinas que me desvelaban a un hombre todavía profundamente civilizado, el mismo que había tenido que cruzarse con el recepcionista, dos pisos más abajo. Incluso los dedos posados en mi cuello parecían vestidos, con una frialdad elegante. Por varios minutos revolotearon a lo largo de mi columna vertebral, caricias todavía perfectamente desconocidas, que me dejaron llena de un desconcierto sordo.

Todo París parecía contener la respiración.

La ínfima parte de mi cerebro que no estaba absorta en el trayecto de sus dedos finos sobre mis omoplatos trabajaba a pleno rendimiento: intentaba encontrar un contacto familiar, un detalle que hubiese situado esas falanges en una cronología y las

hubiese asociado a recuerdos, a emociones. Lograr determinar cómo podía estar tan segura de que esas manos fueran de verdad las suyas, y no las de un desconocido que hubiese subido al azar a mi habitación; porque esas caricias no eran en nada anónimas.

Cuando la gran palma de cornamenta vibrátil se abrió para envolver una de mis nalgas, me estiré como un gato, imitando a la perfección el despertar repentino de una niña tras un sueño definitivamente muy pesado. Monsieur comprendió entonces que lo sabía, que lo sentía, y susurró algo que los crujidos de las sábanas me impidieron comprender —pero reconocí la voz, profunda y rasgada como las de los hombres que te vuelven loca.

Daban las diez en un campanario lejano mientras Monsieur, tumbado, incrustado casi en la curva de mi espalda, dibujaba mi cuerpo con la punta de los dedos —y yo proseguía con mi lento proceso de reconocimiento—. Sobre el hombro, la suavidad de una mejilla recién afeitada, el estallido mudo de un beso de esa boca como un punto luminoso en medio de la niebla. Monsieur no decía nada. Sólo respiraba, atemperando con su respiración regular mis sofocos rituales de estupefacción. Parecía ignorar qué tortura podía provocar la sensación de una hebilla de cinturón únicamente calentada por su polla dura bajo la tela del traje, a qué violencia exhortaba. Estaba aterrada sólo de pensar en volverme y verlo, por culpa de ese deseo muy cerebral que tenía de él, una especie de sabia mezcla de atracción y de repulsión imposible de explicar. La paciencia de Monsieur estaba más allá de mis límites —no haber visto mi rostro no era un problema, o no manifiestamente—, pero al igual que yo absorbía la belleza y la lascivia allá donde se encontrasen, sin tratar de tener un juicio global. Yo sólo sabía que esas manos eran suaves, que esa piel olía bien y, como la belleza anida en tan ínfimos detalles, me parecía que Monsieur en su conjunto no me decepcionaría.

Al principio creí que podía jugar con él como con cualquier otro de mis amantes en la treintena, llevar las riendas y volverlo medio loco de deseo ondeando intencionadamente las nalgas contra su polla en tensión; pero ponía en mí una mirada que mezclaba perfectamente el deseo crudo y esa ternura de adulto ante mi lubricidad teatral... y me vi desarmada. Supe entonces que Monsieur podía fingir que me daba el poder, pero que eso no sería nunca más que una ilusión: aun en silencio, aun de espaldas a mí, ese hombre tenía unos ojos que me dejaban atada de pies y manos.

De repente, sus dedos se volvieron locos, buscando pliegues y grietas, moviéndose por todos lados donde el calor de la habitación y la impaciencia me humedecían. Fuera de mi cuerpo, me veía resistiéndome como un conejillo de indias para evitar la investigación, pero Monsieur me inmovilizó con un brazo y de una sola vez estaba desnuda, abiertas las piernas, ofrecidas las nalgas, hendido el vientre —y mis tentativas encarnizadas por librarme de su presa no producían más que un

estremecimiento de animal trabado—. La luz del día, incluso ensombrecida por las cortinas, era tal que así colocada no tenía ningún secreto para él. A la distancia a la que se mantenía, era imposible que Monsieur no viese lo caliente y húmeda que estaba.

(La habitación olía a madera vieja encerada y a polvo, pero no al olor agresivo y sofocante que adopta a veces. Un olor milenario y extrañamente familiar de casa burguesa que la cera no hubiese podido nunca eclipsar. Monsieur tenía una mano contra mi boca, pero el aroma de esa habitación era el único que me llegaba, aunque tragaba cada bocanada de aire con exasperación, balbuciendo «no, no» en la manga de su traje).

Mis mejillas alcanzaron una temperatura inédita cuando sentí con gran intensidad cómo Monsieur miraba entre mis piernas —esa mirada inaprensible que tienen los hombres para esa región del cuerpo de una mujer— y ese instante de tensión que unía sus ojos y sus dedos me pareció simple y llanamente interminable. Supongo que era una mirada de amor, puesto que nunca vi otra cosa en su cara cuando abría mis muslos cada martes por la mañana: pero era un amor por amansar, que intimidaba por lo novedoso, ardiente y crudo, que no existía para mí más que en los versos de Apollinaire o en los colores de Coubert. Fue en ese momento, creo, cuando comencé a decirme que Monsieur no podría sino gustarme, independientemente de toda consideración física, sólo por ese amor ardiente de deseo y de admiración piadosa, que había creído mitológica. Y que no lo era.

Por fin, me tocó —y en mi incomodidad y estupefacción fue entonces cuando supe que ese hombre me gustaba—. Y que me gustaba que sintiera que estaba apretando su pulgar, dura bajo su índice, hinchada en su palma, mientras me tocaba como a una muñeca o a un lienzo, con una precisión y una intuición que la admiración no lograba embotar. La seguridad de esa mano de hombre en mi pelo y mi encaje.

Monsieur se quedó desnudo en un suspiro —y no puedo escribir estas palabras o las siguientes sin ser presa de una gran contracción de todo mi cuerpo, ante el recuerdo de su calor contra mi calor, ante el recuerdo paralizante de su polla contra mis nalgas—. No tengo ni la más mínima idea de qué poder disponía para desvestirse tan rápido, casi sin ruido. La cosa no le había llevado más de unos segundos, y nunca supe si había que sentirse halagada u ofendida por ese apresuramiento primitivo... al haber crecido bajo hombres cuyo refinamiento sólo llegaba a un lento secuestro de nuestras ropas respectivas. Apenas tuve tiempo de reflexionar sobre ese tema; de repente la sombra inmensa de Monsieur se perfiló en mi espalda. Lo sentí tenso al borde del abismo, luego la habitación se derritió a nuestro alrededor como algodón de azúcar. Justo en el momento en que me penetró, abrí los ojos para no ver más que sus manos puestas de un lado al otro de mis caderas, unas manos largas y finas, el destello elocuente de la alianza: esas manos entraron entonces en mi mundo, para no volver a salir jamás de él.

Si hay una cosa que nunca le he perdonado a Monsieur —una entre cien—, es probablemente haberme penetrado a pelo esa primera mañana, demasiado rápido para que pudiera ni siquiera oponer un veto, y haber creado así ese malentendido que más tarde me perdería: la idea de que debía ser la única a sus ojos para merecer correr ese riesgo (los peligros se extendían por supuesto a la mujer de Monsieur, a quien no le sentaría demasiado bien, indudablemente, enterarse un día de que me debía una gonorrea). Mentiría si dijera que esa turbadora desnudez adicional me preocupó más de unos segundos, pues Monsieur me penetró centímetro a centímetro, lenta y muy fuertemente a la vez, hasta alcanzar el fondo de mi vientre con un ruido húmedo de succión que me anonadó, un ruido como de película porno. Recé tontamente porque no lo hubiese oído, pero el silencio a nuestro alrededor era tal que no se le hubiese podido escapar nada a Monsieur, nada en todo caso en lo concerniente a mis nalgas o a ese lugar ardiente donde se confundían su cuerpo y el mío.

Dos meses después, hace un calor abrumador y estoy sentada en mi escritorio con la misma combinación que llevaba ese martes; escribo como si fuera un largo envenenamiento, y me siento tan tonta de tener solamente el recuerdo de la Penetración (palabra que vio pervertido su sentido por la exquisita lascivia de Monsieur —y que, realmente, no necesita una mayúscula para sonar como un réquiem—). Lo he olvidado todo de ese primer abrazo, exceptuando su comienzo y su final, porque estaba demasiado ocupada maravillándome de lo llena que me sentía de aquel hombre, llena de esa polla precisa que se había puesto tan dura sólo para mí. Y nos contemplaba hasta el punto de no haber conservado ningún recuerdo de placer o desagrado —lo bastante en cambio para que una vez acostada jadeante contra él hubiese tenido ganas de ver otra vez, y otra vez, y otra vez a ese hombre—. Monsieur ardía completamente con un increíble potencial sexual, dejándome adivinar mundos desconocidos que entreveía sólo lo suficiente como para querer abrirle de par en par las puertas. Conservo retazos: yo sentada sobre él y perdiendo a cada segundo la esperanza de haberle arrebatado temporalmente su dominio. Yo arrastrándome a lo largo de su vientre con las aletas de la nariz abiertas —vientre plano que nunca había conocido régimen alguno, piel suave y firme de hombre delgado, que los años, no obstante, habían redibujado, de manera casi invisible a simple vista, perceptible únicamente contra mis mejillas y bajo mis dedos.

Sé que abarqué a Monsieur con una mirada de conjunto justo antes de metérmela en la boca —por fin, miré su cuerpo, fascinada como tengo por costumbre ante la falta de pudor de los hombres en erección, ante incluso ese orgullo por su espectacular desnudez—. Monsieur tenía las piernas bastante separadas para que pudiera acomodarme allí, y bajo el roce de mis pestañas distinguía la seda morena de donde surgía su polla como un signo de exclamación. Su sabor mezclado al mío en proporciones tan secretas y diabólicas como la receta de la Coca-Cola. No me atrevía

a hacer alarde de mi erudición en ese ámbito; peor aún, de repente estaba desprovista de toda erudición. Por tentadora que fuese la idea de impresionar a Monsieur por mi conocimiento y mi amor al cuerpo masculino, no podía resolverme a mostrarle que, a pesar de mis veinte años, era, tal vez, tan viciosa como él.

Un breve recuerdo cuya crudeza acaba conmigo: al cabo de solamente unos segundos, salió de mi boca y me tumbó bruscamente boca abajo, tan rápido que, en el momento en que grité mordiendo el pulpejo de su mano, por mis pechos corría ya esa mezcla de saliva y de semen que no había podido contener. Me pareció entonces que Monsieur hablaba, y sin comprender ni una sola palabra estaba casi a punto de saltar de excitación, Dios mío, revolcarme en las cerdadas de esa voz, de esa voz todavía sin rostro... Me sentí humillada al constatar que en realidad Monsieur no decía nada, entregado a su contemplación, entregado a mi respiración que se quebraba. Lo que había tomado por insultos no era más que el ruido de su polla entrando y saliendo profundamente de mí, el de su vientre que se golpeaba contra mis nalgas —e hizo falta que retorciere el cuello para despejar toda duda: mi culo temblaba a cada embestida—, pero Monsieur me quitaba toda veleidad de impedirselo, con sus manos abiertas y sus uñas clavadas en mi carne. Incluso con el pobre ángulo del que disponía, veía su sexo cuando se deslizaba casi por entero dentro de mí, y el sonido que producía al golpear al fondo de mi coño hubiese podido tener una forma y un color. Estaba tan avergonzada, pero tan espantosamente excitada a la vez, que me puse a gritar más fuerte todavía, en primer lugar para disimular esos ruidos lo mejor posible; pero lo que salió de mi garganta no tenía para nada la sofisticación esperada, parecía ser el eco exacto de los movimientos de Monsieur, el eco de su fuerza y de su intensidad, su vehemencia estupefacta. Gritos de perra.

Luego Monsieur, de repente, se apartó de mí y me quedé abierta, rosa y derrotada, convulsa ante sus ojos, antes de que me tumbase boca abajo; justo antes de cerrar los párpados, tuve mi primer vistazo, insostenible, de quién era ese hombre que se agarraba la polla con la mano mientras me acariciaba el cuerpo con la mirada.

Conocí el sabor del semen de Monsieur bastante antes de reconocer por fin su rostro, de abrir los ojos y de verlo, de verlo realmente. Ante el olor fuerte de su esperma levanté un párpado temeroso, y de repente existía. Sus grandes ojos grises tenían esa gravedad sensual levantina que compartía con su hijo mayor (descubierto en foto unos días antes) y la boca sin su redondez, sin su suavidad, hablaba a gritos de su propensión al amor y al placer. Su nariz se precipitaba entre ambos de manera perfecta, una nariz para deslizarse entre mis muslos y para montar en mi cuello. Monsieur entero era una invitación a retorcerse como una gata ante su mirada. ¿O a lo mejor era esa confesión del triunfo, corriendo por mis mejillas hasta el acueducto de mis labios, lo que corrompía mi percepción?

¿Quién era usted, Monsieur? ¿Quién era usted, exactamente? ¿Qué tenía en las tripas para convertir un martes ordinario en lo que es ahora en mi cabeza? Si hubiese estado en su lugar, hay muchas posibilidades de que no me hubiera atrevido a empujar la puerta de su habitación, en todo caso no con la seguridad con que usted lo hizo, con ese aire de creer que yo era de su propiedad, ese aire de haber tenido hambre de mí toda su vida. Contemplaba, hablando con propiedad, la manera con la que se movía cerca de la cama, con la que se apropiaba de mi mundo. Me dejé invadir sin la más mínima protesta: esa habitación no había sido nunca sino de nosotros dos.

¿Recuerda cómo pasaron los veinte minutos después de hacerlo? Estaba pegada a su pecho, tratando discretamente de secar su semen con la manta, pero creyendo que intentaba rehuirle me retenía con una mano: «¡Pero quédate aquí!».

Mimos forzosos, en suma. Creo no le cogí el gusto a eso sino mucho tiempo después, cuando ya no estaba más allí para obligarme a la ternura. Triste, ¿no?

Durante largo rato no dijimos nada. Tenía miedo de cruzarme de nuevo con sus ojos. Estaba volviendo en mí. Estudiaba la densidad singular de ese silencio. Pero fui, de todas formas, yo quien habló la primera.

—Así que ha venido.

No porque no se me hubiese ocurrido nada mejor que decir; sólo porque todavía estaba alucinada de que hubiese tenido agallas de irse temprano de su casa y recorrer esas callejuelas extrañas que separan el Barrio Latino de Convention, sabiendo a ciencia cierta lo que iba a encontrar al subir los dos pisos de escalones tortuosos de ese minúsculo hotel. De que el riesgo que corría, después de esos cuatro días excitándose con unos SMS, le hubiese parecido finalmente —como a mí— demasiado tentador como para echarse atrás.

Sería incapaz de recordar todas las sutilezas de nuestro diálogo de entonces, y es una pena: ¡qué no daría yo por poder repasar hasta el infinito la película de esa primera mañana en sus brazos! Escuchaba el tono de su voz, que era como música para mí. La voz perfecta de los amantes sin rostro que me masajearon durante diez minutos las noches en que me costaba dormirme. Y luego, me dejó sin habla por primera vez.

—¿No te imaginabas que pasaría así?

—¿Así cómo?

—Que sería así. ¿Pensabas que sería tan dulce?

(Tan dulce, Monsieur. Qué término tan exacto).

—¿Que entraría sin ruido en tu habitación, que te acariciaría, que esperaría a que te despertaras? Hubiese podido entrar totalmente en tromba, precipitarme sobre ti y violarte. Desgarrarte las bragas y sodomizarte.

¡Sodomizar! ¡Monsieur! ¡Menuda idea se le ocurrió entonces! Sin haber tenido un recuerdo especialmente imperecedero, creo que mis orejas debieron replegarse hacia el interior de mi cabeza. Tuve un espasmo de asco breve, pensé que «encular» hubiese sonado mucho mejor en su boca (tuvimos pruebas de ello, un poco más tarde,

cuando lo murmuró encima de mí otro de nuestros martes por la mañana). Todo, menos «sodomizar». Un día, Monsieur, entraré en la Academia Francesa y tacharé esa palabra del diccionario, aunque sea la única cosa que haga allí.

¿Se acuerda de que, más tarde, me soltó a su pesar, y me puse esa combinación de estampado *liberty*, enrollada a la cintura? Encendí un cigarrillo, y durante una eternidad, acodada en las patas de hierro forjado de la cama, me pavoneé ante sus ojos como una completa golfilla, sin dejar un segundo de acariciarme los pezones. Sus ojos, ardiendo por una inteligente aprobación, me envolvían como una manta. Podía estudiarme a mí misma en el gran espejo que tenía enfrente y, con mi cigarrillo en la boca, ensayaba posturas mientras le hablaba de libros, de la universidad, de mis amigos que me habían hecho compañía la víspera. Un auténtico *ballet* de muslos abiertos, de piruetas afectadas ejecutadas sobre la punta de los pies, de contorsiones contra la barra de metal y de amagos para «recoger mis horquillas» (mostrarle mis nalgas). Tenía todavía usted esa sonrisa de ternura a la vez sexual y paternal, que armonizaba completamente con la situación; no hacía sino coronar mi juventud y su madurez con una insolencia perfecta. Monsieur tumbado como un rey en una cama de hotel alrededor de la cual mariposeaba su Mesalina postadolescente medio desnuda, todavía abierta por su homenaje.

Era una mañana como sólo las hay en mayo; el sol subía lentamente al cielo, pero el tiempo parecía suspendido, inmutable.

Paraba algunas veces la conversación para exclamar, repentinamente serio:

—¡Pero qué guapa eres!

Y yo me sentía brillar en medio de toda esa luz. (Más tarde, se preguntaría cómo pude implicarme tanto en esta historia, y acabar apasionándome por usted. Esa adoración mezclada con desconfianza que le manifestaba le dejaba estupefacto, incapaz de determinar por qué los roles tradicionales se habían invertido de manera tan brusca. En realidad, no lo sé mejor que usted; pero estoy más o menos convencida de que sus cumplidos y ese amor escondido tras sus bonitos ojos oscuros tienen mucho que ver).

Luego me volví a acostar contra usted, encajada entre sus rodillas y sus brazos, y usted envolvió con una mano mi pecho derecho.

—Se va a sentir tan sola, tu tetita, cuando me vaya —predijo.

Y la verdad es que hubo que esperar todavía una semana para echar de menos esas caricias, al igual que el resto. Recuerde: atracción, repulsión. Me fascinaba. Esa moralidad deformada por amor al vicio que adivinaba tenía el atractivo insoportable de las cosas tóxicas. Y como mis manos se acercaban a sus caderas sin tocarlas realmente, como no me atrevía más que a comérmelo con los ojos, me acurrucaba contra usted, me acariciaba el pelo, como si nunca hubiese tenido motivo para inquietarme. Como si no hubiese nada paradójico en el acto de correrse en mi cara y luego hacerme mimos. Cuando me quedaba sin moverme cerca de usted varios minutos seguidos, tenía la impresión de estar ardiendo. No me entendía; mis

incesantes idas y venidas de la cama a la ventana lo exasperaban, cada vez más a medida que el tiempo pasaba y se le volvía a poner dura. Debía de saber muy bien hasta qué punto podía estar impresionada por usted. El día anterior, me había dignado a mandar un SMS especialmente honesto: «De todos modos, tengo un poco de miedo».

El lobo feroz que era usted había respondido: «No tenga miedo, soy lo más bueno del mundo».

Pero bien sabía usted que eso era mentira, Monsieur. Bien sabía que su dulzura, su ternura, incluso, no tenían nada que ver con esa pretendida bondad. No hacía más que coger carrerilla para saltar mejor. Lo veía en sus ojos mientras al hablar improvisábamos un concurso de quién le apartaría la mirada al otro en último lugar. Concurso que perdí miserablemente.

Me había dejado huir, con cara de diversión. No pierdes nada por esperar, decían sus encantadoras cejas; obligado a la tranquilidad, sacó de su maletín de cirujano una edición muy antigua de un Mandiargues que me encantaba, protegida por un pequeño y exquisito estuche azul ultramar de cartón. No tiene idea, Monsieur, de lo que pude vivir entonces: era como la mañana de Navidad. De acuerdo, había acudido a usted por su amor a la literatura erótica, pero tener la confirmación de ello de una manera tan bonita... era un poco como un regalo de Papá Noel en pleno mes de mayo. Apenas me atrevía a hojear las páginas amarillentas, daba gritos como una niña en Disneyland, con los ojos como platos. Luego, al cabo de un interminable rato, se lo devolví, un poco triste por haber accedido a su mundo de libros raros y ediciones excepcionales. Y usted, a mí, que me dejaba las manos en una tienda de flores por cuatrocientos euros al mes, a mí que dormía rodeada de ediciones de bolsillo para estudiantes, me dijo:

—No, quédatelo. Es para ti, te lo regalo.

Y por mucho que protestara, gritase como una posesa mientras le tendía el objeto de manera histérica, me lo apretó contra el pecho con una sonrisa tal que no pude sino aceptarlo bajando la mirada, al principio indignada sólo de pensar en ponerlo en mi mochila para el viaje de vuelta, entre mi ordenador y mi neceser, conviviendo *El inglés* de mala gana con un tubo de dentífrico mal cerrado.

(¿Sabe usted lo que hice al volver a mi casa, aislándome de mis padres en mi habitación rosa del sótano? Rasgué un trocito de papel y, entre las páginas divinas de Mandiargues, deslicé una nota garabateada con bolígrafo: «regalado por C. S. el 3/5/09». Era una mujer mundana elaborando la lista de regalos de sus pretendientes). Por un instante, pude sentirme como una cortesana. Y luego casi me ufané de ello; ni siquiera Zola había encontrado nada tan maravilloso como una cortesana pagada a golpe de libros raros.

Cuando me volvió a penetrar, en posición fetal, estaba concentrada en el olor a mango demasiado maduro que perfumaba el cuarto, lo sentía deslizarse sobre mí como el aceite, sus notas embriagadoras de trementina y de alcohol mezclándose con

el Guerlain de sus manos (su perfume dulce y cautivador de mujeriego). Apenas me atrevía a abrir los ojos; ver algo le hubiese quitado probablemente la magia a esa sensación cruel de saciedad luego de la hambruna, esa impresión de llamarlo sollozando, sin ruido, cada vez que salía de mí. ¿Sabía que nuestros cuerpos se entenderían tan bien? Yo no tenía más que una idea muy vaga de ello: sin conocerlo, por supuesto era gratificante imaginarse una ósmosis así. No era el placer lo que me aturdí, sino más bien esa fluidez con la que follábamos, esa comunión de movimientos orquestados con una sensualidad hipnótica, el encadenamiento perfecto de su respiración y la mía. Yo, Ellie, veinte años, cuerpecito rollizo al que le costaba desembarazarse de sus redondeces infantiles, y usted, Monsieur, sus cuarenta y seis años de caricias y de labios pesados, juntos en una cama clandestina, a la hora en que toda la gente que conocemos se va a trabajar. Se corrió en mí con un último grito, mientras que lo estrechaba como un cascanueces con todos mis músculos.

—Menos mal que tengo un diu —sonreí después saltando sentada encima de ti—. Menos mal que tomo precauciones. Ni siquiera me has preguntado si podías correrte dentro sin riesgos.

—Me imaginaba que tenías cuidado —me respondiste pellizcándome los pezones.

—No puedes saber si estoy sana. Lo más probable es que me acueste con cualquiera sin condón.

—Pero no lo haces —zanjaste, sin más énfasis.

Estaba patidifusa. Ya no sabía qué decir ante esa despreocupación de adolescente. Así que tomé la decisión de adoptar el mismo comportamiento que tú: fuera Andréa, los riesgos, tu mujer. Lo había apostado todo al hecho de que estabas casado y que, teórica, muy teóricamente, no podías permitirte cargar con una serología mediocre. Ése fue mi primer paso en falso.

—Ven a verme operar —me pediste unos minutos después, mientras mordías mi cuello.

Se trataba de correr el riesgo enorme de reunirme contigo en la antigua clínica de mi tío, en una parte muy mona de Marais, donde hordas enteras de enfermeras pudieran reconocer en mí a la niñita con zapatitos de charol que corría por los pasillos durante las visitas del buen doctor Cantrel. Se trataba de inventar un trabajo para la universidad a fin de justificar mi presencia, mentirle a una veintena larga de personas y no tener ningún escrúpulo en exhibir hasta en la asepsia del quirófano la tensión sexual y la inmoralidad de nuestra historia. Mantener hasta el final el papel de cortesana y de su amante cirujano en un territorio necesariamente hostil.

—¡Con mucho gusto! —respondí simplemente.

Luego te fuiste, en plena conversación apasionada, cuyo final anunció tu maldito teléfono. Salté de la cama, en un alud de cojines y almohadas, soltando un chillido que me quitó diez años:

—¡No! ¡Quédate un rato más!

Y, no obstante, tenía prisa, curiosamente, por encontrarme sola y deshojar mis recuerdos como en un herbario. En tu presencia no podía pensar en nada: me contentaba con acumular imágenes precisas de ti, fragmentos de frases y tu voz grave de lujuria satisfecha pero constantemente despierta. A lo mejor sabía ya que ese peso que tiene el aire cerca de ti me iba a faltar.

—No puedo, cariño. Tengo que ir a trabajar. Pero créeme...

Nueva mirada complaciente, henchida de incredulidad.

—... no tengo las más mínimas ganas de hacerlo.

Y, de hecho, oiría muchas otras, de esas excusas estereotipadas que subrayaban nuestra precariedad, esos paréntesis que enmarcaban nuestra historia. ¿Vivimos alguna vez sin guion? Recuerda tu huida, después de una larga mirada grave a mitad de carrera desde la escalera, yo plantada con los pechos desnudos en el rellano, en el marco de la puerta todavía humeando de vicio. Parecía que salías de escena. Una vez sola en esa habitación a la que tu maniobra de distracción repentina había traumatizado, adopté la actitud de una actriz después de un espectáculo, volví a embalar mi maquillaje, volví a doblar todos mis vestidos, cansada y feliz. Fumé sola, sentada encima de la cama ante la ventana abierta, me moría de hambre. Físicamente me sentía como después de mi primera vez, el mismo cansancio inimitable; un deseo imposible de hablar, de llenarme de galletas, patatas fritas, cacahuetes, cerveza con limón y natillas Mont Blanc, para sentirme entera de nuevo.

Pero una vez llegué a mi casa, después de haber tirado mis bolsas encima de la cama, no tuve fuerzas de volver a subir a la cocina. Tumbada bajo la manta, cerré los ojos tal vez un momento para sacar fuerzas y poner una cacerola a calentar —me desperté a las cinco de la tarde, en plena forma—. Mi hermana, al verme empapar medio paquete de galletas Príncipe en leche fría (y mis ojeras malvas de maquillaje y de cansancio), frunció el ceño.

—¿Algún problema? —me atreví a decir en un tono que quizá sonó un poco agresivo.

Estaba a mi lado en la mesa, y oí con mucha claridad el ruido de las aletas de la nariz que husmeaban el aire... y las pruebas.

—No, ninguno —me respondió sin mirarme, y supe que lo sabía.

No dije nada. Mi cuerpo hablaba por mí.

Te escribo desde la gran cama fría de mi cuartito, en casa de mis padres (una pena que no puedas venir aquí —demasiado peligroso—, pues he colgado un inmenso espejo a la pared que da a mi cabecera, y las imágenes que se pueden recrear en él son eminentemente picantes).

Pensaba hacer el informe detallado de esta mañana, pero creo que todo lo que podría decir no hará sino debilitar lo que pienso. No tengo ningunas ganas de hacer que palidezca esta mañana embrollándome con adjetivos superlativos impostados. De todas formas, todo era ya superlativo.

Me siento llena de vicio. Repleta de ideas infernales. Sobre todo desde que leí el fragmento de *El coño de Irène*. Tengo en una estima sin límites a los hombres a quienes les gustan los coños, porque he oído muchas veces cosas desagradables por parte de los hombres de mi generación (e incluso más viejos, vaya). Aunque no me concerniese directamente, no hubiese tolerado un solo comentario negativo sobre mi coño, pero sé, por haberlo hablado con amigas, que a muchos hombres de veinte, veinticinco años, les parece feo. Así que a lo mejor soy subjetiva, al haberme pasado veinte años de mi vida con eso entre las piernas (y no es algo que esté a punto de cambiar, visto el uso maravilloso que hago de él), pero por esa razón decidí que no me acostaría nunca más con hombres que no manifiesten la más mínima ternura por esa parte del cuerpo femenino. Si me paso la vida adorando literalmente las formas del cuerpo masculino, creo que me merezco al menos que me paguen con la misma moneda. Además, si fuera un hombre, creo que antes incluso de follar con una chica me tomaría por lo menos cinco minutos para mirarlo. Quiero decir, mirarlo de verdad. Aunque no fuese más que por prudencia; me quedo pasmada al ver que muchos están dispuestos a meter su polla dentro totalmente confiados, cuando ni siquiera se ve el interior, y podría haber allí cualquier cosa peligrosa. Del tipo colmillos acerados. No sólo es verdaderamente absurdo, sino que además es ofensivo.

Cuando te digo que tengo la cabeza en otra parte es porque un antiguo amante está hablándome de sexo por Facebook y me he desconectado en el acto para no tener que hacerme la melosa. No tengo ni las más mínimas ganas de hablar con él hoy.

He estado reflexionando, creo que más vale no poner a mi tío al corriente si voy al quirófano el miércoles. Primero porque se encuentra en Inglaterra y está ilocalizable, pero además porque me diría probablemente que no puedo ver las operaciones ahora que él ya no trabaja allí. Y resulta bastante delicado insistir diciendo «pero hay una manera de entrar, por ejemplo gracias a tu amigo...». He hablado demasiado de ti últimamente para parecer creíble. Dime cómo lo ves tú; aunque me extrañaría mucho que los anestelistas o las enfermeras telefonasen a mi tío para contarle que estoy en el quirófano. Y además hago lo que quiero. Para Philippe todavía tengo cuatro años, un Chupa Chups de fresa en la boca y me paso el día brincando en los jardines de Luxemburgo con un globo hinchado con helio: no se enterará de nada.

En fin, dime cómo lo ves tú. A lo mejor lo tienes más claro que yo.

He mentido, he dormido muy mal esta noche, no he dejado de despertarme para mirar la hora que era. A las seis me he levantado mal que bien para darme una ducha y no he vuelto a dormirme hasta las nueve y media. La angustia me daba calambres en los riñones cada vez que cerraba los ojos. Y figúrate, he soñado contigo. Hasta he creído que sucedía de verdad, habías venido junto a mí en la cama y sentía tu muslo entre mis piernas, estaba totalmente excitada. Cuando he abierto los ojos, he visto que estaba sola, que el sol apenas había salido —y tenía el corazón palpitante esperando que llegaras—. Estaba mejor, justo donde quería estar desde hacía cinco días.

Voy a hacer una microsiesta antes de prepararme la comida de esta noche (comida que tengo tantas ganas de preparar como de clavarme a mí misma palillos de dientes bajo las uñas), te escribiré un poco más detenidamente después...

Ellie

P. D.: Me acabo de dar un baño y me he encontrado un pelo tuyo. Adivina dónde. No es muy duro.

Menos mal que mi madre está durmiendo todavía. Realmente no sé cómo hubiese podido explicar lo de mi ropa, un miércoles por la mañana en plena huelga estudiantil. A las ocho en punto. Sin ni siquiera darme cuenta, me he puesto un perfecto disfraz de cortesana. A lo mejor la gente de alrededor no se da cuenta, pero yo lo siento así. Sólo hay que ver lo que les cuesta a mis pantorrillas, con esos tacones que no me pongo más que para salir y esa falda que se diría expresamente diseñada para ser remangada de prisa y corriendo.

Pesco un taxi, lo que me parece entrar por la puerta grande a ese barrio respetable de Marais. Y, de todas formas, ya voy tarde. Veinte minutos largos. Hasta la estación de Lyon, vigilo alternativamente la hora y el taxímetro, y mi móvil que todavía no suena. Me entra miedo. No sé ni siquiera ser una amante decente. Tengo veinte años, todo me resbala, me paso la vida durmiendo: debería llegar antes que Monsieur a todas partes.

Y luego, no sé por qué todo cambia así, veo la iglesia de Saint-Paul, sus tejas centelleantes al sol ya cálido del amanecer, todos esos gilipollas de traje que van a enterrarse en sus oficinas de dos metros cuadrados, mientras yo llevo una falda amplia y unos tacones para ir a ver a ese hombre que me ha penetrado hace años (o días), con su uniforme de médico, riéndose alegremente en las narices del peligro que representan las enfermeras y todos los doctores que han cenado en casa de mi tío cuando tenía cinco años y nada más que tonterías en la cabeza. Tengo que hablar con alguien. Tengo que llamar a alguien, si no grito de alegría y de nervios, si no estallo. Tengo que llamar a Babette. Son las nueve menos diez y todo esto va a matarme, pero qué le voy a hacer.

Babette ha debido de acostarse tarde y fumar mucho con su novio. Me responde con una voz de encargada de apuestas deportivas.

—¿Es importante? Si no me vuelvo a dormir mientras me hablas.

—No te vuelvas a dormir, ¡tengo que compartir este instante de alegría contigo! Estoy pataleando de impaciencia, acodada en la ventana mientras pasa la calle de Rivoli.

Babette resopla al otro lado del teléfono. Conociéndola, debe de estar sentándose ya con las piernas cruzadas y encendiéndose un Lucky Strike. Babette me gusta. Inès hubiese colgado sin ningún escrúpulo.

—Adivina dónde estoy.

—No tengo ni idea. En alguna parte donde eres feliz, como un gusano.

—Estoy en un taxi, cerca de Saint-Paul, y voy a asistir a una operación de Monsieur en la clínica.

Pasa medio segundo sin que Babette produzca el más mínimo sonido. Me consterno yo sola.

—Y... no sé... tenía ganas de decirle a alguien que pudiera comprenderlo que

estoy desbordada por una oleada de intensa alegría. Aunque fugaz, desde que te comportas como una aguafiestas al otro lado del teléfono.

—Me estoy despertando, te informo. O más bien, emerjo del sueño para ti unos segundos. ¿Así que vas a ver a Monsieur?

—Exactamente.

—¡Pero si lo viste ayer! —chilló como si en ese momento fuese su turno—. ¡Estás desbocada!

—Le he prometido ir al quirófano a ver cómo opera.

—Y te justificas como si satisficieras uno de sus caprichos.

—Es un poco eso... —admito a la vez avergonzada y orgullosa de haberme convertido en un capricho.

Los caprichos están infravalorados por la manera en la que arden, como un fuego de artificio, por la falta de madurez que sugieren; pero eso es olvidar demasiado rápido qué empuje le dan a la vida, qué intenso arranque hacia lo que nos parece lo más bello, o lo mejor. Después de todo, con veinte años, ¿qué otra cosa podría hacer? Prefiero consumir a Monsieur como la yesca antes de no ser para él más que un cuerpecito que solamente existe al calor de una cama de hotel. Me importa bien poco levantarme a las siete y media un día de huelga y hacerme un hueco en la agenda de Monsieur sólo porque quiere ver en mis ojos tanta admiración como deseo. Pero Babette no tiene la misma concepción de las cosas.

—Me has matado, amiga. Estaba volando como una gaviota en un cielo sin nubes, e intentas dispararme desde el inicio de la conversación.

—En absoluto. De todas formas, sabes perfectamente que esto no va a ninguna parte. Más vale sacar todo lo que puedas mientras dure.

—Te ha dolido decirme eso, ¿no?

Justo en el momento de mandar al taxista a la calle Roi-de-Sicile (nos acercamos, estoy al borde del síncope), Babette rompe a reír con una risa fresca para recordarme cuánto la quiero.

—Sólo quiero no tener que recogerte con una cucharilla. Pero vete, anda, a tirarle fichas y a hacerte pellizcar las peras por Monsieur por debajo de tu horrible pijama azul.

—¿Me das tu bendición? Justo ahí, a la derecha, por favor.

—Superbendición. Voy a arrepentirme cuando tengas los ojos completamente húmedos, pero somos cigarras: ninguna clarividencia en cuanto al porvenir. O más bien sí, clarividencia completa. Pero nos la suda. Dos semanas de infelicidad por dos segundos de placer, no pasa nada, nos lanzamos de cabeza.

—Ok, voy a colgarte ya. En primer lugar, porque estoy delante de la clínica y, en segundo lugar, porque vas a empezar a aguarne la fiesta.

—Eso, pírate. Ve a emborracharte de felicidad como una cigarra harapienta.

Me río con franqueza, pero siento ya que esa última frase de Babette va a pesarme en la conciencia toda la mañana, sin por supuesto lograr sacarme del atolladero que

constituyen Monsieur y sus exigencias de bebé cirujano. Salgo del taxi con un juego de piernas pésimo, y ya está, ya estoy aquí, en la clínica, acuérdate, Ellie, hace diez años hubieses hecho cualquier cosa para no estar ahí, y ahora acabas de pagar treinta euros para llegar lo más rápido posible.

En esa época, desaparecía por los pasillos para escapar de las visitas: veinte minutos sufriendo las caricias de enfermos emocionados por ver un ramillete de niñitas rubias colgadas de la bata del doctor Cantrel, en habitaciones que apestaban a éter y a dolor, a veces con un vistazo forzoso a enormes puntos de sutura sanguinolentos en las rodillas de viejas lloronas. Me acuerdo de cómo mi hermana Louise era incapaz de comerse el trozo de chocolate regalado por las enfermeras, arguyendo que tenía exactamente el mismo sabor de las costras monstruosas que acababa de ver en las tibias de un obrero argelino. Nos quedábamos escondidas durante horas —o lo que nos parecían horas— en la sala de descanso; Alice, intimidada por los doctores, ocultándose entre las piernas de Philippe. En mi gran aversión por las heridas y por el fuerte olor de los medicamentos, estaba fascinada más allá de las meras palabras por cómo lo miraba toda esa gente, el profundo respeto y la gratitud que mostraban —se podía ser, pues, un gran cirujano y correr con una pandilla de niños por las avenidas de Luxemburgo, o cogernos nuestras manitas pegajosas de palomitas para cruzar la calle Rennes—. Necesité que, muchos años más tarde, me hiciera entrar en el quirófano para que me diese cuenta de que tenía un médico en la familia. Fue también, y, sobre todo, la primera vez que me crucé con Monsieur —al menos, con el par de ojos grises anónimos que eran él entonces.

Segundo recuerdo de un careo real, poco tiempo atrás. Recordarlo, *a posteriori*, me da la impresión de ser un sueño —o de una escena de una buenísima película erótica—. Una fiesta por el cumpleaños de mi tío; alcanzaba apenas la barrera de los dieciocho años, y nunca nos habíamos prestado la más mínima atención.

(Es extraño, de todas formas: esos hombres amados existen mucho antes de que nuestra mirada y nuestra percepción cambien hasta el punto de hacerlos entrar en una esfera familiar).

Me hubiese gustado que él supiese ya, en esa época, que la rubita de instituto sentada a esa mesa no demasiado lejos de él tendría un día las piernas enroscadas en su espalda. Me hubiese gustado esa tensión insoportable, dejárselo caer durante una conversación muy formal «voy a ser su amante» y marcharme tal y como había ido, con mi uniforme de colegiala, dejándole la oportunidad de adivinar bajo la camiseta unos pechos, bajo toda mi ropa un cuerpo de mujer que acariciaría dos años más tarde. Deslizarme como una serpiente entre las mesas y las sillas para dejarle la impronta de mi olor y el movimiento del aire desplazado por mis manos. Me hubiese gustado saberlo ya entonces, sólo por estudiar su cuerpo con total impunidad, dirigirle la palabra y hacerlo reír, imaginarme desnuda contra él. Me imagino muy

bien la fiesta pasada siguiéndonos de habitación en habitación sin atrevernos nunca ni a un gesto; luego, en un rincón poco frecuentado de la casa, Monsieur y yo habríamos comenzado a hablar de literatura, él sentado en la silla de escritorio, yo con las piernas cruzadas encima de la cama en la otra punta. La puerta se quedaría abierta, no hubiese tolerado ningún sobreentendido, ninguna alusión peligrosa, no obstante esos pocos minutos furtivos lejos de los demás invitados habrían estado marcados por una insistente quemazón a la altura de los riñones. Monsieur es de esos que comprenden las miradas insinuantes de las chicas, cuando tienen esa edad en la que los hombres todavía dudan si devolverles una sonrisa con otra. Es de esos que captan los primeros rubores en las mejillas, esas primeras languideces en los ojos, y responde a ello con naturalidad, porque adivinan ya a las mujeres en las niñas.

«Ve a explicarle a tu tío que es por eso que te has plantado ante la puerta de la clínica hoy».

Llamo a Monsieur, al que sé sonriendo sin ni siquiera tener que ver su rostro: «Ya llego, cariño».

Una secretaria rubia me mira como si hubiese captado nuestra conversación. De ningún modo tengo ganas de dirigirle la palabra, o de justificar mi presencia. Me vuelvo hacia la ventana para tomarme mis últimas gotas de café, presa de los mismos calambres de angustia del martes por la mañana. El silencio en la salita azul es tan pesado que me pongo a tararear histéricamente leyendo los informes sobre higiene colgados en la pared. Alguien pasa andando por detrás de la puerta de la izquierda, la que lleva al quirófano. La secretaria, a pocos pasos de mí, patalea de impaciencia mientras finge clasificar unos papeles. Me gustaría tener la cara pixelada por completo, creo que me moriría si tuviera que buscar, en este instante, una razón para estar aquí, o peor, tener que contarle mi vida si reconociera a la sobrina del doctor Cantrel. Por suerte, cuando está a punto de abrir la boca, la puerta misteriosa se entorna y es Monsieur quien sale de ella, enorme con su ropa de cirujano, con el pelo metido en un gorro azul. Siento que se contiene de estrecharme en sus brazos, yo, por mi parte, me conformo con precipitarme hacia él, pero es evidente que me arden las mejillas y que me brillan los ojos, me siento, literalmente, brillar. La sonrisa de Monsieur es una caricia en mi cabello, aunque sus manos se queden recatadamente en sus bolsillos.

La clínica está diseñada de tal manera que somos totalmente invisibles durante algunos metros de pasillos tortuosos, y de inmediato, en ese lugar sin ley, Monsieur me salta encima, confundiendo su boca con la mía, violándome con la lengua en un paréntesis temporal que podría interpretarse como un desmayo, tanto me desoriento y pierdo la conciencia. Me someto un poco a ese beso que sabe tan fuerte a urgencia, que dice «no voy a poder aguantar si estás ahí entre toda esa gente y no debo besarte». Creo que acabo de comprender de dónde viene esta repulsión hábilmente

mezclada con la atracción magnética que hace de Monsieur un ser cargado de afectos paradójicos: al mismo tiempo que esta relación con un hombre tan brillante y sensual me fascina, logro olerme lo patético que puede haber en el hecho de acostarse con una chica tan joven a espaldas de su mujer y de sus niños. He llegado a tener la impresión de ser una presa demasiado fácil, de que Monsieur no sea tal vez tan gran cazador después de todo; aunque se defienda lo bastante bien para no parecerse a esos viejos que se dejan romper el corazón por jovencitas apenas salidas del instituto. A veces percibo tal desasosiego en ese deseo de hombre adulto que ya no sé si hay que sentirse halagada o si tener piedad de él. Me veo investida de un poder que podría utilizar con mucha habilidad, pero que me sobrepasa.

En el vestuario Monsieur me clava una mirada cargada de significado al tenderme un pijama. Mientras me esfuerzo por procurarme un poco de intimidad detrás de unas estanterías cojas, se apodera de mi bolso.

—Lo dejo en tu taquilla, cariño. Lleva sólo tu móvil contigo.

Mi corazón deja un momento de latir; escondida detrás de una taquilla, farfullo:

—¿Cómo me has llamado?

—Aquí llamo a todo el mundo «cariño» —explica Monsieur, al que tengo en este momento ganas de abofetear por esa falsa esperanza de tener ya un apelativo amoroso.

Una enfermera me ayuda a meter mi inmunda cola de caballo en el gorrito blanco. En este momento parezco un huevo, y delante del gran espejo trato de arreglarme todo lo que puedo mientras estoy al acecho de las idas y venidas de Monsieur. Tenía la impresión de ser discreta, pero estoy más o menos segura de que la morenita a mi lado se ha dado cuenta de todo. Ha debido de ver que quería volver a estar sexy antes de que Monsieur se volviera hacia mí —conque trato de gustarle—. No parece preguntarse por qué. Algo me dice que no soy la primera chica desconocida que cruza las puertas de este vestuario del brazo de Monsieur; no llegaría a lo mejor a comprometerse con esas señoritas de bata azul, pero deben de chismorrear entre ellas las maniobras del doctor S. Monsieur no es de los que sienten una especial incomodidad o escrúpulos, o de los que dejan de codiciar lo que les apetece: no tiene ningún miedo, está en su territorio. Las mujeres podrán decir lo que quieran, eso no le impide llevarme con él en ese ascensor tan alucinante que lleva al personal hasta el quirófano. Quiero decir, se ve a la legua: sólo estamos subiendo nosotros en él. Ellas deben de saber probablemente que, si se traiciona, es ahora. Y, por supuesto, en el momento en que las puertas se vuelven a cerrar, Monsieur, que me parece tan alto en cuanto me he pegado contra su pecho, me deja paralizada con un beso que sabe a las situaciones en las que nunca tendría que meterse —pero ese sabor no puede gran cosa contra la sensación que me provoca cuando desliza sus largas manos debajo de la parte de arriba de mi pijama, esa sensación de introducirse lentamente en un baño de agua hirviente que entumecería todos mis músculos—. Este hombre es un torbellino de dedos encima de mis pechos y en mi pantalón. Me encanta protestar, que no se

diga, con la cara adherida contra una de las paredes, la erección creciente de Monsieur rozándome la parte baja de la espalda; el problema es sólo que yo misma me excito, y él me excita terriblemente al rechazar mis espantadas. Así, justo en el momento en que el ascensor se detiene, respiro ya muy fuerte. Un observador exterior no habría tardado en sugerir que me pongo cachonda por el cliché del doctor enmascarado, anónimo, tratando de someterme por todos los medios, aunque para ello tenga que agarrarme las muñecas con una sola de sus grandes manos apremiantes; mientras que, en realidad, sin que ni siquiera pronunciemos la más mínima palabra, los crujidos de protesta que emite mi bata rozada por la suya reproducen a la perfección una especie de diálogo silencioso que me parece mucho más excitante que el resto.

—*¡Calmémonos, Monsieur! Aquí no, en este ascensor no, ¡en esta clínica no!*

—*Haré todo lo que esté en mi mano en un mínimo de tiempo, a pesar de ti, si es necesario.*

—*¡Para, te lo ruego!*

—*Cállate, entonces, ¡entrégate un poco! ¡Un poco al menos!*

Esta escena habrá durado seis segundos como máximo pero rezo con toda mi alma para que nadie se percate de que el eminente cirujano tiene una erección, y que la rubita enmascarada de su lado podría perfectamente asumir responsabilidades por ello.

En cuanto las puertas se abren, reconozco a algunos celadores, y a una pandilla de anestesistas a los que podría poner nombre sin demasiado esfuerzo. Es de locos, la elegancia y la nobleza que tiene al recorrer los pasillos del quirófano. No es por ese aire de amo del lugar que muestra por todas partes. Se debe más bien a su manera de caminar, de desplazar el aire dejando por todas partes su olor, que el del éter no logra dominar. Hay algo mágico en los andares de Monsieur. De sala en sala se percibe si ha pasado por allí o no.

Encuentro un sitio en el que espero no molestar a nadie, mientras me presenta como una estudiante de literatura venida a documentarse para un trabajo sobre el cuerpo humano (me imagino claramente la entrevista cara a cara con Monsieur en su despacho cerrado con llave). Es de locos, todas esas mujeres sometidas a ese hombre, que le atan la bata con una buena voluntad instintiva, le preparan su instrumental, se valen de su prestigioso apellido para tranquilizar al primer paciente. Es de locos también toda esa amabilidad, sin el menor rastro de condescendencia, que Monsieur le muestra al paciente tumbado tras el campo operatorio, él, al que nunca he visto sino como a un tipo medio cínico. ¿Cómo es posible tal cambio en alguien tan arrogante como él? Aquí y ahora, estudiando la radiografía mientras da órdenes, Monsieur es de tal bondad que casi llegaría a querer romperme la nariz en mil pedazos para verlo dirigirme esa clase de sonrisa desinteresada.

—Empecemos, doctor —anuncia una enfermera abriendo una bolsita de suturas.

Y de inmediato comienza el espectáculo. Monsieur me recuerda, detrás de su

maskarilla, casi en un tono guasón:

—Si empiezas a sentir que te encuentras mal, puedes salir y sentarte en el pasillo.

—No te preocupes —respondo tratando de imitar su dulce mirada—. No es el tipo de cosa por la que me desmayo.

Como no deja de mirarme, añado, con una vocecilla:

—Hace unos años, no tantos en realidad, quería hacerme médico forense.

—¿Médico forense?

Sus ojos son como unos deditos que me pellizcan por todas partes bajo la bata, que parecen reírse con franqueza de que una rubita de nalgas tan frescas, de verbo tan mordaz, hubiese podido considerar la hipótesis de vivir entre esas carnes muertas y sordas.

—Vaya idea —añade Monsieur en tono de guasa después de unos segundos que me han sonrojado.

Luego inclina su bisturí hacia el hombre dormido delante de él. Así, sin haber cogido carrerilla, sin haber reflexionado unos segundos más, como si acabase de traicionarnos un poco —sólo un poco—. Ese ruido que hacen el miedo y la admiración en mi caja torácica. Esa precisión que tienen sus gestos. Increíble. Ahora que sé esto, voy a concentrarme un poco más en la manera en que me manipula, ver si esa minuciosidad quirúrgica se encuentra hasta en los pliegues informales de nuestras sábanas parisinas.

—Porque si te desmayas —continúa Monsieur sin mirarme—, tenemos todo lo necesario para dejarte como nueva.

—Me conozco; no voy a caer redonda por la sangre.

—Bueno, ¿sabes?, uno se cae redondo por múltiples razones. El dolor, por ejemplo, o el hambre...

Sin mirarme, deja cernir su gran mano por encima del carrito, duda entre varios instrumentos, y retoma su mordaz inventario, del que me figuro ya el final:

—El miedo...

Baja los ojos bruscamente, encendido tras su mascarilla. ¿Se atreverá, no se atreverá?

—El placer...

Me muerdo los labios, y de inmediato un sabor a sangre me llena la boca.

—La sensación de opresión también.

Sus grandes ojos grises recorren mi cuerpo para clavarse en los míos, descaradamente.

—Pero, *a priori*, nada diferencia muy claramente un desmayo de un «desfallecimiento».

Me despego a la fuerza de ese abrazo mudo, fascinada por los riesgos que corre Monsieur al emplear esas palabras pervertidas de mis SMS. Sospecho una sonrisa detrás de su mascarilla, luego vuelve a su gran obra, mientras mi corazón aún late a toda velocidad. Habré rozado el infarto veinte veces esta mañana.

Rechaza confiarle las suturas a las enfermeras, por afán de perfección —cose como se confeccionarían encajes, con la misma concentración arisca y femenina.

—Imagina hasta qué punto es importante la nariz. Hasta qué punto una nariz marca un rostro. El tamaño y la belleza de la cicatriz son muy importantes.

Monsieur ha dicho «belleza» cuando tantos otros hubiesen hablado de aspecto: ese matiz me devolvió por un instante a la pequeña habitación azul. Él acariciaba mis caderas, y, no sé por qué, al cabo de unos minutos, me había dado cuenta de que mi piel desnuda se encontraba bajo un rayo de sol que no me hacía ninguna justicia. Pero, extrañamente, me daba un poco igual. Estaba bien. Había sonreído.

—¿Me estás mirando las estrías?

Y Monsieur había murmurado muy en serio en mi cuello:

—Es tan bonito..., tienes rayas. Pareces un pequeño tigre.

En el momento en que vuelve a colocar su instrumental, una enfermera le anuncia que tiene que pasar consulta en el piso de abajo. Vuelta al ascensor, con presión atmosférica intolerable. Antes incluso de haberme tocado, la tiene dura contra mí, de una dureza que no se volverá imperativa sino de aquí a algunas horas, cuando me haya ido y le envíe SMS de pequeña zorra calentabraguetas. Me intoxico durante mucho tiempo con su aliento caliente de café. En la planta baja, como todavía estoy completamente abandonada contra él, Monsieur se desespera: «Pero cómo voy a hacerlo, dime algo».

Pregunta retórica a la que responde con un largo suspiro, mirándome igual que me acaricia.

Lo espero sentada en el vestuario, con los ojos perdidos en el vacío, cuando mi móvil se agita. Es Monsieur quien escribe: «¡Me gustas!».

(Es decir, que, aunque esta ropa no me sienta bien en absoluto, estoy en cueros debajo. Cuando lo ha constatado, Monsieur ha estado a punto de volverse loco).

Azuzada por la idea de que definitivamente no puedo dejarme violar en una clínica, diga lo que diga, respondo algo obsceno —para lamentarlo de inmediato—. Tengo miedo de ver venir otra vez a Monsieur, no obstante éste reaparece con aspecto impasible —el aspecto de un doctor tras ver a sus enfermos—. Pero en realidad bulle la pasión: ese hombre debe de poder operar o hacer cualquier actividad que demande un poco de concentración mientras piensa en cosas abyectas (en las que yo participo, probablemente, Señor —¿y qué me depararía si todas esas personas desapareciesen de la clínica con un chasquido de dedos?).

Acabo de llamarlo por SMS «viejo vicioso». En el ascensor, Monsieur pone cara de enfadado, no ha comprendido el afecto en mis insultos de pega.

—Esta historia va a acabar mal —me regaña pellizcándome los pezones por debajo de la bata—. La próxima vez que te tenga a mi disposición, te voy a dar un formidable azote.

Un azote de Monsieur es un golpe del que queda una huella de dedos toda morada durante quince días, y para el que tengo que inventar un cuento chino para mi querido, tierno e ingenuo Andréa (la caída por la escalera, ese gran clásico). Pero antes del azote, nada que la travesía del pasillo anuncie como una prueba peligrosa. De antemano, me río por lo bajo ante la idea de que voy a tener los pechos marcados como para agujerear el pijama, delante de ese pelotón de gente. Monsieur sabe cómo lograr que todo el mundo se olvide de que está empalmado descaradamente. Y aquí está otra vez el gran profesor erecto que invade otro quirófano, para examinar el vientre de otro enfermo. Lo agobio a preguntas que espero coherentes; para mi mayor asombro, Monsieur, sin dejar de abrir, de separar, de cortar o de cauterizar, me responde con la mejor voluntad del mundo. No hay rastro en su voz de esa condescendencia atávica sentida en otros cirujanos más jóvenes que él, que me hablaban sin explicarme nunca ni lo más mínimo, y que no se dignaban a responderme sino para subrayar el abismo que separaba sus conocimientos de los míos. El martes por la mañana me mostró cómo se ponían las prótesis mamarias, acariciándome de una manera sorprendentemente docta —y me sentía a la vez cubierta de atenciones y manipulada como un maniquí delante de un anfiteatro abarrotado de estudiantes de medicina—. Delicioso, en definitiva.

En la sala principal del quirófano estaban anestesiando a la próxima paciente de Monsieur.

—Ve a mirar, es muy interesante —me dice, sintiendo que existe el riesgo de que mi interés disminuya al cabo de algunas suturas.

Intento pasar lo más desapercibida posible para ponerme en un rincón cerca de esa joven mujer que solloza. Una anestesista que conozco —estoy segura al cien por cien— clava una aguja en la piel blanca de la parte interior de su brazo, provocando cada vez gemidos agudos de posesa agonizante. Toda esta gente es poderosa. La anestesista debe de repetir el mismo procedimiento cinco veces al día, pero parece completamente sincera cuando finge que se apiada de los gritos de su paciente.

—¿Resulta tan dolorosa una anestesia? —le pregunto, mientras unos celadores transportan la cama al quirófano donde Monsieur bromea con un enfermo.

—Para ella, seguro —responde la doctora Simon (ya está, ya me acuerdo, ¡la había cogido de la pierna durante horas cuando Philippe le hacía una liposucción a aquella mujer enorme! ¡Isabelle Simon! ¡Dios mío!).

Y mientras me explica de manera diplomática que esa paciente es una cuentista, dudo si mirarla tras mi mascarilla como hacen las personas normales cuando hablan, o si bajar los ojos como estoy muy tentada de hacer. Desde mi llegada al quirófano, he comprendido qué reveladora puede llegar a ser una mirada cuando el resto del

rostro queda reducido al silencio. La prueba la he tenido en las arruguitas que tiene ella cuando sonrío. Si su memoria es tan buena como la mía, estoy perdida. Con un poco de suerte, y además ella ha venido incluso a comer a casa, al ser mi tío poco aficionado al protocolo y meternos a las personas más inesperadas en sus comidas dominicales. No puedo determinar si me ha desenmascarado o no, se diría que vigila las idas y venidas de unos y de otros mientras habla. Dicho esto, los pocos momentos en que su mirada y la mía se cruzan suscitándome la duda: durante un puñado de segundos, parece dispuesta a pedirme que le recuerde mi nombre (quién soy y por qué estoy aquí son intrigas que todavía no ha resuelto). Luego Monsieur, en voz alta, se preocupa por saber dónde me había metido, con un tono de padre que busca a su chiquilla en los pasillos del Monoprix. Cuando oye «Ellie», Isabelle Simon me traspasa con la mirada. Perdida, estoy perdida. Acaba de reconocer en un santiamén a la pequeña Cantrel, hoy acurrucada bajo el ala del doctor S., ¿y por qué motivo? Prefiere no saberlo. Conociendo al individuo, no puede ser más que un acto de pura generosidad por su parte. Así que, la situación es tan sencilla como despreciable: esa ex niña y ese hombre casado padre de familia tienen una relación. Da igual cómo ha comenzado y lo que significa para ellos, todo lo que cuenta es que tienen la desvergüenza de pasearla por aquí.

«No es lo que se imagina», dicen mis ojos por encima de la mascarilla. «¿Sólo un poquito?», confirman mis mejillas coloradas.

Mala suerte, apenas me he alejado cuando el teléfono suena en el pasillo.

—Doctor, ¡es su mujer! —chilla una enfermera abriéndose paso entre la multitud agolpada alrededor de la paciente llorona.

Ya está aquí la sombra postrera que se cierne por encima de nosotros. Isabelle Simon me mira una última vez, detenidamente, antes de darse la vuelta, y me retiro a un rincón de la sala, atrapada entre esas dos mujeres para quien represento, a diferentes niveles, una presencia intrusa. Intercambia algunas banalidades un poco expeditivas, sin utilizar ni una vez apodos tiernos con ella —pero hay en esa sobriedad una fuerza, una complicidad tácita, que no necesita para expresarse esas florituras cursis a las que los enamorados recurren—. La mujer de Monsieur: ahí está, un continente salvaje. Casi tan vasto como la pareja que forman. Mira a ese hombre, cuyos bellos ojos orientales parecen irremediabilmente atraídos por cada espécimen del género femenino, y dite a ti misma que sólo esa voz, sólo esos dedos que en alguna parte de Châtelet sostienen el teléfono familiar han logrado hacerle doblar la cerviz. Dite a ti misma que podrá ir por todas partes con veinte chicas diferentes, a cada cual más joven, y tan tentadoras como un libro con las páginas todavía intonsas, pero es a Ella a quien volverá siempre. Probablemente un divorcio le saldría muy caro, pero esa clase de detalle no tiene ninguna importancia. Monsieur no es de los que se van con otra mujer así como así. Y no es de los que se enamora de las chicas a las que se folla furtivamente, ni siquiera de mí, que, no obstante, lo obsesiono por completo últimamente. Me puede cubrir con los nombres más dulces que haya, pero

necesita, es evidente, esas raíces, esos cimientos sólidos para poder así jugar alrededor. Monsieur quiere a su mujer desde hace tanto tiempo que probablemente no lo siente con fervor, como se quiere a mi edad. Es su segunda piel: ella forma parte de él.

Monsieur cuelga y, sin mirarme, a mí que me hago invisible detrás de una de las puertas correderas, se inclina hacia su paciente, a quien se le dilata la garganta. Es una mujer italiana. Monsieur suelta algunas frases tranquilizadoras en esa misma lengua, con un tono de animador turístico supermotivado. Están separados por un amplio campo operatorio, y él podría pasárselo en grande, pero por una vez no se queja de los gritos teatrales de la joven mujer. Ni siquiera intenta contenerla. Monsieur muestra una compasión que nunca pensaba ver en él. Una enfermera acaricia los pocos cabellos negros que sobresalen del gorrito, diciéndole lo bonitos que son sus nuevos dientes.

—¡Enséñaselos al doctor, que vea lo guapa que estás!

La joven italiana, entre lágrimas, logra esbozar una sonrisa de niña pequeña que combate el dolor. Técnica muy vista para hacerle olvidar que le duele —pero se diría que funciona—. Monsieur entra por completo en ese simulacro de seducción, carga las tintas:

—Vaya, pero qué bonitos. Y pronto su barriguita lo será también.

La joven ya no deja de sonreír. Me gustaría mucho interceptar la mirada de Monsieur, sentir que incluso bajo mi pijama, lejos de él, me aprecia todavía.

—¿Y ha visto, doctor? Ha perdido mucho peso —prosigue la enfermera que espera probablemente que Monsieur la siga hasta el final, pues la paciente empieza de nuevo a gemir.

—Es verdad —admite—, pero va a hacer falta perder todavía más, porque cuando se pasan los días sin moverse, con la comida francesa...

La joven se ríe por lo bajo. Mortificada por ella, le clavo unos ojos como platos en los que espero que pueda leer las letras «G.A.Ñ.Á.N.». Pero no, Monsieur se divierte, elabora riéndose el inventario de las especialidades culinarias que le valieron a su paciente sus imponentes muslos.

—¿Cómo has podido decirle algo así? —le he preguntado mientras se quita su bata y su mascarilla.

—Te lo aseguro, cuando llegó a la clínica estaba inmensa. Ahora sólo está gorda. Todavía queda trabajo por hacer, ¡eso es todo! —responde lavándose las manos.

(Me encanta la manera en que el jabón hace espuma en los pelos suaves de sus antebrazos. Pocas veces he visto nada que sea tan viril).

—No me gustaría oír eso de tu boca —le digo después de unos segundos en que contemplación y reflexión están inextricablemente mezclados.

—Eso no va a pasar.

Monsieur me sonríe mientras llama al ascensor.

—Tú tienes un cuerpecito adorable.

Un celador que pasaba por all  obliga a Monsieur a retrasar sus insinuaciones. Pero, como si los elementos y los objetos inanimados de esa clínica le obedecieran, el ascensor tambaleante hace su aparición y, una vez más, nos libramos milagrosamente de la catástrofe.

En todo caso, es con esa impresión de casi apocalipsis como nos adentramos en la cabina. Justo cuando suspiro teatralmente para expresar mi alivio, mi aliento de café añejo y de tripa vacía rebota en mi mascarilla y me ataca. He aquí por qué la gente que bebe café lleva siempre chicles encima. Súbitamente, dejan de importarme por completo Isabelle Simon, la paciente demasiado gorda o el celador: el mundo ya no gira más que alrededor de mi aliento pútrido — y cómo voy a poder impedirle que alcance a Monsieur?—. Éste ya me atrae hacia él con una mano suave en mi nuca, y picotea mi nariz con sus labios sedosos. La punta de sus dedos retuerce las gomas de mi mascarilla.

— Para!

Me aferro a ese trozo de cartón como a mi dignidad, resistiéndome como un animalillo entre sus brazos, pero Monsieur hace oídos sordos. Le resulta imposible comprender que mi boca pueda estar tan cerca de la suya y escapársele de todas formas. Desesperada, me veo obligada a justificarme:

—No me he tomado más que un café esta mañana,  me apesta el aliento!

—Me importa una mierda —se enrabieta Monsieur mientras las puertas se vuelven a abrir hacia el vestuario—. Soy médico, conozco todos los olores del cuerpo humano.

Es inútil, unas enfermeras nos miran.

— se no es el problema en absoluto —respondo, y me quito mi mascarilla con la impresión de enseñarle mi sexo (conociendo a Monsieur y su sensibilidad para los símbolos, es probablemente un poco lo mismo). Lo he oído mil veces oponerse a mis inconvenientes potenciales aduciendo su trabajo, del que ha hecho un arte de vivir. Argumento fantasma. Nunca he considerado a Monsieur de esa manera: siempre ha sido un hombre antes que un médico, sensible a los mismos estímulos que los otros miembros de su especie, conociese o no los pormenores. A pesar suyo, me confirma ese matiz: cuando le pido mi bolso, que sigue en su taquilla, el irreprochable patricio aprovecha para rozarme las nalgas con su brazo tendido. Después de una ojeada cómplice, Monsieur intercepta esas hojas de un rosa clitoriano que he emborronado de frases bizantinas dedicadas a él.

— Es para mí? —susurra, y sin esperar mi respuesta se las mete en el bolsillo de su chaqueta.

Asiento de todas formas, por guardar las formas.

En un rincón de los vestuarios, mientras me pongo la falda, Monsieur se desviste charlando con otro doctor que acaba de cruzar la puerta. Se trata de un colega,

François Katz: en esta ocasión, es un hombre sobre cuyas rodillas salté hace diez años, y me acuerdo de ello perfectamente.

—Se ha calmado el gatito —recalca Monsieur en tono de broma mientras se estira, con el torso desnudo.

Me gusta el color de los pezones de ese ancho pecho. Lo que emana Monsieur sin que sea consciente de ello, esa impresión de poder involuntario, esa aparente fragilidad; su piel lisa, tan suave como la de una mujer, le hace parecer mucho más joven y delicado de lo que es en realidad, pero la pasión arde en él. La pasión arde siempre.

—¡Cuando pienso en lo que ha bufado cuando cambiaron el calendario de los quirófanos! —continúa el otro médico, un perfecto desconocido, y Monsieur contiene una breve risa mientras se desata su gorrito azul.

Su pelo, en el que se mezclan negro y plata, cae sobre su nuca, y, de un solo gesto de sus dedos, se vuelve a peinar. Y yo aquí, casi con el pecho desnudo, pero no me doy cuenta de ello, hipnotizada como estoy por la estructura a la vez simple y sofisticada de sus brazos. Se reconoce en la largura, en la finura de sus músculos, la animalidad pulida de un hombre que ha vivido siempre en un entorno en que no ha necesitado combatir para dominarlo; y esa fuerza que posee sin servirse de ella realmente no resurge más que cuando soy un terreno por conquistar entre sus brazos. Bajo su ombligo se extiende el vello del vientre hasta el pubis, que lleva la mirada a su caída y acorralla la imaginación en lugares que no estaban necesariamente previstos. ¿Cómo seguir ese camino completamente trazado sin estremecerse al verlo desaparecer bajo el pantalón azul? Así enmarcado por el afloramiento de sus caderas estrechas, parece una llamada de atención para indicar que a unos escasos centímetros cerca de los castos pelos del vientre, sin cambiar de textura ni de color, se aureolan en un estallido sulfúreo.

Me dispongo a sumirme de cabeza en ensoñaciones que tienen todas por punto de partida la polla todavía ajena de Monsieur, cuando mi móvil me devuelve al orden vibrando ruidosamente encima del banco: mi madre. Que chilla. Que quiere saber dónde estoy, lo que hago, con quién. Cuándo vuelvo. La primera excusa que me viene a la cabeza no es, indudablemente, la mejor: estoy jugando al póquer en casa de Timothée. Sí, a las once y media de un miércoles por la mañana. Mi madre finge que me cree, sin hacer, sin embargo, el más mínimo esfuerzo por montar el numerito con propiedad. No puede sospechar nada —sería ir demasiado lejos, Ellie en un quirófano—, pero habla mediante monosílabos, secamente, como si fuese más probable que participe en una orgía que en un torneo de Texas Hold'em.

—Haz lo que quieras —concluye con ese tono mandón que tanto me horripila.

—Mamá, ¿dónde quieres que esté?

En dos frases me ha sacado de mis casillas. Como he alzado la voz, Monsieur me lanza una mirada interrogante.

—Pues no lo sé, Ellie. En fin, da igual.

(¡Oh, ese suspiro interminable de «mi hija es un completo fracaso social»! A veces la mataría. Con mis propias manos).

—Espero que tengas llaves, no estoy en casa.

—Entonces, ¿realmente eres incapaz de creerme cuando te hablo?

—Haz lo que quieras —repite mi madre—. Que te diviertas.

Esto es el colmo. La frase tipo que encasqueta al final de cada conversación para tensar el ambiente y sabotear definitivamente toda posibilidad de divertirme de una vez por todas, un poco como una nube de dibujos animados que me seguiría por todas partes vertiendo sobre mí litros de agua helada.

—¿Qué pasa? —pregunta Monsieur, que se abotona la camisa a mi lado.

—Nada. Mi madre quería saber dónde estaba.

—¿Qué le has dicho?

Monsieur no ha sabido despreocuparse. «Gusano», pienso. Esa breve llamada de mi madre me ha hecho enfrentarme, a mi pesar, al hecho de que todas nuestras discusiones últimamente están relacionadas con a qué dedico supuestamente las horas pasadas con Monsieur, también al teléfono. El sábado por la tarde, cuando ni siquiera lo había visto todavía, me dejó en una situación muy comprometida. Entraba en casa y, justo cuando dejé mi abrigo sobre una silla, sonó mi teléfono. Sin dar demasiadas explicaciones, me volví afuera con Monsieur en la oreja, quien me incitaba al crimen. Durante un cuarto de hora, conversamos sobre lencería y orgasmos vaginales, mi perro lloraba detrás de la puerta de entrada suplicando poder venir conmigo y mi madre no dejaba de llamarme a la mesa, cada vez desde lugares diferentes de la casa. Cuando volví a entrar, se le metió en la cabeza saber a quién tenía al teléfono. Como me imaginaba que para hacerme una pregunta así tenía que haber pillado algunos retazos de conversación, preferí no engañarla totalmente.

—Un amigo.

¿Un amigo al que le hablo de usted?

—Sí, Timothée. Nos hablamos de usted.

(Gracias a él por existir y porque le guste, en efecto, la elegancia del Usted).

¿Por qué hablaba de sexo con él?

—¡Si lo que quieres es escuchar mis conversaciones, me lo dices! —me sublevé, asqueada por ella y por mí de que mi propia madre hubiese podido oír hablar de la ventaja de las bragas con abertura en términos de chica fácil.

—Estabas hablando en alto —se justificó.

—Estaba hablando a un volumen completamente inaudible para ti si te hubieses quedado en la cocina —le respondí.

No añadió nada, pero en alguna parte de su cara detecté que veía acercarse un lío que nada tenía que ver con un factor tan simple como lo era Timothée.

Así que me arriesgo a sembrar el caos en cualquier momento en mi familia por su

culpa, y la única cosa de la que Monsieur se preocupa es de saber si lo implico en mi caída de una manera u otra.

—Le he dicho que estaba en casa de una amiga.

Y como no me quita ojo, todavía no tranquilo o dudando de mis capacidades para engañar a mis padres, concluyo con una puya que no parece ni siquiera rozarlo:

—No te preocupes.

Va más allá, llega incluso a añadir:

—Ten cuidado, de todas formas.

Siempre he sospechado de que Monsieur era profundamente egoísta: hay que serlo para reaccionar tan rápido a las insinuaciones de una chica, cuando uno mismo está casado y con hijos. Hay que serlo para correr el inmenso riesgo de hacer venir a su lugar de trabajo a una mujer joven cuya familia conoce, todo eso por capricho, todo eso por verme loca de admiración. Sólo un egoísta puede apostar toda su vida por unas horas de placer. A Monsieur lo mueve una falta de reflexión variable, a veces infantil, y en otros momentos muy contenida, controlando hasta el nombre que le pongo en mi agenda del teléfono. Pero en todos los casos, cada vez que nos pone en peligro, está íntimamente convencido de que el desenlace estará determinado por mi prudencia o mi descuido. Ya me cuesta ocuparme de mí misma, y de repente tengo en los brazos a un bebé de cuarenta y seis años que juega a asustarse y a aterrorizarme. Y, no obstante, no obstante... basta con que vea esos ojos tan diferentes de los míos para comprender que en ciertos aspectos Monsieur y yo estamos hechos de la misma pasta. En esas pupilas a las que la ausencia de mascarilla ha devuelto su sulfúrea sutileza, veo la picardía y el egocentrismo que sé en mí, aunque él y yo los explotamos para fines y mediante medios que difieren sensiblemente. Si me he metido con los ojos cerrados en la trampa exquisita que me tendía Monsieur, es antes que nada porque volvía a ver un poco de mí misma en esa inmoralidad propia de un niño, en esa perversión polimorfa —o al menos que se parecía lo bastante a mí para intrigarme y gustarme, hasta un punto que todavía me cuesta cuantificar.

—¿Te dejo en algún sitio? —me pregunta Monsieur en la puerta de la clínica.

—No te preocupes —le digo, sin odiarlo ya en realidad.

—¿De verdad que vas a coger un taxi? —recalca con una sonrisa que me hiere sin que lo sepa.

Cree dirigirse a la perfecta cortesana, venida en taxi y que se volverá a ir del mismo modo —como si él y yo jugásemos económicamente en el mismo terreno—. Estoy en una edad en la que cada billete de cinco euros tiene un auténtico significado; tengo ese pragmatismo de estudiante constantemente expuesta a una vaguería de mujer mundana insolvente que podría llevarme a coger un taxi, pero no es ni siquiera una consideración pecuniaria lo que me lo impide.

—Voy a ir a ver a una amiga, a unas pocas estaciones de metro. No te molestes, en serio.

Monsieur no me entendería. Conoce el permitirse ir en coche y la preocupación por la rapidez desde hace demasiado tiempo como para comprender que, después de una mañana así, la única cosa que me apetece es pasar una hora en un tren con mi iPod, para volver a ver cada escena, analizarlo todo, cavilar detenidamente sobre mis ganas de verlo y de poseerlo de forma completa, no furtiva, no con treinta personas alrededor. Monsieur no puede comprender que quiera esa soledad y ese recogimiento.

De pie, con mis tacones, tengo la mirada cansada y embotada de una mujer que acabara de salir de la cama. Me parece haber hecho el amor con él todo este tiempo que hemos pasado en el quirófano.

—Dame el último beso —susurra Monsieur que se encuentra de esa forma que me encanta, con las dos manos en los bolsillos de su pantalón de traje, parece el estudiante que era hace veinte años, cultivando un desparpajo superficial.

Y, en un ángulo muerto de esta callecita bañada por el sol, ahí donde nadie salvo los vecinos puede vernos, me estiro sobre la punta de los pies, con los ojos cerrados, y Monsieur coge mi rostro entre sus dos bellas manos de amante. Los segundos pasan, como si nuestro éxtasis nos aislase completamente del mundo circundante. Su aroma eclipsa el de los castaños en flor, sus pulgares, que acarician mis mejillas, me vuelven totalmente indiferente al viento fresco. Luego parece advertir que no estamos tan solos como en nuestra burbuja del martes por la mañana. En unos segundos la atmósfera cambia imperceptiblemente, la urgencia se vuelve a hacer palpable —y Monsieur me besa, o bien soy yo quien lo besa, de hecho nos besamos, de tal forma que durante un tiempo ínfimo nuestros rostros parecen confundirse bajo estas ventanas parisinas.

—Es terrible —baluceo, con los labios hinchados.

—¿Qué es terrible? —pregunta Monsieur.

Tengo una sonrisa triste.

—Lo sabes perfectamente.

El silencio que me opone en respuesta, sus admirables cejas que no expresan sino una empatía misteriosa, suena como un resto de ingenuidad que la experiencia no habría llegado a explorar: «que tú seas tú, que yo sea yo. Que nuestras dos vidas sean, bajo cualquier punto de vista, incompatibles, tu mujer, tus hijos, mis padres, Andréa. Es terrible que ni siquiera piense en ellos. Mírame. Mi novio se ha ido a Brasil hace una semana, y antes de conocerte no hacía más que esperar su regreso. Ahora su regreso me asusta, porque no tengo ni la menor idea de cómo llevar esta historia al mismo tiempo que la nuestra. Ni siquiera sé cómo puedo mantener dos hombres en mi cabeza, y ahora mismo ocupas todo el sitio, y no quiero, no sé hacerlo. Eso es lo terrible».

—Voy a ver cómo nos organizamos para el martes —le digo mientras me alejo dando marcha atrás.

—Ni te imaginas hasta qué punto lo espero —responde Monsieur rozando mis dedos una última vez.

En mí también, la pulsión de vida se impone todo el tiempo: la única cosa en la que pienso, trotando hacia la calle Rivoli, es en el aspecto de mis nalgas mientras camino. Sin necesidad de comprobarlo, siento la mirada de Monsieur, que no la apartará hasta la primera esquina.

«Qué guapa eres», escribe dos minutos después.

MONSIEUR

Tu carta... una granada sin pasador.

Creo que hace un momento no has entendido mi problema del nervio de la pierna. Te lo vuelvo a explicar, porque lo más probable es que sea grave y que haya que operarme. Los síntomas son los siguientes: tan pronto como me hablas, mi pierna derecha se me pone completamente blanda y pesada, como si me transformase en una babosa. El mismo efecto se produce cuando pienso en ti, sea cual sea el sitio en el que lo haga. En una fase crítica, el entumecimiento me sube del muslo hasta la nalga y siento a partir de entonces una falta de discernimiento —¿o debería decir una desorientación?— que transforma toda actividad que implique a mis músculos en estimulación sexual. Caminar, por ejemplo, se vuelve un acto preliminar. En esos momentos paso, absolutamente, pero cuando no estoy sola es un poco incómodo. Como si tuviera un orgasmo cada vez que bostezo —es incómodo.

No sé cuál es el nombre de ese nervio, pero creo que sería de buen gusto aclarar este problema a la mayor brevedad. No tengo ningunas ganas de transformarme en ostra (las ostras se pasan el día abiertas a fin de atrapar al vuelo el esperma de las ostras macho, que se pasea por el mar. Menudas golfas).

Dicho esto, no nos preocupemos demasiado, me he enterado esta noche de que el martes por la mañana tiene lugar un seminario sobre los nervios desconocidos de mi muslo. Relativamente corto, el seminario, pero compacto. Quiero ser el sujeto de todos los experimentos del mundo, a condición de ser tratada como es debido y de encontrar un poco de alivio. En el momento en el que escribo, soy prácticamente incapaz de mover la pierna.

Por otra parte, como veo que todavía no has recibido mi mensaje sobre la manera en que he ocupado la hora que va de cuatro a cinco, a riesgo de repetirme, quiero insistir en el aspecto paralizante de mi orgasmo vespertino. Aniquilador, incluso. A día de hoy todavía no me han sorprendido mis padres haciéndolo, pero hubiese odiado que escogiesen esta tarde para entrar en tromba enarbolando un pretexto patético. Si ya durante cualquier orgasmo mediocre es difícil mostrar un rostro humano y una conciencia idónea para responder a mamá que «noooooo, no sé dónde has puesto tu fular de Hermès, ¡déjame en paz!»... Dicho esto, habitualmente creo que sigo estando más o menos visible —no tengo los ojos en blanco ni las orejas coloradas—. En cambio antes he estado a punto de desfallecer.

No me hables de desfallecimiento en el quirófano. Después desfallezco.

Todavía no he descubierto el misterio de los arañazos que aparecen en mi espalda cada vez que te veo. He pensado en los estigmas de la culpabilidad, pero es imposible, no siento ni una pizca de culpabilidad. Me veo intocable, es terrible; desde hace dos días estoy totalmente incandescente y no tengo ningún respiro.

Todo esto para decirte que es absolutamente necesario que nos veamos el martes. Esto en cuanto a lo «seguro». Y me espero todos los «a lo mejor» de los que me hablabas por teléfono. Y voy a acostarme.

Y voy a acostarme.

Y pienso en ti.

Y espero que no te haya importunado esta mañana.

Y que no haya una cámara en el ascensor.

Y díles que hay que hacer un ascensor más vetusto, que tarde tres horas en subir los pisos.

Hasta mañana.

Ellie

MONSIEUR

Te echo de menos.

Carantoñas telefónicas con Monsieur, bajo mi nórdico candente a las ocho de la mañana. Apenas despierta, presa de un letargo exquisito.

—¿Escribiste un poco ayer?

—En realidad, no. He dado vueltas alrededor de mis folios —termino aclarando con una mezcla de irritación y vergüenza.

—¡Tienes que escribir! —me regaña Monsieur.

—Lo sé, lo sé...

—En serio, Ellie. ¿Sabes sobre lo que deberías escribir?

—¿Mmm?

—Escribe sobre nosotros. Sobre nuestra historia.

—¿Y...? ¿Qué hay que escribir sobre nosotros?

—Pues... ¡yo qué sé! ¡Tú eres la escritora! Cuando releo tus *mails*, tengo la impresión de estar leyendo una novela. ¡Inventa una novela sobre nosotros!

Me acaricio descuidadamente mientras hablamos, molesta por la frustración de no oír esa voz tan bonita, tan caliente, cantar sobre temas más picantes —pero no, la escritura, la escritura...—. Monsieur me empuja todos los días a escribir. Así dicho, me parece sumamente trillado, la historia de un hombre casado con la sobrina de uno de sus colegas. Pero no voy a herir inútilmente su orgullo literario.

—¿Por qué no? —suelto, convencida de que esta nueva jornada de huelga me verá rascarme la barriga, y punto final.

—Inténtalo al menos —responde—. Te volveré a llamar esta noche, o a lo largo del día si puedo. ¿De acuerdo, amor mío?

—De acuerdo.

—¿Prometido?

—Lo prometo.

—¿Dónde estás ahora?

La conversación toma un nuevo giro.

—En mi cama. Me acabo de despertar.

—¿Completamente desnuda?

—Siempre duermo en cueros.

Entre dientes, Monsieur lanza un silbido casi doloroso.

—¡Joder, me la estás poniendo dura!

Me río de placer por lo bajo y finjo protestar.

—¡Pero si no he dicho nada!

—Venga, va. Sabes perfectamente que has dicho bastante, mi imaginación hace el resto. ¿Qué pinta voy a tener si estoy empalmado al llegar a la clínica?

—Ya se te pasará —predigo mientras me estiro, aunque sé de antemano que haré lo que pueda para que eso no se te pase... y Monsieur es por supuesto consciente de ello.

—Se me va a pasar, y luego durante el día me mandarás mensajes y la tendré dura otra vez. ¿Crees que resulta cómodo cuando estoy operando?

—Si lo prefieres, no lo hago —sonríó.

—¿Estás loca? Envíame fotos de tu culo. Las veré entre dos consultas.

—Y después te empalmarás delante de tus pacientes. Eso no tiene mucha clase.

—Que se vayan a la mierda. Eso no me impedirá empalmarme por ti. ¿Me enviarás unas fotos?

Reformulo una de esas pequeñas promesas anodinas, ornamentales, que constituyen lo esencial de nuestras conversaciones telefónicas; lo que a mí me pone cachonda es que sea tan fácil alterar a Monsieur. Imaginármelo con su bonito traje, o con su ropa de cirujano, con una erección clara, disimulando su aprieto bajo su mascarilla, todo eso por mi culpa. Mía. Mi gran culo y mi falta de reflexión parecen provocar en él una turbación profunda.

—Hasta esta noche, cariño —arrullo mientras me estiro.

—Tu voz me excita —suelta sin más miramientos—: hasta esta noche, muñequita.

Durante el día, después de una hora en Facebook, me animo a abrir un archivo de texto... y lo miro un momento como una gallina que se ha encontrado un cuchillo. El problema de la página en blanco es que es de un vacío y de unas expectativas deslumbrantes. Si no tecleamos más que algunas frases, todo ese blanco agresivo parece aullar «aliméntame»; y ¿cómo hago yo para colmar ese abismo? ¿Yo que me duermo desde hace un año en mi única publicación? Pronto hará seis meses que me siento como un viejo pozo del que nunca se sacan más que algunas gotas de agua fangosa —cuando la aridez no es total—. Así que escribo. En cuadernos que pierdo al cabo de pocos días, en las páginas en blanco de mi agenda. Gilipolleces. Sobre esas pequeñas cosas que constituyen mi vida cómoda de estudiante. ¿Cómo puedo esperar hacer cualquier otra cosa hoy?

Vuelvo a pensar en esa voz que ha puesto Monsieur cuando se ha sorprendido de que conociese tan bien su vida de estos últimos años, olvidando que mi madre me había hablado de ese fin de semana en Jersey muchos meses antes de nuestro primer contacto. Y sin creer realmente en el éxito de mi empresa, sin ver más allá de algunas líneas de coqueterías de cortesana, escribo:

Parecía constantemente alucinado de existir desde hacía tanto tiempo en mi vida —si bien la existencia que había tenido antes de nuestras primeras charlas fue muy abstracta—. Me forjaba un mundo con todo aquello que podía recolectar de él, con los detalles que podía espigar al hilo de las conversaciones. A Monsieur le gustaba la literatura erótica: ése fue el detalle por el que me lancé en su búsqueda. Porque durante mucho tiempo había estado considerablemente aislada en mi propio amor por Calaferte, por André Pieyre de Mandiargues y tantos otros, que, al final, me parecía incluso ser la única lectora de sus obras maestras, saber que tan cerca se movía un hombre que ardía con mis mismas pasiones era poco menos que un milagro.

Los hombres que leen. Existe todo un universo que gira en torno a hombres que leen, que se sumergen en esa ensoñación eminentemente femenina y, Dios mío, ese atractivo que tienen. Ese atractivo que tienen los dedos que vuelven páginas, marcan otras, que tienen esos grandes ojos que se

sobresaltan y absorben cada carácter, cada línea, cada palabra. El abismo que se adivina tras esas frentes fruncidas por encima del papel amarillento.

Releer a Calaferte sabiendo que a él también le gustaba tenía un encanto totalmente diferente. Me encerraba en mi habitación durante horas para descubrir en él con una incomodidad deliciosa los párrafos más crudos, encendida por esa conciencia aguda de que sus grandes ojos grises se habían posado en él también, como una pátina adicional que le daba una turbadora frescura a esos pasajes que conocía de memoria. ¿Cómo ven todas esas palabras, coño, culo, polla, semen, encolar? ¿Qué impacto tienen esas palabras en el cerebro de un hombre de cuarenta y seis años, que probablemente tiene asociado con la experiencia un significado a todos esos significantes? ¿Qué evoca la palabra «coño»? ¿En qué coño piensa cuando roza sin ruido esas cuatro letras negras? ¿Qué mujer habrá corrompido para siempre con su recuerdo, con su olor, con su presencia, cada página de la literatura erótica?

A través de esas lecturas, le atribuía un bagaje aureolado de misterio —ese misterio de los hombres con más años y de las promesas que hacen sin ni siquiera abrir la boca.

Se lo envié a Monsieur, sin demasiada convicción.

«Genial, ¡sobre todo, no te detengas!», recibí como respuesta.

Al día siguiente, por primera vez desde hacía semanas, me levanté temprano y me compré un cuaderno.

—¿Qué tal tu día, amor?

—Excelente, me he pasado la tarde tomando el sol en una tumbona del jardín, con las piernas abiertas. Creo que ahora la familia que vive enfrente se sabe mis bragas de memoria.

—¿Cómo eran esas bragas?

—En realidad, no llevaba. Pero me ha parecido de mal gusto decírtelo así, de buenas a primeras.

—¡Qué graciosa!

—¿Se puede ser graciosa y estar tan buena al mismo tiempo?

—Es hasta complementario.

—Soy un payaso sin tanga.

—Eres tan apetitosa...

—Nunca he oído un cumplido más bonito que «eres tan apetitosa».

Hay momentos en esta historia de los que me encanta acordarme. Imágenes que me vienen a la mente y me hacen sonreír mucho, en cualquier momento, con cualquier humor. La mañana que pasamos en nuestro hotelito de la plaza de Clichy forma parte de ese álbum exquisito, a cada página más valiosa. El tiempo no parece tener ninguna influencia sobre ellas.

Dormía sordamente, con un sueño pesado por la botella de vodka vaciada la víspera con Babette. Una habitación tapizada de rojo, dotada de una fuente de estuco, y yo roncando como una borracha con mis bragas de golfa de Agent Provocateur como única ropa. Imagínese de qué cuadro de mal gusto era yo el centro cuando a las diez en punto me despertó mi móvil.

—Diez minutos y estoy contra ti —decía Monsieur.

Me levanté como un resorte en la cama. Diez minutos para encontrar una tez de chica joven y un aliento idóneo. No tenía tiempo de nada, con un nudo en la tripa y sin resuello. Me lancé como un torbellino a la ducha, cepillo de dientes en boca, ojos exorbitados por la prisa. De un puntapié, hice rodar la botella vacía bajo la cama. En conjunto me sentía en un estado lamentable, mi peinado no tenía nada que ver con lo que me había imaginado la noche anterior, tenía los párpados abotagados, pero ya sabía, después de dos citas, que Monsieur no vería eso. Monsieur me vería entera.

Salí en bragas al descansillo, con medio porro en la mano. Me senté, con las piernas sobresaliendo entre los barrotes de barandilla, pateando al vacío, mientras observaba la planta de abajo. Esa sensación de vértigo que se me agarraba a las tripas no tenía nada que ver con la altura. A mi lado, mi teléfono vibró con insistencia lánguida.

—Escucha, no es nada...

Palpitante, me volví a levantar lentamente, sin atreverme a quitar ojo ni un segundo del ángulo que tenía de la hilera de escaleras debajo de mí. Retrocedí con pasitos cortos al pasillo, hasta golpear suavemente la puerta de la habitación.

—Estoy en la cama. ¿Y tú?

—Muy cerca, cariño. Hasta ahora.

Monsieur no quería más que tantear el terreno. Me metí debajo de las sábanas, presa de espasmos de excitación que no se experimentan más que cuando se juega al escondite.

¿He hablado ya de sus pasos en la escalera? Es más bien una ausencia de ruido en lo que pienso, el conjuro con el que pasó de la planta de abajo al segundo piso sin haber producido el más mínimo ruido que pudiera traicionarlo. Apenas si un oído experto hubiese podido captar la sutileza del chirrido de la barandilla o el crujido nevado de la moqueta bajo sus zapatos. El ambiente acababa de cambiar de textura, de olor, de densidad: era una oleada de carne de gallina que me acababa de escarchar de pies a cabeza —en el interior de mi pecho, lejos, por detrás de mis pechitos de repente increíblemente duros, mi corazón se aceleraba hasta el punto de latirme en los oídos, eclipsando los matices sonoros demasiado delicados—. Con un chirrido, el

pomo de la puerta giró hacia la derecha. El haz de luz que vino entonces a rayar el suelo de la habitación parecía emanar de Monsieur en persona; como acababa de salir apenas de mi cama y las cortinas estaban todavía echadas, parecía traerme ese nuevo día en sus manos, e intuía que pondría todos los medios para que comenzase bajo los mejores auspicios. Después de todo, poseía el poder de hacer exactamente lo que quería.

La encarnación masculina de la lascivia apareció, por un instante sólo una sombra inmóvil en el suelo inundado de luz. La lascivia como la conocí aquella mañana tenía el pelo negro y plata. Miraba mi habitación sonriente, en sus ojos oscuros había, sin embargo, una admiración de niño. Me miraba como si formase parte de esa habitación —pero a la que aportase una frescura exquisita— fingiendo parecerle que no había mejor atrezo que yo encima de esa cama, cerca de la fuente de cuento de hadas. Se abalanzó sobre mí dejándome apenas tiempo para dejar el porro en el cenicero. Lo estreché con todas mis fuerzas entre mis piernas, Monsieur, con un susurro ardiente, me acarició la oreja: «una semana sin ti, ¡se hace tan larga...!» y en el desasosiego de sus besos sentí ese poder que tenía sobre él —pero que él doblegaba—. Sin haberme dado cuenta, había esperado esa clase de palabras, de ese hombre adorable y odioso. Sonaban como una nana —y eso no hubiese debido ser así, madre mía, no hubiese debido ser así—. Monsieur paseó su gran nariz a lo largo de la mía, murmurando «joder, eres tan guapa», luego frunciendo el ceño.

—¿Qué estás oliendo?

Solté una risa muda, con todos mis dientes al aire, ebria de alegría y de hierba.

—¿La maría?

Monsieur sonrió como un rayo de sol en la oscuridad y, sin dejar de acariciarme las sienes:

—¿Has fumado?

Quedaba medio porro en el cenicero.

—Me encanta ese aliento —susurró besándome en los dientes—. Y es una pena que no pueda fumar, opero hoy. Me encantaría fumar contigo. Un día, si consigo arreglarlo, lo haremos juntos.

—Pero ¿tú fumas?

—Cuando puedo. —Luego, incorporándose para volverme sobre la espalda—: ¿Cómo lo hice para no violarte, el miércoles en la clínica?

Sonrojada en mi almohada mientras su mirada me ardía en las nalgas, le recordé:

—Prácticamente lo hiciste, en el ascensor.

—Te gustó —me preguntó Monsieur, sin el más mínimo signo de interrogación.

Nunca sabrá lo que me costó ese pequeño gimoteo que solté para subrayar mi culpable asentimiento.

—Este culo... —dijo admirado sin hacer ningún comentario acerca de mis bragas carísimas pero manoseándome de una manera fabulosa.

Me sabía al borde de una mañana en que mi culo sería el Rey Sol. Y era raro. Era

raro sentir cómo mi coño se desesperaba ya por esa atención que no acapararía. Monsieur me quitó las bragas como a una niña pequeña; unos días antes ese hombre manejaba todo un conjunto de quirófanos, pelotones de mujeres en bata lo miraban como a un Dios en la Tierra, y aquella mañana esos dedos tan poderosos se dignaban a acariciar a una pequeña estudiante en perfecto estado de salud, sólo por sensibilidad de esteta —sea lo que sea eso.

Detalle de una crueldad intolerable: los pulgares de Monsieur se desviaron a ese agujerito con forma de corazón que separa los muslos y hace las veces de estuche, y como repetían ese mismo movimiento circular me oí chapotear —el ruido no podía venir sino de entre mis piernas—. Pero como mi concepción del pudor estaba un poco alterada, sólo ofrecí mis nalgas hacia atrás. Me esperaba un comentario paralizante sobre mi estado de excitación: de ningún modo. Monsieur se volvió a levantar, y mientras en un santiamén me acordaba de sus SMS y comprendía simultáneamente lo que iba a pasarme, actuó de tal manera que ya no podía escaparme. Me resistí como un animal atascado en arenas movedizas, que protesta vanamente entre las sábanas, pero Monsieur, en un tono cortante, me ordenó que me estuviese quieta. Por un segundo me ovillé, instintivamente.

—Eso no —le supliqué en silencio, como si en aquel punto Monsieur fuera a abandonar su dominio y decidir hacerme el amor educadamente.

En semejantes circunstancias, la maría se negaba a hacer efecto; recuperé mi lucidez completa en cuanto la boca de Monsieur se posó sobre mí, con sus dos palmas abiertas a cada lado de mis nalgas. Luego fue su lengua, y chillé de irritación frunciendo las cejas en una expresión de asco, rogando porque parara, rápido, por favor, «pero ¿cómo se puede querer hacer eso? ¿Cómo puede gustar eso?». Aunque hubiese podido experimentar un poco de ese placer mezclado con bochorno, el hecho de encontrarme así, atrapada como una rata, en esa postura de impotencia, me hizo sentir ridícula.

(Más tarde, cuando le comenté mi humillación, Babette haría esta reflexión muy atinada: «Es decir que, bueno, no te puedes olvidar de que te está lamiendo el agujero del culo. Aunque es precisamente la clase de certeza que te ahorrarías con gusto»).

Era una sensación que no se prestaba a ser exquisita, pero Monsieur parecía comprenderlo muy bien, no se indignaba en absoluto por mi rigidez. E incluso, cuando probaba cualquier pequeño movimiento para rebelarme, su mano me retenía cara al colchón con fuerza. Entonces utilicé la última finta, la que sabía que no me traicionaría. Con una ondulación de anguila, me froté la mejilla contra su polla, todavía presa bajo la franela gris. Sin su ayuda, pero ante su mirada, solté los pocos botones que me separaban de él y, con la boca seca, me la metí casi por completo, sobre mi lengua, de inmediato, su sabor a heroína y a hormonas en trance, esa sensación de estar llena contra viento y marea. Monsieur se quedó estático, contentándose con manifestar su capacidad de movimiento mediante la sujeción imperiosa de su mano inmóvil en mi cabello, que recogía en una pesada trenza rubia.

Luego, cuando se hartó de deleitarse con mis arrumacos de niña pequeña, me arrojó hacia atrás de un gesto regio, como si en esa situación nunca hubiese, ni por un solo segundo, tenido voz o voto.

Con un serpenteo infantil, Monsieur todavía totalmente vestido pero con su polla reluciente de saliva me susurró en un tono que traicionaba la lucha interior:

—No, quiero ver tu coño primero.

Horrorizada de antemano, me retorcí como una lombriz, tratando vanamente de volver a cerrar mis piernas. Era inútil: con sus manos de depredador, me mantuvo abierta, y durante unos minutos me hojeó como se pasan las páginas delicadas de una biblia rara, con diez dedos infinitamente cuidadosos. Mientras me deshacía en quejas confusas, levanté mi cara y vi en la suya tanta serena satisfacción que la impresión me hizo caer hacia atrás: ese hombre que adoraba los mismos libros que yo miraba mi coño tan piadosamente como hubiese leído un Bataille en papel vitela, con esos ojos que conocían la curva lasciva de las palabras «ninfas», «labios», «raja». «No, pero míralo, Ellie, con esa delicadeza, sin embargo, firme de las manos, con la precisión de sus dedos, esa llama negra en sus ojos desorbitados, míralo, a ese hombre nada le puede gustar más que los coños. Ese hombre debe de soñar con estar rodeado de coños de todas las razas, de todas las formas y de todos los aspectos, todo el día, en cualquier momento». A pesar del instinto que tenía de defenderme de esa curiosidad, en ningún momento Monsieur me dio la impresión de tener un juicio negativo sobre lo que se le presentaba. Joven como era, le temía como a la muerte que un hombre encontrase mi coño mal avenido con mis aires de pepona, que esa dicotomía entre cuerpo y rostro pudiera ser desconcertante: pero a Él en apariencia le parecía muy bien aquello, considerando probablemente que en muchos aspectos era una excelente portavoz de la zorra que sospechaba en mí. En Monsieur no había más que aprobación. Y, en efecto, un poco más tarde, zanjando el silencio religioso con su voz cálida como la corriente del Golfo:

—Tu coño me gusta mucho, ¿sabes?

Justo en ese momento, me hubiese gustado ser un chico para poder poner cachonda a una chica como él acababa de hacer; pero entonces, justo en ese momento. Nadie se podía sentir mejor que yo, en cueros delante de Monsieur, abierta como una boca y babeante a placer, embotada por una sed de sexo espasmódica. Y nadie podía sentirse mejor que yo cuando sentí cómo la barba cerrada de la mañana y los labios pesados se unían en alguna parte, Dios sabe dónde, en un lugar imposible de situar pero lo bastante rebotante de nervios como para enviarme una descarga de doscientos veinte voltios a la columna vertebral. Esta vez creo que salté, y que él esbozó la sonrisa corruptora de Satán en persona, el cual dice: «Sabes que sé que te encanta esto, porque eres una viciosa y porque a las viciosas les gusta deshacerse en la boca de los hombres».

«Estoy perdida», pensé sin ni siquiera temblar un segundo ante esta idea.

—Y el sabor de tu coño me gusta mucho —añadió Monsieur, cuya boca carnosa

brillaba como una cereza.

Monsieur lamía con la precisión de un hombre curtido en esa caricia, un poco como un pianista genial se permitiría piruetas artísticas aparentemente desestructuradas, todo lengua de colibrí, y sentía cómo me ponía caliente, caliente y chorreante, y blanda contra su cara. Aunque estuviera dándome el beso más venenoso del mundo, me cautivaba. Pues era de un beso de lo que se trataba; Monsieur no era un hombre que se dejase engañar por la verticalidad de esa sonrisa.

Cuando se volvió a levantar, la tenía todavía más dura, y mientras separaba bruscamente los muslos se lamió los labios con una gula inconsciente que me remató.

—No sé por dónde follarte primero —susurró, con aspecto realmente indeciso, con la mirada perdida en ese laberinto que parecía constituir el delta que llevaba de mi coño a mi culo.

Luego, volviendo a mi cara:

—¿Qué es lo que quieres tú, cariño?

Dios sabe por qué respondí:

—Por detrás.

Monsieur, para quien esa clase de perífrasis no tenía, de todas formas, el rigor semántico de «sodomía» hizo como si me fuese a poner boca abajo.

—Así no, a cuatro patas no.

Y, por fin, comprendí que esa maría actuaba sobre mi verbo. Entusiasmada, le expliqué a Monsieur, mientras le desabrochaba los botones:

—Tengo ganas de...

—¿Tienes ganas de qué?

—Tengo ganas de que me des por el culo. Pero boca arriba —me di prisa en añadir, como si esperase hacerle olvidar el comienzo de mi solicitud.

Ignoro si Monsieur comprendió qué paso adelante acababa de dar, como si no hubiese cedido en nada. Cuando me eché hacia atrás y se acercó hacia mí para doblarme las piernas, supe que había comprendido mi idea desde el comienzo, sin haber necesitado verbalizarla, y que la aprobaba totalmente. Le gustaba que me apeteciera esa posición, por la conciencia mutua y tácita de que así le dejaba complacientemente verlo todo. Él mismo tenía atenciones de experto; me penetró muy lentamente, atento de manera desconocida a mis gemidos, pero siempre firme, no renunciando jamás a las parcelas de terreno ganado. Monsieur sentía, sólo por la manera con la que me apretaba alrededor de él, en qué momento el dolor dejaba de hacer el placer más fuerte, para eclipsarlo por completo.

Espiré con cara de santa Teresa en éxtasis, y Monsieur se hundió en mí profundamente, hasta mi oído, que me zumbaba.

—¿Te gusta, amor mío?

Monsieur me da por el culo mientras me dice que me quiere. Increíble la nobleza de tal acto cuando es él quien lo realiza. El respeto profundo por el Otro que se siente en ello. No era un respeto más fuerte todavía que las circunstancias, Monsieur sabía

que penetrándome así me doblegaba completamente bajo su yugo; como adulto; tenía una apreciación sofisticada de mi docilidad, y una perfecta conciencia de esa relación de sumisión. Pero había algo mágico en Monsieur, que nunca he encontrado en otra parte: esa manera de actuar, esa firmeza de emperador para convencerme de que todas esas crueldades, esas palabras crudas, eran por mi bien. Y que resistirme era perder temporalmente una ocasión para correrme. Pues no era una cuestión de insultos, en realidad. Cada vez que decía «zorra» o «puta» o «coño», pensándolo bien no oía más que caricias, nada más que exhortaciones a bajar mis defensas. No obstante, no podía hablar. Quería hacerlo con toda mi alma, pero era incapaz. Y Monsieur arrullaba:

—Dime que te gusta esto, cariño. Háblame. Dime que te gusta que te dé por el culo.

Me acurruqué contra mi hombro y mi cabello, enrojecida como una zorra, y Monsieur, que se movía dentro de mí de forma elástica y perfecta, me susurró:

—Mírame.

Como me mostraba reacia a la severidad, Monsieur probó con la dulzura, con una voz de miel que, Dios mío, todavía me pone cachonda dijo:

—Mírame, cariño. Mírame.

Yo, abriendo los ojos con repulsión:

—No puedo.

Parpadeaba a golpes de mentón, sorprendida por sufrir tanto ante la idea de una comunicación que establecía tan fácilmente con otros.

—¿No sabes que siempre hay que mirar a un hombre cuando tiene su polla en tu culo? —empezó Monsieur, y lo escuchaba como se escucha un pasaje de Lolita: con la misma veneración—. Eres tú quien tiene el poder, ¿sabes? Aunque sea yo quien te da por el culo —y en éstas me mordí los labios hasta hacerme sangre—, he caído en la trampa de tu culito, y es a mí a quien vuelves loco.

Pequeña pausa, durante la cual me levantó los muslos sólo un poco más arriba, justo lo suficiente para transformar la posición casta del misionero en serpenteos obscenos; y luego, en un susurro:

—¿No te sientes un poco zorra así? ¿De tener mi polla en tu culo? Dime, ¿cómo te sientes?

Y, como entre mi pelo revuelto entreabría un párpado, vi mi coño abierto de par en par pero como inundado, y debajo la polla de Monsieur entrando y saliendo lentamente de mi culo, y supe que Monsieur tenía esas mismas vistas tan sucias; me encantó. Me entregué a él con pupilas temblorosas, maullando:

—Me siento como una zorra.

Ese infame corruptor de Monsieur saltó sobre la falla acariciándome el lóbulo de las orejas con sus labios, en los que mi olor se negaba a atenuarse.

—Enséñame cómo te acaricias.

Ante esa orden me vi invadida de un frío glacial; tenía una conciencia total de que

no podría zafarme de ello, daban igual las excusas que lograrse encontrar, y eso aunque no tuviese en principio ninguna intención de mostrarle a ese hombre algo tan profundamente íntimo. La perspectiva de correrme por mi propia mano delante de Monsieur, cuando ya estaba llena de su polla al fondo de mi vientre, me petrificaba. Literalmente. Sentía un espanto que me hacía casi lamentar encontrarme allí, en esa habitación, con ese hombre. En mi cuello, me arrullaba:

—Hazlo, cariño. Muéstrame cómo lo haces. Estoy seguro de que te pones guapísima cuando te acaricias.

Con maneras de cortesana al borde de la concesión, se me escapó:

—¡Es que eso no lo he hecho nunca!

—Hazlo, amor mío. Acaricia tu coño. Sabes perfectamente que está empapado.

—No... —gemí intentando levantar mis dedos.

A costa de un enorme esfuerzo (aumentado por mi complacencia por hacerme la amedrentada), logré poner mi mano encima de mi vientre. Luego, como si se negase a moverse más allá, lancé un grito de desesperación que me partió en dos: como un cachorrito tirando del extremo de su correa. Pero Monsieur no se dejó enternecer.

—Mastúrbate. Hazlo o no follo más contigo.

Me hubiese gustado que comprendiera hasta qué punto lo deseaba, hasta qué punto me moría de ganas de concederme y concederle ese capricho. Que al final sufría este pudor tanto como él. Y que ese verbo «masturbar», incluso siendo lo más excitante posible en su boca dulce y picante, me había hecho más daño de la cuenta: no sabía muy bien si realmente tenía ganas de masturbarme delante de Monsieur. Me hubiese gustado que comprendiera eso. A lo mejor no hubiese llegado a extremos como el chantaje. Monsieur reculó sin salirse totalmente de mí, y claramente dejó de moverse. De pura indignación, me lancé hacia delante, pero con dos manos firmes bloqueó mi vientre.

—Te juro que no follo más contigo. Mastúrbate delante de mí. ¿Sabes que el mejor orgasmo que pudieras tener es acariciándote mientras te enculo?

(Monsieur dice «encular» con la nobleza de las páginas eróticas más bellas. No es en absoluto el «encular» insultante o travieso de mis amigas. Cuando pronuncia esas tres sílabas, una se da exactamente cuenta de a partir de qué palabras ha sido creada. Es la misma fascinación que cuando leí y comprendí «encoñar» en una novela libertina del XVIII. Esa riqueza original del idioma).

Molesta por haber caído así en la trampa, le lancé una mirada siniestra a Monsieur, que no le afectó ni un segundo. Luego, con un aire socarrón, gemí:

—No, ¡fóllame!

Pero Monsieur era más pícaro que yo —no era, en todo caso, hombre que se contentara así como así con las palabras hasta el punto de olvidarse de su primer amor.

—Acaricia tu coño.

Y por su voz comprendí que podía hacerlo, alejarse a la otra punta de la cama y

masturbarse delante de mí hasta que la exasperación me llevara a hacer lo mismo, de mala gana. Entonces helitransporté mis dedos hasta cernerlos sobre mi raja, que parecía más de la opinión de Monsieur. Fue una escena atroz: me sentía arder literalmente, y apenas si lograba esbozar un simulacro de caricia. Si me arriesgaba más de unos segundos, a pesar del placer y ese ruido divino de chapoteo que me llevaba como una ola, la mirada de Monsieur me angustiaba y me exasperaba de malestar en las sábanas húmedas. Pero, fiel a su promesa, me volvió a penetrar suavemente, parecía deslizarse en un baño de aceite caliente, murmurando «Ellie Ellie oh Ellie acaríciate mejor como lo haces cuando no estoy yo», como si fuese posible olvidarse de su presencia, de la vibración que emitía. Estaba paralizada; todas sus exigencias, esa necesidad de llevar el sexo hasta sus detalles más íntimos, representaban un mundo al que no había tenido acceso nunca. Con Alexandre, no obstante, había creído alcanzar un nivel de perversión inédita, pero la firmeza natural de Monsieur y la motivación de sus deseos devolvían nuestras eyaculaciones faciales a una versión edulcorada de los posibles entrevistados aquella mañana. Había una innegable belleza en lo que trataba de arrancarme; el amor simple y grandioso de un hombre por el placer de las mujeres.

Y luego me vi lloriqueando, con mis manos resistiéndose a la idea de ejecutar en público ese espectáculo que conocía de memoria, instintivo. Monsieur, que las sujetaba en cuanto se daban a la fuga. No sabía a quién odiar más, si a él o a mí. Le lanzaba miradas fugaces a la vez suplicante e irritada, y fue, creo, por mi manera de fruncir los párpados por lo que comprendió que no íbamos a ninguna parte. Me abarcó con una ojeada que se quejaba de que fuese una muy mala alumna esa mañana, pero que también decía que tendría la indulgencia de los grandes maestros cuando vislumbraban los límites de sus niños. Con sus dos pulgares cumplió con su cometido de manera admirable, de tal manera que me pregunté, por un instante, si ese hombre era genial hasta el punto de haber comprendido por los balbuceos de mis dedos la estructura general y perfecta de las manipulaciones que me volvían loca. Sentí que algunos minutos bastarían, pero —no lo sé—, tenía ganas de ver correrse a Monsieur mucho antes de correrme yo misma. Así que, mientras mi coño aspiraba sus dedos como un niño de pecho, apreté su polla con todos mis músculos y, con las uñas clavadas en sus nalgas, lo obligué a que me follara muy fuerte. Él, probablemente por administrarse lo mejor posible, cortó toda comunicación, durante unos minutos en que se cerraron sus ojos. Y esa ínfima porción de tiempo me pareció durar una eternidad; de golpe, aquello no era ya Monsieur, aquello no era ya esa habitación, y aquello no era ya en absoluto esa concepción del sexo a la vez animal y sofisticado. Aquello ya no era más que un viejo montándose a una viciosa que hubiese podido ser su hija, en un hotel sórdido de un rincón sórdido de París, y hacían aquello de una manera sucia. No estaba muy segura de que realmente me gustase eso, sin la mirada de Monsieur; y sin su mirada casi me olvidaba de por qué, a fin de cuentas, esa historia entre él y yo no era inmoral. Sus ojos en los míos me recordaban

que si nos acostábamos el uno con el otro, si conversábamos, si hablábamos tanto tiempo por teléfono o por escrito, era simple y llanamente porque era bueno, y que, si Dios había puesto esta cosa tan buena a nuestra disposición, despreciarla o temerla era un despilfarro puro y duro. Y durante unos buenos cinco minutos, o tal vez mil en realidad, hacer el amor con él se volvió cargante.

«Quiera Dios que no dure horas» pensé (súplica que lamentaría unas semanas más tarde, sola y sin noticias del inaprensible Monsieur).

De repente, el rostro por encima de mí volvió a vivir, y con una voz muy grave, pero, a punto de quebrarse, Monsieur me dijo:

—Me voy a correr en tu culo.

Seguí, anhelante, la exquisita ascensión del placer en todo su cuerpo esbelto y delgado, las últimas idas y venidas en que su respiración se hizo vacilante, luego la sacudida postrera, que proyectó dentro de mí, y mientras lo arañaba, lanzó un único grito, un único jadeo ronco que me emocionó hasta el punto de que por un instante creí que iba a correrme también. Me concentré con todas mis fuerzas por sentir los chorros, pero no capté más que los espasmos incontrolables de su polla, luego Monsieur, respirando como en un arrullo, se escondió en mi cuello, todavía empalmado.

—Había echado de menos tu culo —me dijo al salir de mí, y me sentí invadida por una sensación de soledad física terrible—. Incluso después de haberme corrido tenía ganas de penetrarlo una y otra vez.

Después de hacerlo, Monsieur quedó embargado de un frenesí de ternura, mientras se movía sobre mí con ruegos de niño.

—¡Pero bésame! ¡Mírame! ¿No quieres mi cariño?

—Que sí —protesté retorciéndome como un crótalo en sus brazos—. ¡Te estoy mirando todo el tiempo!

—No, sabes muy bien que eso no es verdad. Nunca puedo mimarte, huyes de mí. ¿Puedo encularte pero no puedo hacerte mimos?

—Por supuesto que puedes —repliqué con un movimiento de impaciencia.

Y con un suspiro que no quería tan evidente, dejé que los dedos de Monsieur me domesticasen, con la barbilla girada hacia él. Al igual que la última vez, fue en ese preciso momento en que bajaba la guardia cuando recuperé todo mi aplomo. Me escabullí vilmente.

—Antes he fumado, no quiero hablarte cerca de la cara.

Y me incorporé con gracia, para recoger mi ordenador. Cuando la pantalla se volvió a encender, Monsieur vio la foto de Andréa. Secamente:

—¿Quién es?

—Mi novio —le respondí volviendo a encender el medio porro del cenicero.

—Genial —dijo Monsieur mordaz mientras se dejaba caer sobre el travesaño.

—Perdóname por tener también otra vida —le respondí, para inmediatamente lamentar ese tono de indiferencia.

Buscando vanamente con qué borrar esa frase de su memoria, puse a los Turtles y di otra calada, moviéndome para sentarme encima de Monsieur, con los muslos muy abiertos en un espectáculo que le ofrecía sin preocuparme ya demasiado de ello. Por un momento, me contempló, con los dedos extendidos en torno a mis rodillas. Luego, sonriendo:

—Tengo algo para ti.

Abalanzándome a su lado con párpados lánguidos de *geisha*:

—¿Qué es?

—¿Me dijiste que no conocías *El coño de Irène* de Louis Aragon?

—Me hablaste de él por teléfono.

Monsieur cogió su maletín. Me había hablado de él dos días antes, a las diez de la noche, mientras que, totalmente desnuda, me fumaba un cigarrillo en la cocina, pavoneándome sola delante de la puerta vidriera. Y más tarde recibí en mi buzón del *mail* un extracto del libro en cuestión. La impaciencia proverbial de Monsieur le había hecho cortar unos pasajes al azar, y al conjunto le faltaba cruelmente fluidez, demasiada como para suscitar en mí más que una curiosidad vaga. Pero cuando lo dejó a mi lado, con sus tapas increíbles de edición barata, su autor ficticio de pseudónimo rebuscado (Albert de Routisie), tuve un gesto de avidez que me lanzó hacia delante: me gustaba con locura esa idea que había tenido Monsieur de comprarme un libro de bolsillo, tan familiar a mis ojos de estudiante.

—¡Ay, gracias! —exclamé un poco demasiado espontáneamente para mi gusto, y Monsieur sonrió, con una ternura también muy evidente.

Quise acurrucarme a su lado, pero de un gesto muy brusco retomó *Irène* y lo abrió por el principio.

—Lee las dos primeras páginas.

Me gustaría que la gente comprendiese lo que pude vivir entonces, sentada con las piernas cruzadas, desnuda sobre la alfombra a la vez suave y áspera de vello de ese hombre, en la oscuridad lasciva y cálida de mi habitación aislada del mundo. Pocas veces había estado tan colocada, a un nivel en que todo me afectaba de manera positiva, caleidoscópica. Justo en el momento en que puse los ojos en las primeras líneas de Aragon, la cantilena orgásmica de *Elenore* estalló en el silencio húmedo como un increíble torbellino de amor y de entusiasmo; y, simultáneamente, esas páginas abiertas me hablaban de sueño y de dolor y de la mortal voluptuosidad de la noche cerrada en unos términos cuya fuerza suplantaban todo lo que hubiese podido leer antes. Impactada, literalmente, me eché hacia atrás, con la boca muy abierta y luciendo súbitamente mi mejor sonrisa. Le expliqué a Monsieur, con una voz que se perdía en los bajos de los Turtles:

—Este texto, más esta música... me siento transportada.

Creo que me comprendió. Me puse a leer con avidez, incapaz de evitar puntuar cada frase con suspiros de puro bienestar. Vacía como una cáscara de nuez, con la impresión de ser invadida por toda la belleza del mundo, anegada por ese esplendor, y

me defendía de ello débilmente, demasiado fascinada como para detenerme. ¿Cómo describir ese momento de soledad profunda pero de total alegría? Me sentía como alguien que hubiese visto, tocado, oído al Mesías, y sabía que Monsieur, aun estando sobrio, podría captar qué clase de perfección alcanzábamos. Fumar era un prerrequisito para encontrarse así, desprovista de todo mecanismo de defensa, y absorber la magia como una esponja. No obstante, hacía falta que lo dijera, que alguien lo supiera. Que Monsieur comprendiese hasta qué punto ese instante había sido, hasta entonces, nuestro apogeo. Por primera vez, creo, dije su nombre. E inmediatamente después de un largo suspiro de mujer llena de amor, una verborrea de fumadora de porros:

—¿Cómo se puede escribir tan bien? Quiero decir, ni siquiera es escribir bien, está a años luz de eso. Nunca había leído nada que fuese a la vez tan bello y tan sincero. Aragon me recuerda a Mozart en estas dos páginas. Si quitas una palabra, si mueves una coma, se viene abajo todo. La perfección.

Y Monsieur no pudo captar el doble sentido de mi efervescencia; no comprendió más que uno de ellos. Como aspirante a escritora, me dividía entre una profunda admiración religiosa y la envidia —¿o era más bien consternación?—. Como en mi primera lectura de *Lolita* (oh, Nabokov), advertía que cada frase, cincelada con una minuciosidad de orfebre, milagrosa, no le debía nada al trabajo o a la corrección. Tenía genio; para crear una tan bella, me hubieron hecho falta horas y horas de exasperación, de renuncia y también de esperanza, enclaustrada en una habitación vacía. Y sabía a ciencia cierta, de manera superficial, desde aquella lectura, que nunca sería esa clase de creadora a la que inscribir en el panteón de los escritores. Lo sentía casi con serenidad, como se aceptan las cosas de la naturaleza y de la vida. Era sólo una resignación que dolía.

—Es bonito, ¿verdad?

En ese instante, aunque no percibía la misma frustración de autor, pensé en lo exquisito, demoníaco y embriagador que era compartir con un hombre el gusto por la palabra y por el acto, encontrar en esa brutalidad masculina un poco de la sofisticación perversa de las mujeres, que más a menudo que a ellos les gusta languidecer horas leyendo, y viven el cincuenta por ciento de su vida a través de otros. Sobre todo, cuando ese hombre te observa mientras hablas, recorriéndote con unos ojos dulces en los que el vicio está a punto de renacer.

Monsieur volvió a cogerme el libro y lo abrió unas páginas más adelante. Mientras cambiaba de música, inició la lectura de ese pasaje que convertiría para siempre mi franca estima de Aragon en idolatría, la descripción del coño de Irène. Cada vez que lo oía pronunciar las palabras «coño» o «vulva» (Aragon es, desde que la mujer es mujer, el único en haber podido escribir vulva sin provocarme aversión), mi oído, no obstante, curtido a esos sonidos se revolvía de vergüenza y de placer; ¡qué tersos eran esos adjetivos crudos en la boca adulta y niña de Monsieur! Ante sus ojos brillantes, ante la alegría que parecía extraer de la situación, mostraba sin saberlo

que, a pesar de su edad y de su bagaje, picardear con la lengua ante una chica joven le procuraba un goce todavía intacto. Siguió una conversación inspirada en la que me describió las ediciones de las que disponía, y veía realmente esas pilas de libros inencontrables, unidos de manera inesperada, donde el ADN de Mandiargues o del dios Calaferte tal vez todavía anidaban. Adoraba también a Monsieur por su biblioteca, y la idea de pasar dos noches y dos días en ella, en un gran sillón de cuero (con una taza de café en la mano, desnuda bajo una camisa de Monsieur que el interesado vendría a arrancarme a todas horas —su concepción de marcapáginas).

Por un instante, empujada por una pulsión de ternura, me acurruqué de nuevo en su pelo, perfume dulce y piel demasiado suave. Resultaba increíble lo que podía llegar a adorar a ese hombre, apasionarme con él hasta la obsesión y, no obstante, saber expresarle tan mal afecto o deseo. Dar un respingo con sólo pensar en acariciar su torso o besarlo espontáneamente. Con el rostro escondido en su axila sutilmente perfumada, lo miraba como se mira a un jeroglífico. Con tantos detalles, una se podría haber olvidado de que acababa de encularme o de traumatizar mi sexualidad relamida de aspirante a viciosa; Monsieur no era más que suave, violentamente suave, suave como las páginas de ese libro. Suave, suave.

Primera escena de pareja entre Monsieur y yo. Me preguntó de sopetón:

—¿Has follado esta semana?

—¿Esa pregunta a qué viene? —le pregunté a mi vez, despegándome imperceptiblemente de su cuerpo el tiempo necesario para valorar qué respuesta me convenía más.

—No es por nada, sólo por saber.

Monsieur, en efecto, parecía sereno. Encogiéndome de hombros, respondí:

—Sí, he follado un poco.

Luego, como estaba un poco enfadada por haber encarado así mis retozos banales de la semana, me permití devolverle la indiscreción. Afirmación lacónica de Monsieur.

«Venga, ¡dame más!».

—¿Cuántas veces?

—Dos veces.

Monsieur no se escandalizaba ante ninguna incursión en su vida sexual.

—¿Con tu mujer?

—Sí. ¿Y tú?

—Con mi novio.

Por así decir.

Fue entonces tal vez cuando comencé a ver la trampa en la que me iba a enredar. Me moría de ganas de saber cómo hacían el amor al cabo de veinte años de matrimonio, qué gestos empleaba en su cuerpo, que conocía de memoria. Pero esa curiosidad me daba la impresión de arañar una pizarra —un poco de celos que en absoluto pensaba que iba a sentir por él—. Como una mosca volando estúpidamente

hacia un fluorescente, le pregunté:

—¿Cómo es con tu mujer? Hace mucho tiempo, de todos modos, que os acostáis juntos.

—Depende —respondió Monsieur con una voz extraña que me hizo pensar que a lo mejor acababa de hacer aflorar uno de los raros pudores de ese hombre—. Pero sí, al final de un lapso de tiempo semejante, con frecuencia está bien.

—Debéis de tener mucha... complicidad.

—Claro —respondió Monsieur sin mojarse, sin embargo.

Me corroía literalmente la necesidad de saberlo todo, todos los detalles; cómo follaba Monsieur con esa mujer que lo había visto todo, oído todo de él, que conocía todas sus perversiones, todo lo que lo volvía loco. Cómo era su cuerpo. Cómo se corría ella. Cuándo tenían ganas. Si tenían posturas y técnicas preferidas. Manías. Cosas que nunca habían hecho. Eso me hubiese fascinado. Era la mujer de Monsieur la que me empequeñecía sin cesar con su sombra. ¿Cómo acariciaba él un monumento semejante?

—¿Y tú? —prosiguió—. Estoy seguro de que el chico es lamentable en la cama.

—¿Y eso por qué? —me sublevé, terriblemente ofendida.

—Porque los tíos de tu edad no conocen para nada a las chicas.

—Tiene treinta años.

—¿Treinta años? —exclamó Monsieur con ojos desorbitados.

«Es una broma». Eso es lo que pensé. Durante dos segundos lo miré fijamente sin pestañear, tratando de determinar si había fingido o no esa sorpresa.

—¡Otro viejo! —soltó con un esbozo de sonrisa en los labios.

—¡Qué celoso estás esta mañana! —sonreí a mi vez—. La idea de que tenga novio te indigna.

—No estoy celoso. Sólo me pregunto por qué estás todo el rato con viejos.

Se incorporó sobre sus brazos para mirarme, como se mira un cubo de Rubik. Luego, cambiando de opinión:

—A lo mejor estoy celoso, en realidad. Es una mala idea, ¿no?

—Probablemente —le respondí, sorprendida sólo de pensar en poderle inspirar celos a un hombre, a ese hombre.

—Conque, ¿qué hacemos? —le pregunté, como si fuese de los que se sienten vulnerables.

—¿Cómo que qué hacemos?

—¿Seguimos de todas formas?

Y la verdad es que no me imaginaba seguir viviendo como si nunca hubiese existido, fuese cual fuese el precio al que estuviera fijada su cercanía. Sólo la idea de vivir tan cerca de él, de tenerlo vivo a unos kilómetros de mí pero de no poder alcanzarlo me cortaba el aliento. Tenía ganas de comprender a ese hombre. De descubrir ese misterio. Quería otras tantas cosas que eran dolorosas de pensar. Así que, sólo respondí, como si fuese una evidencia:

—Bah, sí. Seguimos.

«Seguimos, aunque presienta ya que eso está a punto de pasar. Una catástrofe. Siento que el verano entero sin él, si empezamos así, me va a resultar insoportable. Y no tengo ningunas ganas de hacer como todas esas gilipollas que se enamoran de hombres casados, pero, venga, alegremente, seguimos».

Una cosa que siempre me ha impresionado de Monsieur: su manera de empalmarse. Fácil, rápidamente. Me habló tantas horas toqueteándome los pezones que me estaba poniendo epiléptica, empalmándose insistentemente contra mi espalda, murmurando a ratos «eres tan guapa» lo que me erizaba los lóbulos de las orejas. Jugábamos al rico intelectual y a su cortesana, hablando de André Breton como se habla de sexo, inventariando autores que esperaba como al Mesías, susurrando en mi cuello palabras de amor entremezcladas con agudezas literarias, además de con besos y con mordiscos, y casi en plena mitad de una de mis respuestas, como si me dispusiese a contradecirlo, Monsieur me la metió de un solo movimiento sin concesiones. Tenía tan claro que no estaba abierta, y estaba hasta tal punto interesada en mi frase, que me tragué la última palabra en un grito que detuvo con una mano firme, como es debido. Las primeras idas y venidas de Monsieur me dejaron muerta de placer, incapaz de producir el más mínimo sonido ni siquiera de respirar. Él sabía perfectamente cómo hacer aquellas cosas.

—Esto también te gusta, en tu coño, ¿eh?

—¿Te has acostado con alguien más desde que estamos juntos?

—No. ¿Por qué?

—Por nada —mentí descaradamente.

«Porque no me molestó lo bastante imaginarte haciendo el amor con tu mujer. Tengo que saber, empíricamente, que la idea de otra mujer debajo de ti es dolorosa».

Monsieur se volvió a incorporar, sentándose a mi lado.

—¿Estás celosa?

Ese esbozo de júbilo que sentí en su voz me irritó. Como una imbécil, me defendí demasiado como para parecer indiferente.

—¡De ninguna de las maneras!

—¡Estás celosísima! —repitió Monsieur, quien se corría literalmente ante esa idea.

—De ninguna de las maneras, sólo quería saberlo, así, por saber.

—Sí. Quieres saber si me acuesto con otras chicas para determinar si eres la única en mi vida. Luego sí, cariño, estás celosa.

No le devolví sino a medias su beso, que se divertía mucho con mis rabieta. Poniéndose su pantalón (increíble, esa espalda):

—Pero, últimamente, si no he tocado a otra mujer más que a la mía y a ti es porque no he tenido ganas. Pienso constantemente en ti.

Mirada ardiente que me recorrió la espalda como un arañazo.

—En ese culo. Pienso todo el rato en ese culo. ¿Sabes que incluso cuando estoy operando eres tú a quien me imagino? A ti, en esa posición.

Estaba retorcida, con la grupa en el aire, ahogándome en mi pelo, y lo miraba vestirse con veneración. Me encantaba la luz que emanaba ese hombre, y nunca sabría decírselo. Lo guapo que podía parecerme. Seguía el turbador *striptease* inverso que me ofrecía al ponerse de nuevo su disfraz de cirujano de paisano, primero el pantalón de traje con la raya impecable a lo largo de los muslos, luego su camisa blanca que no conservaría de su visita a mi habitación más que una única arruga en la espalda. ¿Los hombres tienen la más mínima idea del foso —del abismo— que separa su desnudez de ese momento en que se vuelven a abrochar la camisa, de pie, sin ni siquiera pensar en ello? Es la lenta escalada hacia el cuello que poco a poco fuerza al instinto animal al silencio, y si cinco minutos antes se dejaban ver bajo todas las costuras, ahora llevan directamente sobre el cuerpo siglos y siglos de sofisticación. Pero algunos, como Monsieur, incluso vestidos de la forma más elegante, hacen sin saberlo la promesa lancinante de estar siempre desnudos bajo sus ropas. La chaqueta de traje que añaden no cambia en nada el asunto; parece puesta sobre sus hombros nada más que para ser quitada a toda prisa. Son hombres que embridamos desde la noche de los tiempos con toda clase de telas, de artimañas — como si pudiera contenerse de modo tan burdo su luminosa sensualidad—. Al mirar los muslos de Monsieur en su caro pantalón gris, se adivinaban ya los contornos de su próxima erección.

Los gemelos.

—Y además pienso todo el tiempo en tu cuerpo, pero no necesariamente para hacerte el amor. Sólo quiero estar cerca de ti. Hablar contigo. No siento ninguna diferencia de edad entre nosotros cuando hablo contigo y tú me respondes.

Como no sabía qué decir después de eso, sólo sonreí, extasiada. Y después de un interminable gorjeo, le pregunté:

—Las demás chicas de mi edad, ¿no son así?

—La mayor parte del tiempo, no. Son mucho más pasivas. Toman sin dar gran cosa.

—Aunque no haya estado muy disciplinada, esta mañana —dejé caer, esperando, creo, una promesa de Monsieur, una próxima cita asegurada.

—No es una cuestión de disciplina. Me gusta lo que pasa por tu cabeza. Es eso lo que me interesa. No necesariamente tu cuerpo entre otros mil.

¿Cómo tomarse eso? Ante la duda, ataqué:

—Serías un auténtico gusano si te acostases con tu mujer, conmigo y con otras chicas de mi edad al mismo tiempo.

—Dices eso porque estás celosa.

—Otra vez..., en absoluto. Es sólo que, entonces, en vista de la situación...

—Celosa, cariño.

—No, simplemente te digo que sería un comportamiento de gusano. Aunque lo de «gusano», teniendo en cuenta lo que estamos haciendo, ¿nos lo planteamos ahora!

Monsieur se entristeció de repente. Se detuvo cuando cerraba el cuello de su camisa, para sentarse a mi lado en la cama.

Sin dejar de mirarme:

—No me gusta cuando me llamas gusano.

—Eso es porque no te he dicho gusano en ese tono. En mi boca, es afectuoso.

Y era verdad, pero sus ojos eran tan negros que por un instante creí que iba a pegarme, o, en todo caso, que acababa de hacerle daño. Me quedé alelada de saberle tan tontamente susceptible.

—No me mires así —le susurré mientras me pegaba desnuda contra la tela fría de su traje—. Te digo que gusano, cuando mis amigas y yo lo decimos, es una cosa buena. Es cariñoso.

Monsieur no pareció convencido, pero, de todas formas, me besó detenidamente. Añadí:

—Y, por lo demás, soy tan gusano como tú. Con mi tío, con toda mi familia en realidad, debería tener escrúpulos para acostarme contigo.

—No veo por qué está mal lo que hacemos. Excepto por el hecho de que estoy casado, quiero decir.

—¿No lo ves? No obstante, lo inmoral de nuestra historia salta a la vista. Eres el antiguo colega de mi tío, te pasaste tres días con él y mi madre en Jersey por un seminario, toda mi familia te conoce. Y yo, soy la sobrinita.

—No es como si me estuviese acostando con su mujer.

—Es casi peor. Sabes muy bien que mi tío está locamente enamorado de sus sobrinas. No tiene ningunas ganas de saber que los hombres las tocan, y, sobre todo, los hombres que él conoce bien.

Monsieur parecía hacerse el tonto, pero no lograba determinar si era buscado, o si realmente se creía con las manos limpias.

—Sobre todo, si esos hombres están casados y tienen hijos. Comprendes perfectamente hasta qué punto se podría sembrar el caos si alguien se enterase de lo que pasa —añadí en un tono que traicionaba tal vez un poco de más hasta qué punto me excitaba la ilegalidad.

—El problema es sólo que estoy casado, ¿no? Yo, si fuese tu tío, preferiría saberte con un hombre de mi edad, que tiene experiencia, antes que con un gilipollitas que te tratase de cualquier manera.

—¡Pero bueno...!

Grité su nombre, exasperada de que Monsieur pudiese mostrarse cerrado hasta ese punto.

—¡De verdad piensas que, si Philippe te viese conmigo, no pensaría más que en términos de experiencia o de bienestar! De verdad piensas que, aunque se abstrajera del hecho de que tienes mujer e hijos (y me sorprendería mucho que lo hiciese) el

cuadro sigue siendo el mismo: tiene tu edad, eras su colega y alguien al que aprecia, resulta ser un auténtico gusano. De verdad crees que puedes tener esperanzas, esta vez, de hacerte perdonar algún día. A mí también me odiaría, pero es mi tío, en el fondo me seguiría queriendo. Si por una u otra razón se enterase por ti y por mí, lo cual no va a pasar, no vería más que una cosa: que te has follado a su sobrina.

Monsieur se sentó junto a mí, con una mano suave y firme sobre mi cadera.

—Salvo que si alguien fuese a hacérselo saber, bastaría con abrir mi buzón del *mail* para constatar que fuiste tú quien vino a buscarme.

De repente, aun cuando todavía me acariciara, vi en sus ojos sonrientes algo que podía parecer una amenaza. Bueno, no del todo; más bien la mirada que hubiese podido tener un mafioso al explicarle el funcionamiento del barrio a un comerciante recién llegado: «Vamos a jugar a un juegucito que nos viene bien a los dos. Mientras juegues limpio, yo juego limpio. Si tratas de venderme o de ponerme en una posición incómoda, tengo los medios para chantajearte y no dudaré ni un segundo en hacerlo».

Recuerdo haber pensado intensamente «qué cabrón», en el mismo momento justo en que miraba a Monsieur sin pestañear, para decidir si iba en serio. Si era de los que responderían a las acusaciones desvelando nuestra historia, pasaje por pasaje, de tal manera que quedara yo como la instigadora. Por la extrema determinación que leía en sus ojos, acabé pensando que sí. Indudablemente. Monsieur era de esa clase de hombres.

Sin decir nada, sólo ofreciéndole una sonrisa como toda respuesta, me recosté contra sus piernas, ovillada como una gata. Era su rehén, y Monsieur me parecía tanto un amante como un adversario; me dominaba de la manera más vil, pero en cuanto lo pensaba me ponía muy muy cachonda.

Monsieur. Monsieur y sus labios llenos de veneno.

Fue en ese momento en el que se evaporó, para volver a su vida de médico y de esposo, cuando me sometí incondicionalmente a él. Estaba tumbada boca abajo y observaba el más mínimo de sus movimientos, absorta en mi contemplación. Con su maletín en la mano, de nuevo perfectamente civilizado, impecablemente elegante, se volvió a poner junto a mí en la cama, rodeándome con sus manos. Hubiese podido contentarse con besarme en la nuca.

—Dime algo bonito antes de que me vaya.

Abrí unos ojos en los que se mezclaban la fascinación y la incredulidad.

—No puedes dejar que esté un poco enamorado de ti si tú no estás un poco enamorada de mí.

A lo mejor fue porque comprendí que no se iría antes de que dijese algo, a lo mejor fue porque, después de todo, me moría de ganas por ver adónde nos llevaría todo eso, a lo mejor porque amaba, con un amor despreciable de cortesana, ese loco deseo mío, pero a lo mejor también porque era cierto, por lo que acabé respondiendo sin mirarlo, incapaz de comprenderme a mí misma:

—Estoy un poco enamorada de ti.

Monsieur puso una sonrisa muda, que sentí aun cuando mordiera la almohada para evitar abofetearme.

Mi derrota ante Monsieur no tuvo nada de catastrófica. Ahora lo veo. Está hecha de pequeñas rendiciones de ese tipo, anecdóticas. Una. Luego otra. Hasta que la sogá alrededor de mi cuello se volvió asfixiante.

Lo he dicho en un mensaje, pero tengo que escribirlo, diez palabras en un móvil no significan nada.

Pensaba en ti, en tu cuerpo, en tu olor, pensaba en esa mañana, en esa pesadez en todo el cuerpo mientras me daba vergüenza lo que estaba haciendo, pensaba en todo lo que pudiste decirme (esas palabras que me hicieron perder los nervios, como un interminable araño en la espalda), y me dije que me iba a costar mucho aguantar hasta el martes. No puedes imaginarte en qué estado me encontraba. Si empiezo a pensar en esa mañana, se me pone una especie de contracción en el vientre, la carne de gallina en las mejillas, la pierna derecha paralizada, y siento muy claramente cómo mi coño parpadea él solo, como hacen mis ojos cuando estoy agotada. Se diría que grita. Y no hace ningún ruido, pero yo lo oigo. Bueno, lo siento. Es todavía peor.

¿Te cuento un secreto? Por qué no puedo tocarme delante de ti. Por qué las chicas de veinte años no se entregan totalmente. Es por la idea de la vergüenza, creo. La suposición de que si me rebajo a hacer algo así, me volveré de inmediato despreciable. Lo que es totalmente paradójico, aun así, dado que, al lado de eso, que follan conmigo de manera absolutamente asquerosa, que me pongan de vuelta y media no me molesta en ningún modo, por el contrario me hace sentir eminentemente respetable.

Hazme un favor, es necesario que no tengas más piedad de mí. Si no te obedezco, incluso a pesar mío, no llegaré a ninguna parte, y alcanzaré los sesenta sin haber tenido el más mínimo orgasmo. Si no vamos a ningún sitio, al menos que lleguemos a eso; úsame, manipúlame, moldéame, haz de mí una amante perfecta, ideal. Ya no quiero esa sensualidad sofisticada para fingir avidez. Ya no quiero estrategias y planes para parecer excitante: quiero volver a una auténtica sensualidad primaria, infantil, desvergonzada. Libérame. Sé que eres capaz de ello. Nunca he conocido a alguien que sea más capaz que tú. Estoy segura de que si no me corro no es más que por un condicionamiento estúpido que me he impuesto a mí misma. Que en realidad soy mucho más emotiva que todo eso. Mira, cuando me penetrabas por detrás esta mañana, me sentí trastornada por el dolor mucho rato, o por la incomodidad, en fin, da igual; cuando digo mucho rato, quiero decir más o menos... cinco, seis minutos. Pertenecía, pues, la mayor parte de mí, a ese dolor, y, no obstante, sabía que estaba empapada. ¿Ves cómo soy? Mi cuerpo se ve obligado a vivir a pesar de mí. Se salta todas las barreras que pongo y arranca todas las caricias que pueda tener. Es necesario que me ayudes en esto. Es necesario que ya no me escuches —si me dejas protestar no sabré cómo hacerlo, cómo hacer para reunir a todas esas mujeres de las que Ellos hablan en los libros, Irène (que me acabo de terminar) o las demás. Esas chicas que se dedican a correrse antes que a nada, no a parecer bonitas o dignas. No se puede parecer digna follando. Eso no funciona.

Oh, todavía me quedan ganas de hablar contigo, pero prefiero guardarme el resto para mañana.

Hace un momento, estaba leyendo *El coño de Irène*, y he hallado un poco de tu olor en las páginas. Un poco. Creo que nadie más que yo hubiese podido notar un efluvio tan tenue.

Me encanta la palabra coño. Coño. Coño. Es la única equiparable a polla. Porque, al final, las demás están domesticadas. Hay gente que las dice cada dos por tres. Coño es auténticamente turbador y literario, tiene un encanto ante el que mucha gente se cierra. Hay que haber leído para amar el sonido sonoro de la palabra coño, leído, follado, chupado y tocado a mujeres, o ser una mujer y habérselo visto murmurar a un hombre como tú.

Además, me he dado una ducha hace un rato, al volver a mi casa, y —no sé cómo plantear la historia para que quede tan bonita imaginada como escrita— cuando me he lavado, el jabón me ha escocido. Y estaba todavía muy abierta, como si acabases de salir de mí. ¿Dios está en los detalles?

Es necesario que deje de hablar. Lunes por la noche. Duerme conmigo. O ven por la tarde, márchate a dormir en tu casa y vuelve al día siguiente. Pero te quiero conmigo lo más pronto posible.

No sé de dónde vienen los escenarios que me invento cuando me masturbo. Cuando pienso en Monsieur el misterio es todavía más opaco; alrededor de nosotros, de las colgaduras azules en movimiento, dotadas, se diría, de vida, agitadas por inspiraciones y expiraciones desordenadas. Las paredes, el mundo entero jadea y vibra a un ritmo obsceno. Aquí y allá, una ventana, el rincón de una cama, el olor de una habitación; popurrí sin pies ni cabeza de todos los lugares donde el fantasma de Monsieur me ha seguido, atrapado, acaparado.

Me encuentro en el hotel del distrito IX, pero estoy por todas partes y en ninguna a la vez. Advierta en mi descargo (y siempre escojo mis palabras) que cerca de las cuatro y media de la noche todavía me es imposible dormirme. Y como no dispongo ni de somníferos ni de maría, mis dos dedos son el único acceso al sueño asegurado con el que puedo contar.

Así pues, aquí estoy, tumbada. Desnuda. Los espejos del techo reflejan una imagen tan pura como la de un cuadro, con mi cuerpo tendido sobre las sábanas púrpuras, odalisca de mal gusto, tan *kitsch* como esta habitación pomposamente llamada «china».

Es extraña esta relación conflictiva que siempre he tenido con mi coño, y Monsieur parece inocentemente ajeno a ello. ¿Qué tienen todos que empuja a los hombres de manera tan irresistible hacia «eso»? ¿Qué ven en él? ¿Qué puede haber tan apasionante en lo que veo entre mis piernas? Dos lóbulos de carne tapizada de un pelaje moreno, brillante como el de una nutria; parece la boca de un animal, cortada con una raja ancha —y esas «ondulaciones graciosas», esos «encajes del amor» de los que habla Aragon, ¿es posible que Monsieur los encuentre tan poéticos? ¿Por qué soy incapaz de ver otra cosa que no sea un excedente de carne?—. Me hubiese encantado tener uno de esos coñitos cerrados como una boca tímida, que se separan y se descubren con los dedos. Una concha de mazapán, que encerrase miniaturas de labios nacarados, el pequeño hocico del clítoris, una brecha que engatusar para que apareciera. En lugar de eso, en la época de mis primeros pelos, el púdico bozo aterciopelado de las niñas se mudó en ese coño parlante de película porno, desbordante, constantemente abierto con una sonrisa obscena, incluso cuando follar es la última cosa en la que pienso. Con las piernas abiertas delante de Monsieur tengo la impresión de mostrarle mucho más que un sexo: todo mi interior. Pero eso no le basta. Pegado a él tiene que verlo vivir, impacientarse bajo mis dedos como cuando estoy sola y no presto ninguna atención a la manera en que toda esa carne excesivamente suave se mueve. ¿Cómo podría decirle claramente, de buenas a primeras, que necesito oír que le parezco muy guapa de ahí? Monsieur querría verlo, tomarse horas para estudiarlo y hacerme un análisis completo que me precipitaría a un estado de incomodidad cercano a la catatonia. Monsieur me manipularía sin

escrúpulos, me atraparía como a una mariposa por las alas, estiraría y pellizcaría en todas direcciones, y tal y como me conozco, tal y como conozco a la Ellie Becker más retorcida, todas esas ofensas a mi pudor acabarían exasperándome y haciendo que me mojara —y, Dios mío, cuando estoy mojada es todavía peor, me hincho y me despliego como una vela bajo un viento cálido, imposible desde ese momento dar siquiera la impresión fugaz de tener un coño de virgen que rezuma unas gotas, realmente, no; y Monsieur lo sabe perfectamente, o se lo imagina—. Es una catarata. Un río de lava pegajoso hasta mi culo, en pocas palabras, si bien tengo una cara de primera comunión mis bragas esconden pliegues que traicionan la marca del demonio. Imposible para mí abrir los muslos sin hacer insinuaciones sexuales vergonzosas. ¿Podría ser precisamente ese contraste descarnado lo que hace que se le ponga tan dura?

Puede ser, después de todo. El mordisco irritante del espejo en el dosel no carece de encanto. Si no miro nada más que mi vientre, podría estar acariciando a otra. El dedo que deslizo adentro, lentamente, desaparece entre los labios en un recoveco ardiente, de una humedad pegajosa, y el olor repugnante de las sábanas se desvanece con el de mi interior. Ése es el olor que les hace volver la cabeza a todos, que les altera los nervios hasta tener ganas de asesinar a alguien —¿o acaso soy yo?—. Es un poco como entrar en una fábrica de sidra, en la que el aroma a manzana acaba siendo un suplicio, una llamada irresistible a morder. Probablemente es ese olor el que los revoluciona hasta el punto de hacerles encontrarlo todo bello, en su sitio, en el cuerpo de cualquier mujer, que les hace olvidar todas las afrentas a la geometría. Y por muy impregnada que esté de esa inmunidad, es imposible, IMPOSIBLE proceder normalmente. El placer hace abrirse y cerrarse mi raja como una auténtica boca, y sus articulaciones mudas me deshacen literalmente de bochorno. Me exaspero queriendo adivinar cuáles son los encantos de ese lenguaje que no comprendo, y por qué odio tanto verme hacer lo que me excita tanto viniendo de todas las demás chicas.

Parezco salida de una película *amateur*. Algo que es increíble de ver: me hago sonrojar a mí misma. No puedo mirar mi cara sin hacer gestos o poner caras cinematográficas que nadie se creería ni un segundo, pero que me hacen mantener la compostura. ¿He sabido alguna vez qué expresión pongo al correrme? ¿Y cómo se manifiestan las contracciones del fondo del vientre bajo sus ojos? No obstante, tengo la impresión de masturbarme tanto, si no más, que cualquiera, en todas las posiciones posibles e imaginables, de pie, sentada, tumbada, con las manos o los muslos, el mango de la ducha, todos los objetos de la vida cotidiana que mi vicio insaciable transforma en coadyuvantes. Pero nunca delante de los millares de espejos que adornan mi casa. Y ahora que he conocido al Hombre, sea cual sea el momento en el que toqueter, me siento observada; hace tres días me sorprendía comprobando en mi propia habitación (entre las santas paredes del domicilio paterno) que no había escondida ninguna cámara. Y esta noche, en este hotel del que Monsieur no conoce ni siquiera la dirección, los reflejos rojos de la galaxia cutre pintada en el techo me

parecen otras tantas mirillas que vuelven a transcribir mis más mínimos hechos y gestos en el castillo de la Île Saint-Louis, precisamente en ese despacho mitológico en el que amontona mis cartas, entre Mandiargues y Baudelaire. Improbable, lo sé. Eso no impide que ya no me atreva a mover ni un pelo.

Probablemente sería mejor que Monsieur estuviera aquí, de veras. Al menos sabría por qué tiemblo. Tendría algo tangible que temer y desear, y ya no estas fantasías retorcidas que me agotan, y que no le confesaría más que bajo tortura.

¿Me oyes? ¿Sientes, con tu instinto agudísimo de fiera, que en alguna parte de París, en este mismo momento en el que duermes junto a tu mujer, he separado mis muslos hasta hacerme daño y pienso en ti, de pie, cerca de la puerta, mirándome? Y como soy completamente contradictoria, cerrar los ojos a mi reflejo no me impide imaginar que me ordenas que los vuelva a abrir, tanto como mis piernas, todavía, todavía más. Un poco avergonzada, me monto una película a lo marqués de Sade versión mini, un punto de partida muy visto, plagado de órdenes y de insultos, y — ¿me atreveré alguna vez a decírtelo a la cara o confesárselo a mis amigas?— el momento que más me cautiva, hasta el punto de enlazar todas las escenas entre ellas, es aquél en que te oigo decir, con calma, pero con una voz que descarta toda posibilidad de desobediencia:

—Veo tu coño, Ellie, pero no veo tu culo. Levanta tus piernas.

Y a mí mirarme hacerlo, en el espejo, lentamente. (Imaginarte que me imaginas, trastornado por esa visión en medio de tu lectura, me entumece los dedos y hasta se me olvida cómo escribir). Como si tu presencia casi invisible no fuese bastante, ahora vienes a arrodillarte cerca de mi cabeza, con tus uñas clavadas en mis gemelos para impedir que me mueva. Estupefacta, observo, a pocos centímetros de mi nariz, mi vientre, que se multiplica y, justo por encima, mi coño y mi culo que siguen a duras penas la separación de mis muslos.

—Mira —me ordenas.

En el espejo todos mis agujeros palpitan; los pelos alrededor parecen brillantes de sudor. Lo peor es la manera en que sigues mis ojos en el espejo, con la que pasas y vuelves a pasar sobre mis caderas, que se doblan, mis pechos aplastados por mis rodillas, y justo en medio toda esa maquinaria en marcha, al descubierto y traqueteando a pleno rendimiento. La violencia de ese encuentro y mis olores me sofocan. Me agarras la mano sin miramientos, la plantas encima de mi clítoris; cualquiera diría que eres mi profesor de piano aplastándome los dedos bajo los suyos para enseñarme a la fuerza unas escalas difíciles. Y tú, que me tienes tan cautiva como a una marioneta de hilos enredados, te inclinas hacia mí. Oigo bajar tu bragueta, cualquiera diría que es el ruido de un cortocircuito o el de una guillotina que cae a toda velocidad:

—Mastúrbate. Estás muy abierta, ya lo estás viendo, quiero ver cómo te

masturbas.

Apenas si he abierto la boca para protestar cuando me cortas:

—No, Ellie, no... no empieces a regatear. No quiero ni oírte respirar. Mastúrbate, zorra.

No me siento ridícula, sino demasiado sexual. Me parece que ahora, sea cual sea mi próximo gesto, voy a parecer una puta. Con los ojos cerrados, chupo un bulto de tu pantalón mientras me froto muy lentamente.

(En ese momento, si las cosas estuviesen bien hechas, deberías despertarte por una intuición: me estoy mordiendo mientras me meto los dedos).

Me acaricias el pelo. «Está bien, cariño. Córrete». En otro mundo, esas órdenes soltadas secamente serían bofetadas que resuenan sobre la mejilla y me dejan sin aliento y —oh, Dios mío, pero, a lo mejor, en realidad, me gustaría eso, unas bofetadas—. A lo mejor en ese mundo paralelo, en el que puedo decirlo todo y hacerlo todo y volver a salir fresca como una rosa, tendría ganas de que me escupieras encima y en la boca, porque sí, después de haberme comido los labios, y de que luego me abofetearas. Por placer. Sin ninguna razón en particular. Sólo por que me quitases la respiración durante algunos segundos y ponerme al borde de un ataque de nervios. ¿Soy un monstruo? ¿Sería monstruoso añadir una petición adicional por tu parte, soltada como una bomba en mis orejas, que me zumban?:

—Métete unos dedos en el culo.

Cuanto más sucias y largas son tus frases, más me retuerzo bajo tu presa. Llego a un punto en que las sensaciones no esperan la ejecución de tus órdenes para estallar: oírte hablar de dedos en el culo es ya estar a reventar, con todas esas cámaras misteriosas en mi vientre que se contraen de un solo movimiento. Una de tus manos abandona un instante mi muslo para coger mis mejillas entre tu índice y tu pulgar, firmemente.

—¿Qué es lo que intentas, Ellie Becker? ¿Quieres que te haga daño? Haz lo que te digo, métete los dedos en el culo.

(Y mientras lo acato, me chupo y vuelvo a chupar las marcas moradas de mis dientes).

—Uno más.

—¡No puedo!

—Por supuesto que puedes. No te imaginas todo lo que te puedes meter. Uno más.

De una sola mirada en el espejo que refleja fríamente esta escena atroz, recalcas tu frase mediante una amenaza de una petrificante sinceridad. Mi culo me aprieta los dedos a trompicones, como un animal que muere, y la piel del interior ondea y me agarra de una manera desesperada.

—Uno más.

Entreabro unos ojos de perra entre mis rodillas. Aquí estoy con no tres sino cuatro dedos, tu mano me aplasta el clítoris bastante dolorosamente, y nunca he tenido tantas

ganas de más.

—Ábrete bien. Quiero deslizarme dentro de tu culo como en mantequilla. No quiero oír la más mínima protesta cuando vaya a encularte. Dale más, Ellie.

Ya no produce más que gorgoteos estrangulados, entrecortados por lloriqueos agudos. Si cierro los ojos, me encuentro de nuevo en ese mundo se mire por donde se mire igual al nuestro, y me llueven los azotes en las nalgas, tu saliva cae en mi boca demasiado abierta.

—Enséñamelo, ahora.

Me tiras del hombro para subrayar tu última frase —y ya puedo morderme los labios con el aspecto más contrito del mundo o esconderme detrás de mi flequillo, un observador exterior que ignore desde el comienzo la escena no podría encontrar otra cosa para describirme que la palabra puta—. Y mis padres. Dios santo, mis pobres padres. ¿Cómo encontraré el aplomo para mirarlos de nuevo a la cara, explicarles que me han obligado, que, en definitiva, su hija no es esa zorra abierta hasta el ombligo que frota su mejilla contra la polla de un amigo de la familia, que moja y que enrojece sus nalgas y que no parece querer más que eso?

—Pero si lo estás deseando —susurras (porque evidentemente en ese mundo nuestros cerebros se comunican... y la palabra se queda corta)—. Es por eso por lo que empezó todo. Desde el primer mensaje que me enviaste mientras te toqueteabas el clítoris, he sentido que necesitabas esto, estar doblada en dos de cara a tu coño de zorra que parece derretirse al sol. Tus mensajes apestaban a viciosa a la que hay que enseñarle por dónde se muere de ganas. Y cuanto más daño te haga, cuanto más fuerce tus pequeñas articulaciones, más me suplicarás que continúe. No necesitas decirme nada de nada; veo tus agujeros que se abren y se cierran como un pez al que se saca del agua. Tienes ganas de eso. Tienes ganas incluso de algo mucho peor. El espectáculo podría ser todavía más atroz para tus padres, cuando lo pienso, ya que tú lo piensas...

—Pero ¿por qué pienso en una cosa así?

—Podría pellizcarte los pezones con mucha fuerza y obligarte a correrte ahora, así, con las patas levantadas como una perra... o encularte entonces, ahí darías unos buenos alaridos, ¿verdad, muñequita? Ya lo oigo desde aquí, el golpeteo seco de mi vientre contra tu culo, un golpe detrás de otro, hasta el fondo...

La voz que me invento es idealmente grave, articulada de manera muy cuidada, y en la entonación se mezclan tanto deseo como determinación. Y como todavía estoy muy abierta, de repente prosigues:

—Podrías estar más abierta, pero tengo demasiadas ganas de encularte así. Que me sientas hasta el fondo de la tripa.

No tengo una transición clara entre ese momento y en el que me enculas; pero creo me preguntabas algo como que aplicase, con mis dedos, la saliva de tu boca sobre mi culo abierto.

Al instante siguiente, te has metido hasta la empuñadura y la única cosa que

puedo ver, incluso con los ojos cerrados, es tu polla golpeando bruscamente, luego saliendo muy lentamente, blanco de babas, hasta el ritmo languideciente con el que estaba soñando. El más mínimo de mis movimientos me precipita poco a poco al orgasmo.

—Míralo bien todo. Quiero que te acuerdes de estas imágenes por la noche en tu cama. En cuanto cierres los ojos.

—Buf, vas a hacer que me corra...

Bueno, es lo que me dispongo a decir pero tengo tus dedos en la boca y todavía esa voz, cerniéndose como una línea de bajo:

—Cállate. No quiero ni un ruido, ¿me oyes?

Y como te miro desesperadamente, lamiendo de manera obscena todo lo que me metes entre los labios, tus conminaciones pronto se transforman:

—Córrete.

No sé si puedes imaginarte qué estridencia tiene esa simple palabra en mi cerebro pacientemente retorcido, corrompido por tus cuidados. Pienso en ello tanto que me olvido del resto.

—Te he dicho que te corras ahora.

—Pero...

—Cállate. Mastúrbate. Así. Más rápido.

Tus dedos distienden mis labios, casi con maldad.

—Más rápido. Te doy diez segundos para correrte, ¿de acuerdo? Después de los cuales dejaré de follar contigo y me volveré muy malo. Nueve...

Me masturbo tan rápido que me dan calambres en la mano y en la muñeca. El placer, extrañamente, parecer venir también de eso. Se parece a esos espasmos que tenía en clase cuando el profe anunciaba el final de un examen. Las mesas de alrededor se vaciaban poco a poco, la gente ni siquiera se preocupaba de susurrar, el bedel arramblaba con las últimas hojas —e inclinada sobre la mía, a pocas palabras de terminar mi redacción, tenía de repente los dedos entumecidos por una voluptuosidad atroz, inoportuna, que me impedía escribir de manera legible—. Mientras daba forma a las últimas letras, me mordía los labios para no gemir. Tenía la espalda cubierta de sudor. La misma clase de placer retorcido que recibía con cinco años, cuando apretaba las nalgas al nadar; hubiese podido dejarme hundir para saborear plenamente esa comezón, pero seguía resistiéndome como una rana, loca de placer. En esos dos casos, todavía no me masturbaba o no estaba en condiciones de hacerlo, pero ahora que tengo veinte años, y que, Dios mío, esa contracción tórrida y desgarradora se repite, me ordenan que lo haga. «Imagínate con cinco años, en Sainte-Maxime, si hubieses sabido que frotarte ese trozo duro de entre tus piernas provocaría tal milagro. Imagínate en el cole, una mano metida bajo tu mesa del aula B36».

Casi te compadezco por ser un hombre y no poder conocer esta sensación de empalamiento exquisita que da ganas de arañar y de morder, de chupar hasta hacer

sangre.

—Ocho... ¿Tengo que explicarte a qué te pareces con tu culo levantado y tu coño desencajado? ¿Necesitas que te describa lo que veo para que también lo veas, Ellie? ¿Necesitas que te folle un poco más fuerte, a lo mejor?

Cuanto más lo pienso, más se extiende el calambre, gana amplitud, más me sube la sangre al rostro. No puedo dejar de repetirme, incansablemente, al hilo de tu lánguida cuenta atrás («siete... seis... cinco...») que tengo que correrme joder, que TENGO QUE correrme, bajo amenaza de Dios sabe qué, algo doloroso o lacerante —¿aparte de ti quién sabe lo que serías capaz de imaginar? ¿Qué clase de palabras obscenas podrías inventar? ¿Qué torrente de historias, pedazo de guarra de puta de perra de zorra de fulana me notas ahí así ves tu coño lo ves bien?—. Esto no me parece tan lejos de aquello, en el momento en que acabo doblada sobre mí misma como un icono religioso, henchida de malestar, asperjada de saliva, y un interminable reguero de tu semen me cruza la cara de la boca a la frente, chorreante de flujo y de esperma hasta los pechos (por otra parte, si me cubriese más o menos por todas partes, sería perfecto, totalmente perfecto).

—Dos...

—Ya me viene, ¡ya me viene!

Porque ya me viene, con forma de nervios que se enredan unos detrás de otros, y sueltan su ínfima pero devastadora explosión alrededor de tu polla, en mi culo. Estoy a pocos centímetros (pero ¿es el centímetro la medida que conviene? No sería más bien algo mucho más complicado, mucho más oculto, como el bar o el amperio, o una escala oscura de física cuántica —¿qué es lo que mide la amplitud de una implosión?—), estoy a un pelo y medio de la línea de meta e incansablemente me fustigas:

—Uno... córrete, pedazo de gilipollitas, córrete ahora...

Me he mordido en el hombro y me duele cuando duermo sobre ese lado.

Al día siguiente, Monsieur empujaba la puertecita chirriante. Me acuerdo perfectamente. La oscuridad de sus ojos, Dios sabe cómo, es capaz de crear la luz — con la que recorre cada detalle de la habitación, con una sonrisa encantada en los labios—. Lo esperaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, saboreando como una comida su fascinación, luego sus gestos familiares: Monsieur quitándose el abrigo, dejándolo en una silla, luego esos segundos de tensión palpable durante los cuales tensaba todos sus músculos para lanzarse cerca de mí, encima de mí, en mí. Mi momento preferido: cuando Monsieur no era un hombre, sino una especie de torbellino en el que reconocía brazos, piernas, la dureza perfecta de una polla, un perfume mezclado solapadamente al olor del hombre, unos labios cargados y empapados de espera, la plata pajiza de su cabello.

Un cuarto de hora o tres siglos más tarde, la cantilena obscena de su voz que

susurra:

—Acaríciate.

Y yo, sucia gilipollas:

—Buf... deja de mirarme...

Cuando empecé a mantener esta relación sin definición real con Monsieur, las comidas con mi tío Philippe se volvieron apasionantes y espantosas a la vez. Me acuerdo muy particularmente de una tarde en que vinieron a cenar, con ocasión, creo, de un cumpleaños cualquiera —pero imposible acordarme de cuál era: Monsieur ocupaba toda mi memoria RAM—. Bajo la mesa del salón respondía a sus mensajes conteniendo mal una sonrisa que se había vuelto casi tan grosera como la suya; sólo Alice, enfrente de mí, sabía qué hacía vibrar mi Blackberry —y me lanzaba miradas siniestras que me no me afectaban lo más mínimo—. Era esa clase de comidas informales en que las conversaciones se entrecruzan en una algarabía continua, y me contentaba con responder indolentemente a las preguntas de rigor, archisabidas de cabo a rabo, que a la familia cercana le gusta hacer: ¿y la facultad? Y esa huelga, ¿cuándo va a acabar? Y los parciales, ¿cómo van a calificarlos? ¿Y el novio —que podía venir un domingo— cómo se encuentra? Mis dos hermanas se encontraban de vez en cuando en la parrilla, Alice repitiendo por enésima vez la ubicación exacta de su futura escuela de arte y su calendario de repasos del acceso, y, cuando nuestras miradas se cruzaban, leía en la suya la misma prisa por acabar para irse a mi habitación a fumarse un porro o dos. Se aburría todavía más que yo —al no haber pasado su amante quince años en un quirófano junto a mi tío—. Nunca le habría dicho qué goce retorcido podía sentir pensando que todo el mundo alrededor de esa mesa ignoraba qué palabras había podido susurrarme Monsieur en los oídos, con su polla dura clavada muy al fondo de mi vientre —y al borde de qué abismo bailaba, desde hacía algunas semanas—. Qué clase de fulana me había vuelto, cuánto me gustaba eso.

—Por cierto, ¿no tenías que enseñarme tu célebre cúmulo de grasa? —se acordó de repente Philippe, cuya memoria elegía los momentos menos oportunos para manifestarse.

—Estoy segura de que podríamos hacer una aspiración pequeña en los muslos.

—¡Déjame ver!

Me arrancaron de mi silla, un poco aturdida por mi vaso de vino tinto.

—Por más que he perdido ocho kilos, esa grasa se niega a irse.

—Vale todo menos una operación —me respondió como tiene por costumbre—. En todo caso, yo no correría ese riesgo. Sería criminal.

—¡Pero si tengo un auténtico cojín! ¿No me puede operar el doctor S.?

Alice debió de sentir cómo me encendía por dentro y me lanzó una mirada como una patada en la tibia.

—Ninguno de mis colegas te hará nada parecido. Dime, Ellie, ¿por qué no haces un poco de *footing* y ya está?

—Vosotros los cirujanos sois todos unos torturadores. No veo por qué tengo que correr con las técnicas de las que disponemos hoy día. O por qué pasar hambre.

Philippe rompió a reír con esa gran risa burlona que conocía de memoria, la que decía que no se dejaría engañar por mi numerito. Así que puse cara de cambiar de

tema, pero, en realidad, no tanto. De una manera jovial que no engañó a mi hermana ni un segundo:

—¿Sabes que tengo al doctor S. en Facebook?

—Ah, ¿sí? ¿Y qué te cuenta?

—Nada, no hablamos mucho. En principio, lo añadí porque mamá me dijo que le gustaba Calaferte.

Frunció el ceño.

—¿Calaferte? ¿Quién es Calaferte?

—¿Un escritor? —respondí, bastante poco sorprendida por su ignorancia sobre ese tema.

Como no pocos de los miembros de mi familia, mi tío se esforzaba por mantenerse tan lejos como era posible de mi interés por la literatura erótica — habiendo constituido mi primera y única publicación el inicio de este embargo—. Mi madre no pudo evitar precisar, con tono de cansancio:

—Un escritor porno, piensas bien.

—Dices eso porque nunca has leído *La mecánica de las mujeres* —repliqué, ofendida.

Mi madre nunca supo que fue su desconfianza con respecto a Calaferte la que me precipitó a los brazos de Monsieur en un principio. Ella nunca había leído nada suyo, pero que se le clasificara entre los autores de erotismo le parecía más que suficiente para emitir una opinión sobre el tema. Levantó la mirada al cielo.

—¿Qué dices? ¡Si soy yo quien compró ese libro! —Volviéndose hacia su hermano mayor—. Es ése en el que describe durante páginas y páginas a una tía meando.

Por supuesto, eso no falló, la gran mayoría de la mesa quedó sacudida por una carcajada de asco —y yo no sabía ni siquiera por dónde empezar, tanto me exasperaba su estupidez—. Aquello formaba parte de las cosas que no me atrevía a contarle a Monsieur, por miedo a captar en su voz ese desprecio por mi familia que a veces sentía aflorar en mí. Me conformaba con odiarlos en momentos fugaces, preguntándome lo que nos había podido hacer tan diferentes en ciertos temas. Al borde de un ataque de nervios, dije casi gritando:

—¡Que pares, mamá! A lo mejor compraste ese libro, pero es evidente que no te lo has leído. En ningún momento Calaferte describe a una mujer meando, lo sé; debo habérmelo releído unas diez veces. E incluso si lo hubiera hecho, puede haber muy buenas maneras de hablar de ello.

—Tienes toda la razón —me dijo mi tía poniéndome la mano en mi brazo, probablemente por pura amabilidad.

Y, presintiendo que la situación tendía a enconarse, trató de sacar un tema solapadamente diferente:

—Philippe, ¿cómo dijiste que se llamaba el fotógrafo que sacaba fotos de chicas jóvenes haciendo pipí en medio del campo? Estuvimos viendo su exposición.

—Bueno, da igual —prosiguió mi madre—. Sólo me sorprende que a S. le guste Calaferte. Es un obseso integral.

—No veo la relación —repliqué—. Los auténticos obsesos no leen a Calaferte.

—¡Philippe, dile tú que S. es un obseso! Cuando estábamos en Jersey, no dejaba de hablar de pornografía.

—Todos los hombres son unos obsesos —respondió mi tío con voz de sabio—. Sólo que algunos lo disimulan mejor que otros.

—Puede ser —dije dejándome caer pesadamente otra vez en la silla—, pero, entre tanto, es la única persona con la que puedo hablar de los libros que me gustan.

—Está claro que si empiezas a hablar con él de sexo... —suspiró mi madre, esperando concluir la conversación.

—Nunca has entendido que hablar de literatura no es obligatoriamente hablar de sexo. ¡De verdad, me tomas por una miserable!

—Venga, Ellie, ¡estamos de broma! —soltó.

Y, en efecto, todo el mundo se reía. A mi costa. Tenía unas ganas terribles de defender con uñas y dientes ese amor por la literatura que me fascinaba mucho más que cualquier otra cosa en Monsieur, y que para ellos no era más que una oportunidad grosera de mezclarlo con su amor por el sexo. Nadie comprendía nada. Cuando me regaló *El coño de Irène*, me había pasado toda una noche encerrada en mi habitación, tumbada en el sillón, fumando cigarrillo tras cigarrillo, sin aliento. «Dios mío» era lo único que salía del nudo de mi garganta, casi dolorosamente, con una frecuencia que variaba según el esplendor de las frases. Más allá de la belleza puramente literaria, era en Monsieur en quien pensaba. Si me había iniciado a la lectura de ese texto, era ante todo porque Aragon tenía su completa aprobación —y porque esa mirada puesta en el sexo de las mujeres más de medio siglo antes no difería en nada de la suya—. Ese amor loco me dejaba sin habla. Encontrarme en las manos de ese hombre me dejaba muda. Fue aquella noche cuando puse a Monsieur a kilómetros por encima del resto del género masculino —y comprendí que nadie sino él podría acompañarme por los mundos de infinita belleza que me ofrecía la literatura—. En ese tema, por encima de todas las cosas, estábamos enganchados el uno al otro.

Apenas recuperada de ese impacto, me había arrastrado hasta la cocina, donde mi madre preparaba la cena. No me esperaba un milagro, pero al menos tenía que intentar hacerle sentir qué perfección alcanzaban esas páginas. Contener sola tanto genio me hubiese matado a fuego lento. Había acabado sentada en un taburete, con el librito colocado entre las manos temblorosas, y había empezado la lectura con voz piadosa, intimidada por Aragon tanto como por mi público. En realidad, no sentí rencor hacia mis hermanas cuando la palabra «raja» las hizo reírse por lo bajo —pero nunca odié y desprecié tanto a mi madre como cuando interrumpió el silencio religioso con una carcajada de una rara estupidez, al final de ese prodigio literario: «Y los pliegues unidos de los grandes labios bostezan».

—¡Asqueroso! —había exclamado, y como sabía perfectamente que era inútil

molestarme, puse una risa forzada, afectada incluso.

Lo más duro había sido retomar la lectura ahí donde la habían cortado impunemente; consciente de la atención general ya no estaba desde entonces concentrada más que en la próxima ocasión de convertir la bella violencia de Aragon en una ridiculez, me había censurado a mí misma al cabo de dos líneas. Tenía la impresión punzante de estar haciendo el payaso.

—¿Por qué te detienes? —se sorprendió mi madre, con el tono de un espectador risueño que le echa cacahuetes a un enano acróbata.

—¡No haces el más mínimo esfuerzo por entender la belleza que puede contener este texto! —me indigné.

—Venga, Ellie, ¡estábamos de broma! —dijo entonces, por primera vez. Luego, con más seriedad—. ¿A ti te gustan esa clase de rollos?

—Sí, «me gustan esa clase de rollos» —repetí retirándome dignamente, con *El coño de Irène* apretado contra el pecho, profundamente humillada.

Ya me habían ofendido bastante esa tarde, y me había despedido de mis temas de conversación malsanos, cuando Philippe prosiguió:

—No sabía que estaba en Facebook.

—¿Te sorprende? —dijo, mordaz, mi madre—. ¡Es muy de esos!

—¿Por qué no lo tengo de amigo?

—Porque no se lo has pedido —le respondí con la falta de paciencia que convenía al momento—. Tus amigos no te añaden automáticamente. De todas formas, no sabes cómo usar Facebook.

—Eso es verdad —asintió—. Pero si le pido que sea mi amigo, ¿aceptará?

—No lo sé, es él quien decide. *A priori*, no hay ninguna razón para negarse, ¿no? —Dejando a un lado que se tira a tu sobrina mayor, quiero decir.

—¿Sabes que he visto fotos de sus hijos? —intervino mi madre—. Se le parecen como dos gotas de agua. Muy monos. Su mujer tampoco está mal.

—Me la he encontrado varias veces, es muy graciosa.

—Una se pregunta cómo hace para vivir con semejante tío. ¡Con lo ligón que es!

—Probablemente hace lo mismo —dejó caer mi tío, y todos pusieron cara de ofendidos como si realmente fuera una cosa extraordinaria.

—Yo sería incapaz de vivir así —soltó mi madre—. Demasiada abnegación —añadió tras dos segundos de reflexión: y es el único momento de la tarde en que pude estar de acuerdo con ella.

—Mucha gente casada vive así —observó mi tía—. Eso no les impide convivir con absoluta complicidad. O saben y toleran, o mantienen eso en secreto.

—Al cabo de veinte años de matrimonio, me parece difícil no saber esa clase de cosas —objetó mi madre—. Ella debe de mirar para otro lado. Y estoy segura de que él ni siquiera está al corriente de que su mujer lo engaña y de que se cree libre de toda sospecha. Los tíos toman a las mujeres por imbéciles.

Despachada la pesadez de la tarta de cumpleaños, demasiado densa para seguir

apropiadamente a un estofado de ternera, me precipité a mi habitación. Con sólo una consulta en Facebook, encontré una infinidad de fotos de ella; en su mayoría, estaba perdida en medio de una miríada de rostros desconocidos, pero incluso sin utilizar el etiquetado no la veía más que a ella. Se distinguía de la masa como si mi curiosidad la bañase de luz.

—¿Quién es? —me preguntó mi hermana mientras hacía *zoom* sobre su rostro.

—Su mujer.

—¡Ya estamos! ¿Ahora espías a su mujer?

—No la estoy espiando, me intriga, eso es todo.

—Esta historia va a acabar mal —predijo Alice.

Mantuve la página abierta durante toda la hora que pasamos riéndonos de videoclips horteras de los años ochenta; de vez en cuando, cerraba una ventana por descuido y reaparecía, con sus grandes ojos negros rodeados de kohl y sus bonitos dientes blancos, su sonrisa como un signo de interrogación que me daba cita para más tarde durante la noche, cuando por fin estuviera sola.

«Estelle». Es un nombre que nunca oigo y que ahora me hará pensar eternamente en esa mujer —su mujer—. Cuando las pronuncio, esas sílabas amaneradas y anodinas parecen salir de una mala novela de quiosco; pero en la boca de Monsieur deben de ser una caricia. No lo sé. Lo supongo. Eso me aterra, la idea de oírle decir Estelle. Se debe de sentir la diferencia de estatus sólo por la manera de pronunciar su nombre y el mío.

Monsieur no puede, por otra parte, adivinar qué deferencia se oculta tras mi manera de decir «tu mujer». En sus ojos grises la busco, incansablemente... busco un rastro de ese amor, y cómo se desprende de la ternura que Monsieur me muestra. Cuando Valentine o Babette la compadecen por esa cornamenta de encima de su cabeza, cuando llegan a utilizar esa palabra odiosa de «cornuda», me apresuro a explicarles hasta qué punto la mujer de Monsieur desentona entre todas esas marujas provincianas que miran para otro lado ante las flaquezas sexuales del inútil de su marido y se conforman con sufrirlo en silencio. Estoy convencida de que la vida a su lado le ha enseñado qué clase de hombre comparte su cama y cría a sus hijos. Durante horas, he mirado sus fotos, y esa mujer tiene una mirada que arde con una inteligencia tranquila, que brilla con esa conciencia de que nunca cambiará a Monsieur. ¿Acaso lo ha intentado alguna vez? Él es así, un apasionado del género femenino, que trata instintivamente de poseerlas a todas, pero que está enamorado de una sola. No es tanto debilidad como una aceptación de ese hecho; sólo la sensatez de poner en la balanza sus deslices con todo lo que hace de él un hombre fuera de lo común. Incluso completamente desnuda entre sus brazos, incluso sonrojada al teléfono cuando diserta sobre las mil maneras de rendirle homenaje a mis nalgas, nunca tuve la tentación de creer que podía rivalizar de una manera u otra con ella,

nunca logré ocultar su existencia ni eclipsarla. Los martes por la mañana, Monsieur sale de prisa de las sábanas conyugales perfumadas de un aroma que imagino un poco fuerte (un Dior o un Lancôme), y, justo después de nuestra pequeña habitación de hotel abandonada, vuelve a la clínica en la que su esposa se une a él sin tener que encontrar pretextos miserables o nombres falsos. Nunca soy más que un paréntesis en la vida de Monsieur, y por acaparador o apasionante que pueda resultar un paréntesis, después de todo no es más que un minúsculo inserto en medio de un texto ya de por sí denso, una técnica ornamental a la que se recurre cuando es imposible añadir una frase más. No soy más que un paréntesis entre otros, olvidados uno a uno, mientras que Estelle se queda, año tras año, sentada en su pedestal —y eso no es una metáfora: existe una foto tomada durante el cumpleaños del tercer hijo, en que la vemos saltando por los aires, sentada por una silla llevada por una docena de personas—. Entre ellas, invisible al primer vistazo, Monsieur, al que casi se oye carcajearse con una gran risa juvenil abarcándola con la mirada en que estallan todo el amor y toda la admiración del mundo. Me quedé varios minutos mirándolos a ambos con el corazón dudando si sangrar, cegada.

En todas las fotos en las que aparecen ellos dos, y que en su mayor parte fueron tomadas a sus espaldas, sin estar necesariamente abrazados, no se alejan nunca lo suficiente como para que sus cuerpos no se rocen de una manera o de otra; sus hombros, sus brazos, sus mejillas, o simple y llanamente sus miradas, que como por arte de magia convergen en la misma dirección si no se funden por completo. Parece evidente que esa mujer supo, Dios sabe mediante qué milagro, domesticar a Monsieur y su impulsividad tanto como es eso posible —cosa que de entrada me pareció tan difícil que no me atreví a hacerlo—. Es un rasgo muy pronunciado de su carácter, la dominación, que se manifiesta hasta en las camas que compartimos. Es imposible para él aceptar siquiera un beso que no haya previsto; tomado por sorpresa, instintivamente salta de inmediato, mantiene mi rostro a distancia el tiempo necesario para marcarme la carne con una mirada que dice «soy yo quien te besa», luego sus labios ferozmente atrapan los míos, insuflan en mi boca el veneno dulce y amargo de su saliva. Así funciona en todas nuestras comunicaciones, verbales o físicas. Y lo creía renuente a toda autoridad antes de dar con esa foto maravillosa, también sacada del cumpleaños de Louis. El ángulo es, a decir verdad, tan próximo que no se distingue más que lo esencial: los dos rostros confundidos, capturados, se diría, justo en la mitad de un beso espontáneo, y las bonitas manos de Estelle, abiertas como un abanico, que acarician y retienen las mejillas recientemente afeitadas de Monsieur. Sus ojos están cerrados; en el rabillo de los de Estelle, algunas ínfimas arrugas están ahí para decir que ese repentino abrazo la ha pillado en medio de una carcajada —y que, si su boca presa le impide desde ese momento continuar, es todo lo demás lo que sonreirá en su lugar—. Está parcialmente escondido entre los largos dedos elegantes de su mujer, pero no hay rastro en la parte de arriba de su rostro de una voluntad cualquiera de defenderse; cejas totalmente relajadas, párpados tranquilos —Monsieur

se entrega por entero a ese arranque de cariño—. Esa foto mal encuadrada, borrosa y sobreexpuesta quizá no se merece estar en Facebook; pero es a través de ella que comprendí de verdad hasta dónde llega mi poder y dónde comienza el de Estelle. Que ella haya sabido temporalmente dominar a Monsieur lo que dura un enfoque y un *flash* no es al final más que un detalle. Lo más importante se descifra en esa felicidad que literalmente emana de ella: esa mujer es feliz porque su pequeño se hace mayor, porque todas esas personas están reunidas para la ocasión y, en su exaltación, el mejor medio que ha encontrado para expresar esa felicidad ha sido besar al padre de sus hijos. Esa mujer, en esa foto, es feliz porque ama profundamente al hombre junto al que transcurre su vida.

A mí Monsieur nunca me ha hecho brillar así. Monsieur no ha estado ahí nunca para contener con su boca el estallido de mis pulsiones de alegría. Monsieur no tiene para mí ninguna dependencia en ese reino que ha construido con Estelle. Y mientras me aferro febrilmente a las migajas de poder que me ha concedido casi por descuido, temblando incluso ante la idea de esas mujeres desconocidas que añade por docenas en Facebook, por encima de todas nosotras Estelle se sabe intocable hasta el punto de que puede concederle perfectamente a Monsieur la libertad que él quiere: volverá siempre. Las conquistas en veinte años se han multiplicado, pasando de decenas en centenas —Monsieur siempre ha vuelto a Estelle, su punto de referencia—. La única que nunca ha intentado extinguir en él la necesidad de la seducción o el instinto masculino. Muchos hombres casados de su entorno se han vuelto tan blandos e inofensivos como unos gatos castrados y gordos, ejerciendo sus reflejos embotados sobre presas patéticas —Monsieur no ha hecho más que perfeccionarse, a costa de todos los demás.

Quizá, efectivamente, ella haga lo mismo. Monsieur y Estelle ni siquiera son amigos en Facebook.

Me imagino, no obstante, que hará falta mucha abnegación por ambas partes para llegar a ese acuerdo tácito que les permite a uno y a otro no estar siempre realmente casados. ¿Qué proceso, hecho de qué clase de sufrimientos y esperanzas, llevó a Estelle a dejar tanta libertad a Monsieur? ¿Cómo pudo decidir un día que todas esas sombras abigarradas, esas amantes insulsas, daban igual? Tuvo que haber claramente un enfrentamiento para prevenir todos los demás. Uno no se convierte nunca en un experto en el arte del disimulo sin que le pillen una o dos veces. Lo da el oficio.

Tengo una concepción muy cinematográfica de esa escena que, tal vez, nunca haya tenido lugar. Nueve de la noche, Monsieur en el ascensor espera pacientemente llegar a su planta, mientras que a pocos metros de allí su joven esposa, que acaba de dar de comer al bebé, ve las noticias sin escuchar. Desasosegada, piensa en esa llamada que le ha partido el día: hacia las dos, una voz de mujer desconocida por completo ha pedido hablar con el doctor S. Estelle, entre el estruendo de su corazón, que late dolorosamente en sus oídos, trata vanamente de reconocer a su suegra o a una secretaria, esas dos personas que no tienen, no obstante, ninguna razón para

buscarlo en su casa a esa hora, un día entre semana.

—Todavía no ha regresado —ha soltado con una voz llena de arisca seguridad—. ¿Quién lo llama? ¿Tal vez pueda dejarle un mensaje? Soy su mujer.

Inmediatamente después, la desconocida ha colgado dejando a Estelle con el auricular ardiendo, asaltada por la idea de que no podía ser sino una de ellas —nunca le ha dado por creer en la tontería de que Monsieur era de los tenía más de una amante.

Estelle se ha pasado el resto del día con las manos temblorosas, incapaz de reflexionar o de ver más allá de esa confirmación que le acaba de caer encima, a la vez loca de rabia y de pena. No se ha movido prácticamente del sillón, con la mirada perdida clavada en las imágenes que pasan por la tele. Humillada. Cuando el pequeño dormía la siesta, volviendo a cruzar el pasillo, se ha parado unos minutos delante del vestidor donde la ropa de Monsieur llenaba un armario que seguía abierto de par en par. Instintivamente, ha metido su mano en el bolsillo de una de las chaquetas, odiándose profundamente por tener iniciativas de mujer engañada, pero odiándolo mucho más a él todavía por forzarla a ello: nada más que un tique de caja de gasolinera y unas monedas de diez francos. Quince trajes más la invitan a hurgar también —ya que ahora hurga, ya que se ha convertido en esa clase de mujer—. En uno de esos bolsillos, en alguno de sus forros, se tenía que esconder por fuerza una prueba tangible, algo con lo que hacerse un poco más de daño. Vamos Estelle, regístranos en todas direcciones, abre todos los cajones, desdobra todos los pantalones: están ahí, las zorras a las que se folla entre dos citas, en las largas noches de guardia, todas esas chicas que conocen su cuerpo casi tan bien como tú. Si una de ellas ha conseguido el número de vuestro domicilio, no es estadísticamente imposible que nada en ese vestidor lo traicione, ¿no crees? Mientras vuestro bebé duerme y no puede comprobar lo feo que es ver a una mamá histérica, sigues hurgando. Cuando regrese a casa esta noche y le hables de esa llamada, tendrá otra vez una buena excusa. Te llamará loca, a su manera dulce e hipócrita —y no tienes, de todas formas, ninguna prueba de lo que dices—. Véngate: de entre los millares de papeles doblados en el fondo de sus bolsillos, ¿cuántos, según tú, te darán la razón? Por no hablar de todos los cabellos rubios, morenos, pelirrojos, de todos los rastros blancos totalmente explícitos que encontrarás en esas camisas y en las perneras de sus trajes: si pudiésemos hablar realmente, te diríamos cómo se encaraman encima de sus rodillas desnudas bajo su vestido cuando su despacho está cerrado con llave. A qué tintorería va para que no veas el lápiz de labios de esas putas que, en su mayor parte, no tienen ni la mitad de tu belleza o de tu clase —pero que lo hacen correr como un perro porque apestan a sexo sin compromiso—. Busca, Estelle. Date ese gusto. En tu lugar, él hubiese saqueado desde hace mucho tiempo el apartamento, sin encontrar nada ya que eres pícara como todas las mujeres —pero los hombres son tontos, hay detalles que no ha pensado en esconder, sólo eso—. No dejes que haga de ti una de esas brujas que dan pena a todo el mundo, defiéndete, mientras todavía eres joven y bella,

cámbialo, déjalo alucinado —las mujeres saben hacer eso, ¿no?

Estelle sale del vestidor con los ojos cerrados, las mandíbulas apretadas, el vientre revuelto. Toda la tarde, en el sillón, ha sentido esa vibración malsana de la tentación que la llamaba desde el pasillo. Se ha lanzado a ciegas a jugar con Charles, mareándolo a palabras bonitas y a exclamaciones exaltadas que el bebé recibía poniendo unos ojos desorbitados, casi inquietos. A las ocho, ha llorado para poner de manifiesto su hambre, y Estelle, durante media hora, lo ha tenido contra sus bonitos pechos hinchados de leche sin quitarle la mirada de encima ni una sola vez, sonriendo mecánicamente, incapaz de acceder a esa comunicación silenciosa con su bebé, que normalmente la absorbe hasta el punto de volverse insensible al resto del mundo. Estelle escuchaba los ruidos a su alrededor, mecida por los chapoteos de la lactancia. Cuando, una vez saciado, ha soltado su teta, que la leche perlaba todavía, lo ha acurrucado contra su pecho y ha recorrido el salón.

Charles se deja sacudir tranquilamente, ignorando la indignación y humillación que van invadiendo a su madre —unas ganas de rebelión que están a punto de estrangularlo—. Echa un eructo cargado de leche, y Estelle, tranquilamente, seca con su manga las minúsculas comisuras mojadas. Son casi las nueve, y no ha hecho más que dar vueltas, no se ha vestido ni peinado. Su neceser todavía sigue despanzurrado sobre la cocina desde esa llamada de teléfono. Tendría que haber preparado la cena, pero el solo hecho de pensar en poner un cazo de agua a hervir agota a Estelle. Nunca ha tenido menos hambre.

Monsieur mete sus llaves en la cerradura. A Estelle se le está apunto de salir el corazón del pecho. Charles pone unos grandes ojos en blanco interrogantes encima de las rodillas de su madre.

—Papá ya está aquí —le dice con una voz tristemente jovial, y el bebé parece comprender.

La puerta se abre ante ese hombre al que no puede evitar encontrar guapísimo, con su traje gris, su maletín nuevo y el cansancio de un largo día en su rostro sonriente. La idea de otra mujer colgada de su cuello perfumado le resulta tan lógica como insoportable. Trata de poner un rostro neutro mientras Monsieur se apodera de Charles, que lo ha reconocido de inmediato; agotado como está, tiene como siempre la fuerza suficiente para coger a su bebé a pulso abarcándolo con una mirada de amor interminable, y Estelle sabe al ver esos dos rostros parecidos sonreírse, al ver la boca carnosa envolver la punta de la naricita en un beso ruidoso, que es físicamente imposible no amar de manera desesperada a Monsieur, a quien su hijo se parece tanto. Nunca sabrá amar a su hijo sin adorar al modelo, y el talento que tiene para poner esa voz infantil de mimos tan propia de los padres jóvenes. Monsieur no refunfuña nunca cuando hay que levantarse en plena noche para cambiar a Charles. Monsieur no se priva nunca de hacer con él el avión, aunque a menudo el pequeño se ríe hasta el punto de vomitar en sus trajes preferidos —entonces se va a cambiar, simple y llanamente—. Y es una cosa tan bonita de ver que a Estelle se le quedará el

corazón roto para siempre.

—¿Cómo estás, cariño? —le pregunta antes de besarla tiernamente.

Sujeta al bebé contra su cuerpo en sus grandes manos de hombre (y la cabeza de Charles parece por unos instantes un coco pequeño), locamente enamorado del trío que forman. Estelle, no obstante, no es capaz de mentir —no le quedan fuerzas.

—Mal.

—¿Qué te pasa? —se interesa Monsieur.

Creía que le harían falta horas para buscar sus palabras, pero todo sale de repente, sin dejarle un segundo de alivio.

—Tienes una amante.

Monsieur pone los ojos como platos, prepara el cuento que está a punto de contar, pero Estelle lo corta bruscamente.

—Por favor, no digas nada. No empieces a mentirme.

Resulta desgarrador parecer tan resignada cuando podría estar gritando. Cómo siente que su voz empieza a quebrarse, se pone una mano contra la boca, cierra los ojos, cuyas pestañas se cargan ya de lágrimas. Quiere tanto a Monsieur. Tanto.

—No empieces a mentirme, porque mientes tan bien que me van a entrar ganas de creerte... y sé perfectamente que es falso.

Le da un golpe de hipo agudo que sobresalta a Charles. Monsieur se levanta y va a dejar al bebé en su parque, a la entrada de su habitación. Cuando vuelve, parece abatido, su alta silueta se curva bajo un peso que Estelle cree ser el de la culpabilidad o el del remordimiento.

—Cariño... —comienza.

—He recibido una llamada hoy. Una mujer que quería hablar con el doctor S.

—No pocos de mis pacientes tienen este número —explica Monsieur—. En caso de urgencia pueden contactar conmigo en casa. Ya lo sabes.

—Cuando he dicho que era tu mujer, ha colgado inmediatamente —prosigue Estelle, ardiendo de una vergüenza lamentable—. Ningún paciente haría algo así. Y, además, ningún paciente ha llamado nunca aquí desde que ejerces. Así que, por favor, por favor, no me mientas. A mí no. No soy una de esas chicas. Soy tu mujer.

—Escucha, cariño, te aseguro que no lo entiendo —dice Monsieur sacudiendo la cabeza, con una actitud tan desnortada que ella siente cómo empieza a deslizarse por el mal camino.

Una parte de sí misma, que no hubiese creído tan grande, tiene unas ganas terribles de tragarse todas las excusas que pueda inventarse, y volver a empezar a vivir como si nada hubiera pasado; Estelle cree reconocer en ello ese talento que siempre ha tenido su propia madre para cerrar los ojos ante todos los temas susceptibles de desencadenar una crisis en el seno de una familia de la que está extremadamente orgullosa. Y es tanto por orgullo, precisamente, como por desprecio hacia esa ceguera cobarde por lo que se niega a resignarse. Si fuese simple cerrar los ojos, no haría tanto daño. No haría tanto daño que el hombre al que ama le mienta.

Monsieur repite, como una máquina:

—No lo entiendo.

—Pues eres el único —responde Estelle, mucho más agresivamente de lo que hubiese deseado—. Deja de mentirme cuando acabo de ponerte tu mierda delante de los ojos. No puedes huir siempre así.

—¿No te ha dicho su nombre?

—Si me hubiese dicho su nombre, no estaría en este estado.

—¿Cómo era su voz?

Estelle, al borde de un ataque, prorrumpe en sollozos.

—Que me engañes, pase, ¡mientras no sepa nada! Pero que me mientas como si no te conociese, cuando te conozco de memoria, ¡es peor que cualquier cosa! ¡Es repugnante!

Del parquecito se alzan gritos estridentes de bebé.

—No llores, te lo suplico. Mira, le da miedo al bebé.

—Es precisamente del bebé de lo que se trata. Del bebé y de mí. No quiero más que una cosa, simple y concreta: no quiero avergonzarme de ser tu mujer.

Monsieur, repentinamente en silencio, duda adónde mirar. Estelle grita:

—Es muy fácil. Mírame bien. No quiero tener que sonrojarme nunca de llamarme señora de S., y no quiero que Charles me pregunte un día quiénes son esas chicas que llaman a casa. Pero cuando me mientes y una desconocida cuelga al enterarse de que estás casado, me avergüenzo. Me avergüenzo de ti y me avergüenzo de mí, y, por encima de todo, me hace daño. Me avergüenza y me hace daño quererte. Así que no lo hagas. Si me amas, si alguna vez me has amado, dime la verdad; dime que follas con otra chica, que es ella quien ha llamado. Si no, me voy a volver loca.

Monsieur levanta entonces hacia ella sus ojos grises, y en el rostro empapado de esa mujer que conoce al milímetro ve la espera desesperada, en sus ojos negros el abismo en el que caerá si alguna vez le dice lo que cree querer oír. Tiene hipo como una niña pequeña, sus pechos se mueven convulsivamente, y a pocos metros de ahí su hijo se desgañita, asustado por su discusión —Monsieur ve entonces qué caos sembraría con esas pocas palabras—. Cómo entristecería a Estelle a la que ama tan apasionadamente, a la que admira tanto, por muchas razones. Y como no se siente con fuerzas o con valor de correr un riesgo así, sin apartar la mirada de ella le dice lentamente:

—Está esa tía, en el hospital (una paciente), que vino a verme en marzo porque tenía una desviación del tabique nasal. Tuve que operarla y volvió un cierto número de veces, para las revisiones posoperatorias. Me encargaba de ella la mayor parte del tiempo. Nos entendíamos bien, y le di el número de casa por si acaso un día tenía nuevos dolores. Se enamoró de mí... eso es lo que me dijo durante la última consulta. Corté por lo sano y dejé de recibirla.

Estelle escucha seriamente a su marido mientras le cuenta esa historia de la que no sabrá nunca si es cierta o inventada en su totalidad. Las lágrimas se secan sobre su

cara, se endurecen por sus mejillas como una máscara. Charles ha dejado de llorar y emite desde su cuna una melopea inquieta de bebé.

—No te he dicho nada porque no merecía la pena. Es una obsesiva. Ahora que tiene el número no hay gran cosa que pueda hacer, aparte de cambiar la línea... podemos hacer que nos cambien la línea. Voy a llamarla mañana desde el hospital y darle un buen susto. Cariño...

Pone una mano en su mejilla mojada; como picada por una avispa, Estelle se revuelve, se echa atrás hacia el brazo del sillón.

—¿Te la has follado?

—No —responde Monsieur sin pestañear.

Se avergüenza casi del peso que se quita del pecho. A lo mejor no se la ha follado, ¿y qué? ¿Qué es lo que cambia eso, después de todo, cuando se piensa en ello? Ese hecho no le impedirá nunca pensarlo, y eso lo que resulta insoportable, Dios mío, que la engañe mil veces más de pensamiento que de verdad... El alivio es entonces un sentimiento tan frágil y disparatado que no se atreve a mirar a su marido, por miedo a perder sus últimas defensas en esos ojos que tanto adora. Lo sabe tan inteligente que, aunque estuviese mintiendo una vez más, nada en su rostro podría traicionarlo.

—¿Por qué tendría que creerte? —le pregunta por fin.

—Tienes que creerme. No dispongo de ninguna prueba, pero tienes que creerme. Dios, ¡esa mujer tiene sus buenos cincuenta años!

Y Estelle se acuerda, en efecto, vagamente, de una voz rasgada, un poco ronca — la voz de una fumadora o de una vieja—. Pero ¿cómo separar lo verdadero de lo falso? ¿Cómo saber si no ha previsto todo eso, como perfecto seductor curtido en los enredos amorosos? A Monsieur le gustan las mujeres, punto final; y para un hombre joven como él, una dama de cincuenta años es como un trofeo muy apetecible. Cuando se inclina hacia ella para abrazarla, Estelle, torturada, da un respingo.

—Déjame. Si me tocases ahora, creo que gritaría.

—Créeme, por favor —dice buscándola con las manos.

—¡Déjame!

—No voy a dejar que esa vieja asquerosa nos haga daño. ¡Voy a hacer que la poli se le pegue al culo! —suelta Monsieur con una impetuosidad que rara vez le ha visto.

—¿Que la poli se le pegue al culo? ¿Y con qué pretexto? Todo es culpa tuya. Tú le has dado tu número a esa mujer. Ningún juez, ningún poli puede hacer nada de nada —responde Estelle con voz monocorde.

Va a buscar a Charles, lo estrecha contra ella —y sus párpados ceden bajo el peso del amor loco al sentir en la cabeza aterciopelada el perfume de su marido entre efluvios de Mustela.

—Voy a meterlo en la cama —anuncia con voz velada—. Si tienes hambre, debe de haber pasta de ayer en la nevera. Sólo hay que calentarla.

—Estelle, quédate conmigo —le pide, desesperado—. Habla conmigo.

—Tengo ganas de estar sola un rato —le suelta, totalmente desesperada también.

Y, con el bebé en brazos, se gira sobre sus talones con tanta dificultad como si la hubiesen clavado allí, arrullando tristemente en las orejitas que no comprenden nada, para no oír a Monsieur que la llama Estelle Estelle Estelle con voz quebrada. Entra en su habitación como quien va al matadero.

Unas horas más tarde, cuando ya es noche muy cerrada, Monsieur se la encuentra tumbada en la cama todavía hecha, con los ojos secos de haberse quedado demasiado tiempo abiertos. Una respiración tranquila de osezno dormido emana de la cuna de su hijo. Antes de que haya podido decir o hacer cualquier cosa, su largo cuerpo se imbrica en el suyo y la abraza hasta hacerle daño, cortándole el aliento y la voluntad de defenderse. Desbordada por esa ternura imprevista, siente cómo una oleada de lágrimas sube en ella de manera tan brusca como un orgasmo.

—Te quiero tanto —solloza Monsieur en su cuello—. Créeme, cariño, te quiero como un loco. Nunca podría hacerte daño.

Y ésas son las palabras que, perdidas en un mar de espasmos y lágrimas, le hacen a Estelle más daño, mucho más que la imagen de él entre las piernas de otra. Sabe perfectamente que, sin quererlo, lo acaba de confesar todo, y, volviéndose hacia él llorando («Señor, cómo duele esto»), lo estrecha entre sus brazos con todas sus fuerzas, arrancándose esta frase de reivindicación postrera:

—No le des más nuestro número a tus pacientes, he creído que me estaba volviendo loca.

—Te lo juro, princesa —responde, y durante mucho tiempo pegan sus rostros tensos de amor uno contra otro, espaciando con besos unos «te amo» que ya no sabe combatir, con la conciencia tácita de que acaban de llegar a un acuerdo.

El fantasma de la otra mujer se cierne todavía en su habitación, y Monsieur que lo siente más todavía que Estelle susurra:

—Dime qué tengo que hacer para que seas feliz. No soporto verte triste por mi culpa.

Cierra los ojos muy fuerte, enrosca entre sus muslos firmes la espalda que se yergue por encima de ella, seca sus pestañas en la tela valiosa del traje que no guarda en sí más que su olor tranquilizador.

—Tengo ganas de hacer el amor.

Es la única solución que le ha inspirado ese formidable instinto vital que siente latir como un segundo corazón, recibir a ese hombre por completo y no tenerlo más que para ella, ya que sus dos cuerpos nunca supieron obedecer y darse la espalda. Y a Monsieur, que no puede ver o tocar a su joven mujer sin tener ganas de ella, se le pone muy dura entre sus brazos. En esa época, tal vez todavía no sea el explorador sin descanso que conozco, siempre inventándose nuevas perversiones, instaurando nuevos límites; esa noche, en todo caso, no quiere más que hacer que se corra, de la manera más simple y más noble posible, sin refinamientos exóticos, sin florituras

mentales. Siente bajo sus dedos los pezones duros salidos sin ayuda del sujetador, y es tal vez el único sitio del cuerpo de Estelle que resulta vengativo —nada de lo que tiene en sus manos agrede o inspira la angustia de herirla—. Conserva de su embarazo una hermosa rotundidad, una fuerza viva que pide todas las caricias, todas las contorsiones. Estelle puede soportarlo todo, aceptarlo todo, es capaz de enfrentarse a cualquier ataque; su piel suave como la seda no se amedrentará ante nada. Nunca la ha mirado como a una madre; a sus ojos, ella es todavía la chica muy joven que lo volvía loco de deseo en el Midi, aunque la haya visto inflarse durante nueve meses y ganar peso por su hijo, vagar por el piso en pijama y vomitar por la ventanilla de su coche, aunque estuviera a su lado cuando se abrió en dos y aunque su rostro deshecho no fuera más que violencia y esfuerzo, dando chillidos de dolor que mataban a Monsieur. Se le pone dura para ella tan violentamente, tanto, como al principio del todo, en sus primeros encuentros. A veces, por la noche, basta con que en su sueño se remueva y lo toque para que él la desee, con una impulsividad de niño pequeño. Esa mujer es mágica. Ese amor es mágico.

—Eres tan guapa... —le dice lamiéndola patéticamente, aturdido por su olor y su sabor, que lo trastorna.

Y Estelle, que no puede ya pensar en otra cosa que en el placer sin fin que le da —al ser tan natural para él como el respirar hacer que se corra— gime entre sofocos.

—¡Entra ya, cariño, entra ya!

Monsieur la tiene dura hasta el punto de que casi tiene miedo de hacerle daño; la penetra muy lentamente, como siempre alucinado de sentirla tan apretada dentro de ella. La excitación, que en tantas otras no produce más que una apertura a la espera, hace que convulsione y contraiga —para Monsieur aquello es la idea del bienestar, de las buenas relaciones, que se sitúa mucho más allá de esos conceptos humanos—. Muerde su brazo para retener ese grito de animal que despertaría al bebé, y que es todo su coño pegajoso que aspira la polla como una ventosa, Estelle patalea debajo de él con unos sobresaltos dementes. Solloza «fóllame» y él tiene que sujetarla con una mano firme sobre su pecho, entre sus dedos su carne tierna empapada de leche azucarada, profundamente emocionada por las ganas que tiene de ella y de su placer, pero él está ya al borde del precipicio y Estelle folla sola sobre esa polla que no sabe más que tensarse hacia el fondo acolchado de su vientre, Estelle se masturba descaradamente, a toda velocidad, al ritmo desenfrenado de sus dedos, su vagina emite suficientes pulsaciones como para volver a Monsieur loco (es ella quien lo ha iniciado en esa admiración por la manera en que las mujeres se acarician, Estelle nunca se lo había propuesto: siempre había actuado de esa forma). ¿Qué hace, joder, que es lo que le pasa? ¿Es que no lo conoce lo bastante bien? ¿Qué hombre de constitución normal soportaría más de unos minutos esa situación diabólica, atrapado en una cajita caliente muy claramente dotada de vida, con unos dedos de mujer como único panorama que manosean esa pequeña excrecencia de carne rosa y dorada, cada vez más prominente? Por mucho que haya aprendido en medicina todas las palabras

en relación a ese sector de la anatomía, su mente de hombre nunca ha podido olvidar lo que significaba el clítoris, lo que sustentaban esas tres sílabas infantiles. Estelle nunca ha podido entrar en el molde del vocabulario antisexual de las enciclopedias: se toca —típica expresión que las eminencias médicas no utilizarían.

—Déjame follarte —dice entonces, antes de lanzarse muy dentro de ella, sujetando sus dos muslos como las páginas de un libro muy bello.

Mientras Charles se entrega por completo a esos sueños misteriosos de lactante, metidos bajo la manta, Estelle y Monsieur se corren casi al mismo momento comiéndose a besos, con las grandes manos hábiles de cirujano perdidas en la melena de su mujer —sólo sobresalen de su capullo de sábanas los pulgares crispados del pie—. Discernimos la espalda poderosa de Monsieur que se niega a rendirse, mientras ella tenga las uñas clavadas en sus nalgas, él no la dejará, no la dejará nunca, aunque ya la haya colmado hasta el borde, aunque ahora sus gritos se amortigüen y mueran en un suspiro entrecortado de saciedad.

—Te quiero —dice Monsieur, que se duerme empotrado en la espalda de su mujer, a modo de buenas noches.

—Te quiero —responde ella, sintiendo cómo su gran nariz exhala una respiración tranquila de sueño en su cuello empapado de sudor.

Estelle, durmiéndose profundamente a su vez, vuelve a ver el amor y el miedo en los ojos de su marido. Ésas son cosas contra las que otra mujer no podrá luchar. Ésas son cosas que sólo ella puede provocar.

No puede ser sino así de patética y de bella una escena entre Estelle y Monsieur. Entre dos personas casadas.

LIBRO II

Cogió a Marie de una mano, bailaron una mazurca obscena. Marie se entregó por completo, entre náuseas, con la cabeza hacia atrás.

GEORGES BATAILLE, *El muerto*

Hoy no tengo la más mínima idea de por dónde Monsieur puede estar paseando su alta figura y sus largos dedos. Hace fácilmente tres meses que no tengo noticias tuyas, y hace algunas semanas que he dejado de darle mías, con cuentagotas. ¿Dónde estás? ¿Sentado al volante de tu coche, inclinado sobre esas tapas con un título escrito que pertenece a todos los hombres pero que sólo se refiere a ti? ¿Encerrado con llave en tu despacho para huir un poco de la marabunta de pacientes y volver algunas de esas páginas graves que nos cuentan? ¿Te escondes de tus hijos y de Estelle para leerme, en el baño, muy avanzada la noche, en cuanto se han dado la vuelta? ¿O bien coges a *Monsieur* como se coge un S.A.S.^[1], con desidia, con los dedos untados de aceite bronceador? ¿Estoy ya con las esquinas dobladas, agrietada de arena que tus nenes me han tirado entre las páginas jugando a las palas? ¿He conseguido, por fin, a mi manera, introducirme un poco en vuestras vacaciones en familia?

¿Acaso tienes miedo? ¿Qué hay de odio en todas las emociones, contradictorias probablemente, que te inspiro de manera —digamos— póstuma?

¿Es que te acuerdas de todo?

¿Incluido ese día?

Era la primera mañana de junio en que hizo un calor tan terrible. Yo estaba ya prácticamente desnuda cuando abrí la puerta de entrada de mi casa en Nogent, y te echaste encima de mí sin miramientos sobre la mesa de la cocina, todavía llena de migas del desayuno. Tuve que suplicarte para que aceptaras llegar a mi habitación del sótano; corría a la escalera, huyendo de tus manos.

—Enciende la luz —me pediste al ver los vestidos que había colgado en mi ventana a modo de cortinas—, quiero verlo todo de ti.

Nos desvestimos en silencio, cada uno en una punta de la cama, jadeando ruidosamente. Fingí no haberte oído, me abalancé totalmente desnuda sobre el nórdico: palpable duda en tus ojos entre la urgencia de vengar esa afrenta y la de mis nalgas. Luego, de un salto, me abrazaste entera. Tenía tu cara en mi cuello y percibí ese olor cargado de tu deseo, esa transpiración almizcleña en la palma de tus manos, que recorrían mi espalda. Me tumbaste de inmediato boca abajo, forzada por una mano firmemente apoyada en la nuca. Estaba todavía completamente mojada de mi ducha, pero, incluso así, me costaba todavía esa insistencia perversa que mostrabas, lamerme el culo antes que el coño, y ¡qué placer le encontrarías a eso, madre mía!

Al sentir mi vergüenza o al desear acentuarla, me diste la vuelta con brazo enérgico, acercando la cara entre mis muslos abiertos, y en un susurro que era ya mucho más que una caricia, murmuraste:

—¿Qué quieres, amor mío? ¿Quieres que te coma el coño o que te folle ahora mismo?

Sin pensar, solté en una risa escandalosa:

—¡Oh, penétrame!

Y me penetraste durante mucho rato, por detrás pero boca arriba, con los ojos clavados en mi coño que tus embestidas no hacían nunca más que entreabrir. No dejaba de arrullar, oscilando entre el placer y el dolor. Una especie de incomodidad, que esperaba que fuese psicológica, no me abandonaba, ni siquiera cuando erguido encima de mí me llenaste los oídos con exhortaciones sulfúreas. En el momento en que me dispongo a escribirlas, aunque ya no siento más que una nostalgia divertida por el recuerdo de tus palabras, se me ponen rojas las orejas —lo noto sin ni siquiera necesidad de comprobarlo.

—Cariño, mira siempre a los hombres que meten su polla en tu culo. Mírame, ahora.

Cuando levanté los ojos hacia ti, mis ojos no podían resistir la fuerza viva, el deseo crudo en tu rostro cerniéndose por encima del mío. Mirarte era una actividad que eclipsaba todas las demás. Luego hubo ese monólogo, del que nunca me acuerdo sin una contracción húmeda, durante el cual no dejaste de manipular mis pequeñas muñecas, murmurando:

—Acaríciate. Tienes derecho. Lo entendería, ¿sabes? Con una polla en tu culo, sería normal que te masturbaras.

Eras tan convincente, en realidad, y el placer tan abrumador, que esboqué algo parecido a una caricia con una mano pesada como el plomo, olvidando un poco mi pudor para revolcarme en tus asquerosas palabras. Llevada por mi propia audacia, acabé incluso metiéndome los dedos para sentir tu polla tan dura comprimida entre las mucosas estratificadas de mi culo. Un vídeo de gran éxito en Youporn. La continuación nos hace pasar a un nivel superior incluso.

De repente, se te antojó ponerme a cuatro patas, y es en ese momento cuando tuve mi primer mal presentimiento: algo no marchaba bien. No como yo quería, al menos. ¿Cómo explicártelo? (Incluso tan lejos de ti como lo pueda estar, la sola idea de tu sonrisa en algún lugar de Francia me cripa en un espasmo de vergüenza y de excitación mezcladas). Olía a algo. A lo mejor no un olor real; a lo mejor no era todavía más que el de la duda.

Estaba ahora convencida de que nada bueno podría salir de ese apareamiento, si duraba más. Y me imaginaba ya la abyecta humillación, la escena que se repetiría incansablemente en mi cabeza meses y meses más tarde, y a ti, incapaz para siempre de mirarme como antes. Quería decirte que pararas. Era lo único en lo que pensaba. Sacarte de ahí y —yo qué sé—, de una manera u otra, mantenerte en la ignorancia completa de ese posible incidente diplomático. Chupártela, incluso. Todo, menos que vieras eso.

Afortunadamente, no me plantearon tales extremos. Pareciendo completamente inocente del drama que se urdía segundo tras segundo, te corriste bastante rápido mientras me prevenías con una voz que cabrearía a una religiosa de que iba a verme «llena de semen» (sic). Me vinieron a la mente numerosas réplicas, aun cuando rezase con todas mis fuerzas.

La duda se volvió palpable justo después. Saliste de mí muy rápidamente, dejándome abierta en un momento en que hubiese preferido sin lugar a dudas no estarlo. Me pasé la mayor parte de esos quince minutos espionando tu polla, operación que complicabas considerablemente al sujetarme contra tu corazón —única manera de sacarme esos mimos poscoitales normalmente reservados a Andréa—. Luego el tiempo, nuestro tiempo, pasó volando, y tenías que darte una ducha.

—¿Por qué? —te pregunté, de manera algo febril.

Hacía treinta y cinco grados fuera, cien más en mi culo, chorreábamos de sudor y yo me había echado Shalimar, la manera más segura de que te pillase tu mujer. Pero era necesario que lo oyera de tu boca. Sólo sonreíste.

—Voy a estar en la clínica todo el día, ¿sabes?

Entonces te seguí como una sombra hasta mi baño, sentándome en el reborde de la bañera, abrumándote con peroratas de una arrolladora ligereza. Bajo mi flequillo, había arrancado esa mecánica de vigilancia y de análisis que despliegan las chicas después de prácticas arriesgadas. Pero no había nada. Todo había sido un malentendido.

De regreso a mi habitación, donde nuestras ropas cubrían el suelo como un Rorschach de la urgencia, me comiste largamente con los ojos, luciendo tu mejor sonrisa para susurrar, casi incrédulo:

—Me gustas tanto...

Y para mí, eso fue el final de los tormentos. Dado que te gustaba tanto, no podía haberme cagado encima de ti.

Me besaste una última vez en el umbral, miré cómo te alejabas y me tirabas un beso con la mano al volante de tu coche negro, con una sonrisa de mujer feliz y henchida de amor en los labios. Tenía la marca roja de tus uñas en mis muslos. Estaba bien. Corrí a hacer pis, cigarrillo en la boca. Y aunque sé de todos los Sade que te has podido leer, todas las escenas inmundas de las *Once mil vergas* y de los Mandiargues que te conoces hasta la médula, aunque no sea más que una cría de veinte años, no puedo evitar prevenirte: es ahora cuando la historia se vuelve horrible.

Fue en el momento en que quise limpiarme cuando comprendí que mis dudas no eran en vano. En absoluto. Mi cabeza empezó a dar vueltas. Tiré el pitillo, corrí con las bragas en los tobillos hasta mi habitación, sabiendo ya como si se tratara de una película qué pesadilla me esperaba en los abismos de la cama todavía caliente.

—Dos enormes rastros de mierda —le susurré a Babette por teléfono, al borde de una risa nerviosa (y solitaria).

Dos enormes rastros de mierda que, como pudo constatar una hora más tarde, tenían la forma exacta de unos dedos que se hubieran limpiado de prisa en las sábanas.

—Así pues, después de hartas reflexiones que casi me llevan al suicidio, creo que

se ha tocado la polla por descuido, dado que la había repintado entera y...

—¡De ninguna manera! —intervino Babette, escudriñando el cuerpo del delito—. Cuando te ha puesto a cuatro patas, ha debido de sacarla y cogerla en la mano para volverla a meter, y como tenía que apoyarse en la cama, ha restregado sin querer los dedos en tus sábanas. Piensa que hubiese podido apoyarse en tu culo. Has tenido suerte en la adversidad.

—Eso querría decir que no se ha dado cuenta de que tenía manchada la polla y luego también la mano. Creo que yo me hubiese dado cuenta en una situación semejante. Mira eso, esos rastros hablan por sí mismos. Casi se le puede oír cómo dice «¡ah, qué asco!» mientras se limpia los dedos. Lo ha tenido que ver a la fuerza.

—¡No tienes más que preguntárselo!

—Lo he llamado, un poco antes de que llegaras. Contestador. De todas formas, no sé en absoluto cómo le hubiera sacado el tema.

—Le preguntas si ha pasado algo raro esta mañana, cualquier cosa. Lo entenderá.

—Por supuesto que lo entenderá. Y me responderá «bah, sí, había mierda».

—Al menos sabrás a qué atenerte.

—Sí, muy bien, pero eso es de lejos lo más embarazoso de la historia. ¿Qué quieres que diga después? ¿De qué hablo? ¿Cómo quieres que siga?

—Seguirá él.

—Eso seguro. Después con una risa gutural de demonio, y para preguntarme con voz de granuja «¿por qué estoy incómoda?, son cosas que pasan cuando una se hace encular como una zorra, ¿verdad, Ellie? Además, te gusta eso, ¿no? ¿Y muchísimo incluso?». No puedo llevar a ese hombre a ese terreno minado, sería capaz de decirme que le excita.

—Nadie es nunca tan sumamente guarro.

—En su mente de tío, eso no es un accidente. No hay sitio para un accidente en el universo sexual de Monsieur, todo lo que debe pasar, pasa porque es natural. Y debe de pensar que me he dejado encular con conocimiento de las consecuencias, que me dan igual también. Que tenía demasiadas ganas de que me encularan. Mientras que, en realidad, Babette, voy a decirte una cosa: no hay ninguna razón en el mundo para que me pasara a mí.

Era incapaz de darle la vuelta al nórdico, incapaz de abandonar esa visión que no me causaba más que un horror difuso y mudo. Babette se había sentado directamente en mi cama, inclinada sobre los rastros que examinaba, buscando huellas digitales o qué sé yo. Me dejé caer por la pared.

—Que me expliquen por qué era absolutamente necesario que me pasara eso hoy y con este tío. Me he pasado horas en el baño poniéndome litros de agua, debería haber estado como los chorros del oro de limpia; aparte de eso, a esa vaga de Inès la dan por detrás cuando está a rebosar, y no le pasa nunca nada.

—Sí, muy bien, pero si Monsieur no estuviera, en lo más profundo de su pérfida alma, por lo menos un poquitín atraído por la caca, no correría ese riesgo. No te

encularía.

—En mi opinión, no va ligado. Los tíos saben, en teoría, que las chicas hacen caca, pero la idea misma de que pudieran tener la prueba de ello de esta manera les es completamente extraña.

—¡No para él, Ellie! No para él.

—Por supuesto —suspiré.

No había en ello nada, en realidad, tranquilizador.

Era entonces un poco pronto todavía para que comprendiera esa concepción de las mujeres que tenías, la forma en que las amabas: tu insaciable avidez no se detenía ahí donde la porquería se mezcla misteriosamente con lo sublime. Ahora bien, sólo la sodomía desvela la sutileza de ese matrimonio entre la pureza de la mujer y su violenta animalidad: es ahí donde la imagen santa que los hombres tienen de ella se retuerce y se corrompe hasta convertirse en un torbellino de mierda transformado en oro, en la imagen de la zorra multiseular que les hace empalmarse de los diez a los cien años. Al menos, eso es lo que continúo esperando, desde lo más profundo de mis entrañas caprichosas: que mi más baja humanidad haya podido pasar ante tus ojos como una muestra de apetito. Dime que es eso; meses más tarde, durante unos segundos, me pregunto siempre si esos dos rastros de mierda anunciaron el final de nuestra historia. Si fue ese fallo el que te empujó a no responderme más, a no llamarme más, a no enviarme ni el más mínimo de esos mensajes frescos que encendían mis días. ¿Cómo hubiese podido saberlo? Desapareciste de la faz de la Tierra. La manera en que tu móvil continuaba sonando, incansablemente, era una tortura: y sin haber previsto nada, quedé atrapada entre dos explosiones monstruosas, la de tu ausencia inexplicada y la de ese incidente que podría ser la causa de ésta. Una y otra no podían sino parecer comunicadas. La idea misma de cambiar de sábanas me parecía ridícula, como eliminar el cuerpo del delito, y dormía en la cama de Alice, donde me agobiaba a preguntas sin respuesta. Me consumía entera por esta hipótesis ridícula: te daba asco. Todo lo que sabía sobre los hombres, todo lo que había podido leer, todas mis recientes teorías cerraban filas contra ella, pero, en el fondo, miremos las cosas de frente, no tenías ninguna razón para marcharte. Estuvimos hablando la víspera como dos amantes a los que nada en el mundo hubiese podido separar realmente, y, en todo caso, no de forma tan brusca.

Y en algún lugar, después de todo este tiempo, después de que me haya convertido en una antigua amante a la que no se desea ya más que con altibajos, después de una dosis de nitroglicerina nerviosa en medio de tu vida tan bien ordenada, después de haberme vengado más de lo que hubiese querido de todas tus ausencias, me queda, aun así, este reproche de nada. ¿Cómo pudiste dejarme creer, siquiera por un solo segundo, que unos gramos de alimento digerido en la punta de tu inestimable polla pesaron más en la balanza que mi admiración casi ciega, que mis

cartas interminables que llegaron solapadamente a la clínica? ¿Cómo has podido abandonarme con la peor conclusión posible para una chica de veinte años, la de ser deseable con condiciones?

En medio del desastre, hay una razón que me contuvo para no plantarme en la clínica con mi ceño fruncido de cortesana en apuros: esa tarde en que Édouard, puesto al corriente de mi reciente trauma, me enculó lenta, tiernamente, hurgando en cada centímetro accesible de mi culo con sus dedos primero, luego con su polla palpitante con una excitación piadosa, profiriendo «oh, joder, Ellie, oh, Ellie, qué culo» con una voz que borraba todos los límites de su deseo. Me corrí como raras veces, babeando chorros de savia azucarada en las sábanas color crema, echada sobre su torso, con las caras manos de Édouard manoseándome los pechos convulsivamente.

—El agujero de tu culo tiene algo especial, que los de las otras chicas no tienen —me susurró mientras se dormía, después de haber descargado a la orilla del vientre.

Édouard, antes de soltar su presa, tenía siempre el mismo ritual: enredaba mi pelo alrededor de su índice, retomando interminablemente sus rotaciones poco enérgicas que me hacían cosquillas en la cabeza mientras ronroneaba. Pero aquella noche, su mano derecha, metida bajo las sábanas, se había acomodado entre mis nalgas, parecía no querer irse nunca —y cuando a las cinco abrí un ojo, los cinco dedos estaban todavía desplegados como una estrella sobre mi coño y mi culo—. Me la sacudí ligeramente; Édouard, sin ni siquiera necesidad de verme, me cogió la mejilla, murmurando «quédate aquí». Era probablemente la primera vez, desde hacía siglos, que un hombre en cuya casa pasaba la noche exigía estar pegado a mí durante diez horas.

Al día siguiente, Édouard daba clase a las nueve.

—Basta con que cierres la puerta de golpe cuando salgas —me dijo terminando de vestirse.

Estaba tumbada en medio de la cama todavía caliente, entablado un combate feroz entre las ganas que tenía de dormir hasta horas intempestivas y las de volver a mi casa, bueno, de irme —nunca me he sentido cómoda sola en las casas de mis amantes—. Iba a hacer el último esfuerzo que me pondría de pie cuando Édouard, vestido de arriba abajo de marrón, se arrodilló a mis pies para besarme la tripa. Mientras me estiraba, me di la vuelta dándole la espalda. Y él, al que sé tan dulce y tan respetuoso con mis pudores, me separó bruscamente las nalgas. Estaba demasiado floja para reaccionar.

—Para —lloriqueé solamente—. Me penetraste por detrás ayer, está sucio.

—¿Qué está sucio? —replicó Édouard.

Es la primera vez que hice el amor con la lengua de un hombre.

Cariño:

No vas a hacerme creer que todo va bien en un mundo perfecto. Es posible que todavía no sepa gran cosa de hombres ni de la vida en general, pero sé olerme un problema cuando hay uno.

Si crees que soy hasta ese punto ingenua, te engañas. Hará pronto dos días que no he recibido ni el más mínimo mensaje espontáneo por tu parte, y esa clase de detalle me hace tener la mosca detrás de la oreja, créeme. Ahora, el misterio es qué ha podido pasar para que te comportes así conmigo.

No me hables de falta de tiempo, siempre te ha faltado tiempo, pero siempre lo has encontrado para hablar conmigo.

Puedes decirme cualquier cosa. Si no, no estaría aquí hoy.

Tenemos una relación de ningún modo convencional, esto no es como para que uno de nosotros se ponga en plan cobarde como si fuésemos una pareja.

Quieres, entonces vale.

No quieres, entonces me lo dices.

Porque dije que no tenía inclinación por el dolor, pero aun así me estoy inclinando por él en estos momentos. Y, francamente, no me gusta. Para mí el dolor es un buen azote; ésa es la clase de dolor que me sobra y me basta.

Dime algo.

Lo que sé de Monsieur lo tengo en muy poca cosa.

Sé que tiene cuarenta y seis años; que su mujer, una rubia muy guapa, se llama Estelle. Imposible acordarme de su respuesta, pero un día le pregunté cómo se habían conocido. Una fiesta de estudiantes, supongo, alguna cosa banal y mágica como ésa.

Sé que tiene cinco hijos, de diecisiete, quince, trece, diez y siete años, que se le parecen que es un escándalo; y toda esa pandilla ocupa un piso que me imagino lujoso, en el corazón de Île Saint-Louis. Es, por otra parte, un barrio en el que acabé poniendo los pies por casualidad: cada paso que doy allí es como dar una ojeada a esa vida familiar de la que no sé nada, y que me atrae como a una mosca. Pues no puedo olvidar totalmente que Monsieur es también un padre: ¿de qué especie casi divina puede ser él, que no tiene más que hijos? Tal vez es la composición de su descendencia lo que le impidió sentir el más mínimo malestar al imaginarse en la cama con una chica de mi edad: no había proyección posible. Si hubiese tenido a una adolescente en casa, vagueando en ropa interior en el salón y fumándose sus cigarrillos como yo misma hago, probablemente Monsieur hubiese reflexionado con detenimiento antes de arriesgarse a acariciar unas nalgas prácticamente iguales.

O no.

Es también, creo, esa faceta de sombra lo que me electriza; la imposibilidad de encontrar la más mínima moralidad en los vicios que aprendo de él, mientras la sé presente, ahí, en alguna parte. Las habitaciones que compartimos el martes por la mañana huelen a tabaco, a maría, a semen, a coño y a ausencia total de culpabilidad.

Monsieur se echa Habit Rouge de Guerlain; título misterioso que le va como un guante. Pero en todos los lugares en que su piel está desnuda, el olor omnipresente no es el de su perfume. Sus manos, por ejemplo, tienen su olor picante, personal. Su cuello sirve de abrigo a una hábil y cruel mezcla de ese cabello y del detergente que Estelle utiliza para lavar sus camisas. ¿Qué decir entonces de todos sus demás olores aprendidos furtivamente, pero nunca olvidados?

Monsieur se afeita todos los días, pero me cuesta creer que puedan crecer pelos en su rostro, tan suave es su piel. Es a lo mejor en esa suavidad donde se funda mi repulsión: las mejillas de Monsieur son tan aterciopeladas como las de mi padre. Tiene la piel eternamente lampiña de los papás que nos han llenado durante años de mimos.

Es una de esas repulsiones por cuya atracción tóxica pagamos caro.

Monsieur fue residente, luego adjunto en el hospital SaintLouis, en una época en que las guardias empezaban a perder ya su reputación. Nadie sabe qué pasó entonces, pero estoy dispuesta a apostar que fue ahí donde Monsieur conoció una gran parte de los cientos de mujeres —aun admitiendo que esa afirmación no sea más que una fanfarronada.

Monsieur tiene toda la discografía de los Who en su iPod: una mañana, mientras

se volvía a vestir, lo oí canturrear *My Generation*. Cómo perder veinte años en unos segundos.

Por otra parte, ¿qué clase de adolescencia fabulosa conoció para tener así el cabello gris y tantas ansias de todo? Porque Monsieur, en realidad, elige su edad según los días, entre los quince y los treinta y dos años. Como un adolescente, se enfurece y se cansa rápido, al importarle relativamente poco construir algo. Incluso casado y padre de familia, incluso con su disfraz de cirujano, en esa clínica transformada en parque infantil para sus tratamientos, Monsieur patatea, se apasiona, mientras parece gritar «quiero vivir, VIVIR» —y los placeres que se concede conmigo, esas horas que le robamos al mundo, hacen brillar sus ojos de adolescente llegado como por casualidad a un cuerpo de hombre sensato.

Monsieur tiene gustos indumentariamente eclécticos. Tanto en el hotel como en la clínica, no lo he visto nunca más que de traje, extremadamente elegante, seductor como un demonio. Pero si estuviera con él de noche, descubriría otra faceta de ese hombre: vaqueros de pitillo negros brillantes, botas de cocodrilo a juego con un cinturón cortado del mismo bicho, camisa de cuero. Cuando me enteré de esto, estaba ovillada en posición fetal contra él, de tal manera que, ante ese inventario susurrado a mi oído, pude morderme la lengua sin herir su vanidad.

—¡No irás a enamorarte de un tipo que se viste como Johnny Hallyday! —me diría más tarde Babette.

Monsieur puede, en ciertos aspectos, irritarme más de la cuenta: que esté tan orgulloso de su éxito, por ejemplo, me mosquea muchísimo. Esa falta de humildad me saca de quicio más en él que en otros, porque las cosas de las que, en efecto, puede alardear son innumerables: le perdono eso menos todavía que a esa docena de hombres con los que salgo normalmente y que me agobian cada uno a su manera con el relato incesante de sus triunfos. Cada día, mientras vagueo en mi cama o veo a mis amigas, arregla narices, labios, malformaciones que ni siquiera sabía que podían existir. Ha trabajado tremendamente duro para hacerse un sitio preferente en esta profesión eminentemente respetable; cuando tengo la impresión de haberme pasado un día en la mina porque garrapateaba una redacción de cinco páginas, puedo estar segura de que Monsieur se ha estado peleando catorce horas entre suturas y cirugías diversas. No debe su prestigio a hechos de armas miserables o a cosas mundanas —y supongo que hace falta una gran humanidad para encontrarse ahí donde está hoy—. Pero ¿cómo Monsieur, que después de haberme visto cinco veces se jacta de conocerme mejor que los demás, podría saber que los coches, el dinero y el éxito a mis ojos son temas que nada adornan mejor que el pudor?

Cuando les cuento sus chulerías, Inès y Babette son mucho menos tolerantes que yo, que hago muestra de una paciencia casi maternal: Monsieur, probablemente, necesita aprobación. Mil veces me entraron ganas de meterme con él, pero nunca

reaccioné ruidosamente. Creo que me contentaba con alzar los ojos al cielo medio sonriendo, encontrando en el fondo conmovedora esa exhibición de ciervo en el cortejo, esa cortina de humo. Me sentía más importante —e ingenuamente me tomaba ese defecto tan pronunciado por la última barrera que me impediría enamorarme de él.

Sólo le debo un ataque de risa a Monsieur, pero tiene un gran valor.

Esa primera mañana en que me doblegué ante él, Monsieur quiso añadir su piedra al edificio del perrito, cansado, probablemente, de manejar los mismos hilos gastados hasta la trama. Mientras que oía su eco golpear sordamente en mí, aferrada a las patas de la cama con el rostro aplastado contra la pared cubierta de colgaduras, Monsieur hizo como si se agarrase a mis caderas, que no pedían más que eso, luego a mis pechos, que se tendían hacia él, luego a mi cabello, que modelaba en una coleta enrollada alrededor de su muñeca, antes de deslizarme sin más preámbulos sus dedos a cada lado de la boca. Exactamente como un freno de caballo. La manipulación en sí misma fue tan repentina que no tuve tiempo sino para poner los ojos como platos, sintiéndome realmente como el último de los ponis de este mundo —antes de que Monsieur empezara a tirar, con cuidado, en efecto, pero no sin una cierta firmeza, salí de mi cuerpo para mirarlo hacer—. Todavía estupefacta, hice la reflexión de que después de todo no era tan grave ser montada como un pequeño shetland —me encantaba que me poseyera como a una perra—. Mirándolo bien, un caballo tenía el mismo sentido. Estaba en ese punto de mis reflexiones, ampliamente desfigurada por mi *jockey*, cuando me imaginé en qué clase de condiciones me hubiese visto si los encargados de ese hotelito del distrito xv hubiesen tenido la maravillosa idea de colgar un espejo en la pared frente a la cual estaba: ¿se puede fingir más de unos segundos tener ganas de follar con una chica que parece una máscara de Halloween?

Sentí atrozmente la urgencia por volver a ser deseable (de la manera que yo entendía), y mordí bastante fuerte los dedos de Monsieur —esos dedos inestimables que acababan ahí, inmediatamente, de dejarme helada de vergüenza—. No debió de guardar rencor, ya que, un poco más tarde, o era otro día, Monsieur repetía la experiencia penetrando lentamente en mí, mientras cada centímetro de su polla parecía interminable. Clavada como una mariposa en un alfiler, me estremecía y pataleaba, anudando mis piernas a su espalda, y estaba tan metida en ese placer increíble que no vi venir el freno. Salvo que en esa posición, y en vista de la impaciencia de Monsieur, parecía evidente que no podría resistirme mucho una vez enjaezada. Hubo entonces una escena atroz en que sus dedos trataron de pasar entre mis dientes, yo debatiéndome bajo mi pelo, enloquecida por la incomprensión total de esa necesidad que parecía tener de afearme, Monsieur sujetándome el cuello con una mano cerrada y acallando a medias mis protestas, y ahí ya no me quedó como escapatoria sino un mordisco violento en la mano. Por el espacio de un segundo o dos

el ambiente de nuestra habitación cambió por completo, vi a Monsieur mirarse los dedos y luego mirarme a mí, como inseguro en cuanto a la decisión que convenía tomar. Creo que es probablemente el único día en que vi un poco de odio en el deseo de ese hombre.

Al día siguiente, me precipité a casa de Babette, y tengo el recuerdo de un interminable ataque de risa, las dos ovilladas sobre su sillón, mientras le contaba con todo lujo de detalles qué técnica alternativa había germinado en el cerebro retorcido de Monsieur. Este último, por una cruel coincidencia, me llamó justo cuando Babette eructaba a su pesar un largo hilo de baba, y experimenté todas las dificultades del mundo para controlarme. En realidad, me mordí los labios como para chillar de dolor cerca de diez minutos, fingiendo interés mientras me contaba su día —y la liberación vino cuando Monsieur tuvo el buen gusto de soltar una gracia que me permitió estallar literalmente en una carcajada, alentada por Babette, que se estaba comiendo el sofá para no hacer ruido—. Esos favores que a veces nos hacen los hombres a su pesar.

—Cuando estés harta de que te follen de cualquier manera idiotas de veinte años que confunden sexo con penetración, empezarás a volverte hacia hombres como Monsieur, que no piden más que eso, y que te harán olvidar todo lo que crees saber sobre sexo, para volvértelo a enseñar todo, de tal manera que ya no querrás hacer otra cosa excepto eso, cada día de tu vida.

Yo, que hablo con mis amigas.

Porque hay que decirlo claramente, el sexo en sus brazos es una inmensa y lujuriosa zona de juegos donde nada, absolutamente nada, está prohibido. Tengo la impresión de dar saltos completamente desnuda en medio de hierbas altas infinitamente más suaves que el más suave de los céspedes, bajo un cielo perfecto, y Monsieur me empuja para que alcance cimas inéditas sobre un columpio nacido de los pinceles de Fragonard —y por supuesto no voy a decir que esté totalmente tranquila viendo el cielo alejarse cada vez más, pero la embriaguez es tan excitante, Dios mío, el abandono tan desgarrador, que cierro los ojos con unas ganas insoportables de llorar de placer, torturada por esa necesidad que tengo de expresar hasta qué punto lo que siento es maravilloso, incapaz de encontrar siquiera unas letras para ilustrar ese sentimiento—; luego, cuando estoy medio loca de excitación, Monsieur me convence para meterme en pantanos sombríos que exhalan suaves y escandalosos vapores de azufre, cuyas aguas son de un calor obsceno, y en las que me pierdo, dedo a dedo. Alrededor de nosotros el paisaje se ha vuelto más inquietante, sé que estoy en un territorio que Monsieur se sabe de memoria, y que va a hacer falta llevarme por esos atajillos que sólo sospechaba apenas. Lenta, ineluctablemente, me deslizo a las rodadas menos desbrozadas, y, en efecto, mi pequeño columpio florido está lejos, pero qué calor y humedad hace bajo los ramajes de esos árboles muertos,

más cerca del infierno de lo que nunca he estado...

Yo solía abrirle la puerta a Monsieur y apenas me daba tiempo a verlo cuando ya se había abalanzado sobre mí. Una exhalación impregnada de su olor, luego sus manos que se metían bajo mi vestido y buscaban. ¿Buscaban qué? Estoy convencida de que esa urgencia con la que me remangaba no era ajena a la constatación instintiva de que faltaba algo entre mis piernas, y que esa apertura no existía más que porque Él poseía con qué colmarla. Al igual que la naturaleza tiene horror al vacío, Monsieur se escandaliza ante esa falla bajo mi vientre y se apasiona con ella —parece comunicarse con ella de una manera que se me escapa—. Durante largos minutos la mira fijamente sin pestañear, formando, creo, palabras con la redondez de los pulgares, unos arabescos misteriosos con la punta de su lengua —y parece hacerle preguntas para las que obtiene respuestas que nunca he formulado, entrando en comunicación espiritista con ese único sitio de mi cuerpo que puede obviar con tanta facilidad las prohibiciones que establezco.

A Monsieur, por otra parte, le gusta creer que el mundo entero se somete con tanta facilidad como el pequeño y emotivo vientre de una chica; y, a decir verdad, no es nada que sus bonitas y diestras manos no sepan domar, al menos temporalmente.

Sé que Monsieur es fascinante, aunque esa fascinación quede mancillada a menudo por esos arranques de desprecio que provoca sin ni siquiera saberlo: me parece que este hombre porta un aura de viva inteligencia y de cultura. La inteligencia y las narices grandes: he aquí cuáles son para mí los sustentos del amor.

A Monsieur le gustan mucho los mangos, no obstante, nunca ha querido compartir uno conmigo los martes por la mañana, no más de lo que quiso de mi zumo de naranja o de mi maría. Nunca he visto comer a Monsieur nada de nada —eso me asusta un poco—. He visto a ese hombre correrse, pero nunca vaciar un vaso de agua (y se la chupé antes incluso de verle la cara). Si mi madre se enterara de esto, me pregunto cómo podría convencerla de que tengo una sexualidad sana.

Tampoco conozco la letra de Monsieur. Es lamentable. Podría pasarme horas estudiando tan sólo una firma: la de Monsieur es probablemente caótica de una manera sabia, ilegible como es toda letra de médico, pero creo que podría encontrar en el más ínfimo de esos garabatos algo que me hablara de él, algo familiar en las astas y remates de sus trazos.

Monsieur probablemente trató de ligar con mi madre cuando estuvieron juntos en el fin de semana de cirujanos en Jersey. Me habló de ella esa primera mañana, acariciando mis pechos.

—Tu madre, no sé cómo estará ahora, pero cuando la conocí, era una mujer muy guapa. Con mucha clase. Estuvimos hablando mucho.

(«Estuvimos hablando mucho», me dijo mi madre cuando le hice esa pregunta, en el coche. «Me preguntaba siempre si había leído tal o cual libro erótico. A mí eso nunca me ha apasionado. Pero, bueno, era majo. Hablaba siempre de sexo, pero era majo»).

Sentí que había algo entre nosotros, nos entendíamos bien. Nos reímos mucho.

(«Podía ser insoportable. Pretencioso. Fatuo, incluso. Nos reímos mucho, pero en el fondo nunca me ha gustado esa clase de gente»).

—Tu madre acababa de dejar a tu padre, creo. Estaba un poco depre. Pero en nuestro hotel había también un cirujano israelí, muy guapo,

(«¡Yaacov!»)

que le gustaba mucho a tu madre. Eso le volvió a subir la moral.

(«¡Pero qué guapo que era!», dijo extasiada mi madre, de repente metida en sus recuerdos. «Era realmente guapo. Más simple que el mecanismo de un chupete, ¡pero qué guapo!»).

—Intentarás hacerle esa pregunta, pero creo que había química entre ellos. No sé si pasó fuera lo que fuera.

(«Ya te gustaría saberlo, ¿verdad?»), soltó mi madre con un tono que pretendía ser misterioso, pero hasta ese silencio hablaba: decía que entre ese Yaacov y ella la tensión había sido insoportable. Y, para arreglarlo más, prosiguió: «Oh, ¡había química! Pasábamos todo el tiempo juntos»).

—Tu tío, tan protector como es con su hermana pequeña, bien lo sabes tú, no se enteraba de nada. Nuestra arma era decirle que Yaacov había pasado la noche con una tía, cuando sabíamos a ciencia cierta que la última persona con la que había sido visto la víspera era tu madre. Era superdivertido.

(«¿Estabas divorciada en esa época? —Claro que no —respondió mi madre—. Tenías diez años, nos divorciamos cuando tenías doce». Ésa es la clase de fantasma que Monsieur conjuró sobre mi familia de angelitos. Sabía hacer de mi vida una partida de Cluedo).

—Nunca toqué a tu madre —soltó finalmente Monsieur, al cabo de un largo silencio durante el cual había rogado con toda mi alma por esa precisión.

Entonces me pregunté si hubiese podido, a pesar de todo. Al fin y al cabo, en esa época, todavía no sabía que se acostaría con su hija.

—Sin embargo, era guapa. No sé lo que me retuvo.

Todos nos lo preguntamos.

—Pero te le pareces mucho. Tu sonrisa. Tú eres todavía más guapa. Debes de tener también algo de tu padre, hay elementos en tu rostro que no reconozco.

Monsieur tiene una mejor amiga a la que puso al corriente de nuestra historia cuando todavía no me había visto. Tiene una mejor amiga bastante suspicaz incluso, que le aconsejó que se guardara como del diablo de esa chica joven de veinte años que leía los mismos libros que él, le decía las palabras que le encantaba oír y lo volvía loco de deseo. Monsieur tiene una amiga a la que nadie puso al corriente de la realidad de los hechos: con cuarenta y seis años, un hombre se desprende con mucha, demasiada, facilidad de pequeñas sombras fugaces como la mía.

El miedo a envejecer de Monsieur, que es tal vez el hombre más vivo que conozca, me arrastra a mí y a mis veinte primaveras a abismos de angustia inexpresable. Me repito esas palabras, la primera de nuestras mañanas, cuando me tenía contra sí. Miraba fijamente, con los ojos secos, el papel pintado de flores, ponderando con agudeza dramática la trascendencia de su discurso:

—¿Sabes? Tenéis ese periodo de gracia entre los quince y los treinta años durante el cual el mundo gira en torno a vosotras. Todo lo que los hombres hacen, todo lo que los hombres buscan, ya sea la pasta, el trabajo, la familia y demás, no está motivado más que por vosotras. Todo lo que los hombres quieren es encontrar una manera de gustaros y de poder disfrutar un poco, a vuestra conveniencia, de esa luz que las chicas jóvenes emiten.

—¿Y después?

—Después, cuando tienes cuarenta años, te das cuenta en la calle de que los hombres se ponen a mirar a las crías del instituto que caminan delante de vosotras.

Fin del acto.

Monsieur no parece comprender con qué urgencia vivo, yo que tengo menos de la mitad de su edad. Estoy ya condenada por una fecha de caducidad que no me deja sino poco tiempo para ligar como lo hago, con ese sentimiento de tener París —el mundo, por así decir— en la palma de la mano. Nunca he podido determinar qué intenciones lo animaban cuando me habló así. Tenía miedo de pensar en ello. Había lanzado un suspiro:

—¿Quién me follará entonces, cuando tenga cuarenta y cinco años?

—Yo —había respondido besándome el hombro—. Siempre estaré ahí. Siempre serás mi niña pequeña.

Los «siempre» de Monsieur son muy adolescentes.

Monsieur no se pirra por las lesbianas, al contrario que muchos hombres; siempre hace falta una polla, en su opinión. No obstante, mientras lo esperaba un domingo por la noche en nuestro hotelito del distrito IX en que Babette, para hacerme compañía, había venido a pasar la noche conmigo, no vivía más que en la esperanza de sorprendernos abrazadas de madrugada. Pero eso es culpa mía: le gusta todo lo que

me concierne, y, además, nada de lo que viene de mí puede ser sucio. Monsieur, sin conocerlo, odia más que a todo a Zylberstein, sobre quien hice pis de forma involuntaria: ¿qué ha podido hacer ese tío para merecerse eso más que él?

Monsieur es un adorador intransigente del culo de las chicas. Siempre he respetado y temido ese amor a la vez perverso y noble. Me parecía bonita esa obsesión que, no obstante, no lograba empañar su pasión por el coño. Monsieur, y eso hace de él mi Dios, podría pasar un día entero sólo con la imagen de mi coño en su cabeza. Por otra parte, lo hace. Sus mensajes me lo dijeron, en términos muy floridos.

Eso también es una particularidad de Monsieur: le encanta utilizar mis armas contra mí y abochornarme con palabras que me penetren de la manera más vil posible. Monsieur sabe muy bien que me sonroja cuando en pleno trabajo me aísla para abrir sus SMS como uno se esconde para meterse una raya. Cuando no nos conocíamos todavía (en el sentido bíblico), su artillería pesada consistía en llamarme cuando no estaba en absoluto sola, en coche por ejemplo; y tenía que asentir con la cabeza tontamente durante diez minutos, como un rehén, incapaz de comunicarle sin ser descubierta que ése no era el mejor momento.

—¿Me permite masturbarme pensando en usted?

—Si se lo prohíbo, lo hará de todas formas —me aventuré a decir, tratando en vano de parecer indiferente.

—Es verdad. Ya lo he hecho, por otra parte... tengo muchas ganas de tenerla contra mí y de hacerle el amor. Largo rato. De lamerla hasta que usted...

—Sí, entonces sería tal vez efectivamente más simple si me lo recuerda más tarde.

—¿La estoy interrumpiendo?

—Un poquito.

Risa corruptora.

—Me encanta su voz. Su voz dulce de niña pequeña muy buena.

—¿Sí?

—¿Me vuelve a llamar en cuanto pueda? Si no respondo, es que tengo gente cerca. La vuelvo a llamar después.

—Muy bien. Adiós.

—Espere, no diga nada. Responda sólo sí o no. ¿Tiene ganas de hacer el amor conmigo?

Generalmente, y aunque eso parecía improbable, era entonces cuando el conductor me lanzaba una mirada que hubiese podido parecer un destello de comprensión. Me aclaré la garganta.

—Sí, sí.

A Monsieur, según la fórmula muy justa de Inès, le encanta intimidar a las chicas. Sobre todo cuando no son tan pavas.

Decir que Monsieur es amoral es, aun así, precipitarse un poco. Simplemente obedece a una moral centrada en el placer. No parece movido más que por una libido inagotable, y su vida entera es una suntuosa sublimación, socialmente perfecta, edificada sobre una energía sexual que la vuelve tumultuosa, brillante, llena hasta reventar de conflictos y de pasiones, inestable y embriagadora.

Creo que Monsieur es una de las pocas personas que conozco en quien cada cualidad entraña un defecto, y viceversa. Por ejemplo, Monsieur es un inmenso manipulador, pero es brillante; me tima de una manera inteligente, es decir, exasperante, que incita a la meditación y fomenta los esfuerzos analíticos. Monsieur es espantosamente susceptible, pero ningún hombre que yo conozca tiene su carisma. Monsieur es un patán de los de cuidado; muy bien, pero menudo pozo de cultura. Monsieur es tremendamente pretencioso; pero es un apasionado. Siente todas las emociones con más fuerza que el resto de los seres humanos —simplemente, controla sabiamente lo que quiere dejar traslucir—. No se sabe de Monsieur más que lo que nos da como comidilla.

Me ha podido pasar, muy a menudo, que no conseguía encontrar nada bello o noble en ese hombre. Ha podido decirme que hasta su oficio, tan admirable, no era a sus ojos más que una manera de brillar más en sociedad. Odio, fundamentalmente, a Monsieur por su arrogancia y su egoísmo: debo de haberle dicho a Babette una o dos veces que aparte de él no conozco a nadie realmente malo. Hay, creo, un fondo de sadismo en él, aumentado por el caldo de cultivo de los grandes libertinos del XVIII. Monsieur es de una increíble impaciencia, pero incluso en eso no deja nunca que esa impetuosidad se imponga sobre el resto y frustre sus estrategias. Su infinita astucia le viene de su conocimiento de las mujeres; cuando Monsieur se comporta de manera extraña, generalmente es porque adopta una nueva línea de conducta cuyo desarrollo resulta demasiado elaborado, demasiado perverso para salir de una mente masculina. Cada silencio que me impone me mata: la primera explicación que me viene a la cabeza es que su mujer lo acaba de pillar o que, de una u otra manera, se siente en peligro. Es buscar la solución demasiado lejos: si ya no me responde, es sólo porque no tiene ganas. Porque se aburre. Eso le deja poco lugar a la educación o a las buenas maneras elementales, al no tener Monsieur, según él, ninguna razón válida para comportarse bien con una cría de mi ralea. Y luego, a veces, cuando trato desesperadamente de resolver esta intriga, llego a la conclusión evidente de que Monsieur es profundamente malvado, en un sentido social: no se quiere más que a sí mismo y, si ese amor le da la oportunidad para ello, puede, según las circunstancias,

fingir que se apasiona con otras personas.

Uno se entera de quién es Monsieur como se arma un puzle gigante, mediante meticulosas uniones de todas las piecitas retorcidas. Es lo único de lo que puedo estar segura hoy, después de semanas y de noches en vela reuniendo todo lo que puedo saber sobre él. Nada de lo que sé de él es realmente palpable, o evoca más que sombras que soy la única capaz de reconocer. No sé de Monsieur más que un puñado de palabras y de sonrisas, de ausencias y de resurgimientos —Monsieur elude indefectiblemente todo análisis formal, todo estudio.

Ése es el hombre sobre el que estoy escribiendo un libro.

Más de una semana sin él, ocho días exactamente desde la última vez que lo oí, llego incluso a acosar a Monsieur en su clínica, desnuda y grotesca en mi jardín para estar segura de tener toda la cobertura del mundo. Doy saltitos con nerviosismo de un pie al otro mientras una grabación me propone pulsar 1 para las enfermeras, 2 para las enfermeras. No hay una tecla para acceder a Monsieur.

La prueba de la secretaria me precipita al borde de la angustia. No había pensado en el papel que tendría que representar, en sus implicaciones: preguntar por el doctor S., con la voz de una chica que no hubiese tenido su cuerpo encima del suyo. Sentirme obligada a justificarme torpemente, inventar a toda velocidad unas radiografías que me hubiesen prometido comentar, decir que él me había pedido que lo llamara —yo que ni siquiera me he hecho nunca un esguince—. Soy la peor cuentista que conozco.

—¿De parte de...?

La señorita Becker. No es en absoluto un nombre de paciente, más bien el de quien hubiese podido adoptar una enferma falsa tratando de localizar a su amante cirujano de manera discreta y sin dejar huellas. Un nombre novelesco; por eso lo había elegido. En ese preciso momento, estaba a kilómetros de imaginarme que sonaría tan falso, metida en mi historia de radiografías y secretarias.

—No cuelgue —dijo, y casi no me dio tiempo a imaginarme a Monsieur por esos parajes cuando, de pronto, lo oigo al otro lado.

Es incluso inútil evocar su «hola» todavía indeciso. No obstante, esa palabra ordinaria sin pies ni cabeza, esa interjección apátrida, entra en mis oídos y en todo mi cuerpo, todos esos sitios ocultos bajo mi ropa se despiertan con el sonido de su voz, que los llama con una fuerza casi pavloviana.

—¿Señor S.? —me aventuré a decir, pregunta retórica donde las haya, ya que ese timbre que conocía de memoria no podía pertenecer a otra persona—. Soy la señorita Becker.

Y entonces, Monsieur, al que odiaba, al que pegaría probablemente si estuviese enfrente de mí, encuentra la manera de hacerme renacer en pocos segundos como un fénix de sus cenizas, sólo con la cantilena milagrosa, tierna y divertida a la vez, de esta simple frase:

—Buenos días, señorita Becker.

Arte de magia. No olvido, aun así, esas noches sin dormir, esos ataques de nervios montando guardia ante mi teléfono móvil, pero el dolor y la rabia se me aparecen de pronto sumidas en una niebla indefinible que les quita toda vehemencia. Probablemente porque, con esa frase penosa de cuatro palabras que cualquiera podría pronunciar sin hacer que reaccione, lo entreví a la perfección, de traje marrón en su consulta, con una mano en el bolsillo y una sonrisa que se le escapa, pero que no lo traicionara más que apenas. Por su voz, es imposible que esté enfadado.

—¿Todavía está vivo? —pregunto, con una pizca de ironía que espero mordaz, cuando el solo hecho de saberlo en efecto con vida en alguna parte de París me

resulta tan violento, tan euforizante como una dosis de morfina en las venas.

—Por supuesto —responde en el mismo tono radiante.

Me empiezo a embrollar en un galimatías de palabras, casi perdiendo la respiración, tanto se me desboca el corazón, pero al cabo de unos segundos de verborrea confusa empieza a irse la línea. Me aferro a ésta tanto como puedo, desesperada sólo de pensar en volverlo a perder tan rápido, saltando como una liebre de un lado a otro de la terraza... pero es en vano: Monsieur, llevado por su proverbial fobia a hacerse notar, vuelve a colgar sin ruido, cansado de las interferencias.

—De verdad, estás empezando a dar pena, Ellie —me reproché delante el espejo, clavando grave mi mirada en mi sucia cara y mi rubor malsano de las mejillas.

En ese punto estoy, locamente frustrada y satisfecha a la vez de ese miserable cruce de palabras por lo que representa de euforia de rebajas: oír la voz de Monsieur. Sólo eso. Qué penoso, Dios mío. Si hubiese en el mundo una línea erótica con recargo, en que se imitase esa clase de diálogo como un aperitivo, está claro que me pasaría la vida colgada al otro lado del teléfono.

Mi móvil vibra sordamente cerca del lavabo, pero todavía estoy sumida en un estupor tan profundo que haber recibido un mensaje de Monsieur ya no puede impactarme. En cambio, la promesa de hablar con él de nuevo esta noche es lo único que me hace falta para retomar mi nerviosismo, el que aparece en cuanto me lleva a pistas falsas. Hará pronto diez días que arrastro este estado bipolar, a rachas; estoy de los nervios en cuanto Monsieur hace sus apariciones mesiánicas en mi tarjeta SIM. Nadie parece darse cuenta de ello... o a todo el mundo le da igual. De ese vacío. Ese vacío en que se ha convertido mi vida con Monsieur. Desde que lo conozco ya no existen más que dos horas a la semana —y ahora ya no se cuenta ni siquiera en segundos—. Me paso el resto de esta vida detestable vigilando la actividad de mi móvil, con una taquicardia total cuando recibo un mensaje, volviendo a caer en la indiferencia más profunda cuando, en el noventa por ciento de los casos, no es suyo. Duermo. Me obligo a pensar en otros cuerpos —ninguno de los cuales me interesa realmente—. Esta servidumbre a la que me he sometido yo sola se vuelve intolerable, pero no logro ya acordarme lo que era no conocer a ese hombre. No obstante, he vivido veinte años sin saber que en alguna parte de París, muy cerca de mi casa, Monsieur existía.

Unos minutos más tarde, cuando me dispongo a entrar en mi bañera, Andréa me da, por SMS, una hora para llegar a su casa, y, madre mía, me acuerdo de una Ellie que daba saltos de alegría con cada manifestación de ese magnífico joven asquenazí del distrito v, me acuerdo de que estaba enamorada de ese tío, pero ¿en qué momento, en qué preciso momento salté de ese tren en marcha? ¿Por qué me da completamente igual verlo esta noche? ¿Por qué esa perspectiva llega incluso a abatirme? La respuesta es la siguiente: Monsieur dijo que me llamaría, y sabiendo la

hora en la que sale del trabajo, será probablemente en el mismo momento en que esté con Andréa. Tal vez incluso ya haciendo el amor.

Lavarse el pelo, peinárselo, encontrar una ropa decente. Otras tantas actividades que se vuelven un calvario en cuanto tengo que ver a Andréa. Tengo claramente la impresión de que salir o acostarme con él no le suscita más que una excitación de buena educación. He terminado por hacerme a la idea bastante tarde de que, en su cama, me desataría mis ligueros yo misma y de que, si me acariciase, sería durante su sueño con ganas de cargármelo. Andréa no folla mal, pero con demasiada educación para mí en este momento —bueno, de una manera exasperante: lo bastante estimulante como para distraerme de mi letargo, pero demasiado relamido como para transportarme a mundos de una amnesia erótica—. No lo bastante complejo como para dar la talla frente a la sombra de mi móvil en la mesilla, en todo caso. Y, sobre todo, Andréa no ve nada. No siente nada. Andréa no se ha dado cuenta en ningún momento de que, durante las tres últimas semanas, he estado orgullosamente exaltada, espabilada hasta lo inconveniente, y luego, de un día para otro, tan floja y fría como una lombriz. A menudo, sólo de broma, le he hablado de Monsieur en contextos a primera vista inocentes, pero que podían traicionarme, que hubiesen debido traicionarme si Andréa se hubiese tomado la molestia de ser un poco posesivo. Le anuncié de buenas a primeras que un colega de mi tío me había propuesto llevarme a un seminario en Ginebra.

—¿Vas a ir? —se había contentado con preguntarme.

—Por supuesto que no —le respondí, irritada por poder sentarme desnuda en las rodillas de un hombre y no provocarle más que esos indolentes celos—. Aunque, ¿no crees que intentará algo una vez estemos en Suiza? —había añadido titulándolo mentalmente «pero joder, ¡reacciona!».

—Totalmente —había respondido, y eso fue todo.

A lo mejor Andréa no quería ver, después de todo. Sería una explicación francamente menos perturbadora.

Noche de principios del verano radiante y malva. Vestida demasiado fresca, troto por los pasillos del metro llevando mi equívoca lascivia como una cruz. Eso también es nuevo: en dos semanas y sin ninguna razón en particular, mi harén se ha doblado y apesto a sexo —de forma malsana—. Mentalmente, a menudo estoy a kilómetros de allí. Follo frenéticamente. Nunca he perdido tanto sudor ni he gritado tan fuerte. Andréa al igual que Édouard, al igual que Zylberstein, Thomas Pariente o Landauer, no tienen bastantes manos ni bastante polla para calmar mis chillidos de nutria. ¿Hubiese conocido alguna vez el sentido de la palabra «privación» si no fuera por Monsieur? A todas partes adonde voy, me atiborro de hombres, los devoro con los ojos tras mi flequillo. Echo en falta al «hombre» tan pronto como estoy sola. Busco a Monsieur un poco por todas partes y lo encuentro disperso en mis amantes, en las

palabras picantes de Zylberstein y en la elocuencia de Thomas, en la voz grave de Jérôme Landauer, en el óvalo del rostro de François. Así, para cada uno de mis «amigos» —como le gusta llamarlos, enmarcados por comillas dudosas—, tengo una mala razón para seguir subyugada.

Salvo con Édouard.

Édouard tiene treinta y seis años. Fue mi amiga Mélie quien me habló de él, tomándonos un café en una terraza en la plaza de la Bastilla. Con el verano volvía el sol, el calor y los aumentos de estrógenos —pero no Monsieur—. Me quejaba, con una lasitud sintomática, de mi estado nervioso en general, indolentemente.

—Ahora que ya no lo veo —decía en resumen—, ya no tengo un tío curioso o sin complejos hasta ese punto.

Entonces, Mélie me habló de un profesor de universidad con el que se había acostado poco tiempo atrás; aquella noche, mientras se bebían un vaso de vino en su sofá, Mélie, un poco atontada ya, se había acordado de que tenía la regla —y de que, como la mayoría de los hombres, Édouard sufriría una desmotivación súbita al enterarse de ello—. Abochornada, había optado por ser honesta.

—Eso no me supone un problema —la había sonreído en respuesta.

—¿En serio?

—¿A ti te supone un problema?

—En absoluto. Bueno, sólo es que me siento un poco tonta de haber venido a tu casa esta noche. Soy un regalo envenenado.

—¡Anda ya! —había exclamado Édouard, casi saltando de su asiento—. No es más que sangre; y sé que es en esos momentos cuando una chica tiene más ganas de sexo. Estás de broma. Has hecho bien en venir.

Se había ido a cambiar la música en su equipo, y a la vuelta se había encontrado con la regordeta y dulce Mélie, con las manos cruzadas sobre las rodillas, todavía un poco tocada por lo que acababa de oír. Se habían besado.

—Efectivamente, me moría de ganas —me dijo mientras escuchaba jadeante, sin poder ni siquiera imaginarme ya qué desenlace milagroso se estaba tramando.

Al terminar un abrazo particularmente fogoso, Mélie, que temblaba, vestida sólo con sus inmensas bragas para la menstruación, había suspirado en el cuello de Édouard:

—Voy a quitarme el tampón, ahora vuelvo.

De mala gana. Iba a tener que arrastrarse hasta el baño, encargarse de aquello en un silencio culpable, lavarse las manos y luego volver a la habitación disculpándose sin gracia por el bajón —ya que, aunque fingiera no haberse dado cuenta de nada, ya no habría en absoluto la misma excitación extrema, al menos al principio—. La conclusión milagrosa es esta: Édouard, con su pelo largo, había murmurado «que no, quédate aquí» y antes incluso de que pudiera decir cualquier cosa o de prever una cosa así, sin dejar de besarla, le había quitado el tampón, y luego lo había dejado con indiferencia encima de un número atrasado de *Le Monde*, en el suelo.

—¿Estás de coña? —le solté.

No me lo creía ni por un momento.

—Te juro sobre lo que más quiero que es verdad —replicó Mélie—. Estuve cinco años con un tío y era siempre yo quien iba a esconderme como una leprosa en esos momentos. No me hubiese podido inventar una movida así, Ellie.

—Tengo que conocer a ese hombre —declaré entonces, dando casi un golpe con el puño en la mesa.

Aquello no era una historia de tampones, en realidad: era el universo de posibilidades que se abría de repente, por mediación de un ser que adoraba lo bastante a las mujeres como para evitarles a sabiendas la impresión de estar sucias. Con mi disparatada hambre canina, por lo menos lograba separar a los inútiles de los genios —si bien al final fueran todos hombres, provistos del mismo cuerpo maravilloso.

Unas horas más tarde recibía un mensaje de Édouard, a quien Mélie me había vendido en tales términos que me proponía verme al día siguiente por la noche.

Me asusté tontamente: quería invitarme a una copa de vino en la plaza del Panteón, pero, cansada como estaba entonces, no me sentía a la altura de mantener una conversación mundana, sobre todo si se agotaba de vez en cuando. No me sentía capaz de resultar brillante o divertida, sólo de follar, incansablemente. Pero eso no se hacía, ir directamente a casa de un desconocido: muy desgraciadamente para mí. Evité a Édouard hasta que otra de nuestras amigas comunes organizó una fiesta: fue así como nos conocimos. No me gusta describir físicamente a un hombre por la banalidad que deriva de ello de manera automática. Es el caso con él: si dijera que era moreno, con grandes ojos negros, bonita dentadura blanca y un cuerpo delgado y fuerte curtido por el tenis, no diría nada sobre lo que realmente importa en él. Édouard es guapo, de una belleza cálida, solar. Hablamos durante una hora de la novela, que él consideraba un género moribundo. Yo luchaba con uñas y dientes por Maupassant, él replicaba con Kundera —acabamos en su casa cuatro días más tarde—. Cuando, sonriendo, le expliqué qué detalle de su cita con Mélie me había atraído de él al principio, soltó una gran carcajada y me sentí inmediatamente cómoda en su pequeño apartamento de Vincennes, con su gato fantasmal y sus botellas de rosado dulce. La casa de Édouard fue, creo, la primera, exceptuando la de Andréa, en que pude dormir sin contar las horas que me separaban de mi libertad. Aquella noche me dormí como un tronco, ebria de placer y de palabras que me erizaron el pelo de la cabeza, pasmada.

Édouard nunca fue, en realidad, como los demás. Formaba parte de otra categoría, al igual que Monsieur o Andréa, aunque nunca comprendió a santo de qué le estaba reservada una casilla entera.

—No se puede hablar de «casilla» —le expliqué una noche, cuando ya habíamos bebido y fumado demasiado—. No clasifico a los hombres como objetos, o según su

función (¡qué espanto!). Los clasifico por su red de relaciones. Por un lado, está Monsieur, ¿bien? Luego Andréa, que es mi novio. Tienes después a François y a Timothée (que van juntos). Después...

—Espera —me cortó—. No entiendo nada. ¿Por qué van juntos?

—Son sus mejores amigos. Los conocí en la misma fiesta. Fiesta en la que también conocí a Andréa. Está Thomas Pariente y Olivier Destelles, que van en la misma dado que son vergonzosamente ricos. Después tenemos a Zylberstein, Jérôme Landauer, Octave y Paul. Éstos están en la misma casilla porque son todos médicos y amigos.

—Así pues, ¿cuántos médicos?

—Con Monsieur, cinco. Pero no creo que vaya buscando médicos. Es sólo que, cuando caes por la pendiente, va todo rodado.

—¿Y luego?

—Luego estás tú. No podría meterte en una casilla cualquiera, aunque formes parte de una red como la de Zylberstein. Tú eres diferente.

—Pero ¿diferente en qué?

Hubiese podido decirle toda la verdad: «eres diferente porque, por una u otra razón, cuentas más que todos esos tíos, ¿es porque muestras una galantería casi anticuada, es porque te interesa de verdad lo que te digo?». Pero hacía ya tanto tiempo que no me había sentido interesada, realmente interesada por un hombre que tenía miedo, siendo franca, de parecer torpe y de darle miedo.

—Eres diferente porque follas extraordinariamente bien —le expliqué, e incluso eso, me costó decirlo.

Soltó una gran carcajada halagado, y, alentada, añadí:

—Y también porque me gustas más que los demás. Eres más amable.

De hecho, Édouard es el mejor, en no pocos aspectos. Cuando hablo en estos términos, y mis amigas se enteran de que nos vemos dos veces a la semana, alguna de ellas se siente invariablemente en la obligación de preguntarme por qué no salimos juntos. Pregunta que siempre he rechazado con un encogimiento de hombros, como si la respuesta fuera evidente, pero nunca he tenido una. Porque tiene dieciséis años más que yo. Porque eso complicaría esta relación sublime que ya tenemos (¿cómo puedo permitirme utilizar un pretexto tan visto?). Porque no está enamorado de mí y yo, Dios mío, estoy invadida, obsesionada, poseída por Monsieur. Puedo ser completamente hipócrita ante Andréa, inventar mimos de una ternura de síntesis como para romperle el corazón... pero Édouard no se merece eso. Édouard se merece lo único que soy capaz de sentir *motu proprio*: el placer, simple pero absoluto.

Calle Gracieuse, camino a pasitos minúsculos con la esperanza de que Monsieur tenga la buena idea de llamarme durante esos dos minutos de respiro adicionales. Incluso con mi iPod en los oídos no pienso más que en eso: tengo mi móvil en una mano húmeda desde el comienzo del camino.

Delante del edificio de Andréa, echo pestes en silencio, venga, treinta segundos

más... ya llego mis buenos veinte minutos tarde, cosa tan inusual que cualquiera se hubiese olido el lío, pero sé sin ninguna duda que no sentirá nada, ni mucho menos el grosor de la máscara que llevo. Ésta es típicamente la clase de época durante la cual me odio por no quitármela: pasa de mí, y yo he aprendido a pasar de él, pero seguimos juntos, Dios sabe por qué. Por razones estéticas; me parece que hacemos una bonita pareja, un encantador joven asquenazí y una chica de *goyim* rubia y rosada. Un auténtico mal de Portnoy. Por comodidad, probablemente; es así desde hace cinco meses, ¿por qué y cómo cambiaríamos la situación? ¿Para hacer alguna cosa al respecto? Andréa y yo somos de la estirpe de los perezosos: es agotador hasta tomarse el trabajo de enamorarse. Demasiado simple para mí también. Con Monsieur todo es más doloroso —e inevitablemente el juego se vuelve interesante: lo siento entrar por cada poro de mi piel, todo mi cuerpo se defiende de él como de un veneno, en vano—. Creo que siempre me ha gustado pasarlo mal antes que querer a los hombres a los que debía ese dolor: mientras nos atenemos a buscar emociones, las personas siguen siendo variables e importan relativamente poco. Hasta cierto punto —y es en ése en el que me dejo atrapar, como siempre.

20.30

Nadie me creería, pero si odio, antes que nada, ver a Andréa en ese estado, es por culpa de la mentira. Porque el hecho de representar un papel todo el tiempo ya ni siquiera me molesta. Me he acostumbrado a follar mucho y con muchos hombres, y es una cosa que no tengo ningún escrúpulo en admitir. He acabado por corromperme definitivamente a su contacto, hasta el límite de buscar en ellos sensaciones, estímulos cerebrales que me hubiesen repugnado unas semanas antes —pero odio mentir de esta manera desenvuelta, como si me hubiese convertido, realmente, en esa clase de chica—. Miento todo el tiempo, por todo.

—¿Todo bien? —me pregunta Andréa al abrir la puerta de su pequeño apartamento bien iluminado.

—Muy bien —respondo, y mi sonrisa excitada y maliciosa a la vez sólo es una mentira más.

Estoy completamente apática; parezco morirme de ganas de ir al restaurante, pero no tengo ganas más que de quedarme sentada en una silla con la mirada clavada en mi móvil. Lo tiento con mi falta de bragas. Andréa, que está muy bien educado, finge interesarse en ello. En pleno pellizco de nalgas, suena su teléfono. Mientras se pelea con su colega, me asomo a la ventana. Su callecita parece un decorado teatral, lo de enfrente tiene algo de *commedia dell'arte*; palpitante, miro a las personas que pasan, las que a aquella hora van al encuentro de sus amigos y de sus fiestas. Por todas partes oigo risas, chasquidos de tacones altos en adoquines deformes —y daría mi vida por estar en otra parte, lejos de esa ventana abierta de par en par—. Joder, me ahogo. No percibo de Andréa más que su voz sonriente, pero me pone de los nervios.

Me irrita su risa. Su manía encantadora de pasearse arriba y abajo mientras se rasca la cabeza cuando está al teléfono me exaspera. Echo en falta a Monsieur físicamente, hasta el punto de que el resto del mundo se vuelve no indiferente, sino insoportable. Al final, ese hombre es como una droga; en cuanto reaparece, incluso por un lapso de tiempo mínimo, todo mi periodo de desintoxicación queda barrido de un manotazo y me pongo a patallar. A veces mi corazón late tan rápido que me siento casi mal, con la cabeza dándome vueltas como una peonza y una voz que repite dentro de mí, incansablemente, que necesito a Monsieur, madre mía, lo necesito.

—Me llevará dos minutos —me susurra Andréa—. No te quites el abrigo.

De repente, una vibración sorda sube de mi bolso, pero lo hace como si se tratase de las trompetas del Juicio Final: salto como una liebre sobre mi móvil, en el que la divina indicación «número privado» parpadea lánguidamente. Monsieur. Monsieur infiltra su fuerte sensualidad hasta en los fríos trámites de las tecnologías modernas. Incluso ese «número privado» parece contonearse delante de mí. «Descuelga, Ellie. Cógeme. Sé que estás babeando sólo de pensar que te llamo, ¿quién podría ocultarse tras esta vibración sibilina? ¿Quién llama generalmente a las nueve menos cuarto si no ese hombre que te impide dormir por las noches por su mera existencia?».

Descuelgo. Qué le iba a hacer. Al otro lado del teléfono esa voz que me horada los ovarios y me desgarran en dos. El subidón es de una potencia tal que se me doblan las piernas imperceptiblemente. Abrochándome mi gabardina, apenas si le explico a Andréa, que me ve salir con una circunspección extraña.

—No hay cobertura, voy abajo.

—Espérame en la calle —responde al bastarle claramente esa falsa justificación—. Termina y voy.

Ya no hay, estrictamente, nada más en el mundo salvo ese teléfono móvil en mis manos.

—¿Con quién hablas? —me pregunta Monsieur.

—Con Andréa.

—¿Estás en su casa?

—He salido para estar tranquila.

Hay que comprender por tal el vagar por la calle como si la estuviese haciendo, subida a mis zapatos de tacón que me hacen daño y que no siento; ya no siento nada. No siento más que a Monsieur.

Sería necesario que fuese fuerte. Sería necesario que pareciera indiferente, sobre todo, que no supiera en qué me he convertido desde que no da señales de vida. Sería necesario que no perdiera de vista un segundo que no me llamara más que porque lo he acojonado acorralándolo incluso en su clínica. Sería necesario remontarme hasta esa época borrosa en que era yo quien me dejaba perseguir en vano, cuando, después de haberme llamado cuatro veces, me enviaba mensajes como una mano sobre mi nuca: «Ellie...».

Por desgracia, ya no soy así. Lo que subsiste de mí en ese cuerpecito maquillado

y vestido a conciencia se consume literalmente por la necesidad de comprender qué es lo que he podido hacer mal, lo que, por mi manera de actuar y de hablar, ha alejado ineluctablemente a Monsieur de mí, de nuestros hoteles oscuros.

—¿Cómo vas? —me pregunta.

—Bien, ¿y tú?

—Regular. Estoy deprimido —suelta en mitad de unas interferencias—. Me siento viejo.

—Pero bueno, ¡tú no eres viejo! —respondo con una vehemencia que raya en el instinto de supervivencia.

Sé lo que Monsieur se dispone a decirme. Hace una semana, quedaba escrito negro sobre blanco en uno de sus SMS: «Es tu mirada y tu cuerpo de veinte años los que me vuelven viejo». Fue entonces cuando comprendí qué cruel reverso tenía la juventud... y que no podía hacer nada por ello. No podía evitar dar palmas como una niña pequeña cuando Monsieur se encontraba conmigo los martes por la mañana. Y nunca creí que esa clase de entusiasmo febril se convertiría en una especie de defecto. No podía siquiera sospecharlo. Podría ser más delgada, más rubia, más guapa incluso o qué sé yo, pero no más vieja. Horrible, ¿verdad?

—Tienes que creerme. No eres viejo.

—No puedo hacer nada. Me ocurre, ¿sabes? Me da por épocas.

—¿Y yo, en todo este asunto? ¿Qué pasa conmigo?

—Lo sé, pequeña.

Pequeña es cómo me llama en lugar de cariño cuando le parece que me da una rabieta.

—Ahora mismo no tengo ganas de nada.

—¿Ni siquiera de mí?

Monsieur tiene esa misma risa tierna, la de siempre.

—En cuanto te veo, tengo ganas de hacer el amor. Y las fotos de tu culo me han vuelto loco, por cierto.

Sonrío; es lamentable. He tratado de trincarle como una fulana con mi lencería o sin ella, hasta mis nalgas tenían pinta de estar horrorosamente tristes —pero Monsieur no ha visto más que mi piel rosada, y sonrío.

—¿Quieres que dejemos de vernos?

—Nunca he dicho eso.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—No lo sé.

—Pero, entonces, ¿qué es lo que sabes?

Una pareja que camina abrazada se vuelve al oírme sollozar. Me siento tan sola en el mundo que hablo demasiado fuerte, sin ver que a pocos metros de allí, detrás del edificio que hace esquina y que me sirve de escondite, me espera Andréa junto a su coche. La seña de mi mano con la que llamo su atención me angustia tanto como una decena de dedos alrededor de mi garganta; por un instante tengo la impresión de que

ha sentido algo, que habrá dejado pasar mil pistas, pero no ésa.

—No estás solo en esta relación. Yo también existo. Si ya no quieres volver a verme, prefiero saberlo a vivir así, como una drogadicta esperando la dosis —digo bajando la voz.

Camino sin ganas hacia Andréa, incapaz hasta de concebir la idea de colgar. Estoy en tal estado nervioso que sigo hablando, incluso sentada a su lado en el habitáculo minúsculo de su Fiat 500. Sólo espero una cosa, que no oiga la voz grave y mimosa de Monsieur, que se defiende:

—No es muy amable por tu parte decir eso. Que eres como una drogadicta.

—¿No es muy amable para quién?

—Para mí. ¿Sabes?, no tengo una vida muy fácil en este momento.

«Y a mí, ¿crees que me gusta? ¿Estar como una ostra cuando no estás aquí, constantemente abierta esperando tus mensajes y tus llamadas, cogiéndolas al vuelo? ¿Estar como una gata en celo que se retuerce con el trasero levantado por la pared de debajo de tu casa, maullando como si se le rompiera el alma con su rajita empapada, atrayendo sin quererlo a todos los machos a la redonda —y qué puedo hacerle, en mi obsesión malsana por ti?—. ¿Quiero decir, aparte de dejar que me penetren para pasar el rato muriéndome de ganas de cruzarles los morros con unos buenos arañazos? ¿Crees que esto me gusta, obligarme a no pensar en ti días enteros con la esperanza ridícula de que mi silencio agote el tuyo? Esto nunca funciona, todos estos esfuerzos. Es así como me he sumido en tu sombra: tecleo tu nombre en Google y, después de haber pasado dos horas informándome sobre cosas tuyas que me sé ya de memoria, abro los ojos unos segundos: pero ¿qué estoy haciendo, joder? Últimamente, aparte de comer o dormir, no hago nada de lo que pueda sentirme orgullosa, nada que no me ate más a ti, y ahora mi novio me lleva a pasar una noche por ahí que cambiaría sin dudar por cinco minutos más oyéndote cómo me haces promesas de borracho. Tengo veinte años y podría comerme el mundo, pero no puedo porque eres tú quien me está comiendo. ¿Quién no tiene una vida muy fácil en este momento, según tú? ¿El riquísimo cirujano asentado rodeado por su cariñosa familia y sus admirados amigos o yo? ¿Quién está sufriendo más?».

—Para mí tampoco es fácil, créeme.

—Lo sé perfectamente, pequeña. Pero ¿por qué dices que te sientes como una drogadicta?

—Sabes perfectamente por qué. Sólo quieres oírmelo decir.

Andréa me mira, con calma, espera como un novio a que su novia termine su llamada. Esa serenidad en sus bonitos ojos marrones grisáceos me parte el corazón y me molesta al mismo tiempo.

—Es fácil para ti —le digo—. Nadas y guardas la ropa.

—No, es para ti para quien es fácil. Según tú, ¿cuántos hombres lo darían absolutamente todo por estar en mi lugar?

—Me dan igual los demás.

—No tienes ataduras, eres libre. Yo tengo que seguir viviendo como si nada.

Monsieur, tan lejos como me alcanza la memoria, siempre ha subestimado la reactividad de un corazón tan joven como el mío.

—Sabes que eso es falso. Que para mí es difícil de soportar. Sabes perfectamente cómo soy. Me estoy volviendo loca por no saber nada de lo que pasa, si te puedo ayudar o no.

—No puedes ayudarme. Soy sólo yo, se va a pasar.

—¿No me estás olvidando, entonces?

—No te estoy olvidando —sonríe Monsieur.

—Júralo.

—¿Cómo quieres que te olvide?

Cierro los ojos, extasiada; unos minutos más tarde, aborreceré esta alegría insana hasta las lágrimas, ya lo sé, pero es tan bueno, Dios mío, lo había necesitado tanto...

—¿Qué quieres comer? —me susurra Andréa, y salgo de mi dulce letargo opiáceo para encogerme de hombros, «lo que quieras».

—¿El libro avanza? —pregunta Monsieur, pero ahora que Andréa se come la cabeza para encontrar un restaurante ya no puedo hablar decentemente.

—Eso ahora es complicado —respondo esperando con todas mis fuerzas que entienda el mensaje.

—¿No puedes hablar mucho?

—No, no mucho. Digamos que está restringido.

Monsieur emite una risa gutural que me propulsa a unas pocas semanas antes, cuando nuestro juego favorito era mantener la conversación más inconveniente del mundo con mis padres a dos pasos. Las reglas, por otra parte, no han cambiado realmente.

—Te vuelvo a llamar mañana, ¿estarás sola?

—Sí, me va bien —miento, resuelta ya a marcharme de casa de Andréa a la francesa, a una hora completamente inesperada.

—Un beso —suelta, y se acabó.

Nunca ha hecho tanto bochorno en un coche como esa noche. Estoy sudando la gota gorda bajo mi gabardina. Por unas milésimas de segundo, espío a Andréa a través de mi pelo, atentamente. «¿Y ahora qué hacemos, cariño?».

—¿Te hace un japonés?

—Venga —respondo.

Luego, como se instala un extraño silencio, la clase de silencio que entraña conversaciones tumultuosas, pruebo con una enésima mentira:

—¿Te había dicho que estamos organizando una fiesta por el cumpleaños de mi hermana?

—No.

—Queremos traer un grupo de *free-jazz*. He hablado con un amigo que me ha prometido intentar traer a un grupo muy bueno, va a volver a llamarme.

—¿Ahora? ¿Era con el que estabas hablando?

—Eso, eso. Espero que salga.

—Buena idea, lo del *free-jazz* —observa aparcando en la calle Monsieur-le-Prince.

—Me encanta el *free-jazz* —respondo y, cogidos del brazo, entramos en un restaurante lo bastante minúsculo como para que durante dos horas una buena treintena de personas asistan a las manifestaciones ruidosas de mis arrebatos de cariño completamente inventados.

Sólo con pensar en Monsieur me vuelvo divertida e ingeniosa, y Andréa es un público perfecto, que se ríe con todo lo que pueda decir, que me acaricia las rodillas por debajo de la mesa. Somos un timo muy estético.

Al día siguiente por la mañana, justo a las ocho, abro los ojos mientras Andréa me hace el amor, a su manera dulce y torpe de chico apenas despierto. Sus manos me estremecen. La manera en que acaricia mis pechos me estremece.

—Lo haces tan bien —suspiro—. Me gustaría tenerlos más grandes para sentir todavía mejor tus manos.

—Tus pechos son perfectos —responde en mi cabello, con su cálido olor a café y a pan tostado, y sus dedos rozan mis pezones levantados—. Parece que se empalman —y esa última frase me enciende de tal manera que me pongo a follar dándole golpetazos con el culo como una loca.

—Me estás excitando —murmuro, sentada encima de él, y con una mano mucho más implicada de lo que lo estoy yo personalmente, me acaricio.

Dentro de mí, Andréa la tiene a reventar. A la luz pálida de la madrugada miro, fascinada, cómo sale y entra su polla en mi coño todavía adormilado. Cuando no salía con él, la sola idea de verlo desnudo no me dejaba dormir. Y, cuando al fin lo logré, no soñaba más que con la polla de Andréa Levinger. Ahora me siento dividida entre el placer y la sombra de mi teléfono móvil, debajo de mis bragas.

Monsieur. ¿Monsieur se imagina que estoy follando? Sobre todo, ¿se imagina lo diferente que puedo ser en el interior y en el exterior? Sería necesario que estuviera justo ahora para que pudiese mirarlo fijamente mientras se la chupo mecánicamente a Andréa, con mis ojos apagados y todo lo demás que parece exultante. Soy una monstruosa contradicción. Al final, es casi imposible saber en qué medida no finjo totalmente esta sensualidad perversa.

—¿Ahora? —suspira Andréa, y toda su bonita espalda se apoya en mí, sus uñas se clavan en mis nalgas para hacerme gritar y me odio, me odio.

Me odio porque la única cosa en la que pienso ahora, con su semen corriéndome por las piernas, es en hablar con Monsieur.

—¿Nos llamamos, cariño? —le susurro al cuello.

—¿Te vas tan pronto?

—Se me han olvidado las llaves, tengo que volver a mi casa antes de que mi madre se vaya a trabajar.

Babette me dirá que soy un gusano cuando lo sepa. Pero a lo mejor no va a saberlo. Eso no me concierne más que a mí, el hecho de ser una mierdecilla.

Unos minutos más tarde troto por los pasillos del metro, con mi móvil en la mano.

¿Qué es, Monsieur, ser como una drogadicta? Aparte de esperar tus llamadas y tus señales de vida como bocanadas de oxígeno, es exactamente lo que pasó aquella mañana: esperarte hasta las nueve y media febril en mi habitación con las persianas cerradas herméticamente. Partirme en dos al darme cuenta de que me has olvidado a pesar de tu promesa del día anterior. Ver pasar el día y temblar durante la hora en la que sé que vuelves a tu casa —temblar en vano—. Dado que, como de costumbre, te me has escapado por entre los dedos como una pastilla de jabón.

Cariño:

Espero que estés mejor. Que se haya pasado el bajón.

Mi gran problema en este momento sigue siendo que tengo totalmente la impresión de mendigar para tener noticias tuyas —y es una cosa que no soporto, porque, sin estar especialmente orgullosa de ello, odio verme actuar de esta manera—. Sé que valgo más que eso. Y lo que me da más pena es constatar la repentina decadencia de nuestra historia (si se puede llamar a esto historia), aunque nunca he sido tan ingenua de pensar que estábamos al borde de un arrebatador romance. Sé qué somos, cómo vivimos. Creo haber sido relativamente realista en cuanto a los esfuerzos que podíamos realizar ambos.

Ésa es la razón por la que no lo entiendo. Te equivocarías al tener piedad de mí —prefiero más que me odies—. No hago más que sorprenderme ante la total incomprensión que me inspira la situación actual. He creído entender que no estabas bien... claramente, es en parte mi culpa, y no puedo ayudarte mucho. Supongo que tampoco tienes ganas de que te ayude —fue presuntuoso pensarlo—. Pero no consigo olvidarme de ello, y necesito saber cómo estás, porque te conocí y, desde ese momento, esa clase de detalles me importa.

Le he dado vueltas y más vueltas a la situación en la cabeza, pero ya sabes, no estoy al corriente de los sobreentendidos masculinos, e ignoro lo que quiere decir «estoy deprimido». Para ti, a lo mejor está muy claro, pero si pudieras ponerte a mi altura y decir las cosas exactamente como son, ganaríamos en tiempo de forma increíble, y en alivio también.

Tengo la impresión de que todo iba tan bien entre nosotros, y hablábamos tanto que esta súbita ruptura me está matando. Sé que no siempre estás disponible, por múltiples razones, pero esto es diferente. No hablas conmigo en absoluto. Y no consigo creer que sea por mi culpa.

¿Sabes?, soy alguien relativamente simple, en ciertos aspectos. Al conocerte, sabía que era inútil implicarse demasiado, y que nuestro contacto quedaría reducido al mínimo —un mínimo delicioso, sea dicho—. Nunca me ha dado por pensar la gilipollez de que podría cambiar fuera lo que fuera, nunca he tenido ganas de ello. Inicié esta historia con la voluntad de mantener unas relaciones totalmente honestas contigo, y me prohibí sufrir más de lo necesario. Por eso considero una muy justa compensación de las cosas mantenerme al corriente, en términos sencillos, de la evolución de tus antojos.

También me dije que mis cartas a lo mejor te habían llevado a pensar que empezaba a sentirme demasiado apegada a ti. Me siento apegada a ti, es cierto, pero no sé hacerlo de otra forma, incluso en una relación como aquella. Necesito una emoción más consecuente que el deseo, por violento que sea, que llevarme a la boca.

Cuando vuelvo a pensar en el principio, tiendo a decirme: «Ok, no es posible, pasa obligatoriamente algo que le impide responderme, ¡parecía ir todo tan bien cuando hablábamos!». Mi única ingenuidad es probablemente cerrar los ojos en lo que se refiere a tu cobardía —sé que los hombres son cobardes—. Tan cobardes como las mujeres complicadas. Bueno, en resumen, todo esto para decir que no puedo creer que me hayas mentido todo el tiempo, o que sólo le hayas echado mucho cuento, todo por follar conmigo. Lo que encuentro ridículo, por otra parte, dado que soy yo quien te fui a buscar.

También he acabado pensando que, al estar casado, no tenías ningunas ganas de mantener una relación un poco regular, bueno, un poco continua al menos. Si ése es el caso, lo comprendería totalmente. En realidad, puedo comprenderlo todo, siempre que me digan las cosas.

Pido bastante poco. A decir verdad, una miseria. No te estoy suplicando que vuelvas, sólo te pido que me lo expliques. Como máximo, diez minutos de tu tiempo. No tengo ningunas ganas de sufrir, tengo ganas de comprender y de poder resolverlo de una vez por todas. Y si piensas que soy del tipo tocapelotas que va a pegarse a ti como tu sombra para recuperarte, te estás engañando. Me he arrastrado un cierto número de veces ante los hombres, pero nunca he llegado tan lejos —y no voy a empezar con veinte años, ahora que sé que no hay nada menos excitante de ver—. Me irrita comportarme así desde hace unos días, no me dejes en este estado.

Lo que te propongo, lo que siempre te he propuesto desde el comienzo, es de una infantil simplicidad. Nunca he hablado de compromiso. O de amor. O de fuese lo que fuese que pudiera ser una atadura para uno de nosotros. El hecho de que seas alguien apasionado y de que me excites es una razón suficiente para verte, por mi parte. Y, si quieres algo de mí, todavía tengo muchas cosas que decirte, que hacerte, que mostrarte. Yo me lo paso bien contigo. Es tan simple como eso. Si no quieres

nada de mí, no tengo ninguna intención de hacer el ridículo rondándote.

Te he enviado hace unas horas un mensaje para pedirte una respuesta clara. Al no tenerla todavía, te pido, por favor, que me llames cuando puedas. Si no es por mí, hazlo por ti, para que deje de una vez por todas de enviarte mensajes. Debe de ser un coñazo a la larga.

Cariño... me cuesta creer que no te hayan gustado nuestros martes por la mañana. Y todo lo que hacíamos. Pero puedo equivocarme, me pasa a menudo. Haz un esfuerzo, respóndeme. Me sorprendería mucho que un hombre como tú ignore lo exasperante que resulta esperar señales de vida de la gente.

Además, me desespera saber que estás triste. Si te dijera que entiendo un poco lo que sientes respecto a envejecer, no me creerías, pero, de todas formas, es así. ¿Sabes? Creo que es todavía más trágico para una mujer, ver cómo sus poderes mágicos desaparecen poco a poco. Tú eres todavía joven, estás en la flor de la vida; mira, tienes a una especie de lapa de veinte años pegada a tus faldas. Si eso no es triunfar, entonces...

Fuera de bromas: me gustaría mucho ayudarte. Porque sin aspirar al rol de amante en jefe, y sin tener una especial necesidad de amor, me siento tocada por tu propia pena. Por eso decía: «Úsame». Todavía soy como un esbozo y, como tal, absorbo todo lo que puedas enseñarme, hacerme, decirme. No hemos hablado mucho de tus asuntos pero, créeme, sé escuchar. Y si no quieres ser escuchado especialmente, sé más cosas, palabras, gestos, técnicas para hacerte olvidarlo todo. Probablemente es irrisorio a primera vista, pero es mucho poder otorgar el olvido. Puedes usarme porque soy fuerte, sé que soy fuerte. Algunas veces tengo la impresión de doblegarme, pero al final no me rompo jamás. Y el sufrimiento que puedas tener sabré controlarlo si me hablas de ello.

Mira, en pocas palabras, todo lo que puedo poner a tu disposición son unos exquisitos comienzos de semana en cuartitos inverosímiles de cortesana, y todo mi cuerpo a tu disposición.

Ellie

(Bueno, sé que a lo mejor no es buen momento, pero he pensado que, a lo mejor, si estabas un poco depre, una foto de mis nalgas te serviría como un mini, minichute de heroína. Me va bastante lo de ser una droga dura en una jeringuilla).

P. D.: ¡Y además el libro avanza! ¿Cómo quieres que lo termine si ni siquiera puedo ponerle un punto final?

MONSIEUR

Ante todo, no dejes de escribir *Monsieur*.

Porque, muy sinceramente, ¿qué se supone que debo escribir? «¿Monsieur pasó por mi vida como un rayo, ese mismo rayo que se supone que yo era en la suya, si creo lo que me dijiste? ¿Monsieur me dejó muy bien follada, me hizo entrever el culo de manera diferente, pero sólo entreverlo, porque al final cortó el contacto como lo hubiera hecho un crío de trece años con su bigote prepúber, sin decírmelo, sólo dejando de responderme? ¿Monsieur me ha dado boleto como a una gilipollas sin ni siquiera tener el valor de decírmelo?». ¿Qué clase de historia puedo crear a partir de un final tan penoso?

Es sólo que me siento terriblemente ofendida. La última vez que me tuviste al teléfono, menudos cables te eché, me hubieses podido decir totalmente «esto ha terminado» en aquel momento, estaba predispuesta a entenderlo. No entiendo por qué te comportas así conmigo. Lo he dado todo para hacerte feliz, sin pedirte nada a cambio, sin ni siquiera demandar gratitud alguna. Lo único que quería era honestidad. Ni siquiera has sido capaz de llamarme para que hablemos. Has pisoteado todo lo que te pude dar, todo lo que pude proponerte.

Hay otras maneras de sentirse joven aparte de comportarse como un preadolescente. Hubiese podido aportarte todo eso, el renacer, la pasión. Compromiso, ninguno. Dios mío, realmente no veo en qué momento he podido perderte. Estoy tentada de creer que soy demasiado buena persona, pero, en realidad, no. Nunca me reprocharía serlo, o enamorarme.

Así pues, lo único que te pido es que tengas el valor de llamarme mañana. Y que lo discutamos de una vez por todas. Porque no tengo ningunas ganas de que me parezcas un pringado, y porque, como te dije, cuando eres el Monsieur que conocí, me tientas. Sé ese Monsieur, encantador, elegante, adulator, brillante... pero no seas cobarde. Es lo peor del mundo. No necesito a un tío cobarde en mi libro, y espero que no lo hayas sido más que por culpa de unas circunstancias que desconozco. Ya ves qué maja: me imagino que esa cobardía no es cosa tuya.

Haz eso por mí. Déjame al menos el recuerdo de un hombre valiente. Es lo menos que puedes hacer si te permites esperar un libro de mí. Por mi parte, creo haber sido muy correcta.

Creo que era todavía peor en la tienda, en un sentido al menos. A mí que, normalmente, ya me faltaba motivación para levantarme a las siete y media un sábado por la mañana, tenía casi ganas de llorar cuando pensaba en ese largo, largo día de pie detrás de un mostrador, cuando lo único que toleraba era la soledad de mi habitación en el sótano. Por lo demás, no tenía realmente ganas de hablar con nadie. En cuanto abría la boca, esperaba como una evidencia que alguien comprendiera, recordara a Monsieur; tenía la impresión de rezumar a ese hombre por cada poro de mi piel y de babear desde hacía siglos, cuando sólo había pasado una semana y media sin él. No pensaba más que en eso todo el tiempo; me imaginaba venganzas, maneras sofisticadas de hacerle pagar su silencio. O si no, lo olvidaba todo, y Monsieur volvía diciendo no sé por qué he hecho eso. Algunas veces, mientras confeccionaba el ramo del enésimo cliente, en medio de montones de flores, solía levantar la cara para mirar al vacío, mientras mis manos trabajaban mecánicamente, y, durante un ínfimo segundo eterno, creía ver su alta silueta u oír su voz. Me jugaba los dedos cada vez que tenía que utilizar unas tijeras de podar; y a todas las demás chicas a mi lado les parecía, sin atreverse a decirme nada, que tenía una cara que daba miedo.

Era en la época oscura en que Monsieur había dejado de responderme independientemente de la naturaleza de las señales que le enviase. Me volvía loca, actuando contra toda lógica, a pesar de todo lo que hubiese podido aprender sobre el funcionamiento de los hombres. Si se me ocurría jugar a cortar la comunicación, al cabo apenas de dos días estaba aterrada sólo de pensar que Monsieur pudiera creer que ya no me gustaba. Entonces, volvía a teclear febrilmente un SMS odiándome cada segundo, pensando poder engañarlo hablando únicamente de sexo, pero mis palabras apestaban a tristeza y a incoherencia. Y mientras me debatía sin esperanza contra una historia que todo el mundo debía seguir ignorando, tenía que esforzarme por estar a la altura con Andréa (por el que iba perdiendo poco a poco el interés) así como delante de mi familia. Explicarle a mi madre que mi mal humor no era debido más que a esa huelga de estudiantes que no se acababa nunca. Encontrar excusas para no ir a casa de mi tía, en donde me acosaban sin descanso los recuerdos de esa fiesta de cumpleaños y la conciencia de que mi tío conocía a Monsieur por el hecho de haber trabajado quince años con él; madre mía, ya no podía ni siquiera mirarlo sin ver a Monsieur. Parecer afectada cuando Andréa anulaba una de nuestras citas, y loca de alegría cuando fijaba otra. Arrancarme SMS bonitos para que no pudiese sospechar nada. No tener en mente más que mi móvil encima de la mesilla cuando hacíamos el amor. A todas esas personas, ocultarles mi corazón roto como una enfermedad vergonzosa. A veces, en el coche con mi madre, sentía cómo la confesión me subía lentamente por la garganta, una enorme bola que hacía que tragar fuera un suplicio. Estaba a punto de quitarme del pecho un peso increíble, pensando que, después de todo, ya no tenía nada que hacer, nada que pudiese ser peor, aunque se enfadase, aunque me amenazase con hablar con el interesado o con Philippe. Era necesario que alguien lo supiera. Que algún otro pudiera tener conciencia de que era malo y de que

a pesar de todos mis errores no me había merecido eso. Me veía ya soltándolo todo, sobre esa edición grandiosa de Mandiargues en mi habitación y que no pintaba nada allí, sobre ese miércoles en que mi madre me había creído jugando al póquer en casa de Timothée mientras Monsieur me magreaba en la clínica, sobre todas esas veces en que me había marchado de casa con una bolsa de viaje cargada de vituallas y de lencería.

Pero siempre acababa renunciando. Realizaba un último esfuerzo por tragarme esa confesión con la que sabía a ciencia cierta que le haría daño, y, cuando mi madre me miraba de nuevo, había puesto ya una cara neutra de circunstancias, o incluso falsamente alegre; aquellas sonrisas me cortaban literalmente en dos. Volvía a mi pequeña habitación, cuyas sábanas intactas desde la aparición de Monsieur tenían todavía los vestigios de mi catástrofe, a mi móvil desesperadamente mudo, a mi buzón de voz todavía vacío. Vivía en un museo a su mayor gloria. Y el tiempo seguía pasando.

A veces odiaba también los momentos de soledad por la tendencia que tenía a agotarme a preguntas sin respuestas. Como si existiera la más mínima posibilidad de obtener un día la verdad, me mataba a reunir indicios que hubiesen podido permitirme comprender por qué Monsieur un buen día se había callado. Cuáles habían sido sus motivaciones. Si las motivaciones que me había dado para que cavilase habían sido aceptables o totalmente inventadas. Me mesaba los cabellos; imposible saber por dónde coger a Monsieur, cómo saber si me había mentado, y para obtener qué fines que no podía explicarme. Cuando una parte de mí trataba de creer que había huido para protegerse, otra se aferraba a la miserable hipótesis de que a lo mejor no era más que un cerdo al que le gustaba con locura ejercer su poder para doblegar a una cría indefensa. Era terrible y exasperante a la vez darse cuenta de que me había engañado una trampa tan burda y de que la clave era de una simplicidad casi demasiado infantil para no ser sofisticada: Monsieur se había hartado. Y, cuando Monsieur se hartaba, no daba señales de vida. Le repetía a Babette, incansablemente: «Debería haberlo visto venir. Debería haber sentido que nada sería sencillo».

Y Babette, que lo sabía todo desde el principio, desde mis primeros gritos ante las palabras picantes de Monsieur, nunca se atrevía a poner palabras tras sus largos suspiros de aprobación. ¿Qué hubiese podido decir? El mundo entero podía burlarse legítimamente de mí. Reírse de aquello resultaba de una lógica casi redundante.

Me acuerdo todavía de una mañana en que volvía a mi casa, después de una noche demasiado larga en casa de Andréa. Apenas despierta, avanzaba mecánicamente por unos pasillos sucios, cuando, de repente, me dio en toda la cara un efluvio del perfume de Monsieur. Levantando con brusquedad el rostro como después de un choque eléctrico, me quedé clavada allí diez minutos, con las ventanas de la nariz abiertas, para tratar de determinar de dónde venía ese cruel aroma, de qué hombre, de qué sombra. Me hacía, madre mía, tanto daño. Durante unos segundos creí tener una pista, a ciegas; no hacía más que seguir febrilmente a esa masa de gente

sin la más mínima esperanza de reconocer entre ella a Monsieur, creyendo probablemente que su olor, por efímero que fuera, sería un sucedáneo suficiente. El concepto de perfume es así de traicionero: miles de desconocidos comparten con unos seres amados un olor que creías singular. Sin saberlo, caminan no lejos de ti, te rozan y piden perdón por ello, y tú te quedas allí, exangüe. Vacía, a punto de llorar, invadida por un torrente de recuerdos, por lo que ese perfume significaba, por lo que evocaba de latidos y de piel tan familiar. Y ése es ahora todo un mundo olfativo que se pierde en el cabello y tras los lóbulos de las orejas anónimas. Y ésa es ahora, por un puñado de segundos de empujones involuntarios, toda una época de tu vida que se pisotea, que queda mancillada. Y esas personas, no obstante, no te desean ningún mal.

Un sábado por la mañana, nada salió como debería. Acababa de comprender, después de semanas de incertidumbre, que Monsieur tenía ahora proyectos que no me concernían en lo más mínimo y que yo ya no existía en ninguna esfera de su existencia. Acababa de hacerme a la idea de que ya no me respondería, y en ese punto la incomprensión se cristalizaba ahora; ¿qué había podido hacer, Dios mío, qué error había podido cometer para que Monsieur fuese tan fríamente malvado conmigo? ¿Cómo habíamos podido pasar de un extremo al otro en espacio de unos días? ¿Cómo había llegado a ignorar totalmente a una persona a la que había llamado amor mío, deseado tanto, una persona a la que había incitado, con conocimiento de causa, a enamorarse? ¿Por qué ni siquiera me lo explicaba? No pedía más que entenderlo. Y si Monsieur quería olvidar definitivamente esa historia, fuesen cuales fuesen sus motivos, por qué me había enviado el día anterior ese mensaje como única respuesta a mi monólogo de ruptura: «Ante todo, no dejes de escribir *Monsieur*».

Por supuesto, tenía que seguir; no podía más que alentar la redacción de un libro que hablaba de él. Era tan gratificante, la idea de una mujer joven desesperada poniendo su escaso talento de escritora al servicio de un hombre al que ya no podía tener. Qué placer para un monumento al egocentrismo como Monsieur: nunca nadie había halagado mejor su amor propio. Cuando recibí su mensaje, fue cuando empecé a despreciarlo realmente, a despreciar esa profunda falta de dignidad. Si hubiese podido, en cierta medida, escribir por amor al arte o con la ambición de publicar algún día, Monsieur acababa de barrer todos esos objetivos para no dejar más que uno: acabar mi libro para volver a verlo —y eso era todo—. Incluso eso, incluso la nobleza de ser escritor y de forjar su vida sobre la impalpable potencia de las palabras, lo había ensuciado. Esas páginas que emborronaba a toda velocidad no constituían más que un miserable cebo, una válvula de escape para cantarlo y odiarlo —y en ello no había, al final, ninguna diferencia entre la novelista que pensaba ser y toda esa gente que se tomaba el hecho de escribir como una catarsis, ignorando qué esfuerzo y qué arte degradaban creyendo ser sus servidores—. Escribir era volver a ver a Monsieur —quien se quería demasiado para resistirse a la tentación de leer doscientas o trescientas páginas sobre sí mismo.

Ese sábado por la mañana, mientras tarareaba vagamente igualando los tallos de las rosas rojas (el único momento en que me sentía viva era cuando una espina se me clavaba en el pulpejo de la mano), una de mis colegas se acercó a mí para depositar dinero en la caja. Me dijo susurrando:

—Y qué, ¿hay noticias? ¿Te ha vuelto a llamar?

—¿Quién? ¿Andréa?

Me echó una ojeada cómplice, y comprendí que, desgraciadamente, era a Monsieur a quien se refería. Por supuesto. Hacía ya bastante tiempo que una llamada de Andréa no era un acontecimiento para mí. En la época dorada de mi historia con Monsieur, cuando el fin de semana pataleaba de impaciencia detrás de mi mostrador sólo de pensar en verlo el martes por la mañana, no había podido evitar contarle lo de ese cirujano casado de cuarenta y seis años, su pasión por los libros eróticos y nuestros abrazos novelescos en un hotel oscuro de Pigalle. Inevitablemente, cuando la situación había empezado a preocuparme, ella también lo había sabido; ya no esperaba el domingo con la misma excitación. Ya no esperaba gran cosa, a decir verdad, más que acabara el trabajo para pudrirme tranquilamente en mi habitación, fumarme unos porros con mis amigas o fingir ser feliz en los brazos de otros hombres.

—¡El médico! —me especificó en voz baja, como si Monsieur estuviera clasificado como secreto de Estado.

Bajé los ojos hacia mis manos negras de mugre.

—No hay mucho que contar —respondí patéticamente.

—Pasa de él. Tú vales más que ese tío.

Formaba parte de esas personas que no se expresan más que con lugares comunes, pero a las que lo tópico de su forma de hablar no impedía ser lúcidas. «Tú vales más que ese tío» era probablemente su convicción más profunda, y, para empeorar las cosas, no era por naturaleza dada a manifestaciones de simpatía o de compasión, me sentí, a mi pesar, arrastrada por una oleada cálida de ternura y de empatía sólo con esas pocas palabras que me hubiesen exasperado en boca de otro. Por un momento, pensé que nadie, aparte de ella, podría comprenderme, porque conocía mi historia, porque tenía la edad de Monsieur —así que las maneras de esos hombres, de una u otra forma, no le eran ajenas—, y porque, Dios, estaba allí y tenía que hablar con alguien. Tenía que hablar aun a riesgo de consumirme a mí misma. Entonces, me lancé:

—Ayer me mandó un mensaje y...

Me paré para recobrar la compostura y cruzar su mirada; apoyada en el mostrador, había dejado de seleccionar un ramo de ranúnculos para escucharme.

—... quiero decir, hace ya diez días que no tenía noticias tuyas, así que me harté y le envié un mensaje para decirle que se había acabado, aunque tal vez fuera la última cosa de la que tenía ganas. Debió de comprender que no hacía más que ponerlo a prueba y que, en el fondo, sólo quería que cambiase de opinión y que

volviera.

En sus ojos vi claramente que sabía, desde el principio, que había fingido llevar las riendas, y que la historia no hubiese podido acabar de otra manera. Que era, de todas maneras, demasiado joven y demasiado buena para tener poder a largo plazo sobre un hombre como Monsieur.

—Hasta el momento no había respondido nada —proseguí sintiendo que me temblaba un poco la voz—. Y ayer, hacia las once, recibí un mensaje, un único...

«Ellie, mierda, no irás a llorar por ese tío, te lo suplico, no llores por ese tío». Me puso una mano sobre el hombro, y no debería haberlo hecho, dado que la amabilidad, en esos momentos en que existía el riesgo de estallar, me impedía mantener la compostura. Tragar saliva se me hizo rápidamente impracticable. Me agarré con todas mis fuerzas al mostrador, pensando que, si me concentraba en mis nudillos emblanquecidos, a lo mejor mi barbilla dejaba de temblar convulsivamente.

—... un único mensaje en diez días, para decirme sólo «ante todo, no dejes de escribir tu libro», porque estoy escribiendo una novela sobre él y... —En plena mitad de la frase me atraganté con esa bola agarrada en medio de la garganta, mi campo de visión se llenó poco a poco de agua, pero continué con decisión, en ese momento hundida entre sollozos histéricos. Chillé con toda la fuerza de la desesperación, ignorando completamente a una viejecita que llevaba su valeriana hacia mi caja—: Al final, lo único que le interesa hasta el punto de dignarse a responder es ese libro que estoy escribiendo para su mayor gloria, te haces un poco a la idea de lo cabrón que hay que ser, joder... pero ¡qué cabrón!

Me hizo una señal de que nuestras otras dos colegas llegaban, hora de comer, así que me callé para conformarme con sorber los mocos miserablemente, con los ojos inundados bajados hacia mis manos crispadas sobre la madera sucia, de vez en cuando sacudida por un grito penoso de ira mal contenida. Todas me preguntaron qué me pasaba, pero farfullé que todo iba bien, que sólo estaba agotada —lo que no era falso más que a medias; estaba al borde de un ataque de nervios, aunque me pasaba la vida durmiendo.

—Cálmate —me dijo sacando su Marlboro—. Toma, vete afuera cinco minutos a fumarte un pitillo.

Me limpié la nariz empapada de mocos en la manga apolillada de mi jersey, y salí a apoyarme en un árbol, fumando gravemente mientras en el fondo de la tienda todas se peleaban por saber qué me hacía llorar, por qué y cómo.

(Así que, Babette, cuando te dije que nunca lloraría por un cabrón semejante, era falso; lloré por él aquel día, y bajo mi árbol, con el humo que subía tembloroso de mi cigarrillo, me juré sobre lo que más quería que nunca me pasaría de nuevo. Hasta ahora, he mantenido mi palabra).

Poco después, pasé la noche con Valentine, en su ático del distrito IV. Acababa de

salir de la tienda; machacada, estaba escribiendo un pedazo de *Monsieur* sentada delante de su edificio mientras la esperaba. Había pasado tanto tiempo desde las últimas manifestaciones del personaje principal que esa historia en sí misma había acabado pareciéndome un sueño lejano del que hubiese anotado todos los detalles, y que me atormentaba constantemente. A veces sólo un extraño dolor, como una herida antigua que me hubiese traído recuerdos. En alguna parte, era más malsano todavía que esas noches pasadas sudando a Monsieur y dando vueltas sin parar sintiendo cómo todo mi cuerpo lloriqueaba de ganas: no pensaba más que en él al dormirme, al levantarme, y, al final, no veía nada malo en ello. Se había convertido en mi vida.

Valentine tocó el claxon para atraer mi atención.

—Sube, tontina. Tengo que buscar sitio.

—¿Un día del orgullo gay por la noche, sábado, con buen tiempo y en tu barrio?

—Hay zonas —me aseguró, y me senté junto a ella refunfuñando.

Valentine había convertido la falta de puntualidad en un arte, pero nunca se le habría pasado por la cabeza pedir perdón. Nos habíamos encendido unos cigarrillos y contado nuestras aventuras respectivas mientras maniobraba su pequeño Fiat por las calles minúsculas que rodeaban Île Saint-Louis, de vez en cuando la esperanza de un sitio que se dejaba robar por conductores más entendidos que ella. En la calle François-Miron las terrazas estaban llenas, las aceras vertían una riada constante de peatones y turistas con paso indolente, populachero. Valentine parecía resignarse de una manera u otra ante esa muchedumbre y daba frenazos con una serenidad muy parisina, salpicando sus frases de «gilipollas» sin una auténtica vehemencia.

—¿Y Monsieur? —acabó preguntándome mientras esperábamos en el semáforo en rojo—. ¿No ha dado noticias?

—Para variar —suspiré—. Como te dije, la última vez que supe de él fue ese mensaje para decirme que no dejara de escribir mi libro. Imagínate.

—Qué cabrón —soltó Valentine sin el más mínimo énfasis.

—Desde entonces, ni una palabra. Por fuerza, no pienso más que en él. Pero como es imprevisible, nada nos dice que no reaparecerá un buen día, cuando le entren ganas de rebajarse de nuevo.

—Ay, este Monsieur... —añadió sin mayor énfasis.

Valentine, mediante lo anodino de sus intervenciones, me mostraba (involuntariamente o no) que esa historia no le afectaba lo más mínimo. Y, aunque trataba de encontrarle alguna excusa, me sentía herida y aterrada a la vez al constatar que una amiga tan cercana como ella no se tomaba la molestia de fingir un mínimo de interés. Antes de conocer a Monsieur, y de pagar un alto precio por ello, nunca me hubiese impuesto. A lo mejor incluso le hubiese hecho un comentario medio en serio medio en broma sobre su desenfado. Pero necesitaba hablar, hasta con una pared, hasta con alguien que pasase del tema olímpicamente.

—Por cierto, ¿todavía escribes? —me preguntó.

—Como puedes ver —respondí señalando con la barbilla mi cuaderno negro

dejado encima de la guantera.

—Qué guay.

¿Era porque irradiaba felicidad que tenía en tan poco comprender mi tormento? Utilizó un detalle de mis peripecias para llevar la conversación a sus amoríos, y me callé para asentir de vez en cuando sin realmente escucharla, dividida entre la tristeza de constatar que nos habíamos vuelto casi unas extrañas, y la contemplación muda del barrio que compartía con Monsieur. Justo aquello me acababa de sobresaltar y observaba los edificios fijamente con una mirada febril, como si existiese el riesgo de verlo aparecer en alguna ventana.

—Bueno, paso —acabó decidiendo arrancando de repente—. Qué le voy a hacer, voy a meterme en un *parking* y esta noche lo muevo a otro lado.

—Qué buena idea —dije mordaz ante esa iniciativa que cualquier otro hubiese tenido al cabo de cien metros de búsqueda estéril.

Delante de nosotras, se perfiló la entrada angosta de un parking Vinci, y cuando tuve la desgracia de levantar la mirada para leer mecánicamente el cartel, sentí cómo el resto de mi corazón se rompía en mil pedazos. Parking Vinci Pont-Marie, pregonaba el letrero en grandes letras blancas, con un subtítulo inmediato en mi sucia mollera de monomaníaca: «Cariño, entro en el parking Pont-Marie, es posible que se corte, te llamo ahora». Y Valentine silbaba alegremente una canción de Queen, sin conciencia alguna de nada.

—Aquí es donde aparca —susurré con voz velada.

—¿Ah, sí? Mierda.

—Y que lo digas.

Eran las nueve de la noche, hora a la que probablemente volvería Monsieur del trabajo, o incluso habría llegado ya al piso familiar... y ese jodido *parking* se volvía un *¿Dónde está Wally?* Con la cara pegada a la ventanilla, me dejaba llevar de un lado a otro por cada planta, tensa como un resorte en cuanto veía una berlina negra que se hubiera podido parecer a su coche. Ninguna de esas siluetas anónimas que cerraban de un portazo resultaba ser la suya. Me estaba volviendo loca. Estaba obligatoriamente allí, a esa hora no podía estar en otra parte.

En un arranque de perspicacia, Valentine, que se afanaba en una curva diabólica, soltó:

—Si vive en el barrio, tiene seguro una plaza en el *parking* de residentes.

Y como si no fuese bastante acosar a Monsieur en esa inmensidad de pasillos, el abanico de posibilidades quedó restringido justo cuando pasamos al lado de la zona VIP en cuestión —que en su mayor parte estaba desafortunadamente disimulada por una pared repugnante—. Durante unos ínfimos segundos me atiborré literalmente de números de matrículas y de docenas de carrocerías diferentes, con el corazón retumbándome en los oídos, y luego abandoné a mi pesar, más muerta que viva. Sólo de pensar en una noche a solas con Valentine, que no me entendía y ni siquiera se tomaba la molestia de hacerlo, casi me daban ganas de abrir la puerta y largarme

corriendo como una liebre, ir a regodearme sola en mi desesperación y con mi pena a los jardines que bordean Notre-Dame, donde podría imaginarme a mis anchas cómo ver pasar las sombras de Monsieur y su familia mientras se dieran un inverosímil paseo para bajar la comida. Sola, resultaba casi insoportable pensar que subía todos los días por esa escalera asquerosa, que cogía ese ascensor siempre estropeado, o que, como todos los demás habitantes de Île Saint-Louis, tenía que pagar ese tributo exorbitante en Vinci. Con Valentine, que peroraba sobre su ardiente historia de amor y su novio perfecto bajo todos los puntos de vista, lamentarme en paz se volvía algo imposible. Parecía regodearse sacándome de mis ensoñaciones con oscuros pretextos, como sus pies, que le dolían, el rollo que iba a ser salir de su casa a medianoche para encontrar otro sitio fuera de ese *parking* para ricos, y también, por supuesto, la manera en que Frédéric la hacía correrse, incansablemente. Yo trataba de arrancar gruñidos de aprobación mientras me arrastraba detrás de ella con las ganas de una cabra muerta.

Habíamos salido del subterráneo; fuera, Quai des Célestins, bañado por un sol naranja, no era para mí más que un alivio aparente. Se hubiese dicho un escenario de teatro lleno hasta reventar de figurantes en que el protagonista se hace esperar. Y Valentine que hablaba, sin cesar, aburriéndome con su cháchara, parándose cada cien metros para revolver en el fondo del bolso en busca de su paquete de tabaco, sus llaves, su móvil, cuya tarjeta SIM estaba saturada de mensajes... entonces, ¿no podía pasar rápido? ¿Era absolutamente necesario que además de presumir de su cegadora felicidad se eternizase en ese barrio? ¿Era absolutamente necesario que esa noche se prolongase en ese ambiente deletéreo de indiferencia recíproca? ¿Nada, nada en absoluto podía ser, pues, fácil o tolerable?

—Vaya, ¡me ha llamado Fred! —canturreó al cabo de una interminable pausa en la calle Prévôt—. ¿Te molesta si hablo con él dos minutos? —me preguntó en un tono que no requería de mi asentimiento, se alejó unos pasos mientras yo seguía plantada allí, sobre una salida de ventilación.

—Por Dios, Valentine —solté consternada—. Hace media hora que hablamos y ni siquiera te has dado cuenta de lo destrozada que estoy.

Sin soltar su móvil, se me quedó mirando, expectante.

—Quiero decir, esta vida que tengo desde hace unas semanas ni siquiera se puede llamar ya de mierda. No consigo acordarme de que tengo otros objetivos aparte de volver a ver a Monsieur, he perdido por lo menos cuatro kilos, y tú, tú me conoces desde hace diez años y no te has dado cuenta de nada. ¿Y ahora qué hacemos?

Durante unos segundos, Valentine no se movió. Me miraba y la miraba, con mis mejillas rojas y mis ojos febriles, con curiosidad por saber lo que podría decir o hacer ahora que le era imposible ignorar mi obscena tristeza, Monsieur, o la manera en que mis vaqueros se deslizaban por mis caderas.

—¿Nos pillamos un buen pedo? —sugirió finalmente.

—Me duermo todas las noches colocada, y el problema sigue sin solucionarse.

—¿Qué esperas de mí? ¿Una solución?

—Pues, sinceramente, no espero nada en concreto de ti ni de nadie. Pero, dicho esto, no me siento realmente con fuerzas para pasarme tres horas escuchándote hablar de lo feliz que eres, mientras me siento miserable como una rata. Me parece casi natural que quieras mantenerte lo más lejos posible de gente como yo, pero creo — bueno, estoy casi segura— de que los amigos están ahí para fingir interés cuando uno de los suyos no está bien. Así que no, no espero nada de ti aparte de ese reflejo casi instintivo de escuchar y de compadecer. Sólo es que no veo por qué me obligas a mendigar algo que yo *siempre* te he aportado sin hacerme la más mínima pregunta.

—Ellie, no paso de eso, todo lo contrario.

Una enfrente de otra, dividiámos la riada irritable de transeúntes.

—Es sólo que se trata de algo complicado de gestionar, para mí, esta historia con Monsieur. Esta noche debe de ser la segunda vez que te veo desde que te dejó Alexandre, ya tienes una nueva relación y nunca te he visto tan infeliz por un hombre. Por supuesto que he visto todo eso, pero ¿qué puedo decir?

—No te he pedido que digas nada de nada, Valentine.

—Te escucho, pero no, efectivamente, tampoco tengo ganas de escuchar porque esta historia me pone extremadamente rabiosa. Y no digo nada porque lo único que me inspira ese tipo es un escupitajo en toda la jeta. He visto claramente la cara que ponías en el *parking*, que te hubiese encantado dar con su coche, pero voy a decirte una cosa, amiga: Monsieur puede darle gracias al cielo de que no haya encontrado su buga, porque no me hubiese cortado en rayarle «maricón hijo de puta» con las llaves. Pero hay una cosa que tengo ganas de preguntarte acerca de esta historia y es: ¿qué puedes tener en la cabeza para dejar que te maree un tío de cuarenta y seis años que engaña a su mujer, que utiliza tu increíble talento de escritora para destacar, y por si fuera poco ni siquiera es guapo? Aunque dudo de que puedas responder a esta pregunta.

—¿Acaso tú nunca has sufrido por un pringado? Incluso a las cuatro de la mañana descolgaba mi teléfono cuando Emmanuel te maltrataba.

Valentine se impacientó de una manera que nunca le había visto, ni siquiera en la más fuerte de nuestras discusiones. Se dio sendas palmadas en los muslos soltando un bramido desquiciado que me intimidó.

—¡Joder, Ellie, pero mírate! ¡Eres la primera que dice que ese tipo no vale nada, y permites que te ponga triste! Y no, no creo haber querido nunca a un pringado conscientemente, ha sido después cuando me he dado cuenta. Tú lo mismo. Siempre hemos sido muy tolerantes cuando una de nosotras se enamoraba de un idiota integral, porque la mayoría de las veces eran un coñazo, pero no tenían malas intenciones. Esto es diferente. Este tío es malo. Te hace daño deliberadamente, es lo que le pone, tú lo sabes y le pides más.

—¡Perdóname por ser débil! —grité rogando por que mis ojos no empezaran a picarme o a empañarseme.

—Sé que no eres débil, ése es todo el problema; eres joven, guapa, genial, hay tíos encantadores que te tiran los trastos y no piden más que follar contigo tan bien o incluso mejor que ese gilipollas de Monsieur sin hacerte derramar la más mínima lágrima. Si fueses simplemente una imbécil, sólo estaría triste por ti. Que estés escribiendo además una novela para su mayor gloria es aberrante y no puedo hacer nada por evitarlo... pero no puedes pedirme que te mime cuando lo que te hace falta es una buena patada en el culo. No puedo escucharte como Babette o Juliette lo harían, porque sería capaz de encontrar el número de su mujer y soltárselo todo, hasta los más mínimos detalles. Como tampoco sé cómo sacarte de este follón, pues me callo. Es una mierda, pero siempre lo es menos que hacer como Inès y decirte que Monsieur volverá. Por supuesto que volverá, está claro que es de ésos.

(Ese escalofrío de placer despreciable en la raíz de mi cola de caballo).

—Y volverá a pasar lo mismo otra vez, y te sentirás todavía más infeliz... pero bueno, Ellie, ¿a qué estás esperando? Te habrás partido la espalda durante meses escribiendo un libro para él, lo leerá, se sentirá como el rey del mambo... ¿y luego? ¿Cómo has podido volverte tan distinta de la que eras con Alexandre?

—Oh, ¡deja de hablarme de Alexandre! Ahí tienes a uno que nunca me quiso o respetado por lo que soy, ¡que nunca le concedió el más mínimo valor a lo que escribía!

—La semana que Alexandre te dejó, daba mil veces menos pena verte que hoy, regocijándote en este victimismo malsano. No escribías para satisfacer los caprichos de un tirano.

—Si te doy pena, creo que es mejor que vuelva a casa.

—Me das pena porque eres mi amiga y quiero ayudarte.

—No tengo ganas de que me ayuden, Valentine.

—Lo sé. De lo que tienes ganas es de Monsieur.

Probé con mi técnica clásica, rostro vuelto al cielo para que las lágrimas vuelvan al abrigo de mis conductos lagrimales.

—Te aseguro que no estoy enamorada de él. Es sólo que me obsesiona y que no entiendo nada. No pienso más que en follar con él, en tocarlo, en sentirlo, pero eso no es amor. El amor no es sufrir así todo el tiempo.

—No estás hecha para ser una esclava sexual porque no sabes desear mucho a un hombre sin que tu corazón se implique un poco, al menos, en el asunto. Eso es por lo que te admiro y te quiero, amiga, porque estás enamorada todo el tiempo y porque estás viva. La única historia divertida que te he oído en relación a Monsieur es la vez en que te cagaste en él. Si contamos todas las veces en que te has agobiado por su culpa, parece bien poco. Más aún cuando, si mi memoria es buena, nunca ha hecho que te corras.

—Nunca, pero ése es otro problema. Brilla por su inteligencia. Nunca un hombre me ha apasionado tanto como él. No hay nada más peligroso que la inteligencia. Entonces, ¿qué puedo hacer?

Valentine lanzó un largo y teatral suspiro.

—Ahora mismo, no tengo ni idea. De momento, te sugiero que subas conmigo los seis pisos sin ascensor que llevan hasta mi casa. En el edificio de enfrente, hay un nuevo vecino feísimo. Podríamos enseñarle las tetas, siempre está en la ventana, ese pedazo de vicioso.

Como me lo estaba pensando, plantada como una imbécil en mi rejilla de ventilación, cubierta por las pullas que me acababa de tirar un poco a diestro y siniestro, Valentine prosiguió:

—Bueno, me temo que haría falta un motivo mejor para escalar seis pisos. Pero te aseguro que es realmente muy feo y muy vicioso. Podemos sacarle una foto fácilmente y colgarla en Facebook. ¿Te acuerdas de lo bien que se me da eso?

Valentine sonreía igual que a los catorce años, y, efectivamente, me acordé de que aquel año había conseguido convencer a un tío horroroso para que enseñase su polla a la webcam. Cuando me envió la conversación aderezada con capturas de pantalla, había chillado literalmente de risa sola delante de mi ordenador. Alice creyó que perdía la cabeza.

—Y me hablarás de tus últimas conquistas. Por lo que dice Babette, deben de ser lo bastante numerosas como para llenar un vagón de cercanías.

Me reí por lo bajo con sinceridad, y como por arte de magia empecé a caminar hacia Valentine, quien también se reía. Era casi doloroso olvidar un poco a Monsieur, y sentía que se vengaría de una manera o de otra por haber sido dejado de lado en su propio barrio de París, pero puse mi mano en la manita tibia de Valentine y avanzamos lentamente hacia la calle Charlemagne, con un cigarrillo en la boca. No era tan diferente de unos años atrás, cuando volvíamos a comer a mediodía cogiendo las pequeñas callejuelas de Nogent-sur-Marne, absortas en nuestras aventuras tórridas con chicos del último curso de bachillerato —que nos parecían entonces la quintaesencia del género adulto.

Cuando se lo dije a Valentine, subiendo por el tercer piso de su Gólgota parisino, hizo una observación que quedará en los anales:

—Al fin y al cabo, aunque tengan canas en el pelo, los hombres con los que tratamos son todavía como bebés. Tú y yo, y todas las chicas que conozco, hemos seguido un proceso lógico de maduración. Lo único que realmente ha cambiado desde secundaria es el tamaño del agujero del culo.

—¡Pero qué fina! —exclamó una vecina, un piso más abajo.

Primer ataque de risa de hienas desde hacía como poco mil años. Madre mía.

Lejos de mis amigas, a las que sus padres se llevaron a los Hamptons, me conformé con la casa familiar en el Midi, con una tropa de amigos de mi hermana mediana. Hacía un tiempo como para morirse de calor ante la indiferencia general. Humedad agobiante. A las tres treinta de la tarde, el silencio tenía un peso tal que las cigarras parecían cantar a través de una capa de algodón. Del asfalto se elevaba un halo de chisporroteo: esos días de canícula en que uno vive en una sartén. Estaba sola en la piscina. Estaba sola y pensaba en él. El dolor, entonces, era un bochornoso deseo que rogaba que lo aliviasen. Ya no era, en realidad, que se me encogiera el corazón. Repté como un gusano de baldosa en baldosa, algo embrutecida por algunos porros que me había fumado. Cerca de mí, mi hermana y Lucy sacaban un tarot. Subí a mi habitación —el trayecto me pareció de un erotismo enloquecedor— donde la luz, filtrada por las persianas de edad imprecisa, tenía la exacta perfección de los días de mi niñez. Una luz *beige*, de una increíble suavidad. Pero lasciva. Muy lasciva, sobre todo en su manera de librarse de las cortinas y de iluminar mucho sin parecerlo. Hacía ya dos meses que Monsieur no había dado señales de vida, y de repente renacía por culpa de unos grados de más y de esa luz, madre mía, esa luz... Monsieur y sus ojos borrosos.

Alice se metió en mis ensoñaciones como una bola de cañón, y me echó esa mirada socarrona que hubiese podido prescindir de palabras.

—Lucy acaba de repartir.

Adopté mi actitud habitual de esos momentos en que tenía que ocultar al mundo constantemente que podía estar obsesionada por un hombre de esa edad (de ese mundo, sobre todo): con la cabeza todavía en otro sitio, fingí seguir a las demás. Fuera, la partida de tarot estaba en su apogeo. Le di rápidamente una calada al porro, luego me escapé a la francesa, con el pecho al aire. Dividida mentalmente. ¿Qué hacer con ese teléfono cuyo nombre, que tenía siempre presente, había sido reemplazado por Monsieur? Todavía estaba aprendiendo a utilizar con inteligencia esos arrebatos de dignidad, y aprendiendo a ser orgullosa de nuevo. No tan orgullosa como él, eso era imposible. Sólo lo bastante como para no odiarme. Lo bastante como para encontrar excusas cada vez que me sentía a punto de venirme abajo. Llamar a Monsieur ahora, para hablar con él del libro y de mis nalgas. A Monsieur le encantaban mis nalgas; eso no se le podía haber pasado tan rápidamente. Esa fue mi excusa del día: hacer que se empalmara.

La gente que mirara por la ventana aquel día debió de haber visto a una cría desconocida medio desnuda que se contoneaba sin zapatos por el asfalto ardiente, con su teléfono pegado a la oreja. Monsieur no respondía, por supuesto. Significara lo que

significara eso. Entonces, falta de recursos, le dejé un largo largo mensaje:

Quería tener noticias tuyas.

Quisiera que dejaras de tener miedo de mí.

Quería hablarte de *Monsieur*. Está avanzando.

Quería hablarte de la piscina. Estoy en el sur, en nuestra casa de campo, con mis amigos. No sé si sabes lo que quiero decir, pero hace esa clase de calor abrumador en que hasta la naturaleza no hace ya el más mínimo ruido. Ese calor que no se ve más que en el Midi. Hace un rato me bañaba sin biquini, completamente atontada. Había fumado un poco.

Estaba embotada por la maría y por la temperatura, una languidez total. Y me he puesto a pensar, Dios sabe por qué, que hubiésemos podido estar juntos en esa piscina. Solos tú y yo. Te imaginaba contra mí en el bordillo, la tenías ya un poco dura. Te decía algo así como «Ven, vamos a la habitación, tengo ganas de follar contigo».

Y me respondías: «Muy bien, pero sólo si me dejas mirar tu coño todo el tiempo que me dé la gana».

Estaba de acuerdo. Entonces, salíamos de la piscina, muy lentamente, para ir a mi habitación, en el primer piso, en donde la luz es perfecta, atenuada justo lo necesario. Estoy segura de que te gustaría esta iluminación.

Creo que mirabas largo rato entre mis piernas, pero, como no estaba en un estado normal, me encantaba que lo hicieras. No protestaba, justo como te gusta. Sé que follábamos. No puedo explicarte realmente cómo lo hacíamos. Imagínalo. Imagina cómo me agarraría a tu espalda.

Eso es todo lo que tenía que decirte. Sé que, después de haberte dicho que no quería nada en particular, es un poco raro.

Llámame.

O no me llames. Haz lo que quieras.

Siempre fui completamente consciente de que dejarle un mensaje en el buzón de voz a *Monsieur* no era la mejor manera de hacerlo reaccionar. Yendo otra vez hacia el jardín, no creía ni por un segundo que fuese a tener la más mínima respuesta. La manera en que gestionaba sus llamadas perdidas siempre fue un misterio para mí; siempre me pareció que mis tentativas por localizarlo se perdían en un vórtice espaciotemporal, y que ya podía tirar con todas mis fuerzas de ese hilo tenue que me unía a él, que *Monsieur*, sin avisar, lo había cortado.

Al día siguiente, cuando volvía casi en estado líquido del centro, me habían dejado un mensaje. Justo en el momento en que llamé al contestador, tuve el reflejo doloroso de esperar, sin ninguna esperanza. Dolía quedar amargamente decepcionada.

Mamá, ¿que quería tener noticias mías? ¿O bien mi abuelo, que se preocupaba por la cocina de gas? ¿Zylberstein, que pensaba en mí durante sus largas horas de guardia?

Pues no. Era Monsieur. Monsieur, que decía (con esa voz demasiado bonita):

Hola.

Te llamaba para que me hablaras del libro.

(Ligera vacilación, apenas perceptible).

Y también de la piscina, un poco.

Un beso.

Volví a dejar mi teléfono con la impresión de que ya no tenía corazón en absoluto, ni en el pecho ni en ninguna otra parte. No obstante, Dios sabía que me latía con fuerza. Ni siquiera oía ya a las cigarras, ni las risas de la gente a la que adoraba a mi alrededor. Ya no entendía nada. Es, creo, la primera vez que me sentía así de ida por su culpa. No lograba digerir completamente el hecho de que por una vez mi técnica hubiera funcionado. Sorprendentemente, pienso que es porque a lo mejor era un poco más primaria que las demás. No mostraba ningún deseo de compromiso, no quería más que ponerlo caliente —Monsieur se había tragado anzuelo, sedal y plomos.

Tocada, subí a la terraza, desde donde veía un partido de voley empezado. Se partían todos de risa, pero ninguno, estoy segura, estaba tan alterado como yo. Con una alegría de imbécil, de niña insensata a la que permiten que la peguen otra vez. Sola, en la mesa, Flora se liaba un cigarrillo.

—Un mensaje de Monsieur —solté con una sonrisa hecha de estupefacción difusa y de éxtasis.

—¿Eh? —exclamó, a punto de tragarse el filtro que tenía entre sus labios—. ¿Para decir qué?

—Lo llamé ayer.

Me callé un momento, el rato de preguntarme cómo podía contarle a una virgen de dieciocho años apenas cumplidos que había llamado a ese hombre que me había roto el corazón para hablarle de la piscina y de mi coño, sin parecer que daba pena. Aunque Flora, desde hacía tiempo estaba curtida con mis relatos de aventuras, hay que haber follado, haber manejado el vocabulario sucio del amor para comprender que mi miserable iniciativa no estaba desprovista de atractivo. Preferí resumir con sobriedad, y de una manera favorecedora:

—En resumen, te lo abrevio. Le he hablado de sexo, y, aunque no sé por qué ha reaccionado ante ese mensaje, es poco sorprendente al fin y al cabo. Monsieur funciona con el sexo.

—En cualquier caso, espera un poco para responderle —soltó encendiéndose el cigarrillo, tan evidente era que respondería tarde o temprano.

Después de todo hablábamos de Monsieur, el hombre del cuaderno negro Rodhia que iba llenando poco a poco. A ciencia cierta, no podía ignorar una señal procedente de ese ser legendario.

—Por supuesto que no, que se espere sentado —dije echando pestes y, dos horas y media más tarde, me venía abajo tontamente, al mismo punto en que esta historia había comenzado.

Me largué afuera cuando todo el mundo estaba cocinando, y con el jaleo de las cacerolas nadie oyó la voz lánguida que puse.

—Hola. Era para hablar del libro. Y también de la piscina, un poco. Llámame.

Pocos minutos después, ya me estaba odiando. Y como Monsieur debía de sentir, gracias a una especie de poder telepático, que no estaba segura al cien por cien de lo bien fundado de mi respuesta, no me llamó en absoluto. Me pasé los pocos días siguientes imaginando fantasías que lo concernían de nuevo, en las que el inaprensible cirujano dominaba como un dios de la lujuria, desafiando las leyes del tiempo y del espacio. Bajo su tutela onírica me ponía a imaginar escenas que nunca me hubiesen podido gustar delante de él. Imágenes de esas desviaciones me asaltaban en cualquier momento y sacudía la cabeza como una epiléptica para no sonrojarme, maldiciéndome en silencio por tener esa clase de pensamientos. Y Monsieur que no llegaba. Monsieur se conformaba con sembrar ensoñaciones obscenas en mi fértil imaginario y debía apañármelas sola. Pero el sacrificio se había vuelto un poco menos cruel: poco a poco, tanto de día como de noche, mi cabeza se vaciaba de imágenes suyas. Zylberstein, Édouard, presas más accesibles, lo reemplazaban provechosamente. Los ratos que pasaba con mis amigos llenaban días y noches: nos quedábamos apiñados en la terraza jugando al tarot, fumando cientos de cigarrillos mientras escuchábamos a Michael Jackson. Escribía páginas y más páginas, entusiasmada por el ambiente de amor profundo en esa casa que cada uno llenaba poco a poco de arena, de agujas de pino y de pelos largos. Escribía *Monsieur* sin que esa invocación forzada me provocase la más mínima amargura. Un poco a la manera de un médico, al fin y al cabo. Estudiaba formalmente un ser, hacía la anamnesis de esa historia, pero en ningún momento me paraba a entristecerme. No era más que, al volver a leerme, algunas veces, comprobando la fuerza narrativa de una escena de sexo, cuando pensaba en Monsieur. No en esos términos, sin embargo; no en «Monsieur». Estaba su nombre de pila, y los sofocos que me dejaban aturdida cada vez que lo pronunciaba. Volvía a pensar en todo lo que ese nombre en dos sílabas métricas insinuaba de noble, de elevado. En todo lo que suponía de angustia y de excitación, de incompreensión.

Leía fragmentos de *Monsieur* a Flora, momentos apacibles en que nos asábamos hasta la médula en unos colchones de color rosa y blanco. Ella cerraba su libro y, mientras se untaba prudentemente sus pequeños pechos de crema tibia, decía: «Léeme un pasaje».

Se encendía un cigarrillo ya liado y, un poco molesta, le desvelaba mis últimas páginas en un silencio religioso, con mi voz perdida entre las cigarras, el viento y los Kinks. Y Monsieur no existía más que porque había querido darle vida. A menudo, atraída por la tranquila pareja que formábamos, Antoine venía a sentarse al lado,

enroscaba sus brazos alrededor de sus rodillas, y ni siquiera tenía necesidad de interrumpirme —echaba una breve ojeada a mi adorado público y la historia proseguía—. ¿He tenido alguna vez un auditorio mejor? Nadie me comentaba nada de nada. Cuando había acabado, cerraba simplemente mi cuaderno hinchado por la humedad, y la conversación volvía a comenzar ahí donde la habíamos dejado. Así pues, me quedaba sola con mis dudas y mis vanidades; pero otros aparte de mí conocían a Monsieur. Tenía su valoración. Nadie, ni siquiera yo, se preocupaba de saber si esa valoración era buena o mala. Monsieur flotaba por encima de nosotros como una sombra que daba otra intensidad a mis vacaciones: no sólo dormía o fumaba, o vagueaba en la piscina. Escribía. Tejía una historia a partir de un hombre al que había conocido íntimamente, pero quien para todos los demás habitantes de la casa parecía un animal maravilloso, cuya existencia se confirmaba milagrosamente mediante mensajes lacónicos. Les hacía escuchar mi buzón de voz —la voz grave y risueña a la vez les hacía sonrojarse.

Dios, cómo los quería, a todos. Por la noche, cuando las camas y los sillones del comedor habían sido tomados por asalto durante la hora y media que duraba nuestro programa preferido, me hacía hueco en el sofá con mi cuaderno y escribía incansablemente, en absoluto molesta por el ruido, las risas, o los porros que rulaban. E incluso fue en medio de este tumulto incesante en el que nacían mis mejores frases; cuando las releía al día siguiente, no encontraba nada concreto que corregir. Cada coma, cada punto, encontraba por arte de magia su razón de ser. Las páginas estaban manchadas de chocolate, de savia del enorme pino inclinado hacia la terraza, pero todos esos rastros me devolvían a un momento del día que probablemente hubiese olvidado sin ellos, y que había precipitado a su manera la elección de tal palabra antes que de tal otra. Cuando escribía sola, a la hora tácita de la siesta durante la cual la casa recobraba una calma relativa, estaba atenta a demasiados detalles, y me ponía nerviosa a mí misma buscando en vano adónde quería llegar. Todo aquello nunca había pasado más que entre él y yo —y si bien, probablemente, nunca sabrá nada de ellos, Monsieur debe a todas esas personas que se convirtieron en mi vida, y que me tiraron mil veces el balón de voley empapado sobre mis páginas abiertas, dejaron mil veces caer espaguetis con tomate allí donde me disponía a contar una felación, llenaron de grasa mil veces mis capítulos con sus dedos cubiertos de crema solar.

Sin esos vestigios de su presencia, las páginas immaculadas que me escupe la impresora resultan mucho menos divertidas. Dan la impresión de escritor fracasado. A su lado, mis manuscritos tenían la pinta de los de Henry Miller en París. Al menos, la pinta.

Como Monsieur había desaparecido de nuevo de la faz de la Tierra, me alimenté con lo que tenía a mi disposición. Pero tanto porque había renunciado una vez más a ser mi válvula de escape sexual, como porque, para arreglarlo del todo, me pasaba la

mayor parte del tiempo en reescribir sus caricias, rezumaba vicio por cada poro de mi piel. Comía como una lima y fumaba como un carretero, pero, en realidad, no tenía hambre sino de estrategias de seducción, de placer y de sexo. Tenía hambre de una tensión intolerable que me tuviera en vilo.

Estaba Lucy.

Creo que verla en *topless* por primera vez, en el bordillo de la piscina, se me hizo extraño —y me parece que no hubiese debido ser así—. Antes de eso, nunca había llegado, realmente, a decirme que, bajo la ropa, Lucy estaba tan desnuda como yo. Empecé a pensarlo allí.

Lucy... siempre hubo algo con Lucy, a la que le gustan las chicas tanto como a mí los chicos. No me di cuenta de ello inmediatamente; la vi crecer al mismo ritmo que a mi hermana pequeña, correteando en mi jardín en pijama de Du pareil au même mientras me daba mis primeros besos llenos de dientes con aparatos. No me di cuenta de que era una mujer sino recientemente, y de una forma tan singular como banal, al fin y al cabo. En su casa; con un vaso de ponche en la mano, un porro en la otra, la miraba, embotada por mi estado de embriaguez, con sus grandes ojos negros cerrados sobre su piel morena, con su largo pelo oscuro suelto sobre los hombros. Ni siquiera se podía llamar a eso bailar, no era en absoluto un trance, y ni mucho menos un meneo normal. Era esa guitarra por completo, encerrada en su mundo, que nadie podía alcanzar, con sus piernas cediendo a cada nota, en órbita. De una intolerable sensualidad; todos esos machitos que la miraban, y que no sabían por qué, cómo, que ignoraban qué era esa luz que salía de ella, de esa cría a la que veían todos los días en el instituto sin prestarle mayor atención. Su colega. ¿Cuál es el momento en que las chicas se convierten en mujeres y los chicos en hombres, así, sin avisar, en una canción de Pink Floyd? ¿Cuando tienen unos ojos nublados por la voz de Jim Morrison, cuando ven unos pelos del pecho descubiertos de improviso, a la luz de un mechero para encenderse los primeros cigarrillos?

Desde ese momento en que había visto salir para siempre a Lucy de su envoltorio de niña pequeña, se había convertido para mí en mucho más que una amiga, pero en algo distinto a una hermana —estatus al que Flora podía aspirar al igual que Alice, o casi—. Había demasiados sentimientos, de naturalezas diferentes y discordantes, en torno a Lucy, como para que ella cupiera en una casilla concreta. Con respecto a ella no estaba nunca segura de nada. Me pasaba la mayor parte del tiempo analizando lo que hacía de ella la única chica a la que le tenía consciente y violentamente ganas. Le tenía ganas a Lucy, demasiadas, a demasiados niveles, para imaginar gestos precisos, o algo tan puramente pragmático como un orgasmo. Tenía ganas de alimentarme de ella, de su sustancia, de lo que exhalaba. El más mínimo de sus movimientos resplandecía en el aire con tanta sensualidad y seriedad como una de las mejores canciones de Pink Floyd. Tenía el mismo carisma tranquilo que Monsieur: salvo que

ella no parecía saberlo. No se servía de ello; salía de ella, simple, naturalmente. Esos actos por completo anodinos, como abrir un paquete de galletas o dejar una pila de platos, quedaban así transformados en un *ballet*. Aunque me encontrase justo en medio de una partida de tarot, ocupaba mi campo visual. Peor aún: sentía su presencia sin necesidad de comprobarlo.

No me inspiraba el mismo deseo apremiante que un hombre, pero, cuando se encontraba cerca, no pensaba más que en su pelo, en sus grandes ojos negros, en su boca llena de dientes blancos, y en su manera de moverse de un lugar a otro de forma tan silenciosa como un animal pequeño. Se sentaba de repente a mi lado, se apoderaba de un montón de cartas y cambiaba mi inocente póquer por un tonto desvergonzado que sacaba de quicio a mi hermana.

—¿No puedes ser un poquito más discreta? ¡Esto es de locos! —exclamó una noche en la cocina liliputiense.

—No puedo hacer nada, es más fuerte que yo.

—¡Que te contengas! —soltó, como si fuese tan simple, como si existiese en el mundo un medio de ignorar las largas miradas cargadas de pestañas que Lucy me clavaba en la piel antes de robarme una baza con sus triunfos.

Eso es: todo, con ella, se convertía en una partida de tarot. Si me invadía la fantasía de defenderme, al considerar tontamente que, después de todo, ella no era tan guapa como no pocas de mis amigas, Lucy rompía el silencio con una gran risa que estallaba y luego disminuía lentamente como el placer, y ya había vuelto a perder; acababa de sacar sus cartas. Eso era, o algo de la misma índole. Tenía absolutamente todas las cartas en la mano. No se podía decir realmente si era guapa o no; como muchos, bastaba con encontrarse en un rayo de luz oportuno para disipar momentáneamente toda duda. Y, aunque ya era una víctima totalmente marcada, Lucy, sin saberlo, me remataba con su encanto todopoderoso, que la volvía mucho más atractiva y peligrosa que una chica guapa del montón. Eso parecía no afectarle a nadie salvo a mí, probablemente porque el círculo en que nos movíamos desde hacía mucho tiempo se había enamorado y ya no lo sentía de manera intensa.

Fue, pues, ese verano en que me resistía como una miserable sardina entre las redes de Monsieur, cuando Lucy vino a librarme de ellas a medias, para proponerme las suyas. Y, si en el Midi hubiese podido manejar más o menos razonablemente esta situación, hubiese pasado de una manera muy distinta cuando nos abrió las puertas de su casa de campo. Me avergonzaba de mí misma cuando me sorprendía mirándola algún tiempo de más. Es decir, que la estudiaba. Casi no podía creer lo que me estaba ocurriendo.

Desvié la atención general utilizando mis técnicas vistísimas con Antoine, que respondía como lo hacen a esa edad —y eso irritaba todavía más a Alice, que se imaginaba equivocadamente que le estaba entrando a todo el mundo para olvidarme de Monsieur—. Nunca entré a Lucy; era más bien ella quien intentaba seducirme, con descaro, aun cuando su novia se acurrucara entre sus brazos.

Siempre me ha resultado imposible determinar lo que se ocultaba realmente tras todas esas miradas y esas provocaciones a medias tintas. Porque, al cabo de los años, habíamos tejido una relación de profundo respeto mutuo, no puedo imaginar no haber sido más que un juego o una presa como las demás. Habría que preguntarle, a fin de cuentas. ¿Tú qué dices, Lucy? ¿Qué tengo que pensar de todo eso? ¿Era porque me paso la vida en brazos de los hombres por lo que la apuesta te parecía al menos un poco excitante? ¿O era por otra cosa totalmente diferente? ¿Algo más simple, a lo mejor? Probablemente no tiene ninguna importancia. Forma parte de mi naturaleza hacerme esa clase de preguntas sin cesar, pero yo misma nunca me he preguntado realmente por qué me gustabas hasta ese punto, a pesar de tus pechos (que no son, no obstante, tan grandes), tu cintura fina y suave, a pesar de la protuberancia en tu parte de abajo del biquini, que te inscribe definitivamente en la santa raza de las chicas. No es culpa de nadie; nunca he podido compartir con nadie salvo contigo auténticos orgasmos hablando de Jacques Brel o Pink Floyd, o establecer con otros contactos casi telepáticos, como nos pasaba millones de veces en el campo o en Sologne.

—Propongo que nos fumemos un porro y que luego nos echemos una partida al *ping-pong*.

¿Te acuerdas? Era la hora de cenar, es decir, casi a las dos de la mañana, y di un brinco de mi silla mirándote como a un lienzo de Fragonard.

—¿Cómo has sabido que estaba pensando en eso?

Pusiste tu célebre sonrisa que crece en tu carita, única en el mundo, y fue así como nos fuimos a echar una partida endiablada con *Do You Love Me* de los Contours, Alice a punto de hacerse pis en las bragas en varias ocasiones, yo pagándole cada uno de mis ataques de risa con una eliminación. Me reía demasiado como para ver la pelota, pero a ti sí te veía. Sin quererlo ocupabas un lugar desorbitado.

Una noche tuve la ocurrencia de hacerte leer un fragmento de una carta destinada a Andréa y que hablaba sobre todo de ti. Evidentemente, ése fue el comienzo de la guerra abierta. Fue esa misma noche cuando me desafiaste a ligarme a Flora —¡mi hermana!— y luego a Clara —¡tu novia!— y me empecé a dar cuenta de que, en realidad, a lo mejor tenías tus defectos. Juguetona o manipuladora... pero ¿esos son auténticos defectos? En ti esas sombras parecían más pecas; según la persona, podían ser monas o desagradables. A veces las dos cosas a la vez. La prueba más flagrante de lo que afirmo es que me dormí pensando en hacer el amor contigo, en ese sentido abstracto y ornamental al que le tengo cariño; me fui a acostar antes que los demás para poder pensar en ello más rato, y, al día siguiente, cuando me crucé con tu cola de caballo revuelta y las marcas de la almohada en tus mejillas, me sonreíste como si, de una forma u otra, llevase la culpa en la frente.

En esa época, para burlar la ausencia de Monsieur, tenía al teléfono de forma regular a uno de sus avatares, Maxime Zylberstein, treinta y cinco años, ginecólogo de profesión (y de corazón, antes que nada). Cuando le hablé de ti, me echó en tus

brazos —pues claro, me dirás: dos lesbianas de dieciocho y veinte años, ¿hay quién dé más?—. No comprendía que me enredara hasta ese punto con consideraciones metafísicas, el hecho de que seas la mejor amiga de mi hermana, de que no sea muy correcto con respecto a ella coquetear como lo hacía. Si hubieras sido un chico, me hubiese lanzado desde hacía mucho tiempo, tan fácilmente se podían interpretar ciertas señales. Pero Lucy, piénsalo un segundo: ¿cómo hubiese podido sobrevivir si me hubieras rechazado? ¿Y cómo hubiese podido tocarte, sin parecer ingenua o torpe? Para ti hubiese querido inventar nuevas caricias, besos que nunca hubieras conocido y que hubiesen sabido expresar mejor que unas palabras hasta qué punto te adoraba, hasta qué punto me fascinabas. Eso es algo que los hombres, en general, nunca han podido comprender; esa aprensión que pueden tener las chicas a mezclarse entre ellas. Les parece que dos chicas no se atienden, a fin de cuentas, más que a los aperitivos, y que todas las técnicas de las que disponen para correrse carecen de importancia porque carecen de una polla. Y, aunque había experimentado todas esas técnicas desde hacía muchos años, me había hecho tantas ilusiones sobre la manera en que hacías el amor que no parecerte una zopenca se había convertido en algo obsesivo.

¿Cómo me lo imaginaba? Como un trance. Exactamente igual a verte bailar, entre la fascinación y la serena contemplación. Tus deditos precisos lanzándose a buscar a ciegas, o fingiendo descubrir zonas erógenas hasta ese día desconocidas —pues en el fondo estoy convencida de que, desde el comienzo de tu vida amorosa, has tenido tiempo de explorar la mayor parte del cuerpo femenino—. No me imagino realmente el placer cuando pienso en ti, sino más bien en lo que debe de ser poder examinarte de cerca, hacerte de todo, oír los ruidos que emites y conocer el sabor de tu boca, el sabor de tu coño, tener al menos una oportunidad, madre mía, de hacerte tan feliz como lo soy yo gracias a ti cuando estás por ahí rondando.

A Dios gracias, en cuanto me alejé del campo, pude respirar de nuevo. Monsieur tomó tu lugar, con su rosario de frustraciones y de promesas al viento. Todavía ni una palabra. Así era entonces la vida que llevaba, penosamente a caballo entre su ausencia ensordecedora y tu parloteo constante que surcaba el aire —me acuerdo de ello: a las cinco de la mañana igual que a mediodía.

Mi hermana, que evidentemente no lograba decidirse entre su amistad por Lucy y la irritación que le inspira mi manera de mirarla, la invitó a Normandía a casa de nuestro padre. Como es mágica —bien hay que decirlo—, saltó al primer tren con su mochila con sólo lo necesario, una camiseta, unas bragas y maría. Alice y yo la esperábamos con un desasosiego que rayaba en instinto de supervivencia. Nos aburríamos mortalmente. Escribía *Monsieur* de forma indolente, desesperadamente carente de energía sexual y de inspiración lejos de Lucy y de los demás. Después de comer, tomábamos los caminillos que se perdían en los bosques para ir a fumar sin que nos vieran y el resto del día pasaba con una lentitud espantosa, como si todos los elementos se aliaran para hacernos odiar definitivamente Normandía y a sus habitantes. Nos daba igual parecer colocadas o que el pelo nos apestase a maría; Alice estaba tan sumamente enfadada con mi padre por ese ambiente pernicioso que no trataba de mejorar, que ya no se privaba de tener los ojos rojos o ataques de risa. De todas formas, el jardín era lo bastante grande como para vivir los unos con los otros sin necesidad de cruzarse.

Lucy. Lucy llegó el cuarto día. El único que nos perdonó la lluvia. ¿Coincidencia? ¿O nada de eso? Fue esa tarde en que chapoteamos en el arroyo enclenque que bordeaba la casa y perfumaba una parte del jardín con su fuerte olor a florero pútrido. Alice, atareada en liarnos el enésimo porro, nos había encargado ir a buscar las botas al trastero, y mientras abría la marcha miraba su trasero prieto siempre medio salido de sus vaqueros demasiado grandes. Estudiaba la manera en que lograba parecer tan masculina, aunque arrastrando tras ella un aura y efluvios de hembra: me costaba decidir qué faceta me afectaba más. Al llegar a su altura, me puse a hablar con ella de esto y de lo otro, mientras nuestros hombros tropezaban a veces sin que ninguna de las dos lo hiciera aposta, cada vez con una pequeña descarga de doscientos veinte voltios a la altura de los riñones. Tardé el tiempo suficiente como para inspirarle este comentario:

—El trastero de las violaciones, ¿no?

—Un poco —admití, con el corazón golpeándome en el pecho por estar sola con ella en un lugar en que nadie, salvo Alice, pensaría venir a buscarnos.

Vi cómo le brillaban los ojos, el destello blanco de sus bonitos dientes teñir la oscuridad.

—Violación, entonces.

Si Dios me hubiese hecho un poco más espabilada, hubiese cesado de buscar febrilmente el interruptor y esas malditas botas, y, sin embargo, sin responder me habría dejado acariciar contra la estantería llena de telarañas, furtivamente. Imaginé la densidad de ese silencio. Mis manos por debajo de su camiseta y el ruido quedo de sus labios sobre los míos. Sus dedos. Como estaba al borde del infarto y una jauría de

pretextos despreciables me saltaban a la garganta (bragas ridículas, no me he lavado esta mañana, depilación cutre), lo estropeé todo:

—Violación a la vuelta.

—Vale —respondió, mientras sus temblorosas cejas se fruncían apenas para subrayar mi deserción.

Después de haber correteado unos minutos en el arroyo —para percatarse muy pronto de que no era más que moderadamente divertido—, la idea nos había abandonado a ambas. Tiramos las botas delante del trastero, donde daba un poco el sol, y su bota fue a parar encima de la mía —ésta es la clase de detalles ínfimos con los que me he quedado, consciente ya de que los dejaría en papel.

Al caer la noche, mi padre nos llevó a casa de mi abuela. Oscuridad total. ¿Te acuerdas, Lucy? Apenas nos habíamos montado en la parte de atrás cuando sentí tu piernecita morena salpicada de barro seco rozándose con la mía, y luego quedarse inmóvil lo bastante cerca como para que su calor me fuera todavía deliciosamente perceptible. Entonces, moví mi rodilla derecha solapadamente, y durante todo el trayecto tu piel dorada y mi piel blanca hicieron como si todo aquello no fuera más que puro azar, pegadas incluso cuando mi padre tenía el mal gusto de pasar por un resalto que nos hacía bambolearnos a todas. Acechaba a Alice, que discutía con Louise acerca de una canción de Michael Jackson, y no me atrevía a echarle la más mínima mirada. Pensaba febrilmente en todos los hombres que había tenido últimamente, en que ninguno de ellos había sabido proporcionarme esa clase de minúsculos escalofríos: la situación era, de inmediato, muy clara, obtener una caricia de su parte era ya legítimo. La deflagración ocasionada era mil veces, un billón de veces menor.

Todo, o más o menos todo, pasó la misma noche, en la pequeña habitación que compartías con Alice en el primer piso. El clásico dolor de espalda. Me subí a tu culito duro para hacerte un masaje. Alice nos ponía un careto brutal, pero lo ignoraba soberanamente. Era mucho más interesante arañar lentamente tu piel suave y mirarte apretar los dientes con expresiones de sorpresa y de placer. Me vi mil veces echándolo todo a perder y cogiéndote los pechos a manos llenas, sólo porque pasar a su lado cuando estaba obligada a ignorarlos era insoportable: sobresalían bajo tus brazos, aplastados encima del colchón, la luz rojiza de la lámpara de cabecera jugaba al escondite sobre tu piel desnuda, y se suponía que no veía nada. Ok, Ellie, cálmate. Cálmate, es una chica. Eso me vi forzada a pensar. Ignoro si viste que me resistía con todas mis fuerzas contra esas ganas terribles que te tenía, contra esas imágenes mortíferas de tus pezones duros entre mis dedos, pero es completamente probable, ya que me devolviste el detalle unos minutos después. ¿Qué deberíamos haber hecho?

A lo mejor exactamente lo que hicimos: nada.

—Que durmáis bien, zorritas —murmuré levantándome para volver a mi cuarto.

Alice recibió mi declaración con su clásica vocecilla, respondiendo: «Tú también, gilipollas», pero Lucy, cuyos ojos brillaban en un rayo de luna, parecía haber captado

el insulto en su sentido literal. Sonreía, estaba claro. Les he robado a mis amantes su brusco vocabulario; y es de notoriedad mundial, incluso para una lesbiana, que el término zorrита es de una ternura poco común.

—¿Cómo es Monsieur? —me pregunta Lucy mientras fumamos, sentadas en una avenida llena de mosquitos.

Alice se acaba de levantar, contra todo pronóstico, para ir a buscar con qué rehidratar nuestras gargantas reseca. El calor es tal que toda el agua del cuerpo parece evaporarse en escasos minutos, achicada directamente de nuestra boca.

—¿Físicamente? ¿Mentalmente? —pregunto mirándome a las rodillas, como siempre molesta sólo de pensar en forzar, tal vez, a mi pesar, ese interés entre mis amigos. Vivo con la obsesión de imponerles a Monsieur a todos, desde el comienzo del verano.

—No lo sé, sólo dime cómo es, a grandes rasgos —responde Lucy que nunca se mete en los asuntos ajenos, o pregunta los detalles obscenos que me encanta contarles a Flora o a Babette.

—De entrada, puedo decirte una cosa: nunca he conocido tan poco a un hombre con el que he hecho tantas cerdadas.

Lucy frunce la nariz, con cara de resultarle muy poco importante esa declaración solemne. Casi en el mismo momento, un trueno como para reventarnos los tímpanos estalla encima de nosotras, donde se amontonan unos cúmulos de nubes de un gris sorprendentemente oscuro, gris aburrimiento en la casa minúscula, gris Normandía, al fin y al cabo. Suspirando y estremeciéndonos simultáneamente, prosigo:

—Creo que Monsieur es profundamente perverso.

Media sonrisa de Lucy.

—No sólo sexualmente. Su manera de comportarse conmigo es perversa. Toda esta historia lo es en su conjunto.

—Muy bien, Ellie, pero es la clase de historia que querías, ¿no?

—A lo mejor sí. O no. Quería una historia novelesca, pero no necesariamente esa clase de novela. Ni siquiera quería una historia, cuando comenzamos Monsieur y yo. Me dejé atrapar como una gilipollas. Y creo que no voy a salir de ésta.

Lucy levantó sus grandes ojos negros hacia mí.

—¿No vas a salir de ésta?

—Quiero decir que no veo cómo podría vivir un día sin pensar en el hecho de que he conocido a este tío. Hace unas semanas, pensaba todavía que todo habría acabado una vez *Monsieur* estuviera cerrado, pero es mentira. Lo que tengo con él es tan sumamente fuerte que, aunque quisiera olvidarlo, una parte retorcida de mi inconsciente sería incapaz de ello. Valga lo que valga este hombre. Aunque no valga la pena, de lo que estoy convencida.

—Vale la pena escribir sobre Monsieur —replica Lucy, taxativa—. *Monsieur* es

un muy gran libro. *Monsieur* es el libro.

Bajo mis nalgas, el cuaderno número 2 con su tapa malva parece emitir leves palpitaciones para manifestar su orgullo.

A veces, Lucy le da la vuelta a la conversación cuando se carga de demasiada tensión para volverse peligrosa. Renuncia temporalmente a su estatus de obsesión en jefe para traer a Monsieur a la superficie —pero las cosas, de una manera u otra, siempre nos vuelven a atrapar—. Ahora que no somos más que dos, el silencio ornamental se hincha con todos los actos fallidos del mundo, y sé a ciencia cierta que, de aquí a una hora, me maldeciré por no haber hecho o intentado nada, algo tonto como tocar su mano por inadvertencia o fingir caerme sobre ella, algo que podría perdonarme o utilizar con fines interesantes. No hago nada, y no haré nada porque soy una mema —el tiempo nos lo ha demostrado claramente.

Las nubes descargan poco a poco. Lucy y yo retrocedemos de una sola vez bajo las ramas pesadas de un roble. Se enciende un cigarrillo al no tener, por supuesto, ninguna intención de volver ahora, enseguida, cuando esa tormenta esperada como un orgasmo desde el mediodía va a empezar. No sé lo que pretendemos cuando nos quedamos a esperar bajo el aguacero, pero debe de ser algo profundamente inconsciente o en todo caso terriblemente intenso porque nunca he podido mirar un relámpago desde mi ventana sin morirme de ganas por encontrarme justo debajo. ¿Qué puede pasar bajo una tormenta? ¿Qué hay en el aire, aparte de esta idea que cualquiera puede hacerse sin necesariamente tener importancia? Las mismas preguntas sin respuesta pasan como una niebla por los ojos oscuros de Lucy. Sentada encima de *Monsieur*, me veo ya aprovecharme de esta locura pasajera, abalanzarme sobre ella como un violador, así, a pelo, entre los arbustos, con la hierba que pincha irritándonos las nalgas y los rayos que pasan a pocos centímetros de mi cabeza. La veo ya tumbada, apretada contra mí, con sus labios azules y el olor doloroso de su deseo y de la lluvia, que, a trompicones, anima sus ojos que languidecen con destellos fluorescentes. Joder. La veo como veo su cigarrillo, como si tuviera la impresión de fumar un poco al tragar su saliva —¡qué incómodo debe de ser magrarse en esas malezas! Aparte de la siesta, ¿existe una actividad que Normandía fomente?

A años luz de mis consideraciones lúbricas, Lucy ha cogido su teléfono.

—Alice quiere que vayamos para allá. Está en la casa.

—Dile que venga, es genial estar debajo de la tormenta.

Pero Alice protesta de tal manera al otro lado del teléfono, y la tormenta dificulta la conversación hasta tal punto que Lucy cuelga, con pinta de cansada.

—Dice que vayamos a ver *The Wall* en la tele de plasma.

—¡Pero quería quedarme fuera!

—Nos pondremos en la terraza.

Lucy me tiende su zarpita morena —cuya fuerte forma de apretarme tiene algo de masculina, a lo mejor la largura de sus dedos ágiles—. Y, como de costumbre, no sé cómo debo vivir esa caricia, si la palabra caricia por sí misma tiene un sentido o si no

hago más que cargar de una tensión imaginaria un simple apretón de manos. Lucy nunca ha hecho nada para inclinar la situación a un lado o a otro —pero en medio del desastre de mi historia trabajosa con Monsieur, esa indecisión me ocupa, me preocupa.

Por los caminos fangosos, sobre los que cae la lluvia con cierta violencia, salto por encima de los charcos. En un flanco de una ancha curva me acuerdo de ese domingo en Normandía, un domingo de mayo muy agradable en que hice pis contra un inmenso abeto pegajoso de savia. Monsieur se regocijaba al teléfono, y aunque no quería imaginarme mucho la idea que podía tener de mí haciéndolo, había leído y releído su mensaje. Sonaba mal, con las bragas por los tobillos mientras todavía goteaba.

—Me encantaría estar allí y verte hacer pis. Me encantaría ir a lamer las últimas gotas doradas sobre tu coño.

—Ah, no, ¡eso es asqueroso! —había escrito yo en respuesta, con un poco de mala fe, pero un trasfondo de miedo sincero—. Arderemos en el infierno por una cosa así. ¡A mí, Monsieur, me han criado en una familia cristiana!

—A mí no —simplemente respondió el sulfúreo impío.

Familia cristiana o no, comencé poco después a hacer pis fuera un poco en todas partes, en cuanto tenía ocasión. Cada vez pensaba en el mensaje de Monsieur. Cada vez miraba a mi alrededor, convencida de que me espiaba una presencia. Cada vez me inventaba totalmente una mezcla de vergüenza y de excitación, incapaz de impedirme mirar fijamente el chorro que salía de entre mis piernas, preguntándome cómo iba a poder manejar este nuevo capricho, hacer pis delante de Él. O si iba a tener que conformarme con ocultarlo como una tara.

A mi alrededor, el mundo se compone de mujeres que se ponen a gritar como posesas sólo de pensar en tal escena, y de hombres que —Dios sabe por qué— no hay quien les haga callar cuando les hablo sobre ese tema, unos hombres cuyos ojos brillan cuando rememoran a una mujer de cuclillas en el campo, o directamente empaladas sobre ellos y liberando de una sola vez una ola ardiente (ardiente, muy bien, pero ya le podemos dar las vueltas que queramos al problema, que sigue siendo pis, me siento obligada, entonces, a decirles). Los hombres, está claro, se preocupan poco del peso de las nociones de limpio y de sucio en su imaginario sexual: la reflexión no se hace nunca más que en términos de me empalmo o no me empalmo. Y yo a todo esto, ¿qué hacía? Después de haber pasado diecinueve años escudriñando las muy relamidas ensoñaciones de las chicas, conozco a Monsieur y sólo a su contacto, con la lectura de sus mensajes, me encuentro acosada por unas fantasías que sólo la sensualidad desvergonzada de un hombre puede tramar. Tengo veinte años, un vestido de algodón y unos leggins, una diadema como una aureola puesta sobre mi cabello rubio, pero detrás de mis ojos azules hay, desde ese momento, un cerebro

masculino que bulle, un cerebro preciso y pervertido de hombre. Y no tengo ni la menor idea de cómo defenderme de las imágenes que me impone en todo momento. No sé cómo volver a ser tan ingenua como antes, o impedir que lance a los bonitos brazos de Lucy estas miradas concupiscentes de macho, que me son tan ajenas como este celo permanente. Mis sueños en este momento no se componen ya de mis sensaciones ligeras, de mis conceptos borrosos, sino de la manera en que tiene Monsieur de mirarme el coño cuando todavía está abierto y de cómo en segundo plano su polla empapada se mantiene lista para el segundo asalto. Ya no me paso horas acariciándome mientras pienso en el ruido de Monsieur al entrar en nuestra habitación de hotel —las pisadas quedas de sus zapatos sobre la moqueta, cada paso que marca en ella me parece ya una embestida, madre mía, madre mía—. Últimamente, me he entretenido elaborando un top 10 de mis fantasías recurrentes: cuando mi vejiga no está implicada en el asunto, me vengo en ese recuerdo que tengo de Monsieur, metiéndomela en la garganta para correrse, y yo ahogándome bajo el efecto de la sorpresa, incapaz de distinguir el semen de mis babas. Eso, o si no en la idea de dos hombres dentro de mí, sea cual sea la disposición, ya que imaginarlo no es sostenible más que unos pocos segundos. Mis noches están pobladas de primeros planos absolutamente indecentes, de olores efímeros salidos de ninguna parte, mis noches no son más que la mano de Monsieur sobre mi cuello para obligarme a quedarme quieta. Normandía no es más que eso, sin parar: cientos de horas que paso en silencio mostrando un aire de meditación grave por detrás del cual pululan las hipótesis de perversiones inéditas. La gente no tiene idea de los horrores que puedo concebir.

¿Qué quiero ser de mayor? Quiero ser como Monsieur, perversa polimorfa.

Sentada en el sofá, vago. Miro a Alice y a Lucy pelearse por el ordenador y vago. En ciertos momentos, como éste, echo de menos París de manera más intensa, más cruel que la mayor parte del tiempo. Tengo la impresión ridícula de ser totalmente impotente fuera de la capital. Cuanto más me alejo de París, más disminuye mi poder sobre Monsieur. De vacaciones en el campo, es como si estuviera en un convento: mi mirada se pierde tras los cristales, languidece y se nubla, como si a falta de poder imaginar unos edificios haussmannianos en lugar de las hayas, recrease París en el esfumado de mis ojos insensibles. Hasta los colores aquí son diferentes: hay una gama de verde que violenta los límites de lo sensato, pero busco en vano los tres únicos matices que me son familiares, el verde de la compañía de transporte público parisino, el de las verjas que rodean el jardín Boucicaut, y, finalmente, el verde grisáceo que recubre toda estatua parisina que se precie. El cielo tiene un azul excepcional, la lluvia un olor que no me recuerda a otra cosa que a esos días demasiado largos en casa de mis abuelos, en la época en que Monsieur no estaba todavía ahí para llenar mi cabeza.

La tormenta tiene un regusto a apocalipsis: y ahora hay unos granizos gruesos como canicas que desfiguran la superficie del estanque en pleno mes de agosto — sólo en Normandía, que yo sepa, se encuentra uno sometido a un microclima semejante.

Bajón. En París, muchos hombres a los que veo actualmente han vuelto de vacaciones, o se preparan lentamente para ir a ellas. Zylberstein, Dios sabe por qué, es en este momento la persona que más tengo al teléfono. Pero está también su amigo Octave, quien a su pesar me alegra uno de mis días al poner la palabra «chichi» en uno de sus mensajes, y hasta la noche me he caldeado yo sola imaginándome lo estridente de esa palabra en la boca de un hombre.

Me dispongo a proponer alguna actividad de la que me lamentaré probablemente al cabo de dos segundos, como echar un tarot, cuando vibra mi móvil. Pronto hará dos semanas desde nuestro último contacto, Monsieur acusa recibo de un correo del que apenas me acuerdo, pero en el que contaba, en todo caso, mis sinsabores con Zylberstein: «Me ha gustado mucho tu carta...».

—Vale, ¡un mensaje de Monsieur!

Grito en el salón, e incluso antes de haber podido evaluar hasta qué punto sería patético responderle enseguida, envío: «¡Esa carta está pasadísim! ¿Cuándo la has recibido? ¿No te vas nunca de vacaciones?».

Pregunta cuya respuesta me da totalmente igual, pero me arrastraría por una palabra de Monsieur, y no puedo hablarle de sexo así, de buenas a primeras. Nada me obliga a notificarle claramente que, con él, con todo lo que concierne a ese universo que constituye él solo, estoy de manera constante en la brecha. Por así decirlo, físicamente incapaz de separar los mensajes que me envía de la posibilidad de hablar con él. Imaginar su voz leyéndomelos es tan eficaz como un dedo roto para masturbarse: aparte de que me entren unas ganas absolutamente insaciables de oírlo de verdad, no puedo esperar ningún alivio. Cuanto más lo intento, más daño me hago.

A lo mejor si le explicara eso a Monsieur con palabras, negro sobre blanco, cobraría conciencia de cómo vivo su constante retención de noticias. A lo mejor no esperaría siempre tres días para responder a unos SMS llenos de interrogantes y de «llámame», a lo mejor me llamaría.

Fue en plena mitad de una tirada de tarot cuando se dictó el veredicto: a las ocho cuarenta y cinco de la noche, me llama Monsieur. De Monsieur, es el mensaje «número privado» lo que se muestra, así que, teóricamente, podría tratarse de cualquiera, pero conozco esas llamadas. Conozco esos falsos misterios, esos antifaces que Monsieur se pone al teléfono, pero, por encima de todo, desde que sé de él, conozco una gama inmensa de retortijones en la tripa sensiblemente diferentes, y esto precede siempre a Monsieur, de una manera o de otra. Ese «número privado» por privado que sea, no es desconocido para nada. Me lanzo sobre mi móvil pegando un golpazo con los brazos desnudos en la mesa, y Lucy lo entiende de inmediato. Mientras descuelgo, la invito a seguirme con una sonrisa mucho más resuelta de lo

que personalmente soy, y Lucy, que, por la tarde, me ha hecho notar en tono de desafío que nunca me había visto con un hombre (¡a mí!), se envuelve en una manta y me pisa los talones.

—¿Qué tal?

—¿Y tú? —responde Monsieur.

«Es bueno, joder, es tan bueno».

—Me ha gustado mucho tu carta. La recibí esta mañana.

—¿Justo esta mañana?

—La he leído mientras esperaba a un paciente. ¡Me ha hecho reír...!

Sonríó descalza sobre la hierba empapada.

—¿Qué estabas haciendo?

—Vuelvo del trabajo, he terminado antes. Y tú, ¿qué te cuentas?

—No gran cosa, estoy en Normandía. Esto aburre hasta a las ovejas.

Monsieur cierra mi frase con una de sus risas quedas, e inmediatamente me lo imagino como si estuviera en su retrovisor, con sus grandes manos en el volante, ejecutando todos esos gestos aprendidos, pero instintivos, de la conducción, sin escapársele una coma de nuestra conversación. Hará pronto dos meses que Monsieur no da señales de vida, hasta tal punto que había abandonado incluso la idea de volver a hablar alguna vez con él. Hasta tal punto que estar oyéndolo me parece tan irreal como esos martes por la mañana de los que me acuerdo, no obstante, al detalle. Monsieur no parece ni por un segundo sospechar lo que he podido vivir estos últimos tiempos. La idea de que haya podido sufrir no se le ha pasado por la cabeza, evidentemente —o si no, y también es totalmente probable, eso le proporciona placer, una clase de placer retorcido por hacer daño, que en el resto de la gente a menudo no es más que inconsciente—. Pero no soy yo de ninguna manera quien va a hacérselo ver, antes morir: a ojos de Monsieur, Ellie Becker tiene una vida cuando no está ahí. En lo que no se equivoca: escribo. Un libro que lleva su nombre, y que habla de él.

—*Monsieur* avanza.

—Eso he leído, decías que habrías terminado en septiembre.

—En ese momento, te lo daré a leer.

Los silencios que Monsieur guarda después de cada afirmación tajante de este tipo son otras tantas ocasiones para alegrarme con antelación, tonta, ingenuamente. Así son las cosas con Monsieur: cuando no me dice que no, instintivamente, entiendo sí.

—¿Y Zylberstein qué? —prosigue Monsieur.

—Oh, lo he dejado. He dado bastante, ¿no crees?

—¿Te ha enulado?

Nunca estoy completamente segura de cómo se lo tomará Monsieur, Monsieur que me habla como si estuviéramos todavía juntos, me la juego:

—Sí.

—¿Estuvo bien?

Es una clase de tortura todavía inédita: ¿tengo que decirle que sí (e intrínsecamente «vete a la mierda») o elegir mentir cuando Zylberstein me hizo correrme?, y todo eso ¿por qué? ¿Para hacerle creer a ese hombre del otro lado del teléfono que he estado esperando su regreso como Penélope?

—Estuvo bien —respondo, y aunque nadie salvo la inmóvil garza real en medio del estanque puede verme, me pongo orgullosamente firme.

Hay que comprender con eso que he obtenido de Zylberstein todo lo que podía esperar en vista de las circunstancias; comprender con eso que me corrí pese a él, a pesar de esta especie de sombra que planea constantemente por encima de mí cuando follo, que me reta a obtener el más mínimo placer de manos que no son las suyas. Lo he conseguido y no digo que, al correrme, no lo haya sentido detrás de mí, no digo que no haya tenido ganas de gritar su nombre, no, no puedo decir tal cosa dado que incluso sola en mi cama le atribuyo cada migaja de placer que me doy a mí misma, cada pliegue de mi almohada se corresponde a los mordiscos que imprimo en ella mientras subrayo las dos sílabas preciosas y tóxicas. No puedo evitar añadir, de manera patética:

—Aunque menos que contigo.

—¿Y eso? ¿Por qué? —dice interesado Monsieur, dulcemente.

—Porque no lo ha hecho de la misma manera.

—¿De qué manera?

—Sabes perfectamente de qué manera.

En cuanto ese antiguo ambiente se restablece, en el que Monsieur y yo jugamos a los amantes eternos, me doy el gusto de proporcionarle los detalles de mi noche con Zylberstein.

—En realidad, salía de casa de Édouard y...

—¿Édouard? ¿Quién es Édouard?

—Un amigo, un profe de francés. Aquella noche estaba en su casa, y me la había metido por detrás. Cuando Zylberstein me llamó, me disponía a dormir, y luego me dije que tenía ganas de verlo. Conque cogí el metro y me fui a su casa.

—Espera, espera... ¿me estás diciendo que te hiciste encular por dos tíos la misma noche?

Monsieur parecía pasmado, como si fuera un auténtico bombazo que me he convertido en una viciosa a su contacto. De un tono jovial, le respondo:

—Bah, sí. Y así que me fui a casa de Zylberstein, y...

—Dos tíos... —suspira Monsieur, pero era imposible saber lo que escondía ese suspiro.

—Y cuando le dije que me acababan de encular, ¿sabes lo que me respondió?

—¿Y bien?

—«Eso me pone».

Por primera vez desde hacía semanas, Monsieur y yo compartíamos una carcajada de gusanos a los que les divierte el vicio.

Inmediatamente después, el delicioso silencio que se estableció lo llevó a susurrar:

—Tienes una voz muy bonita, Ellie.

Su voz parecía casi desconsolada. Cogí la ocasión del pelo, con la mirada perdida en el azul extraño del cielo, odiando cada palabra, cada respiración entre cada palabra:

—¿Por qué escapaste?

—¿Ellie...?

«Perdóname —pienso—. Me doy asco a mí misma, pero es como si no tuviera elección. Tengo que saberlo». Me esfuerzo por adoptar una voz neutra, que Monsieur no pueda percibir, ni siquiera a trescientos kilómetros de mí, que mi corazón está a punto de fallar.

—No me estoy metiendo contigo. Es sólo que no lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes, pequeña?

(Cuando Monsieur dice «pequeña», instantáneamente me doy cuenta de lo que ha podido deteriorarse mi estatus en tan poco tiempo; ¿cómo, mediante qué manipulación psicológica oscura, me he encontrado con la misma etiqueta que todas esas otras que adivino? ¿Cómo coño se pasa de «amor mío» a «pequeña»?).

—No entiendo por qué de la noche a la mañana me dejaste de llamar, de responderme, o de comunicarte de una manera o de otra. No entiendo en qué era más simple hacerlo así, en vez de decirme que te habías hartado.

—Nunca me he hartado. Yo...

—Espera. Por favor, espera, déjame terminar. Te conozco lo bastante para decir, sin la menor duda, que te hartaste. De lo contrario no lo hubieras dejado.

—Ellie...

—Eres como yo. Mientras funciona, seguimos.

—Sabes perfectamente que no puede ser tan fácil. Las ganas que tengo de ti no tienen nada que ver con el problema.

—¿Cuál es el problema entonces?

—Sentía que estábamos perdiendo los papeles. Que se volvía peligroso.

«Mierda —pienso—. Ya estamos». El momento en que puedo elegir entre creerlo o quedarme amarrada a mi convicción profunda; Monsieur miente, más que un sacamuelas. Éste es el momento en que tengo la cabeza abierta por la mitad, y nunca he sabido cómo volver a cerrar la herida. Voy a quedarme así durante días —y él, por supuesto, no sabrá nunca nada—. No tengo necesariamente ganas, en principio, de que Lucy vea una cosa así, porque ahora, ahora mismo, no tengo absolutamente nada en común con la Ellie brillante que parece estar lejos de ese hombre. Sin ni siquiera mencionar mi cola de caballo mojada o la sudadera enorme de mi padre, estoy fatal. Recupero en dos segundos mis tics nerviosos, enrollar mi pelito revuelto alrededor de mis dedos hasta hacerme nudos.

—¿Cómo puedo ser peligrosa para ti? ¿Yo? Nunca te he hablado de compromiso

o de gilipollices de ese tipo.

—Ni siquiera estoy hablando de eso. Hablo de los riesgos que puedo o no puedo correr. Para mí no es fácil, ¿sabes?

—Con respecto a tu mujer.

—Con respecto a un montón de cosas. Estábamos perdiendo los papeles. Lo sabes perfectamente.

Modero bastante mal mi indignación.

—Si es eso, ¿por qué me vuelves a llamar?

—Para decirte que me había gustado mucho tu carta. Era realmente muy propia de ti.

—Pero si has leído bien mi carta, probablemente recordarás que la terminaba proponiéndote que folláramos juntos.

—Correcto —dice Monsieur, y veo sin necesidad de cerrar los ojos que su sonrisa acaba de iluminarlo considerablemente—. También me ha gustado mucho ese pasaje.

—¿Sólo ese pasaje?

—Y la idea de follar contigo. La idea de tu culo.

Por unos minutos al menos, la Ellie que Lucy quiere ver tiene una oportunidad de brillar un poco.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué, pequeña?

—¿Qué hacemos, Monsieur? ¿Follamos o no follamos?

Se echa a reír con franqueza... pero durante unos ínfimos segundos hay en ese sonido que me encanta, en ese despliegue de su garganta, un exceso de alegría que no engaña: Monsieur está incómodo. Lo he pillado desprevenido, probablemente por figurarse que tenía el monopolio de las proposiciones deshonestas —pero ese malentendido es sintomático del resto—. Lo ignora todo de la penosa época que atravieso; desde hace mucho tiempo he optado por no jugar sutilmente ya. La sutileza exige réplicas por las dos partes. No es realmente una elección, ser tan descarada: es sólo la única manera de explotar eficazmente los pocos momentos de gracia como aquél.

—No lo sé —responde Monsieur—. ¿Qué tengo que decir, Ellie?

—¿No tienes ganas?

Lo esquivo, con esa voz nueva también, llena de una lascivia de cortesana que busca buenos argumentos.

—Me muero de ganas, lo sabes perfectamente. En cuanto te veo, se me pone dura.

(Monsieur, en muchos aspectos, es como *Eclipse* de Pink Floyd: durante breves instantes las palabras que escoge estallan en mí y me llevan a años luz de donde me encuentre, Dios sabe dónde —a un lugar en donde todo lo que dice se realiza necesariamente).

—Entonces, dime que follemos. No hay nada más simple, tú y yo en una

habitación, un martes por la mañana.

—Me encantaría. Lo sabes perfectamente.

—¡Hagámoslo, entonces! Dices «lo sabes perfectamente» una y otra vez, pero no lo sé en absoluto. Me hablas como si te murieras de ganas de verme, pero te pasas la vida huyendo. ¿Crees que ha sido fácil para mí? De la noche a la mañana he dejado de tener señales tuyas. Si se ha acabado, prefiero que me lo digas.

—Pero no me apetece decirte una cosa así. No puedo decirte una cosa así, no sería honesto por mi parte. «Pero ¿qué está haciendo ese gilipollas? ¿Aparcas o no aparcas?».

En la confusión que envuelve su voz, oigo vagamente el zumbido de su coche y, más lejano todavía, el del tráfico de las calles parisinas. Contengo un suspiro que le diría a Monsieur cuánto echo de menos esta ciudad, cuánto más allá incluso de mis ganas de París querría estar sentada a su lado para mirarlo, ya que sé sin dudar que a esa distancia no podría evitar tocarme. Y, finalmente, es todo lo que me haría falta. El sol poniéndose en las calles de Marais y las manos de Monsieur agarrándome por debajo de la falda mientras me explica —pero sus frases ya no tienen sentido— por qué esta historia entre nosotros nunca será viable.

Cuando ha acabado de echar pestes, prosigue:

—Perdóname, conducen como imbéciles. ¿Sabes?, no te das cuenta de que para ti la situación es mil veces más sencilla.

—¿En qué sentido? Explícame en qué sentido es más simple para mí, porque yo, por mi parte, estoy convencida de que eres tú quien está en una posición cómoda.

—¿Yo?

—Sí, tú. Tienes tu mujer, tu profesión, y, aparte, una chiquita que nunca te ha pedido más que follar. Lo tienes todo.

—Lo estás malinterpretando. Tienes veinte años, ninguna atadura, el mundo es tuyo. Yo tengo que apañármelas con todas mis obligaciones. Créeme, es más fácil para ti.

—Pero ¡eso es MENTIRA! —exclamo antes de darme cuenta de que Lucy me está escuchando y de que mi padre está encendiendo la barbacoa a sólo unos pocos pasos—. Es mentira y es injusto por tu parte. Dices eso como si lo que hemos tenido no me hubiese marcado, como si lo estuviese olvidando todo poco a poco. ¿No se te ha pasado nunca por la cabeza que pudiese tener ganas de resolver de una vez por todas esta historia? No te pedía gran cosa, incluso «vete a la mierda» me hubiese servido.

—La historia que hemos tenido era tan violenta que era necesario un final abrupto.

Recibo su declaración —tajante donde las haya— con un largo silencio indeciso, aunque me muero de ganas de decirle, simplemente: «Pero “esto”, cariño, no ha sido abrupto. Has desaparecido de la faz de la Tierra y no podía contactar contigo, de ninguna de las maneras. Sólo ha sido dolorosísimo, una especie de larga agonía. Para

hablar en términos concretos, es un poco como si me hubieses atropellado con tu coche y me hubieses dado por muerta en el arcén. Salvo que no estaba muerta. ¿Qué cosa peor se te hubiese ocurrido hacerle a una chica de veinte años que ve a todas sus amigas dando saltos y no puede seguir las más que arrastrando la pata? Hubieses tenido que ser tú, estar colgado del teléfono amontonando mensajes incoherentes, hubieses tenido que estar en mi lugar y yo en el tuyo. Que nos riéramos un poco. Que viésemos si prefieres una muerte rápida o interminable. Y yo...».

«Pero espera. Espera espera espera. Por qué me habla de final si...».

—Si consideras que ha terminado, ¿por qué haces acuse de recibo de una carta como ésa? Hubieses podido hacer como de costumbre, absolutamente nada.

—Estaba pensando en ti.

¿Qué puede la razón contra esa clase de argumento? Monsieur encuentra siempre el medio de darle la vuelta a la situación, de tal manera que me sienta a la vez loca de rabia y llena a reventar de felicidad por estar todavía en su cabeza, siquiera por breves instantes, aunque las ganas que me tiene Monsieur se apaguen de forma brusca cuando se despierte.

—Es una buena razón —admito sin ganas.

—Estás rara —subraya Monsieur que no tiene la menor idea de lo exacto del término.

—Es sólo que no veo adónde va esto, no sé lo que tengo que pensar.

Monsieur respira profundamente.

—Yo tampoco lo sé. ¿Cuándo vuelves a París?

—No lo sé.

Una palabra, una fecha de Monsieur bastarían para que coja inmediatamente mi billete de vuelta, pero me gusta mucho como suena ese «no lo sé» en mi boca. No lo sé y me importa poco no saberlo.

—Estoy entrando en el *parking*, voy a tener que dejarte. ¿Puedo llamarte en otro momento?

—Cuando quieras —dando vueltas sobre mí misma—. No tienes más que llamarme mañana, cuando vayas al trabajo.

—Ok.

Y no será porque no me muerdo la lengua con todas mis fuerzas, que tengo que soltar esa posdata que tira por tierra la frágil impresión de indiferencia que creo haber transmitido:

—Yo pensaba que ya no me querías nada.

—No pienses eso, Ellie.

—¿No?

Ya estoy sonriendo, de manera incontrolable.

—No. No pienses eso. Si pudiera verte, si no fuese tan arriesgado, lo haría lo más posible.

—Bueno.

—¿Vale, pequeña?

—Vale —le respondo a esa voz que me cosquillea en el lóbulo de la oreja.

—Vale, entonces. Tengo que irme pitando, te llamo mañana.

—Hasta mañana.

—Un beso —susurra Monsieur.

—¿Otro? —susurro, y me sería complicado describir la eficacia de los tres o cuatro segundos de silencio total que preceden al fin de la comunicación, ese breve momento de eternidad en que lo oigo respirar, dudar tal vez si añadir algo, la vibración muy grave del motor, luego ya nada. Tengo que aguantar hasta mañana por la mañana haciendo inventario sin cesar de todo lo que Monsieur y yo hubiésemos podido decirnos entre esos dos paréntesis, en esa pequeña página de azar que ha quedado en blanco.

Tan pronto como mi teléfono se queda mudo, me quedo con los brazos colgando plantada en la hierba empapada: entonces, ha vuelto Monsieur, así porque sí. De ninguna parte. No tengo ningún indicio, ninguna pista que pudiera ayudarme a determinar a qué se ha dedicado todo este tiempo lejos de mí. No sé más que una cosa, pero que me deja contenta totalmente, al menos dos minutos: Monsieur está ahí. Monsieur existe, Monsieur está vivo —he hablado con él—. Todavía tengo el pecho al rojo vivo de haberlo tenido a mi oído.

—¿Entonces? —me pregunta Lucy, que se acerca como lo hace siempre: en el mayor de los silencios.

—Entonces, no lo sé.

—¿Va a volver a acostarse contigo?

—Sí. Bueno, creo. Parece tener ganas, en todo caso. Si no miente. Nunca se sabe, en realidad. Es Monsieur.

Mientras volvemos hacia la casa, me consumo entera de incompreensión. Pero sí, ¿qué espera éste de mí? Aun cuando no debería, aun cuando sé a ciencia cierta que son maniobras como ésa las que me han valido arrastrarme a los pies de Monsieur, le envío por SMS mi última pregunta:

—¿Quieres que deje de contonearme delante de ti como una gata en celo?

Unos minutos más tarde, Monsieur:

—No.

Mi permiso para ser feliz, al menos por un tiempo.

Al día siguiente a las ocho y cuarto, me fumo mi primer cigarrillo en el jardincito de mi abuela. Como Alice, Lucy y yo hemos trasnochado hasta muy tarde, me cuesta mantener los ojos abiertos. A estas horas, Monsieur sale en tromba del baño lleno de vaho, con una toalla anudada alrededor de la cintura. Perfectamente afeitado, con perfume detrás de las orejas y en sus muñecas sedosas. Estoy segura de que se hace pajas en la ducha, lentamente, bajo los chorros de agua ardiendo. En qué piensa es

una gran incógnita, pero nada, *a priori*, le impide pensar en mí. Luego, se viste sin ruido en la habitación húmeda donde su mujer dormita todavía. Se topa con Charles en el pasillo, acaricia brevemente su pelo largo. En la cocina, Monsieur se traga un café firmando unos papeles de Adam para el colegio. Ni siquiera se toma la molestia de sentarse, desayuna con prisas como hace todo lo demás: al final, no hay muchos más sitios aparte del quirófano en donde Monsieur se permita gestos lentos, cuidadosos. Aunque a menudo lo he oído quejarse de ello, le sería probablemente difícil vivir de otra manera.

Ocho y media: Monsieur le da un beso a Estelle, que acaba de salir de la habitación en camisón. Los niños se han ido ya:

—Hasta la noche —dice, y unos minutos más tarde ya está en su coche.

Su móvil en la bandeja, conectado al altavoz. El mundo de fuera un poco ahumado por las ventanillas oscuras. Veo todo eso sin necesitar pensar mucho en ello: me imagino su olor en el habitáculo, las comisuras de sus labios, que tendrían todavía sabor a café si pusiese mi lengua en ellas. Monsieur sale del *parking*, sorteando las curvas angostas sin pensar en ello realmente, sino ya en todo ese día que le espera. Fuera, en Quai de la Mégisserie, rosa y pálido por el sol, los transeúntes que le dan las gracias con una breve señal de la cabeza —es increíble—, apenas lo ven, nada más que una sombra tras el parabrisas tintado. Si eso me ocurriese a mí, que Monsieur tuviese la amabilidad de dejarme cruzar, creo que me quedaría atrapada entre sus faros como un bicho, mirándolo interminablemente.

Nueve menos cuarto: en medio de los atascos, Monsieur está en efervescencia. Habla con Estelle de las últimas formalidades para las vacaciones, sin gran entusiasmo, pues las vacaciones, para él, todavía quedan lejos. Tres operaciones hoy, y Dios sabe cuántos pacientes, la cabeza de Monsieur está llena de pensamientos, llena, llena a reventar. No le queda sitio para albergar allí ideas sobre descansar o sobre estar al sol con su mujer a solas. O para albergarme a mí.

Nueve menos cinco: Monsieur aparca delante de la verja de la clínica. En cuanto sale de su coche, lo intercepta un colega, quien, mientras le cuenta esto y lo de más allá, lo escolta hasta el quirófano. En los vestuarios, donde adopta su uniforme de cirujano, Monsieur deja su maletín, su cartera, su móvil y a mí, encerrados en una taquilla. Monsieur opera. Monsieur es un adulto. Monsieur tiene responsabilidades.

Como yo no tengo ninguna, me vuelvo a acostar sin hacer ruido. En la cama, mi

hermana pequeña se vuelve y refunfuña:

—¿Qué coño haces?

—Nada, no podía dormir.

Louise, por su parte, probablemente ya se ha vuelto a dormir. El olor de su sueño se cierne por encima de nosotras; oscuridad total en el salón. Dentro de pocos minutos mi abuela estará en pie; si no logro quedarme traspuesta de aquí a entonces, lo tendré difícil. Pero ¿cómo hacerlo, Dios mío? El odio a Monsieur tiene un efecto excitante sobre mí.

Una vez que he irritado bien a Louise agitándome como un gusano, decido retirarme dignamente. Subo al primer piso, donde Alice y Lucy duermen, en una atmósfera húmeda y azul. Me hago sitio en la cama de mi hermana, que se aparta roncando. En mi completa e insaciable exasperación (menos confesable: en mi infinita tristeza), la única promesa con la que puedo arrullarme para conciliar el sueño sigue siendo ésa: fumar. Fumar y troncharme de risa, con ojos rojos de conejo, párpados pesados, boca seca. Desde que Monsieur ha entrado en mi vida, menos mal que la droga existe para paliar sus promesas incumplidas.

Martes.

Estoy aquí, en Berlín, desde hace una semana, rodeada por todas estas chicas adorables y adoradas, y, entre ellas, la ya legendaria Lucy, a la que recibo con una gran palmada viril en la espalda —era eso o las más delicadas e indecibles de las caricias, había que zanjar el asunto—. El primer día, hacía un sol agobiante e inicié a las Niñas en el arte del piti tumbadas en el Monbijoupark, en ropa interior, con nuestros altavoces portátiles siempre cerca. Las miraba a todas, a una tras otra, considerando cuánto tiempo necesitarían para dejar de querer irse de allí. Al cabo de cinco minutos, tumbadas con forma de estrella de mar sobre la hierba suave, dejaron de resistirse con claridad. Se lo había advertido.

En plena partida de tarot, Lucy me sustrajo *Monsieur* —así que todo lo que he podido escribir sobre ella ya no es un secreto; estaba tan concentrada que había que recordarle cuándo jugar y qué palo—. Con un nudo en el estómago, intentaba adivinar lo que podía estar pasándole por su bonita cabeza, tras sus ojos oscuros, si creía hojear una ficción o, en efecto, los vericuetos de mi imaginario sexual torturado, sobre el que Monsieur y ella reinan ahora sin reservas. Secreto de Estado; dejó el cuaderno tranquilamente, sin decir palabra, como si fuese inútil debatir durante horas por qué cuando está cerca ya no pienso en Monsieur sino en ella, por qué su polla no me hace tanto efecto como la idea de su cuerpo desnudo.

Jueves.

Si me muero tanto de ganas de tener sexo, es probablemente porque Zylberstein y Landauer me llaman a ratos con una voz hipócrita de médico que pregunta por una paciente a dieta. Estos diez días que llevo expatriada, me contento con mis deditos llenos de tinta, y eso es algo que parece plantearles un serio problema de ego —ya que, en cuanto ha terminado mi conversación con Landauer, Octave me ha llamado para estar bien seguro de que le había dicho la verdad: Ellie Becker se ha ido por un mes entero sin hombres—. Bonito negocio.

Hubiese podido, para mayor belleza de la expresión, enfatizar más en el matiz: «un mes sin “hombres”». Pero mezclar a Lucy en todo este circo sexual, inscribir su nombre en la memoria de estos chicos e insinuar pretensiones, que no se basan, por el momento, en ningún fundamento válido, sería irles con un cuento chino. Tenía miedo de que recayeran las miradas sobre mí, así que hice como si llevara mi cruz, con valentía, asegurando con la mayor de las calmas que un periodo de ayuno me haría el mayor de los bienes.

Cosa de la que no estaba nada convencida.

Y de todas formas, hablar de ayuno no tiene ningún sentido, ya que, desde mi

estrepitosa llegada a Berlín, no he dejado escapar la ocasión de correrme en mi camita incómoda —actividad asimilable a un peluche dado que, a pesar de los viajes, a pesar de los cambios de residencia y el desbarajuste en los hábitos, el mundo en el que me pierdo durante diez minutos todos los días no cambia jamás—. Los protagonistas y sus actitudes siguen siendo inmutables: Monsieur, Lucy. Y yo en medio, demostrando una buena voluntad que cede ante todos los vicios, inesperados o indecibles.

Me reuní con las chicas en Viktoriapark, en Mehringdamm. Hacía tanto calor que nos repanchingamos en el césped en bañador, envueltas en un buen olor a maría y una cerveza con regusto a miel que no se encuentra en otra parte. Por una casualidad que ni siquiera se merece ese nombre, cuando abría los ojos, veía a Lucy, enmarcada por los dos picos de mis rodillas.

Al irnos, en Kreuzbergstrasse dimos con una especie de *coffee-shop* solapadamente disfrazado de tienda de material de acampada. El vendedor no tenía maría (evidentemente), pero nos pasó quince semillas mágicas. En el momento en que escribo, trotamos más que andamos hacia Wedding, y tengo en mi bolso con qué pasar una muy buena o muy mala noche.

¿Ya he dicho que Monsieur era más fuerte que todas las drogas? Ningún paraíso artificial puede mantenerlo lejos de mis pensamientos. Las chicas y yo habíamos montado tal número para pillar esas semillas que ya no estaba concentrada más que en ellas, en el amor denso que les tenía. Deambulamos de la sala de estar al gran patio en sombra, a merced de nuestras náuseas, con Lucy abriendo la marcha a un paso cascado por la mano que tenía encima de la tripa. Hablando poco. Deteniéndose a mitad de frase cuando una oleada desagradable en el estómago nos hacía todo esfuerzo insoportable. Al principio no éramos más que cuatro, sentadas cerca de unos aparcamientos para bicicletas —las otras habían decidido tumbarse—. Lucy se fumaba un cigarrillo con cara de aguantar valientemente un calvario interminable, y yo trataba mal que bien de olvidar mi propio malestar para mantener la moral de las tropas de buen rollo, a golpe de juegos de palabras de primero de primaria: Alice, por solidaridad, se obligaba a una amplia sonrisa dolorosa y luego volvía a meter la cabeza entre los hombros. Flora, con las piernas cruzadas sobre el césped, se roía las uñas mirando al vacío. En esos momentos los silencios no eran nada embarazosos: constituían un momento de puesta en común de nuestros fardos respectivos, las agujetas en los muslos, el poco resuello, y unas terribles ganas de echar las tripas. Tenía, de todas formas, un poco de miedo de empezar a considerar la hipótesis de que nos la hubiese jugado ese cabrón de la tienda, pero de repente hacía tan bueno y tanto calor, el aire olía tan bien que el fiasco parecía imposible. Esperaba.

—Venga, ¡arriba ese ánimo! —chillé, lo bastante fuerte como para hacerme daño a mí misma... y un retortijón también me tapó la boca en seco.

Alice optó por levantarse para venir a encenderse un cigarrillo a mi lado, contra la pared.

—¿Hace cuánto tiempo ya que nos hemos tomado las semillas? —me preguntó en voz alta.

—Pronto hará una hora —respondió Flora lacónicamente, antes de ponerse en pie también, con un cigarrillo en la boca—. Fuego, por favor.

El brazo dorado de Lucy se tendió hacia ella prolongado por un mechero.

—¿Crees que esto va a durar todavía mucho tiempo? —le oí preguntar en una nube de humo.

—¿Las arcadas? Me parece que tendrían que parar en breve.

En realidad, no tenía ni idea. Estaba muy contenta de haber podido mantener el contenido de mi estómago en su lugar habitual. La posibilidad de tener náuseas así durante ocho horas ni siquiera se me había pasado por la cabeza —hubiese sido como para llorar.

—¿Os sentís ya raras? —dijo Flo dando una voz.

—Imposible de responder —respondió Lucy—. Tengo unas agujetas horribles en las caderas. ¡En las caderas! Eso nunca me había pasado.

—Yo me siento rara —le respondí esbozando una mueca sorprendentemente crispada.

—Tú, sobre todo, tienes los ojos mogollón de dilatados —añadió Alice mientras se inclinaba para casi pegar su carita rubia a la mía y estudiaba mis pupilas con sus pupilas de un oscuro capaz de tirar de espaldas a Lovecraft.

—Mira quién fue a hablar —respondí precipitándome hacia la puerta vidriera para mirar mis ojos.

—Ahora es cuando estaríamos en apuros si llegaran los maderos —se rió Alice mirándose intensamente.

Incapaz de contener una risa como un hipo, me di cuenta de que no lograba dejar de sonreír. Algún veneno contenido en las semillas obligaba a los músculos de mi cara a contraerse.

Cinco minutos más tarde nos reíamos a gritos en el patio interior, ligeras como plumas, con la tripa por fin domada. Para entender hasta qué punto estábamos bien de nuevo, Alice o yo sugeríamos ir a buscar música cuando un inquilino achacoso del quinto nos amenazó desde el balcón con llamar a la policía. Nos marchamos como gusanos al apartamento, tratando de pasar cuatro por la puerta al mismo tiempo (mi brazo conserva un tajo bastante elegante, que me aprieto a solas para retomar la sombra de ese dolor... y de esa euforia). Clémence salió entonces de la habitación en donde se echaba la siesta para calmar las náuseas, luego Claire y Anne-Lise, y, por fin, Hermance, que no asomó la nariz más que al oírnos sollozar de risa. Hay una escena que recordaré toda mi vida: diez minutos después de su llegada triunfal, cuando nos describíamos mutuamente esa impresión desconocida de estar contentas todo el tiempo y de manera continua, acurrucadas las unas contra las otras en los sofás como una camada de gatitas, Hermance se puso en pie repentinamente como un resorte, con la cara entre sus finas manos. Convencidas de que acababa de hacerse

daño de una manera o de otra, Clémence y Alice se incorporaron como suricatos, piando «Hermi Hermi Hermi» —y yo, joder, ¡no lograba dejar de reírme!—. Hermance soltó un aullido completamente indescriptible, llevándose las manos al abdomen agitado entre espasmos, y Flo, al ver unas lágrimas que disolvían su rímel, exclamó:

—¡Que está llorando! ¡Hermi está llorando!

Y lloraba, efectivamente, pero de alegría. Fue lo que acabamos entendiendo cuando, mientras dejaba que Lucy, todavía un poco preocupada, le friccione el brazo, dijo hipando:

—¡No sé por qué estoy llorando! ¡Ni siquiera sé si estoy llorando! Todo es perfecto, ¡todo, todo, todo! ¡Esta ciudad es perfecta, vosotras sois perfectas, la música es perfecta!

Su barbilla se puso a temblar violentamente y con una voz de violincillo agudo, añadió:

—¡Me está rompiendo el corazón!

Y sollozando cada vez más, se sirvió un vaso de ponche.

Tuvimos varios momentos de gracia de este tipo en el transcurso de las siete horas que constituyeron nuestra noche. Son, por otra parte, los únicos recuerdos precisos que conservo: Alice presa de una flojera inexplicable, se vio incapaz de sujetar su plato de espaguetis y sin amagar el más mínimo gesto se lo tiró todo encima del vestido. Riéndose. Más tarde, sentada con las piernas cruzadas en el sillón de mimbre, entre los dos sofás, me propuse encontrar para cada una de las niñas una descripción a lo casa Tellier. Era el objetivo inicial de la conversación, encontrar el tipo de mujer que se correspondía con cada una, al igual que en el burdel de Maupassant encontrábamos a la Bella Rubia, la Bella Judía, la Normanda. Pero ante todos esos rostros diferentes, ante esos cuerpos que desentonan los unos con los otros, esos cabellos imposibles de confundir o de definir, no me aclaraba. Pasaba mucho de los argumentos de venta que una regente de puticlub hubiese elegido para tentar al cliente, ya que me parecía, de repente, ser el único cliente, poseer los únicos ojos capaces de ver lo bellas que eran. ¿Cómo un hombre podría comprender eso alguna vez? Estaban todas a kilómetros por encima de un bajo deseo animal rápidamente saciado. Encerrarlos en un tipo de mujer me parecía un crimen de lesa majestad. Estábamos hablando de sensualidad, de un aura de sexo particular y personal —e incluso eso era hablar demasiado—. Imperceptiblemente, los largos miembros carnosos se relajaban sobre los cojines, los párpados lánguidos caían sobre sus pupilas oscuras, y todos los elementos de esa manada encantadora se abandonaban las unas tras las otras, complacientemente, al halago y a las caricias de las palabras más barrocas de mi repertorio. Mantener un lenguaje pulido me requería un esfuerzo de abnegación al que me sometía mal que bien... pues, para Flora, por ejemplo, no encontraba apenas cómo explicar de otra manera que mediante esa imagen inventada de ella, en que se la tiraban en una gran cama de raso, boquiabierta

con las manos crispadas en una almohada gigantesca. Lejos de saber describir con palabras con la clase suficiente la belleza extraña de su rostro, no la veía más que extasiada en los brazos de un hombre intercambiable por completo.

—Flora no se parece a nadie más —concluí con una voz suave como el caramelo, doblando mis piernas debajo de mí.

—¡Ahora Lucy! —anunció Clémence.

«Lucy tiene simplemente esos ojos que huelen a sexo y me la voy a zampar enterita en cuanto me volváis la espalda» pensé mirando a la concernida, acuclillada cerca de la mesa baja, que esperaba su juicio con una media sonrisa de esfinge, consciente de la dificultad que podía sentir. Poniendo una cara conveniente (pero que no era probablemente más que obscena), suspiré:

—Lucy... Lucy es Lucy. Todas sabéis perfectamente que es indescriptible.

Visiblemente halagada, sin perder su sonrisa que le iba iluminando el rostro, bajó la mirada.

Satisfecha con mi pequeño efecto, crucé y des crucé las piernas, presas de un violento acceso de calor en los muslos.

Más tarde aún, ella y yo nos habíamos montado en los columpios del jardín que partía su calle en dos. Como me empujaba demasiado, creí que iba a ser absorbida por ese cielo literalmente lleno de estrellas, más brillantes que nunca. Amedrentadas, mis pupilas demasiado dilatadas creaban halos alrededor de cada luz. Veía el mundo como una acuarela; a kilómetros, parecía, por debajo de mí, Lucy seguía mi ascensión lanzando chillidos encantada. Cerrar los ojos, cuando la ley de la gravedad me volvía a echar atrás con brusquedad, me ocasionaba unas náuseas eufóricas, en las que la ebriedad del vértigo y esta inigualable sensación de libertad eran iguales casi a un orgasmo. Mi cabello me golpeaba violentamente en la frente al bajar y soltaba el aire mientras me palpitaba el bajo vientre, en mis ojos cerrados el nombre de Monsieur parpadeaba como un fluorescente.

Monsieur.

Que me explique alguien qué pintaba Monsieur ahí. ¿Por qué, incluso absorta como estaba en nuestros paseos sin pies ni cabeza, en nuestros juegos de palabras baratos, por qué, aun cuando no veía más que a Lucy, le dejé retomar su sitio? Y ¿en qué momento exacto de la noche se produjo?

Estábamos todavía en el apartamento, creo. Sí, estoy segura de ello. Dios sabe por qué estaba en bañador. Cuando la discusión estaba en su apogeo, me despegué, sintiéndolo en el alma, del sillón para ir a hacer pis. Ojeada en el espejo; la clase de mirada vidriosa que no me hubiese dado la más mínima oportunidad ante mis padres. Mi reflejo me fascinaba, un poco como cuando nos vemos en un cristal que no refleja la mirada. De pie, de repente poco preocupada por mi vejiga, a punto de carcajearme, movía mis manos, estudiando gravemente su trayectoria, antes de acariciarme las

mejillas. ¡Pero qué divertido, divertidísimo incluso! Una joven mujer que se me parecía terriblemente justo enfrente de mí, con el mismo bañador negro, con los mismos pelos despeinados, la misma sonrisa incoherente. Oía un constante ruido de interferencias.

Abandonando con pesar el espejo, me dejé caer en el asiento. Y, mientras cumplía con mi humano quehacer, riéndome por lo bajo de mis propios pensamientos, se entreabrió la puerta. Probablemente una pequeña corriente de aire —pero ésa es una evidencia que no se me pasó por la cabeza más que unas horas más tarde, pues, en ese preciso momento, sin albergar el más mínimo temor o el más mínimo sentimiento de irrealidad, creí que Monsieur acababa de manifestármese. «¿Y por qué no, después de todo? ¿Por qué iba a tener las alucinaciones más improbables del mundo, pero ni la más mínima concerniente al mayor problema que haya tenido nunca?»—. Yo, con mi bañador por los tobillos, sentada en cueros en el trono, con mis grandes ojos azules clavados en la entrada —en otras palabras, en Monsieur, que permanecía inmóvil bajo el marco de la puerta—. Monsieur, con la mirada clavada en mi carne como un arpón, avanzando lentamente con una sonrisa hipócrita de aprobación. Diciendo a cada pestañeo «soy yo, nena, yo y mi polla que nunca ha dejado de ponerse dura por ti, por ti en esa postura por ejemplo, tú meando con tu rajita rosa intenso ya empapada, porque probablemente lo estás —si tienes una alucinación semejante es ante todo porque hace que te mojes, ¿no?—. Dime la verdad, mi dulce zorrita: al principio, la idea de dejarme verte te asqueaba, pero, pensándolo bien, te excita tanto como a mí, ¿no? Éste es claramente un terreno en el que Lucy no me podrá derrotar (¿acaso puede en realidad, Ellie?), tus novísimas ideas de hacer pis delante de mí salidas de no se sabe dónde. No lo entendería. Es demasiado joven... mientras que yo, Dios, tengo una edad en la que ya no me choca nada. Las peores perversiones en las que podrías pensar no me sorprenderían, porque las conozco al dedillo y sobre todo, Ellie, sobre todo porque siempre he sospechado en ti vicios que pululaban como gusanos. Así que, dime: ¿pensabas de verdad que ibas a poder olvidarte de mí todo un verano? Vaya chorrada. Estoy aquí, ahora, y nos lo vamos a pasar de puta madre».

Y sonreía, con una sonrisa de perra, al resquicio vacío. Monsieur se inclinaba hacia mí para meterme sus dedos cuando Alice le soltó una patada de borracha a la puerta. Monsieur reventó como una burbuja, y sacudí la cabeza, atontada.

—Aligera, ¡que tengo que entrar! —vociferó.

Más tarde, nos fuimos a dormir. Flora y Alice me habían guardado una cama en su habitacioncita. Me había ido para darme uno de esos orgasmos que amortiguamos mordiendo la almohada, cuando, detrás de mis párpados cerrados, volvió Monsieur, todo miradas sinuosas, sonrisas como azotes dados con toda la mano, con cara de decir «¿dónde estábamos?».

«Ahí, Monsieur. Justo ahí».

Lunes.

Fue en un pequeño museo restringido de Berlín, durante una exposición sobre la fotografía erótica en blanco y negro, cuando Monsieur recuperó su lugar, con una intransigencia de amante rencoroso. Recorría rápidamente los pasillos en la esperanza de esquivar a un grupo de turistas cuando las vi. Vi, no reparé en ellas. No inmediatamente.

«¿Aubrey Beardsley para *Salomé* de Oscar Wilde?», leí con desidia, antes de que mis neuronas se conectaran, a una velocidad supersónica, y me acordase de los *mails* que me escribía, uno de los cuales evocaba esa obra, esas ilustraciones. Creí que iba a llorar o a gritar de ganas de verlo, en medio del museo, delante de las narices de los guardias y en ese silencio de iglesia.

La solapada idea tardó una noche en hacérseme clara. Por la mañana, cuando la luz era todavía un poco rosada, le envié un SMS:

—Unos dibujos de Beardsley para *Salomé* en una exposición. Maravilloso.

Sorpresa de las sorpresas, aunque me lo esperaba tan poco como un cañonazo, Monsieur me envió unos minutos más tarde:

—¿En qué museo?

—En Berlín.

—¿Has visto a Von Bayros y a Kokoschka?

Sólo Dios sabe por qué, Monsieur, con respecto al arte se mostraba de repente parlanchín. Todo mi día no fue más que una conversación a ritmo de U-Bahn y de comidas delante de mi Facebook. Monsieur me explicaba todo de manera muy erudita, escandalizado por esas sombras en mi cultura. Acababa de enviarle mi larga carta ardiente —que estaba aderezada al final con una cita: el lunes 14 de septiembre—. Mientras escuchaba a los Rolling Stones volviendo a casa de Catherine, le pregunté:

—Por cierto, ¿has recibido mi carta?

Lo que constituía evidentemente un ejemplo perfecto para ampliar mi teoría del Mensaje de Más, ya que Monsieur, misteriosamente, se calló.

Antes de entender este fenómeno, me devanaba los sesos intentando adivinar lo que había podido consternar, ofender o asustar en mis SMS a Monsieur hasta el punto de que rompiera el contacto. Tenía, no obstante, la impresión de haber sido agobiante al hablarle de mis jornadas de escritura. Pero acabé entendiéndolo: a veces, empujado por Dios sabe qué pulsión de vicio, Monsieur acepta responderme. El diálogo puede extenderse a dos o tres mensajes enviados a ritmo languideciente, pero muy raramente llegan a más, pues en un momento dado (que sólo Monsieur puede definir), uno de mis mensajes llevados por el entusiasmo se choca con un muro: el Mensaje de Más. Nadie, salvo Monsieur, sabe cuándo y por qué intervienen... pero con el tiempo y la experiencia he acabado por olerme los callejones sin salida, de manera bastante

exacta. Las banalidades caen en el olvido en primer lugar. Las insinuaciones apremiantes también, las que piden con un poco de insistencia una fecha, una referencia cronológica concreta, no tienen en vilo a Monsieur mucho tiempo. Añadamos a esto otro elemento, éste insondable: Monsieur, contra todo pronóstico, con una patanería tal que se vuelve casi cómica, sabe también darme la espalda en pleno diálogo tórrido, cuando babeo ya sobre el teclado de mi teléfono. ¿No dejó así, en su bandeja de entrada, un *mail* repleto de fotos de mi culo? Me haría abofetear.

Se diría, sin embargo, que uno se acostumbra a todo, acabé aceptando esta idea de una comunicación fragmentada, dirigida por las pulsiones imprevisibles de este hombre.

Así que llegué a casa de Catherine con mi móvil mudo. Se estaba echando la siesta —y de la rabia por haberme metido de nuevo en un callejón, emborriné diez páginas de *Monsieur* fumándome mi cuota diaria de Lucky Strike.

Dos horas después, el personaje epónimo desde el lado izquierdo del escenario:

—¿Cuándo la has enviado?

Yo (frenéticamente):

—Hace una semana. Qué raro, uno de mis amigos recibió la suya ayer, y la había enviado más tarde.

Monsieur (vociferante):

—¿Cómo? ¿Qué carta, qué amigo? ¿Envías la misma a todos tus «amigos»?

Yo (después de haberme carcajeado impresionada por tanta cara):

—Tengo claramente derecho a enviarle cartas a quien quiera, ¡y no follo con todos mis amigos! ¿Qué te ha hecho tener la descabellada idea de una misma carta en varios ejemplares?

«¿Ya has tenido tu Mensaje de Más?», pensé tres horas más tarde, atiborrándome de *muffins* viendo una versión alemana de *Santa Bárbara* (la decepción y la espera inducen comportamientos pueriles que traspasan todas las fronteras).

—Asqueroso Monsieur de mierda —refunfuñaba más tarde de nuevo en el U-Bahn.

A Babette le envié:

—O si no, me busco un Monsieur guay, no un Monsieur de pacotilla como ése.

Añado como apéndice:

—El problema es que no existe más que un Monsieur.

Y luego, sin haber sido nunca menos oportuno, me llamó en Mehringdamm. En medio de mi trayecto brinqué como un conejo fuera del vagón, encontré un sitio en un banco vacío, dejé pasar dos trenes con un intervalo de siete minutos entre cada uno, aunque tenía que estar en mi casa a las nueve de la noche en punto. ¿Me comprende?, tenía que oírlo perfectamente, su bonita y profunda voz tierna, su bonita voz que se infiltra en los vestidos y desata los botines. Me había pasado un mes sin ese sonido y sería una mentira escribir, sólo para que parezca bonito, «no me acordaba de que esto podía ser tan bueno». Me acordaba de todo, no se había

esfumado ni un detalle. Me acordaba con una precisión lacerante de que, al teléfono, Monsieur resultaba tan cruel, tan odiosamente excitante. No me había sorprendido; sólo penetrado. Tardé mis buenos cinco minutos en darme cuenta de que me estaba frotando contra el banco, a la vista de todo el mundo. La risa de Monsieur me provocaba, sobre todo, unas sonrisas muy indecentes, y las ganas insaciables de poner a prueba mis mejores ocurrencias para tener todavía más, más de esa risa fresca y amplia, estallando como un orgasmo en el aparato. Monsieur quería ir a Berlín. El tono imperativo que adoptó para decirme «llévame contigo» barría de un revés esos pocos meses en que no dejó de rehuirme. Como siempre, Monsieur me habló como si acabásemos de salir de la cama en ese instante. La idea misma de interrogarlo sobre sus espantadas era obsoleta.

—¡Menudo suplicio para pillarte al teléfono! —exclamé, y Monsieur, sin la más mínima petición por mi parte, me habló de un congreso falso en Postdam, de un fin de semana de la mano, con un porro en la boca en la ciudad más amorosa del mundo, de mí como guía espiritual de las noches berlinesas, Monsieur me habló sin decirme en realidad todo de esas noches hechas días hechos noches, tumbados desnudos en la cama deshecha de nuestro hotel en Friedrichshain. Al estar yo misma en pleno centro de la ciudad, henchida del saludable aire caliente del U-Bahn, no me atrevía siquiera a imaginarme su hombro contra el mío en el banco, por miedo a gritar de ganas. Me encantaba pensar en ello. Me convencía que, de una manera u otra, podríamos conseguirlo, ojalá Monsieur pudiera —ojalá Monsieur quisiera—. «En fin, Ellie, que ya es imposible tener una comunicación virtual normal y regular con él. ¿Cómo esperas tener a Monsieur cautivo tres o cuatro días? Hasta en una ciudad desconocida, sin noción alguna de alemán, le daría igual esfumarse».

—¿Estás guapa hoy? —me preguntó.

—Pues no demasiado.

Se echó a reír.

—¿Por qué?

—No lo sé, tengo el pelo revuelto cogido con una goma, unos vaqueros muy rotos... no estoy en plena forma.

—Estás mintiendo... —replicó—. Mírate bien en la ventanilla del metro. ¿Te estás viendo ahí?

—Sí.

Enfrente de mí, mi reflejo sonrojado y lo bonitos que parecían siempre mis pies, incluso con las deportivas más espantosas. Aspecto de enamorada; eso es, en todo caso, lo que debían de pensar los viajeros al oír la cantilena universal de mi parloteo. Aspecto enfermizo, pero era la única en saberlo.

—Hace un rato, releía tu mensaje y pensé en esas fotos de Bellmer, no sé si lo conoces. Hans Bellmer.

—Claro. Las muñecas.

—Hay una, muy en particular, que me hizo pensar en ti, la primera vez que te vi.

Ni siquiera sabía cómo serías, sólo distinguí tu cuerpecito rosa bajo las mantas... rosa como las muñecas de Bellmer.

—Nunca me habías dicho eso —dejé caer, impidiéndome mal que bien expresarle las ganas que tenía de más, de mucho más, más de esa clase de frases, de esa clase de palabras cariñosas.

—¿Cuándo vuelves de Berlín?

—El tres.

Me mordí la lengua unos segundos, y luego, bueno, fue más fuerte que yo:

—¿Nos vemos cuando vuelva?

—Sí —respondió Monsieur en un tono grave, y todo mi cuerpo de repente me pareció más ligero, por nada, por las razones equivocadas, como si a partir de ese momento Monsieur no pudiera ya desdecirse, y yo flotaba, flotaba, incluso después de que un capricho de la cobertura nos hubiera cortado, flotaba sobre *Honky Tonk Women*, y hasta Steglitz no toqué tierra.

Una vez en mi cama, como si esas circunstancias particulares exigieran una celebración igualmente poco ortodoxa, me metí el mango del cepillo para el pelo, rápidamente a punto de romper nerviosamente a llorar. A falta de tener a Monsieur a mi disposición, tenía al menos que llenar la brecha que acababa de reabrir, y las sensaciones que extraje de ello fueron tan huidizas como él.

Jueves.

Muchas veces al regresar de Berlín me he visto deshecha en lágrimas de aburrimiento en mi cama. La mayor parte del tiempo es el olor de las calles lo que echo de menos, ese aire que mezcla el polen, el agua verde del Spree y el humo de todos los puestos que jalonan las aceras. Echo de menos a la gente. Echo de menos la euforia constante. Echo de menos vagar sola sin tener horarios que dar como rehén a quien sea. Pero ahora que tengo a Monsieur esperando, Monsieur que nunca se aleja a más de quince kilómetros de mí, el aburrimiento tiene otro sabor. Hace ya dos noches que rozamos la catástrofe por culpa de ese maldito teléfono fijo. Y porque soy de una estupidez que no me deja respiro alguno. ¿Qué me ha dado por llamar desde esta línea que no conoce? Estaba escondida en el despacho y he dejado un mensaje en su contestador, diciendo que bajo ningún pretexto debía tratar de localizarme en ese número. Y con razón: era el de mi tío, a quien no le harían falta ni dos segundos para olerse la tostada. Pero hacer eso era olvidarse demasiado rápido de que Monsieur nunca tiene tiempo o paciencia para escuchar su buzón de voz, en el que le esperan constantemente una treintena de mensajes añejos. Quince minutos más tarde, cuando ya había olvidado mi enésima tentativa de localizarlo, sonó el timbre estridente del teléfono. Yo escribía en mi mesa. Primer tono: por encima de mi cabeza, oí una galopada, mi hermana precipitándose al aparato. Segundo tono: durante un segundo comprendí lo que me estaba pasando, si por casualidad la persona al otro lado del

teléfono era por algún milagro en la que estaba pensando, y me lancé tirando toda una repisa de bragas, gritando «¡es para mí!» con un tono disuasorio. El teléfono estaba ardiendo en mi oreja.

—Buenos días —me dijo Monsieur—. Me ha llamado y no conozco este número.

—¡Soy yo! —sonreí, con el corazón saliéndoseme del pecho.

—¿Quién?

—Yo, Ellie. Presta un poco de atención a tu contestador, ¡te he dicho que no me llamas aquí! ¡Estoy en casa de Philippe!

Pero Monsieur ya no me escuchaba, dedicándose a repetir mi nombre con el tono más jovial que le haya conocido nunca, como si con esa redundante llamada perdida le acabase de alegrar el día.

—¿Cómo estás, nena? ¡Qué placer tan grande hablar contigo!

—Bien, ¿y tú?

—Currando, como siempre, nada nuevo. ¿Estás en París?

—Volví ayer. ¿Te ha llegado ya mi carta?

—Pues todavía no. Esta historia es increíble. ¿Qué me decías en ella?

Acurrucada en mi cama en posición fetal, apretaba con todas mis fuerzas mi brazo libre entre mis muslos.

—Decía un montón de cosas, te contaba lo de Berlín, te hablaba del hecho de que no me he acostado con un tío desde hace un mes. Es demasiado largo para contarlo por teléfono.

—Lo sé. ¿Cuándo nos vemos?

—Había pensado en el catorce.

—Qué tarde, el catorce.

Monsieur ignora lo exactas, tajantes, punzantes que son esas palabras a veces. Quedan más de diez noches antes de verlo.

LIBRO III

*You are the last drink I never should have drunk
You are the body hidden in a trunk
You are the habit I can't seem to kick
You are my secrets on the front page every week*

*You are the car I never should have bought
You are the dream I never should have caught
You are the cut that makes me hide my face
You are the party that makes me feel my age*

*You're like a car crash I can see but I just can't avoid
Like a plane I've been told I never should board
Like a film that's so bad but I gotta stay till the end
Let me tell you now —it's lucky for you that we're friends.*

Pulp, *Like a Friend*

Lo que sé de Monsieur, a fin de cuentas, cabe en una frase que repite a menudo sin que capte las sutilezas de su admirable concisión: «Sería genial si tuviera tiempo».

Si tuviera tiempo, Monsieur y yo tendríamos largas conversaciones por teléfono. Nos tomaríamos un café en una terraza. A lo mejor iríamos a cenar a ese restaurante italiano que considera que es el mejor de París. Se montarían seminarios ficticios fuera de la capital como probablemente ya ha hecho por otra, por otras. En el ámbito de lo imaginario, Monsieur y yo llevamos una vida trepidante, la que lleva cualquier hombre casado con su amante; y, si no tengo derecho a ella, no es porque le falte tiempo, como afirma a su tajante manera: acabé por pensar que no valgo la pena. Mientras me folla y no siento nada, sopeso seriamente esta hipótesis: no valgo la pena, pero tampoco sé quién de los dos es más patético. Él, que se rebaja a metérmela, o yo que me rebajo a gemir. Puedo contar sin problema los besos y las palabras a las que he tenido derecho antes de la penetración (palabra que esta mañana no se merece, desde luego, una mayúscula), y cuento los minutos que me separan del momento en que se va a correr, para poder hablar por fin.

Es este martes por la mañana de septiembre cuando siento palpar en mí los primeros movimientos de rebelión. Todo hubiese podido empezar antes cuando pienso en ello. Si hubiese tenido una pizca de voluntad, me hubiese pasado las vacaciones quitándome las ganas de él como uno evita liarse el enésimo porro, sin perder de vista ni un solo segundo los daños colaterales, el desengaño, el embrutecimiento, la desorientación, en resumen, un desastre total frente a unos segundos de euforia. Pero he adquirido totalmente esa mala costumbre al ordenar mis recuerdos como reliquias, al hacer de este hombre un héroe y de sus brazos, un paraíso; cuando Monsieur no es nada más que un tío y yo soy la única que ha hecho de sus brazos lo que fueron. Él no ha cambiado en nada; encima de mí me acribilla a palabras indecentes y desgrana directrices obscenas, pero me siento presa entre el fuego de la excitación y el bochorno. «Tócate», susurra, y tengo ganas de responderle que se vaya a la mierda. Que de todas formas no me voy a correr. Y que, si necesita imágenes guarras, no tiene más que hacer como yo, cerrar los ojos e inventarse películas en las que tendría los muslos más delgados, una virtud menos marcada, un coño más húmedo.

Pero Monsieur folla, con tranquilidad. La búsqueda del orgasmo, que no parece sistemática en él, lo tiene desesperadamente absorto. Y bien me doy cuenta yo de que si me abraza con tal fuerza, es, sobre todo, para evitar cruzarse con mi mirada o de darme la oportunidad de reprocharle nada de nada. Después de todo, soy yo quien lo

ha decidido, ¿no? YO le he pedido que me folle. Así que ya estamos follando.

Me veo dos días antes, al teléfono con Monsieur, contándole una conversación en la que mis amigas, tomando partido, aprobaban efusivamente su capricho por ver cómo me acaricio. El argumento principal de Inès era el siguiente: «Con cuarenta y seis años, ha comprendido que a lo mejor él solo no conseguiría nunca hacer que te corrieras». Monsieur se puso gallito para replicar en un tono desafiante increíblemente pretencioso:

—¡Le dices de mi parte que puedo hacer que se corra toda una noche si quiere!

Entonces, pensé muy intensamente, metida ya en mi afán por verlo y la desilusión que asomaba la punta de la nariz, «¡por qué no empiezas por hacer que me corra yo! ¡Cuando quieras!».

Pero me conformé con responderle a Monsieur, fingiendo estar de broma:

—No, no, ¡tú qué vas a hacer que se corra nadie!

Y, a fin de cuentas, me obedeció escrupulosamente.

Después de hacerlo, Monsieur echa unas miradas que otros le pondrían a un cadáver todavía caliente. Tengo las piernas separadas atravesadas en la cama y me siento como una muñeca despedazada que observase con detalle, fascinado por el estado en el que me ha dejado. Tengo una marca de sus dientes en el interior de mis muslos. Como esbozo los primeros movimientos para ponerme boca arriba, Monsieur se apodera de mí y me abraza con una presión constante, que no tiene nada ni de cenit ni de ocaso, con la que, probablemente, trata de comunicarme esa ternura torpe, forzada, a la que los hombres que nos son indiferentes se creen obligados a recurrir después de hacerlo. No obstante, con sus brazos atravesados uno bajo mi cuello y el otro contra mi vientre, me imagino una serpiente que ahoga a su víctima después de una lluvia de mordiscos.

Unos minutos más tarde, estoy tumbada sobre su espalda y nos miro en el espejo colocado en la pared de la derecha, yo a caballo de mi obsesión —¿y cómo pude un día, ni por un instante, creer que sabría domar a este hombre?—. Monsieur tiene los músculos finos y hechos, al parecer, tanto para la huida improvisada como para controlar a una presa; mientras que basta echarme una ojeada para comprender que soy de las que no muestran agilidad y picardía más que en asuntos de alcoba. Y de las que, fuera de ese cuadrilátero increíble, cargan con la redondez de sus miembros como un eterno limitador de velocidad.

—¿Has follado en Berlín? —me pregunta Monsieur de repente.

—¡Pero bueno, nunca he dicho cosa semejante! Al contrario, madre mía, he estado en un barbecho sexual superagotador —respondo dejándome caer de su espalda, por su costado.

—Con todos los tíos que tienes, ¿no has podido hacer nada?

—No vino ninguno de ellos a Berlín.

Monsieur estira su brazo atravesado sobre mi pecho, con la cara vuelta hacia mí. En el hueco de su mejilla se esboza ya la marca de un hoyuelo, el rabillo de una sonrisa que no espera más que nacer.

—Es verdad, ahora me acuerdo, tu historia del cepillo para el pelo.

—He especificado claramente que no quería oír hablar nunca de esa historia.

—Sin embargo, esa historia es muy divertida.

Buscando a toda costa un tema para desviar a Monsieur de esa imagen ridícula de mí con un cepillo en el coño, prosigo:

—Zylberstein, Atlan, Landauer son tíos con quien follo de buen grado, pero no hasta el punto de tenerlos encima sin interrupción durante dos días.

—Dime... Zylberstein, Atlan, Landauer...

—Lo sé. Todos mis amantes son en este momento judíos. Dios sabe por qué.

Igualmente Dios sabe por qué no puedo evitar precisar:

—Judíos y médicos.

Y entonces, Monsieur tiene la clase de mala cara que podría poner mi padre ante el anuncio de una de mis trolas, la boca corrida a una sola mejilla, mientras que de sus bonitas y desdeñosas ventanas de la nariz sale una espiración preñada de sentido.

—Eso no está bien.

—¿El qué?

—No follar más que con médicos.

—Pero es que... yo no los elijo. Es sólo así porque sí. Conocí a uno, luego a otro, después a otro más... y como se conocen todos... no salgo de ese círculo.

Monsieur no añade nada, como si esa explicación le hubiese bastado en su conjunto. Pero la arruga que tiene todavía en la boca demuestra que esa nueva teoría no es a lo mejor tan fantasiosa: la escritora romántica podría ser, en definitiva, una putita arribista a la que le excita el prestigio, y que colecciona médicos por amor a un argumento muy visto. Y esa teoría apesta, pero, francamente, no tengo fuerzas para defenderme.

Bajo una almohada, mis tres *Monsieur* se mantienen igualmente con perfil bajo. Al hojearlos, y mientras lo miro fijamente, agitada y muerta de angustia a la vez, el personaje epónimo mantiene un rostro absolutamente impenetrable; sólo sus ojos, llenos de una elegante avidez, se mueven por las líneas —muy rápidamente—. Mi corazón palpita de manera obscena, apasionada. A cada párrafo que pasa, estoy a punto de abalanzarme sobre él para arrancarle mi cuaderno. Hacia el último capítulo (aquél, por supuesto, que estudia a su mujer y a su amante de cerca), las pupilas grises reducen el ritmo, para acabar lentamente en una palabra, una frase tal vez, que ese misterioso psiquismo de enfrente de mí cree digno de atención. Vamos, que estoy

que no vivo. Tan lentamente como Monsieur levanta el rostro, estalla una pregunta seca de sus labios carnosos en un tono demasiado tranquilo para no ser inquietante:

—¿Tú qué sabes si mi mujer me engaña?

—No lo sé —digo de inmediato (estoy muerta de miedo, Señor, aterrorizada)—. No es más que una suposición. Pero me parece que es posible, ¿no?

Al ver que Monsieur rastrea ahora el pasaje en su conjunto, encontrando probablemente esa hipótesis descabellada, me apresuro a aclarar, con cobardía:

—No soy yo quien dice eso. Se lo hago decir a un personaje. —Tras tomar aire, prosigo—: De todas formas, piensa que he cambiado todos los nombres, incluido el tuyo.

Monsieur, que pasa despacio las páginas, se queda impasible. Disimuladamente, añado:

—Le he cambiado el nombre hasta a tu mujer.

—Aun así tendrías que explicarme lo que tiene que ver mi mujer en todo este asunto.

—Pues... ¡montones de cosas! No te imaginas qué implicaciones hay detrás de esta historia. Por supuesto que hablar de tu mujer tiene sentido, un sentido enorme. Aunque no sepa nada de ella. Sobre todo porque no sé nada de ella. Lo que, por otra parte, es lo que me paso repitiendo todo el rato en *Monsieur*.

Sin escucharme mucho, acaba de pasar a descifrar el interior de las solapas, que desde la noche de los tiempos hacen las veces de libreta donde garabateo mis ocurrencias, mis ideas todavía sin fundamento, mis esquemas de redacción. Toda una maraña de frases incomprensibles para cualquier otro que no sea yo, dejando a un lado algunas afirmaciones de Monsieur entre comillas precavidas, las obscenidades, negro sobre blanco, que me murmuró uno de nuestros martes por la mañana y que tengo miedo de olvidar (temor vano, ya que estoy más o menos segura de que dentro de cincuenta años todavía resonarán tan violentamente como ahora en mi memoria de anciana):

—Tócate el coño.

Eso, y líneas escritas al azar, que tengo que trabajar: «La polla de Monsieur en su pantalón. Monsieur cuando se hace una paja. ¿Cojones de Monsieur?». (Porque, después de haber escrito páginas y páginas sobre su cara dura, me percaté de que no tengo ningún recuerdo visual de su muy innegable par de cojones: desconcertante).

Me imagino sin esfuerzo la fría incomprensión, la angustia, tal vez, ante esas notas sin pies ni cabeza y que no hablan más que de él, «Monsieur» escrito mil veces, de mil maneras: mi cuaderno como esas habitaciones de psicópatas con las paredes llenas de fotos pegadas de las víctimas, de artículos de periódico, de mechones de cabellos. Él penetrando allí con reserva y miedo en ese antro y constatando que, meses después de la época gloriosa de nuestra historia, he retenido detalles de él, de nosotros, de los que no tiene ningún recuerdo. Lo que puede considerar como patológico es para mí la única manera que he encontrado de escribir un libro un poco

objetivo sobre un tema que no lo es en absoluto, a golpe de citas exactas —y también un medio de mantenerlo vivo, ya que la pasión por este hombre no parece querer calmarse, es hasta más fuerte en su ausencia—. Lo miro, patéticamente, cómo se empapa, cómo se infiltra en mi mundo rosa y negro de niña pequeña aún, casi indignada ya por el juicio que no va a dejar de proporcionar.

Al cerrar el último volumen, frunce el ceño y lanza un largo, largo, suspiro de tío al que le presentan el hecho consumado.

—¿Cómo me llamo, en tu libro?

—Monsieur. Lo sabes perfectamente.

—¿Qué has inventado como profesión?

—Cirujano. Ya te he dicho que no podía cambiarlo. Eres Tú.

De nuevo, Monsieur se digna a suspirar consternado, murmurando como para sí:

—Va a saberlo todo el mundo.

Si me escuchara, gritaría esta frase apenas audible:

—No eres el único cirujano de París.

—Soy el único que estoy cerca de la literatura erótica.

—¿Entonces qué? ¿Quieres que haga de Monsieur un panadero que lee novelitas de detectives?

Monsieur esboza una sonrisa que hace bajar ligeramente esa presión intolerable. Me he dado perfecta cuenta de que, al leer esas dos páginas, Monsieur no sólo ha tenido miedo: acaba de comprender que esa idea genial de escribir un libro sobre nuestra historia se vuelve contra él, de una manera o de otra. Por fuerza, eso le irrita. Sin embargo, es imposible interpretar ese rostro impenetrable. Mirándolo con ojos entrecerrados, suelto:

—Me odias.

—¿Yo te odio? —Reacciona, con aspecto de estar realmente impactado, como si fuese tan sorprendente que pudiera, de vez en cuando al menos, detestarme—. ¿Por qué iba a odiarte, pequeña?

—Nada de lo que hago, nada de lo que te enseñé está bien.

—Al contrario, todo lo que haces está bien.

—¿Crees que quiero joderte?

—No creo que quieras joderme —replica—. Sólo es que no quiero herir a nadie. ¿Entiendes?

—Yo tampoco. Tengo tantas cosas que perder como tú.

—¡Yo no tengo nada que perder! Es innecesario hacer daño a la gente. De ahí que tengas que cambiar los nombres.

—Así se hará.

Discretamente, bajo mis cuadernos junto a la cama. Quedamos Monsieur, yo, y nuestros cuerpos, que no se reconocen ya en absoluto. Con la barbilla metida en el

pliegue de su axila ya no escucho esa voz querida resumirme un libro recientemente devorado. Nos estudio en silencio, Monsieur pegado completamente a mí, y, no obstante, a kilómetros de aquí. Su diatriba contra la supuesta imprudencia de mi libro no era, finalmente, más que un detalle: está en esta cama, yo también lo estoy, pero «nosotros» (ese concepto abstracto pero reconocible inmediatamente del Nosotros) hemos dejado escapar nuestra oportunidad.

—Tengo que irme —anuncia a las once menos diez, es decir, media hora después de su llegada triunfal.

—¿Me estás tomando el pelo? —Salto al lado de la cama, mirándolo incrédula—. ¿Ahora? ¡Pero si acabas de llegar!

—Lo sé, pero ¿qué quieres que haga? Esto era todo lo que podía hacer. Hasta he estado a punto de no venir.

Media hora. Eso es todo lo que he obtenido por mi esfuerzo. Me pongo de morros como una niña pequeña, lo que, de una u otra manera, conmueve a Monsieur, ya que se queja, todavía desnudo en el lío de sábanas deshechas:

—No me mires así. Sabes perfectamente que, si pudiese hacerlo de otro modo, lo haría.

—No, precisamente, yo no sé nada. Sólo creo saber algo.

—Entonces, créelo. Simplemente no he tenido elección.

Prosigo con tono amargo:

—No me has camelado mucho últimamente.

—¿Cuándo no lo he hecho?

—Este fin de semana, por ejemplo.

Y, como parece no entenderlo, absorto ya en la búsqueda de su calzoncillo, continúo:

—Recuerdo las primeras veces en que nos veíamos. Tenías tanto trabajo, te faltaba tanto el tiempo, pero te las apañabas para creármelo. Te pasabas la vida llamándome, enviándome mensajes. Y ahora, la nada. Hasta el último momento no estaba segura de que fueras a venir.

—He hecho lo que he podido. Me falta tiempo para todo, ni te lo imaginas. Es horrible. Catorce horas de trabajo al día, ya sabes lo que quiero decir.

—Sabes perfectamente que eso no ha cambiado. Desde que te conozco vas con prisas, no te hablo de eso.

—Pues ahora es todavía peor.

Monsieur pareció reflexionar por un momento, con su calzoncillo en la mano.

—¿Cuándo nos vimos por primera vez?

—Empezamos en mayo —respondo patéticamente, incapaz de mirarlo y de manejar simultáneamente esta constatación que acaba de imponérseme: «Monsieur ha pasado a través de mí como un fantasma».

—En mayo... en ese momento debía de ser la crisis. Tenía menos trabajo.

Monsieur y su bonita mirada, curtida en la mentira que sostiene la mía, insolentemente. Conozco esa desfachatez vacilante; miento tanto como él, pero Monsieur lo ignora, se imagina que tiene la patente de todas esas artimañas y que el resto de la gente no las utiliza.

Me vuelvo a encender mi medio porro, decidida a superar ese silencio incómodo de una forma u otra. Trabajosa exhalación de humo.

—Desconfías de mí, ¿verdad?

Colocada, esa idea de que sea posible tirar por tierra su existencia de un simple revés, como una mesa cargada de platos humeantes, es más que divertida. Una palabra o dos bastarían para que Monsieur le dé asco visceralmente a su mujer, se gane la enemistad de sus hijos, se ponga en ridículo en el trabajo y se convierta en el hazmerreír de sus amigos. Tengo veinte años, no juego ningún rol en la sociedad, no soy más que un torpe esbozo de mujer... y tengo ese poder. Es como tener una pistola enorme entre las manos; a veces me muero de ganas de disparar, pero la consciente ciudadana, la amabilidad o la moral, qué sé yo, alejarán para siempre mi dedo del gatillo.

Monsieur se acuclilla para buscar el último calcetín, con la cara vuelta hacia mí.

—No. No, no desconfío de ti.

—No vas a decírmelo, pero lo veo. Desconfías de *Monsieur* como de la peste.

—Si cambias todo lo que pueda ser explícito para las personas que nos conocen, de verdad, no veo por qué iba a desconfiar. Al contrario, ¡joder! ¡Es tu primera novela! Siempre te he animado a escribir, ¿no?

—Eso es verdad.

—Simplemente digo que nos queda un poco de tiempo antes de que tiren treinta mil ejemplares de tu libro. El tiempo para volver a tus personajes opacos.

—Treinta mil ejemplares, ¿eso no es demasiado? —señalo, con la mirada perdida.

Debo de parecer bastante disgustada, pues Monsieur abandona un instante su búsqueda para acariciarme las rodillas.

—Créeme, estás hecha para escribir. No tengo ninguna duda al respecto. Lo supe en cuanto leí tu texto en *Stupre*.

—Ah, por cierto...

Me tiro sobre mi bolso despanzurrado, del que sobresale la cubierta rosa de mi último ejemplar, extensamente dedicado. Monsieur, con una inmensa sonrisa, se apodera del cuadernillo, abriendo y cerrando la cubierta calada, explorando cada página con una minuciosidad de experto.

—¡Muy bonito! —exclama, y nada más que por esas dos palabras, repetidas una y otra vez, daría mi vida.

¿Por qué tanta importancia ligada a la aprobación de Monsieur, cuando la objetividad está tan manifiestamente desterrada de su psiquismo? Todos los cumplidos que me hace son previamente medidos, analizados, formateados, y ni

siquiera hablo de los halagos ante los que me retuerzo mientras lo hacemos, los cuales nacen la mayor parte de las veces de un aflujo de semen al cerebro y caen en desuso en cuanto ese aflujo queda encauzado. Siempre lo he sabido, pero nada, ningún resorte de mi inteligencia, me ha empujado nunca a asimilarlo. Monsieur dice «muy bonito» y, de repente, el mundo entero resplandece.

—Te he puesto una superdedicatoria.

«Mientras tantos otros no vieron más que las palabras polla y coño, usted vio a Lucie —y la comprendió—. Dejo, pues, este ejemplar en unas manos muy perspicaces. Para Monsieur C. S., Ellie Becker».

Sus bonitos labios se separaron descubriendo una hilera de dientes magníficos.

—¿Es para mí? —pregunta aun así Monsieur, con unas maneras sorprendentemente tímidas.

—Es para ti. Te lo había prometido desde el principio.

—Este libro es magnífico. Gracias.

Me imagino ya mi lugar en la santa biblioteca de Île SaintLouis, cerca de los libros licenciosos en los que Monsieur esconde mis cartas. La gente no puede saber qué clase de orgías se desarrollan en ese despacho, al que le atribuyo las dimensiones de un tocador y de un castillo. Los mejores libros mezclan su polvo y el olor picante de sus páginas, de los miles de conceptos que luchan entre sí y entran en conflicto — y para esta noche estaré también allí, con mi pequeña portada de color rosa vagina que huele todavía a imprenta y a fantasías tranquilas de adolescentes.

Pero son ya las once y Monsieur tiene que irse, lo más rápido posible. Los pocos minutos que nos quedan están ya destinados a la búsqueda de sus ropas, esparcidas un poco por todas partes de la habitación (no recuerdo torbellino semejante cuando ha llegado).

—No pongas esa cara tan triste, por favor.

—No estoy triste. Es que ha sido demasiado corto.

—Lo sé perfectamente. Para mí también lo ha sido.

Apartando la mirada con pesar, me arrastro para sentarme al borde de la tarima, fingiendo buscar algo en mi ordenador. Monsieur se ata concienzudamente los botines, con ese aire serio que me hace vislumbrarlo con doce años, en el patio de primaria. Luego, igualmente serio, se yergue, agarra sus gafas de sol, y, mientras me escucha balbucir, mira a las cuatro esquinas de la habitación, a las inmediaciones de la cama desierta, a las arrugas de las sábanas. Sé ya lo que va a decir al volver con las manos vacías de su caza de pequeños objetos disimuladamente caídos de su bolsillo:

—¿Echarás un vistazo cuando me vaya?

Frase de culto de Monsieur para cerrar cada una de nuestras citas, y no me acuerdo de ella más que ahora.

—Echaré un vistazo cuando te vayas.

—Gracias.

El aire que su zancada ha removido es de un frío glacial, ya casi como el de fuera.

Y transporta simultáneamente efluvios tan poéticos —mi olor en sus ropas caras— que cierro los ojos, estupefacta, dolida. Me han hecho falta meses para encerrar, por fin, a Monsieur conmigo una horita y me hará falta más del doble para reproducir esta proeza, lo que me agota con antelación.

—¿Viniste con gente ayer? —me pregunta tocando con la punta del pie la bolsa de un restaurante japonés.

—Con mis amigas.

—¿Qué amigas? ¿Babette e Inès? —preguntó Monsieur.

—Mi hermana y nuestras amigas. Lucy, Flora, Clémence.

—¿Saben lo que hacías aquí?

Las cejas de preocupación de Monsieur resultan casi caricaturescas.

—Saben que te esperaba, sí.

—¿Saben quién soy?

Me callo un momento, aterrada sólo de pensar que Monsieur haya podido siquiera esperar que no les dijera nada a mis mejores amigas. Yo. Una chica. Balbucí:

—Pues... ¡por supuesto que saben quién eres!

—¿Conocen mi verdadero nombre?

Si una evidencia semejante puede no imponérsele a Monsieur, justificarme será un momento todavía más terrible que pasar, absurdo, la clase de escaramuza de la que saldré por fuerza perdedora. Conque me esfuerzo en mentir:

—No. Te llaman Monsieur.

Mentira a medias: lo llaman así, en efecto, y en parte porque yo misma, traumatizada por las dos exquisitas sílabas de su nombre de pila, ya no recurro más que al de su personaje.

—Ten cuidado. No te puedes imaginar hasta qué punto corren esa clase de rumores.

—Conozco a mis amigas. No hay ninguna relación posible entre ellas y las personas a las que frecuentas.

Monsieur lanza un profundo suspiro angustiado.

—Eso no puedes saberlo. Es París.

—¡Confía en mí!

«¿A santo de qué?», podría preguntarse Monsieur por unos segundos. No abordaríamos temas dolorosos como la confianza si supiese cerrar la boca a tiempo. Sin embargo, se inclina hacia mí y me besa durante un buen rato en la frente.

—Tengo que irme.

Le echo una mirada que trataba de ser penetrante.

—Entonces, vete.

Monsieur se aleja.

—¿Quieres volver a verme?

—Pues claro.

Luego, como no aparto la mirada, por otra parte, totalmente inmóvil, añade:

—Cuando nos conocimos, la coyuntura era tal que tenía menos trabajo. Ahora, la crisis ha pasado, o algo así, y los negocios se recuperan. Felizmente, para casi todos...

Lánguida ojeada que va de mi cuello hasta mis caderas.

—Desgraciadamente, para unos pocos.

La lascivia que ardía en la cara de Monsieur titubea para dejar paso a una lucidez fría, quirúrgica.

—Pero es así.

Asiento con la cabeza, sin alegría ni pena.

—Un beso, por lo menos —se queja Monsieur, como si yo hubiese tenido ánimo de quitarle ese derecho.

—Llámame, entonces.

—Te llamaré.

Sentimos claramente que es casi incómodo atreverse a hacer un juramento semejante después de tantas ausencias. Cualquiera diría que se trata de mi hermana cuando mi abuela le arranca la promesa de enviarle una postal durante las vacaciones: todas sabemos que una llamada de dos minutos estaría a nuestra escala, que una postal, incluso de tres líneas, es un objetivo inalcanzable. Mi abuela, por su parte, ya sabe que se puede ir olvidando de tener rastro escrito alguno de nuestras vacaciones y lo peor es que sonrío y perdona de antemano, encontrando todas las excusas posibles a lo que no es más que un egoísmo craso que ni la compasión ni el amor pueden doblegar. Si esa situación es metafóricamente aplicable a todo el mundo, por lo visto he encontrado mi nieto desagradecido que viene a hacer su buena acción y a recoger sus regalos de Navidad. Pues mejor, en realidad, si ese pequeño miserable se siente culpable mientras baja por la escalera. Es un pequeño precio por todo lo que me he contenido de decir, de hacer.

Como no tengo ánimo para ver cómo se marcha, vuelvo a meterme bajo las sábanas, delante del espejo. Intento vagamente dormir, pero no puedo dejar ni por un minuto de pensar en Monsieur, en unos términos que hacen el sueño imposible. Es decir, que no pongo término —¡exacto!—. No logro inventarme las escenas tórridas que arrullan normalmente mi fase de adormecimiento. Lo que separa la fantasía de la realidad, ese desfase cruel, censura todas las ensoñaciones a las que podría dedicarme.

Miro fijamente la chusta de mi porro en la mano. Unas cenizas caen sobre esas sábanas en que el olor de Monsieur subsiste todavía, imperceptible, oculto entre las arrugas que se me escapan siempre. Ese mordisco en el muslo, que tomaba por un homenaje, esa quemazón en el vientre de la que tendré el recuerdo, no es más que la muestra de una excitación a la que le ha resbalado la mía. Menos de dos minutos después de irse, ya estoy bajo el efecto de un mono atroz, imposible de encauzar, y todas las súplicas del mundo, todos los ruegos como para romper el corazón no ablandarán a Monsieur, no despejarán cinco minutos de su agenda para mí, hasta el

momento en que las ganas imprevistas de follar se le agarren al cuello.

Ya sé lo que le diré a Babette por teléfono. Este tío es un monstruo. Este tío no me quiere, nunca me ha querido. Es un cabrón de la peor especie, que hasta el último minuto se niega a decirme si va a venir o no. Llega tarde, se va con antelación, y en medio amontona las recriminaciones, me reprocharía casi hasta los cincuenta y seis minutos que hemos pasado juntos, menos de una hora que tengo la impresión de haberle robado con un cuchillo en el cuello. Ha llegado completamente pletórico por los cumplidos que le he hecho este verano, por las esperanzas que he fundado en él, por las fantasías en las que he tenido a bien darle el papel protagonista, se planta delante de mí completamente henchido de importancia y me ensarta cuando ni siquiera estoy húmeda, se burla de mis ganas de hablar con él. Estoy escribiendo un libro sobre ese tío, pero, en definitiva, no ve en mí más que un peligro viviente, totalmente dispuesto a comerse a su familia, a su vida, una amenaza con patas que, por desgracia, está dotada para escribir y se venga de forma rastrera de él, se marcha haciéndome la afrenta de prometerme cosas, me deja pagar la habitación, pero lo perdono, Babette. Lo perdono todo. Estoy enamorada.

—¿Diga?

—Sí, soy yo.

—¿Quién es yo?

—Pues... ¡yo!

Frunzo todo el rostro como una estrella de cine a la que le pidieran en su hotel habitual de Cannes que se rebaje a dar su nombre.

—¿Quién es? No entiendo nada, perdóneme.

—¡Ellie! —suspiro indignada.

—¡¿Ellie?!

—¡Sí!

Roces al otro lado del teléfono. Se oyen brevemente las suelas de Monsieur que chasquean, elegantemente, por las baldosas del hospital.

—Perdóneme, no he entendido. ¿Quién está al teléfono?

El tono es duro. No lo conocía. Herida, repito:

—Ellie. ¿No me oyes?

—Bueno, mire, estoy en la clínica, la señal es muy mala y tengo más cosas que hacer que pelearme durante horas con el teléfono, así que, ¡¿quién está al teléfono?!

—¡ELLIE!

—¿Ellie qué más?

—Becker, ¡Ellie Becker! —acepto aclarar, negra y roja de vergüenza, ahora de un humor de perros que convertirá mi día en un infierno.

La auténtica humillación no es tener el vestido metido en las bragas o caer rodando por la escalera del metro. Es, antes que nada, ser confundida con mil otras por un hombre sobre el que se está escribiendo un libro.

—Ellie Becker —repite Monsieur con una voz radicalmente diferente, cálida como el caramelo caliente—. Hola. ¿Estás bien?

—¿Conoces a muchas Ellies? —le pregunto mortalmente ofendida.

Monsieur se echa a reír con una risa que es como esas bofetadas que se dan mientras se hace el amor.

Viernes. Me acuerdo perfectamente. Aunque estaba bastante orgullosa de haber conseguido una cita con Monsieur, me odiaba. No tenía ninguna necesidad carnal de verlo, ninguna urgencia. Me infligía aquello yo sola, los SMS que rechazaban un encuentro diez, veinte, treinta minutos más tarde, la espera en la fría calle François-Miron. Era como esos fumadores que, al cabo de seis meses de abstinencia lacerante, se permiten echarse uno, y que, tras su fechoría, tiran la colilla, con el aliento maloliente y con el pelo apestando a humo, lamentando amargamente el recuerdo fugaz de ese vicio. No se debería dejar de fumar nunca. La culpabilidad es un fardo lo bastante pesado como para encima ponerse una multa cualquiera. Babette, cuando la llamé para distraerme de mis rodillas amoratadas, había lanzado un largo suspiro.

—Pero ¿dónde estás ahora?

—Pues... fuera. Espero a Monsieur.

—¿Fuera? ¡Hace tres grados como mucho!

—Si me voy a una cafetería será imposible fumar.

—¿Y desde cuándo no puedes privarte de un pitillo?

—Desde Monsieur. Llevo media hora aquí plantada. Vista mi ansiedad, eso hace una media de un cigarrillo cada cinco minutos, te dejo que eches la cuenta.

—¿Se le ha echado el tiempo encima o te ha dado plantón?

—Lo han llamado del hospital justo cuando se iba. Soy yo quien ha propuesto esperarlo, Babette.

Me sorbí discretamente.

—Pero me ha dado un bajón.

—Es que menuda mala suerte, esa llamada del hospital —dijo Babette, mordaz.

—Tú lo has dicho. Menudo momento.

—Y, en concreto, ¿por qué lo estás esperando? Estoy segura de que va a hablar contigo diez minutos en la esquina y va a volver a irse cagando leches.

Así que ahí estaba, el límite de la tolerancia de Babette. Había visto el de Valentine en junio y ahora era mi mejor amiga quien ya no me respaldaba. Mis apoyos caían uno a uno.

—Tengo que verlo. Lo sabes perfectamente.

—Y cuando llegue y te escupa en la cara sus idioteces, le darás las gracias.

—Pero ¿yo qué te he hecho, Babette? —recalqué, atenazada por esa ofensa que no me esperaba en absoluto.

—Pues nada, Ellie... ¿por qué te empecinas, no te parece que has sobrepasado desde hace tiempo la fase de duelo?

—¿Qué fase de duelo?

—Concibo perfectamente que haya convenciones, un momento en que es casi de buena educación estar apenado y hacer cualquier cosa, pero, ahora, te estás

regodeando. En serio, ese tío no vale tantos meses de tu vida. Es excesivo.

—Lo sé. Pero tengo que hablar con él. Necesito respuestas.

—¿Respuestas para qué?

—Para mi libro. No quiero escribir un libro injusto.

—«Un libro injusto». Ésta sí que es pero que muy buena. Aunque sólo sea por el esfuerzo que estás haciendo por escribir tu libro, estás exenta de por vida de deberle nada de nada.

—Muy bien, pero...

—Y, de verdad, ¿piensas que una vez estés ante él tendrás ganas de hacerle esas preguntas? ¿Esas preguntas que sabes que le tocarán los cojones?

—Así que, partes del principio de que voy a dar pasos en falso.

—Mira, es que me apuesto a que vas de punta en blanco.

Ojeada de conjunto. Vestido, liguero, medias por la rodilla, y Bensimon con agujeros. Mi punta en blanco informal. Monsieur lo sabría nada más verme.

—De ninguna de las maneras.

—No tienes voz de una chica que lleve unas bragas de Snoopy. Ni la voz de una chica que haya estado esta mañana en la uni.

Desquiciada, ladré:

—Pero bueno, ¡vete a la mierda!

Antes de colgar, de un humor de perros. Gracias a Dios, durante esa breve llamada Monsieur me había mandado un SMS para quedar en el parking Vinci Pont-Marie, cinco minutos más tarde. EL *parking*. La más infernal de las antesalas.

Febril, me he sentado en los escalones sucios. Se me salía el corazón del pecho, casi como para tapar con su sonido la música en esa clase de sitios en los que nadie se entretiene nunca lo suficiente como para tener unas ganas apremiantes de música. Salvo yo. Y Monsieur. Y luego, mientras con la cabeza baja volvía a atarme los cordones, vi a mi derecha un movimiento brusco, el pestillo eléctrico de la puerta, ese soplo de aire desplazado con impetuosidad. Levanté la mirada y Monsieur estaba allí, pasando fugazmente por mi cuerpo esa mirada de aprobación. Me sujetaba la puerta abierta como a una paciente, y, cuando lo rocé, sentí crepitar el espacio dejado entre nosotros, bullir por mi deseo temeroso y culpable de ese hombre.

—¿Me has dicho que tenías preguntas?

—Para *Monsieur*. Hay puntos que me gustaría aclarar, cosas que no he entendido.

—¿Qué, por ejemplo? Mírame.

Por unas milésimas de segundo, lo miro a los ojos, para lamentarme inmediatamente por esa osadía. Luego prosigo, farfullando como una ametralladora:

—No he entendido por qué no nos veíamos más, aunque intentaste explicármelo no entendí nada... por qué no estableciste ninguna comunicación cuando es evidente que tenemos cosas que aportarnos el uno al otro, por qué...

—Más despacio, más despacio —me cortó Monsieur—. ¡Estás hablando muy rápido!

Me muerdo el labio inferior, tratando en vano de retomar el aliento.

—¿Estás estresada porque no me ves?

—Eso es muy pretencioso por tu parte.

—Yo también estoy estresado. Déjame ver tu pulso.

Antes de que pueda emitir la más mínima protesta, Monsieur me coge la muñeca y la sujeta entre sus dedos. Levantando los ojos al cielo, desquiciada y sonriente a la vez, lloriqueo:

—Mi pulso está muy bien.

—Va rápido —replica Monsieur, casi murmurando—. Como el mío.

—No va rápido en absoluto —concluyo recuperando de un gesto brusco mi muñeca, que siento palpar enloquecida.

Pero, por seca que pueda parecer, me he lanzado en picado a la trampa para moscas que es la idea de no poder esconderle nada a Monsieur, nada. Ni siquiera lo que se oculta bajo las costillas y la carne. Estoy mojada. Me gusta que Monsieur sea tan invasivo, de una manera elegante, que interprete todo lo que nunca le diría. Una bocanada de calor me lleva a quitarme el abrigo, y, de inmediato, pone unos ojos como platos ante mi escote. Bueno, el encaje que hace las veces de...

—¡Estás loca, pasearte así en plena calle! ¡Es peligroso!

—En la calle, cierro el abrigo. Como la gente normal.

—Se te ve todo el pecho con ese vestido —observa Monsieur, que vacila entre el tono paternalista y el interesado, y sus dedos me agarran prudentemente un pezón que se marca.

—¿Qué haces?

Sin mirarme, sonrío, sin preocuparse mucho de la agresividad inusual que le opongo.

—¿Te desconcentra si te acaricio un poco mientras hablamos?

—¿Por qué haces eso si ya no podemos follar juntos? ¿Te imaginas en qué estado vuelvo a mi casa después?

—¿Y yo qué? ¡Mira!

Al bajar la mirada, distingo muy claramente la erección en su bonito pantalón de traje. Lo que sería, Señor, bajarle la bragueta. Sólo eso. Una vez con la polla al aire, Monsieur sería otro hombre. Se olvidaría de mirar la hora cada dos minutos, y esa cuchilla que pende sobre nosotros desaparecería de forma instantánea. El aire frío en esa piel suave le haría recordar mi cuerpo como un refugio. Pero, con el paso del tiempo, he desaprendido cómo oponer osadía y malas maneras —y hoy, si bien a Monsieur se le pone dura, marcándose en el pantalón, hay todo un muro que se alza entre nosotros—. Aparto los ojos, turbada.

—¿Qué quieres que te diga? Mira cómo estás. ¿Adónde nos lleva este suplicio de Tántalo?

—¿Qué suplicio? Es normal que tenga ganas de mí. Mírame.

Monsieur me coge la barbilla entre sus dedos y, como no sé más que dirigirle esa

eterna mirada de cordero degollado, su sonrisa le ilumina el rostro lentamente, hasta descubrir esos dientes fascinantes, depredadores.

—Qué bonita eres —suelta por fin—. Cualquiera diría que estás más guapa.

Amargamente, le respondo:

—No tengo claro que eso me sirva de algo.

—Ellie, no es que no te quiera ver. Por supuesto que tengo ganas. Simplemente no puedo.

Mirándome a los ojos, Monsieur canturrea, desmenuza su eterna letanía:

—Esto va a terminar haciéndonos daño, ya lo sabes. Si tuviera tiempo, estaría contigo todo el rato. Tengo ganas de verte constantemente, de hablar contigo, de estrecharte entre mis brazos. Nada me gustaría más que hablar de literatura tomando una copa. Conozco a pocas personas con las que pueda hablar de libros como contigo.

Mirando su volante, niega con la cabeza, con aspecto de confusión.

—¿No podríamos tener una relación en absoluto sexual?

Me echo a reír pasmada, con una risa que suena como un gemido.

—¡Mírate! ¡Mira tu pantalón! ¿De verdad crees que somos capaces de esta clase de cosas?

—Cuanto más te veo, más me digo que no soy capaz de ello —admite Monsieur patéticamente.

—No. Nadie puede. Estamos en una situación sin salida.

Cruzo y descruzo las piernas, entre la ira y la consternación. Toda esta espera para oír a Monsieur preguntarme en voz alta si somos lo bastante «razonables» como para estar el uno delante del otro sin imaginarnos en una cama. El concepto de razón, ante Monsieur, no existe ya en mí desde hace siglos. Sería, por otra parte, interesante preguntarse lo que sería mi vida si no me quedase más que un poco. Todo lo que hubiera construido.

—No puedo verte —prosigue—, porque el noventa por ciento de mi vida se resentiría. Tengo familia, trabajo, me haría falta al menos otra vida para hacerte sitio, el que te mereces.

—Y... ¿cómo lo hacen todos los demás hombres casados que engañan a sus mujeres?

—¿Cómo lo hacen?

Monsieur contiene una breve risa sardónica.

—¡Es fácil! Se ven una vez por semana en un hotel, se desvisten contándose su semana, follan y luego se van, ella a lo mejor le pregunta «qué tal tu mujer», «bien, gracias», y ya está. Ya ves, es simple. Yo no quiero eso.

—Y nosotros, ¿qué estuvimos haciendo, aparte de lo que acabas de describir?

—No éramos así —replica Monsieur negando con la cabeza, manifiestamente indignado por esa hipótesis.

—Que sí. La última vez, en el distrito XVI, éramos exactamente así.

Lo miro con tristeza.

—Llegaste, follamos, hablamos durante media hora, y luego te fuiste.

—¿Piensas que era así? ¿De verdad?

—Estoy escribiendo una novela sobre ti. Si no hubiese sido más que eso, más que una historia sencilla, hubiese hecho un tebeo.

Se percibe claramente, en ciertos momentos, el júbilo de Monsieur al imaginarse en un libro. Ahora estoy segura de una cosa: si esa historia fue tan complicada, desde su inicio hasta lo que imagino como una especie de fin, es en parte porque no sabe diferenciar entre realidad y ficción. La vida que llevan los amantes en la literatura le parece demasiado bella, demasiado excitante como para amoldarse a lo cotidiano. Pero lo que parece heroico o novelesco en un libro de Stendhal no es más que un largo sufrimiento para la gente como yo, que no hace más que vivir.

Monsieur, que no se resiste a mirarme el liguero (podría ser incluso que quisiera que lo viera), me dice:

—Es bonito, eso que llevas.

Con un pudor y una irritación que he aprendido al contacto de todos esos hombres que no me convenían puesto que podían ser cirujanos, casados, cuarentones, apasionados o viciosos, pero nunca todo al mismo tiempo, me bajo el vestido por los muslos. Aunque no tenía ganas de hacerle insinuación alguna, mi cuerpo ha decidido por mí, y es insoportable. Intuyo cómo sonrío Monsieur, cómo saborea el desafío que acaba de nacer.

—Déjame ver —prosigue, y una mano demasiado bonita se adentra bajo mi abrigo.

Justo en el momento en que sube hacia mi vientre, me curvo hacia delante, firmemente decidida a dificultarle el acceso mientras sea humanamente sostenible, moviendo las rodillas para ahuyentarlo. Monsieur se inclina hacia mí, y de una voz ardiente y gélida que me paraliza, susurra:

—No te muevas. No tengas miedo.

Bajo la caricia, me retraigo un poquito, con los ojos y el aliento como un conejo al que agarran por las orejas.

—No quiero más que tocarte una teta. No tengas miedo.

La gran mano toma la forma y el tamaño exactos, me envuelve en una suavidad y un calor tales que empapo instantáneamente mis bragas agujereadas. Siento con claridad mi pecho, que patalea y se sobresalta en mi mano, con mi pezón entre sus dedos, que grita sí sí sí a ese magreo fugaz. Luego Monsieur desciende precipitadamente por mi vientre y se deja caer entre mis muslos. Me pongo rígida y me encojo; él se retira, con la sonrisa en los labios.

—No tengas miedo de mí —repite acariciando mi mejilla con esos dedos con tanta clase, que el peso del anillo de oro no impide nunca ser ligeros.

—¿Que no tenga miedo de ti? —digo en un susurro, y en el frío de cripta de su coche mi respiración produce ese vaho cargado, cargado del miedo que le tengo.

—Bésame en la boca.

Monsieur, imperceptiblemente, me tiende sus labios pesados, sus labios como un desafío a encontrar algo más atrayente, una mejor encarnación de la seducción en la Tierra.

—¿A santo de qué haría una cosa así?

—Como amigos —aclarar Monsieur, y, como me echo a reír, él también lo hace.

—¿Como amigos? ¿Te estás burlando de mí?

—¿No somos amigos?

Antes de que pueda emitir el más mínimo sonido, Monsieur responde en mi lugar:

—Somos amigos. Bésame.

Ya que no sé de ningún modo cómo defenderme, qué argumentos buscar para responder a ese beso del que tantas ganas tengo, pongo mi pequeñísima boca cortada sobre la inmensa y tan acogedora de Monsieur. Ahora sé por qué: somos amigos o amantes —y cuando se es amante y enemigo, como lo somos Monsieur y yo, se acaba con el corazón roto.

—Sería más fácil para mí si estuvieras casada, o si tuvieras un novio de verdad.

No me atrevo a hablar con Monsieur de Édouard. O de todos aquellos que hubiesen podido tomar su lugar si él les hubiese permitido esa oportunidad.

—¡Si me tuvieras un poco de cariño, me mentirías! ¡Me dirías que no quieres verme nunca más!

—No puedo hacer eso —responde Monsieur negando con la cabeza—. Es mi defecto, no puedo mentir sobre esta clase de cosas.

Sus grandes ojos grises no me proporcionarán nunca la respuesta, aunque la busque febrilmente; una especie de pared inquebrantable me separa de todo lo que Monsieur piensa. Podría claramente pararme en él, pero ya me veo yendo a la orilla del río hasta el metro con todas esas hipótesis en mi cabeza que dan vueltas como el tambor de una lavadora. Levanto la barbilla con un orgullo de pacotilla que me da vergüenza.

—Júralo.

—¿Qué quieres que jure?

—Jura que no dices eso solamente para tenerme ahí.

Monsieur mantiene su rostro inalterable, y sus ojos inalterables se quedan descaradamente clavados en los míos.

—Pero ¡yo no quiero tenerte ahí!

—¿No?

—No, por supuesto que no. La situación ya es lo bastante dolorosa.

Le echo una breve ojeada a su reloj, intuyo que se impacienta. Monsieur tiene que irse, Monsieur va a irse, y hasta la próxima me maldeciré por no haber hecho ni dicho nada más, por no haber intentado nada para retenerlo. La riada de gente atrae ya, imperceptiblemente, su mirada. Monsieur, en su interior, está probablemente perdido entre toda esa gente, confundiendo completamente su alta silueta y sus ropas caras

con la mediocridad de los demás. Monsieur, a lo mejor, está ya entre los brazos de su mujer. Ante el mundo que nos separa ahora, me aparto de un paso hacia atrás hacia el río. Mientras retrocede, pone una mano sobre mi rostro, coge mi nariz entre dos dedos cariñosos, diciendo:

—Qué guapa eres, Ellie.

—Adiós, entonces —suelto con la mirada más triste del mundo.

—¿Por qué «adiós»? —responde Monsieur.

Como respuesta, esboza una sonrisa y me alejo hacia atrás, hasta no ver ya de ese hombre más que un faldón de bufanda de seda azul ultramar, metido en el cuello alto de un abrigo Lanvin. Ahí donde la gente no verá más que una combinación de telas y de materias nobles, intuyo a Monsieur, su perfume, y bajo el olor del perfume, el de su piel. No lo he olido desde hace meses, pero me lo sé de memoria como un catecismo.

Entonces troto con el corazón a media asta hacia el metro, Monsieur me llama y da unos pasos conmigo.

—¿Has inventado ya un final, para el libro?

—En realidad no.

—Hace falta un final abrupto —observa Monsieur.

—Lo sé, estoy pensando en ello.

Ya he previsto un final que, sin ser especialmente abrupto o espectacular, establece entre ambos una especie de igualdad —signifique eso lo que signifique en este contexto—. Pero no voy a tratar de explicárselo a fondo, porque quiero que no nos debamos nada. «¿Que no nos debamos nada? ¿Nada de qué?», se preguntaría Monsieur. No hay cuentas que rendir en el amor. ¿Y qué podría responderle yo a eso? ¿Cómo podría decirle claramente, por teléfono y en dos minutos y medio, que el amor no es nunca algo unilateral hasta ese punto? ¿O que con veinte años todavía cuento los puntos en nuestras escaramuzas como cuento a mis amantes? Monsieur se ofendería, y las pocas asperezas que se han disipado, lo que me ha permitido verlo esta tarde, desaparecería.

—Hace falta que uno de los dos muera —sugiere, y me contengo de negarlo demasiado risueña.

—Estoy escribiendo una historia real, ya lo sabes. No una auténtica novela.

—Lo sé perfectamente, pero ¿cómo piensas hacerlo si nadie muere? Necesitas una idea con fuerza. Podría enterarse un buen día de que Monsieur ha muerto.

Había reducido el paso considerablemente para saborear con toda tranquilidad la voz de Monsieur y las ganas que parecía tener de hablar de mi gran obra. No comprendí hasta unas semanas más tarde que él sabía qué parte era realidad y qué ficción en las trescientas páginas de las que me jactaba. Y que, más allá de toda consideración literaria, más allá de la conciencia que Monsieur tenía de mi sumisión, más allá incluso de la frialdad relativa que me mostraba, no éramos en nada diferentes de los personajes del libro. Nos hacía falta un final violento, irreversible.

Sin una ruptura clara y definitiva, podíamos continuar así eternamente, año tras año. En todo caso, yo. No había sitio alguno para el agotamiento en esa carrera indolente, en la que no dejaba de chocar con Monsieur, como lo hacen los niños al jugar: lograba no prestarme ninguna atención, otras veces se volvía, me veía y perdía cinco minutos de su tiempo en acariciarme la cabeza —y no tenía ningún medio de saber antes de toparme con él cuál sería la reacción del día—. Quería saberlo, comprobar con regularidad que ese poder despreciable —hacer que se empalmara— era siempre efectivo. Por fuerza, me dejaba sin aliento. Y por supuesto que Monsieur también se divertía, tanto como yo, si no más. Eliminarlo en mi libro no lo eliminaría en la realidad. E incluso, ya preveía el impacto, tendría el efecto contrario: deprimida por mi crimen, me precipitaría a la clínica, esperaría a que cruzase el patio que une su despacho al quirófano, y, sin ni siquiera haberle dirigido la palabra, me lanzaría hacia él, sólo para sentir su calor, el latido de su corazón contra mi mejilla, toda esa vida que hay en él. Ningún medio más eficaz de volver a la casilla de salida que matar a Monsieur de manera trivial. Tendré que salir de ésta en un momento u otro, madre mía.

Volví a pensar entonces en esa frase que se le había escapado (pero ¿se puede decir que algo, sea lo que sea, se le escapa a Monsieur?) por teléfono unos días antes:

—Algún día moriré. Y en ese momento, por supuesto que lamentaré no haber podido pasar más tiempo contigo.

Es verdad que antes de eso nunca había pensado en esos términos: Monsieur morirá, algún día. Tiene que pasar. Cuando eso ocurra, probablemente, tendré ya una cierta edad, la de Monsieur ahora, si no más. Un marido, unos hijos, una vida. Dios quiera que Monsieur haya salido de ella entonces. Dios quiera que me entere por el obituario del periódico. Dios quiera que no me entere nunca.

Ok, he dicho que me iba. Sujetador, medias, vestido, capa. Zapatos. Mis bragas están demasiado lejos. Si me acerco hasta ese punto a la cama, va a despertarse y —joder—, querrá saber por qué me voy. No se me ocurre ni una sola respuesta educada, ahora mismo no.

Martes, doce y media de la mañana, y vuelvo a mi casa —bueno, eso creo.

La puerta pesa tres toneladas y en ella está escrito «Olivier Destelles». Si esta vez es la buena, si puedo fiarme de mí, es la última vez que leo este nombre, la última vez que toco este pomo, la última vez que veo su cara, la última vez que encuentro la mía en el espejo de su ascensor.

Tengo que hacer mil transbordos hasta llegar a casa, y ahora mismo estoy apoyada contra la ventana de un bus que comunica Balard con el distrito XII, barrio desde el que espero llegar al fin a mi casa, de una forma u otra. Se presenta difícil, pero he puesto el regulador de velocidad desde que empecé a correr en el piso de Destelles. Ni siquiera estoy segura de haber dormido. Roncaba. Encendí disimuladamente mi iPod en la cama y estuve escuchando *Atom Heart Mother*. No terminaba de emocionarme del todo, pero he articulado toda una teoría bastante elaborada estableciendo un paralelismo entre Pink Floyd y Wagner. Es más o menos la única teoría interesante que he pergeñado recientemente y me he prometido escribirla, pero si lo hiciese ahora sería un absoluto coñazo. En este momento, ya me cuesta un montón poner las palabras unas detrás de otras —conque esta mañana, en este bus, en este estado, creo que es completamente irrealizable—. Me muero de ganas por saber algo del mono que tenía este verano, que me tenía durante horas sentada a la mesa, pero la inspiración se larga pitando en cuanto me pongo delante de una hoja de papel. Y además salgo demasiado. Fumo demasiado. «Demasiadas putas, demasiado remo»^[2]. Demasiadas copas de vodka. Demasiados tíos. Demasiados días que empiezan a las cuatro de la tarde. Demasiado sueño. Cualquiera diría que me las apañé para alcanzar estados que me impiden toda productividad.

A veces lo pienso, al volver de noches como ésta. Con la cabeza contra la ventanilla del bus, muerta de frío: me hundo. Esta búsqueda incesante de Monsieur, que creía llena de sentido y, se mirara por donde se mirara, comedida, se ha transformado en un desastre total. Mi madre lo insinúa con bastante frecuencia, incluso mis amigos han terminado por sugerírmelo, y solamente en esta clase de momentos yo también lo siento así. Desde hace unas semanas estoy firmemente convencida de haber llegado al límite, pero una parte de mí probablemente desea no tenerlo en cuenta, dado que continúo, como si, para dejarlo, esperara algo peor que esas mañanas sin poder dormir, algo peor que este agotamiento y esta aversión uniformes por el mundo en el camino de vuelta. No obstante, así, a primera vista, no podría ser mucho peor. Este cercanías no tardará menos de veintiún minutos en

llevarme a casa —¿y cómo voy a poder soportarlo?—. Me caigo de sueño y todos mis miembros están rígidos, tengo demasiado frío y demasiado calor, la inmovilidad en mi asiento plegable es un suplicio, pero tumbada me darían ganas de chillar, no querría estar en ninguna parte de este mundo, desearía que toda esa gente desapareciera, hallarme sola en un lugar donde pudiera encontrar una postura cómoda durante horas, como un perro. Sólo me impaciento por unas ganas repentinas e imposibles de satisfacer el deseo de estar «en otra parte», según todas las definiciones que pudiéramos darle a esas palabras. Las maneras de evadirme siguen siendo la lectura y la música, pero no tengo nada que leer y Pulp, en mis cascos, podría ser igual que esas sinfonías sublimes de Beethoven que los pentagramas sobrecargados echan a perder. Han pasado seis canciones sin que pueda prestarles atención o disfrutarlas —todo lo que sé es que *Bar Italia* me recordará siempre a Olivier Destelles, las noches con él, y estas horas en que el estallido repentino de mi vida me parece más inminente que nunca.

Hay de todo en esta canción. La capa de sintetizador histérico y, en medio, demasiado por encima de ella, la voz de Jarvis Cocker al que imperceptiblemente le cuesta seguir la cadencia; el canturreo chillón y ese estribillo como un maremoto, totalmente orgásmico. Escucharlo en el estado que describe me hace sentir un poco menos sola. Pero cuando ya me encuentre mejor, nada salvo la música me recordará el malestar en su integridad, como si estuviera allí. Ni siquiera estoy segura de que pueda tragarme los tres minutos cuarenta y cuatro segundos enteros, y sin embargo, es la clase de milagro, como canción, que hace que ame las palabras con locura. Poder tener en un mismo punto y en la cantidad idónea ganas de vomitar y de bailar me parece prodigioso. Joder. La comprensión total de esta canción, la agudeza genial de su letra, me llevan casi al borde de las lágrimas. ¿Y quién vuelve en su negro corcel en cuanto hago uno de esos descubrimientos que dejan sin aliento? ¿Quién se recorta de repente en el semiolvido al que meses de ausencia lo han relegado? Pues tal vez sí haya una persona en el mundo a la que podría soportar ver actualmente — con quien me olvidaría un poco de que hoy, aquí y ahora, todo va terriblemente mal —. Monsieur me tomaría en sus brazos y, por una vez, la manera que tiene de jactarse de saberlo todo, de haberlo hecho todo antes que yo, dejaría de irritarme y se volvería tranquilizadora. Podría repetir «estoy mal, estoy mal» hasta que me encuentre mejor o me caiga redonda de sueño, y sé que Monsieur lo comprendería, no tendría un comentario desagradable que hacer al verme arrepentirme tanto. Monsieur conoce el precio de la curiosidad. Le hablaría de esa cadencia infernal de *Bar Italia*, imposible de domeñar —me acariciaría el pelo para calmarme y nos daría el mismo escalofrío de felicidad con el último estribillo, como nos ocurre con *El coño de Irène*.

Estoy harta de escribir las historias en condicional.

Ayer pensé en él un montón de veces. Estaba nevando y salía del Baron del brazo

de Olivier Destelles —literalmente, es decir, que me dejaba remolcar—. Eran las cuatro y París estaba vacía y sucia, pero, mirando al cielo, cualquiera hubiese dicho que estábamos en ese pub Chanel con Estella Warren. Nunca me había visto en estado semejante, tan bien y tan mal a rachas. Jadeaba, como si me fuera a morir, cada palabra entrecortada en sílabas. Hubiese podido mearme encima, hasta el punto de que me detuve en plena calle detrás de un coche nevado; pero, una vez de cuclillas con las bragas bajadas, miraba a Olivier desesperadamente preguntándole por qué no lograba hacer pis, ¿por qué? ¡¿Por qué?! Y él, tranquilamente, con la mirada que hubiese deseado en Monsieur en una situación semejante, me explicaba que era normal. Que mearía más tarde. Todo pronunciado con una lascivia que me asqueaba y me encendía, porque, sin sentir el más mínimo deseo o las más mínimas ganas de follar, necesitaba como el comer una escena solemne, solemnísima, a lo *Madame Edwarda*. Estaba casi sentada con el culo al aire en la nieve bajo mi capa negra, con la capucha puesta, reconozca que la comparación era tentadora.

Olivier me llevaba hacia su coche, pero cada tres pasos me paraba para hacerle una pregunta ridícula aparentemente profunda, promesas que seguramente no quería que mantuviera —¿él me entendía?—. Ése era mi dilema. Le contaba mi vida en sus detalles más íntimos, tambaleándome contra su hombro, convencida de que a pesar de todo lo que me alejaba de él, de todo lo que me ponía enferma de él, Olivier me había calado más hondo que todos los demás. A veces la repugnancia que suscitaba en mí me dejaba inmóvil, consumida por la fascinación. La euforia convertía todas esas decepciones y aversiones en experiencias cósmicas: que, en cierta medida, me resultaran familiares esa clase de hombre y esa perversión me alegraba de manera malsana, se trataba de la caída y su punzante vértigo. A la vuelta de una esquina, me apoyé en un edificio, separadas las piernas, levantada la falda por encima de mi mata de pelo —exhortando a Destelles a que me lamiera aquí, ahora—. Es imposible expresar lo que había en sus ojos cuando me dijo que no; sonreía. Me gustaba eso. Me hubiese gustado el más sucio, el más abrumador de los vicios.

Al pasar cerca de una parada de bus todo se transformó. En plena frase sobre un tema sumamente personal, y cuando le hablaba como a mi *alter ego*, de repente perdí toda motivación, todas las ganas de charlar o de estar allí con ese tío. Veía cómo nos miraba la gente: a mí con mi cara de tener quince años y mis mandíbulas apretadas, mis tacones demasiado altos; a Olivier y su traje, su abrigo largo, su cara de ser mi padre, su cara de ser el demonio. No comprendía lo que se me podía haber pasado por la cabeza para hacerle esa clase de confianzas. El disgusto podría haberme matado en plena calle. Y, cuando estaba en lo más bajo, una enorme descarga de adrenalina me devolvía a lo más alto y volvía otra vez más, espetándole todos mis secretos como cotilleos sin valor con un parloteo de meretriz de camino a la cama. Estaba en plan negativo cuando Olivier me susurró en el coche:

—Estamos hechos el uno para el otro. Lo sabe perfectamente, Ellie —porque había cogido la costumbre de hablarle de usted; cualquiera diría que estábamos en

una novela rosa.

Puse una sonrisa falsa y pensé «Monsieur Monsieur Monsieur» tan fuerte que probablemente se despertó de forma inexplicable en plena noche. Creo en esa clase de intuición. Creo en ello y lo sé porque, poco después, nada era realmente soportable —como si él me estuviera viendo a cuatro patas en el sofá de Olivier, transformando en «Síes» ridículos las primeras embestidas, demasiado colocada como para estar cachonda, una media puesta, la otra enrollada en el tobillo—. Como si no tuviera ya bastante con mi Superyó en plena rebelión, cada uno de mis gestos pasaba por la censura imaginaria de Monsieur, que suspiraba «Ellie, ¿pero qué estás haciendo? Pase todavía que ese tío sea un perverso y un lastre hecho expresamente para arrastrarte a lo más bajo, pase todavía que estés tan peligrosamente febril como una rata en su jaula diminuta y a dos pasos de roerse sus propias patas —lo único que me parece de mal gusto es que no resulta agradable de ver—. Podríamos ponerte en una web de chalados con un título con gancho, “zorrita drogada deja que se la cepillen por todas partes” —y en los comentarios se leería—: “da pena” o “patético”. Me tienes realmente preocupado, Ellie. ¿No te dije el día de tu cumpleaños en mi coche: “Cuídate”? Y me respondiste levantando tu preciosa barbillita: “No veo por qué te preocupas, no me llamas y ya nunca nos vemos”. Te pusiste cabezota, como si no lo entendieras, cuando lo sabes perfectamente. Por eso me tienes preocupado. Porque me veía venir esta clase de escena de la que te arrepientes, y los arrepentimientos son lo peor del mundo. Apestabas a tío que no te sabe tocar y al que no tienes ni siquiera ganas de enseñar cómo hacerlo. Lo vi por la manera con que te sobresaltaste cuando te llamé Amorcito, como si fuera completamente inconcebible que, a pesar de todo, pudiera quererte todavía. Te había hablado de esa mirada de animal al que están matando, de esa mirada perdida que pones cuando haces que te encule y dejas de moverte —e imitas para él esos ojos que son míos, dejas que este gilipollas se retuerza encima de ti y te susurre palabras repugnantes en el oído, que te llame Cariño aunque eso te haga poner cara de asco y volver la mejilla lo más lejos posible... y ¿cómo puede no darse cuenta de ello, eh, Ellie? ¿Gracias a qué increíble ceguera se oculta a sí mismo tan perfectamente la rigidez de tu nuca y tu manera tan evidente de sufrir cada uno de sus besos? Lo odias con tanta fuerza que debería sentirlo, tú lo sentirías, ¿no? ¿Se cree que sólo estás colocada? ¿Puede ser tan capullo? Se me ocurre otra idea: a lo mejor ha entendido ese odio feroz que le tienes, ahora de repente, y se la pela. Mientras no grites para que pare, entrará en tu juego y responderá a todos tus gritos fingidos, a todos tus espasmos fingidos. Y tú no eres de las que gritan. Tú esperas prudentemente a que pase y luego lo escribes, lo mediocre, lo humillante, lo coñazo que ha sido. Probarás con todos los tíos antes de comprenderlo, pero una cosa es segura, Ellie, no tienes absolutamente nada que hacer en un mundo en el que se follan a una chica mientras todavía puede emitir sonidos, sean los que sean. Tendrías que largarte, aunque no tengas ningún sitio adonde ir, pero preferiría saber que estás haciendo la calle a las cinco de la mañana con un frío

polar antes que con ese cerdo seboso encima de ti bajo el mismo techo. Incluso tú preferirías eso en el fondo».

Insulto final, del que no me había dado cuenta antes y que, no obstante, debía de haberme llevado a todas esas pistas equivocadas, Olivier Destelles se echaba Habit Rouge. Entonces supe que tenía que parar o que me moría allí mismo. Ese ultimátum duró una fracción de segundo, pero no lo olvidaré jamás.

Llevo conmigo esta edición magnífica e imperecedera de las *Flores del mal* de Baudelaire, que me regaló por mis veintiún años. Me ha impedido cerrar el bolso toda la noche. Nadie entendía por qué salía con un libro tan viejo (dicho esto, nadie debía de entender por qué salía con un tío tan viejo —pero respecto a eso nadie me hizo pregunta alguna—). Dentro, un trocito de papel que desdoble torpemente: «regalo de C. S., el 14/12/2009». Normalmente escondo los regalos de Monsieur entre un montón de ropa arrugada, pero recientemente mi madre ha querido ordenarlo y ha faltado poco para que encontrara esta notita, donde el apellido traicionero se encuentra escrito con todas las letras, muy claramente, como un desafío. Tanto él como yo sabemos perfectamente que no hay mucho más que ese papel que nos una todavía —ésta es la razón por la que cargo con él por todas partes—. También por eso, incluso en posición fetal encima de mi cama, lo conservo junto a mí a la altura de la cara. Así, entre la peste a alcohol y los espasmos maxilares, recuerdo ese miércoles de diciembre, en su coche. Diez minutos, es bastante rápido de recordar, y es el único momento en que mi corazón ha latido últimamente —por amor, quiero decir.

He optado por no escribir esas llamadas telefónicas y esas citas triviales que Monsieur me concede casi sin querer. En unos meses, probablemente, no recordaré nada de sus últimas apariciones, excepto, tal vez, dos o tres cosas, y antes de dormir prefiero anotarlas:

Ahora tengo dos libros muy bonitos en mi biblioteca.

Aunque ya no exprese ese furor por ser suya, todavía tengo que hablar con él. Y eso me da ganas de enamorarme otra vez.

Podría ser perfectamente, pensándolo bien, que Monsieur también me quiera y que esta relación sea una obra de Racine en la que todo separa a los amantes. Pero, en este caso concreto, eso no hace el drama central más bonito: su coche negro ha reemplazado los hoteles de los martes por la mañana, nos vemos un cuarto de hora en un *parking* o aparcados en doble fila, y Monsieur ni siquiera se quita las gafas de sol. Me obstino en ponerme liguero para que lo vea. He introducido el sarcasmo en nuestra manera de comunicarnos y él no lo entiende, se ofende por cualquier cosa, me ataca en los temas en que sigo mostrándome evasiva. Contra toda lógica, se niega a admitir que unos amantes no puedan tolerar estar alejados uno de otro más de un día —así pues, somos otra cosa—. Y esa otra cosa no es especialmente alegre —pero, hey, es todo lo que tengo.

Eso es, creo que he dado con la alegoría correcta —y olvide todas esas gilipolleces que haya podido decir antes—: esto parece un dibujo animado que ha durado demasiado, con una ratoncita estropeada moviendo indolentemente el culo delante de un gato cebado y rollizo. Condenados a seguir sólo porque la vida sería realmente demasiado extraña sin esa interminable persecución desenfrenada.

Monsieur deslizó lentamente su dedo dentro de mi culo —y como un animal agazapado al que molestan, me contraí violentamente en torno a él, con una espontaneidad que me abochorna.

—Sí, cariño —me engatusaba Monsieur con una voz casi enternecida, mientras que, cada vez con menos discreción, me frotaba contra las sábanas ásperas (la combinación de las dos cosas era, madre mía, como para gritar)—. Sí, cariño.

La idea que pudiera tener él de hasta qué punto estaba cargada, hinchada, incapaz de contener el sordo desbordamiento que se preparaba bajo mis nalgas, con esos pliegues de las sábanas que me abrían de par en par como una peonía, que hacía que me rechinaran los dientes de forma convulsiva. Llegaría necesariamente el momento en que esa excitación pringosa se volvería intolerable.

—Tu coño —dijo Monsieur de una voz grave profundamente tranquila—. Qué bonito es tu coño. Y mojado justo como a mí me gusta.

—Ay, méteme tus dedos —maullé en respuesta con un tono extasiado de actriz porno, temblorosa de orgullo (ya está, ¡hablo como en una línea erótica!).

Pero la mano que se rebajaba para concedérmelo no pudo dejar de darme un azote al pasar —de los que estallan en la nalga como un calambrazo.

—Voy a meterte algo mejor que mis dedos. Sé un poco paciente.

No recuerdo exactamente lo que pasó entonces. Probablemente, aplasté la cara contra la almohada, frenética no sé muy bien hasta qué punto por esa arruga perfecta y ese dedo de Monsieur en mi culo, al que añadió rápidamente su lengua, actitud que, de repente, me parecía el colmo de la elegancia.

Luego, poco a poco, se propuso comerme literalmente, manteniendo mis nalgas levantadas, e hiciera lo que hiciera tenía cuidado de eludir mi coño con total crueldad —incluso cuando me rebelaba precipitándome contra su cara, Monsieur no dejaba empaparse más que la punta de su barbilla—. Me parecía no ser más que una excrecencia de carne palpitante de espera, desmesuradamente atascada. Y, mientras unos meses antes (que en mi mente tienen la duración de milenios) dirigirme a Monsieur cuando me lamía el culo me resultaba una cosa absolutamente impracticable, las ganas —imposible definir las— eran ahora tan terribles y tan intensas que, con las nalgas temblando bajo su nariz, dije con voz gutural:

—¡Pero haz algo!

—¿Qué quieres que haga?

Me retorcí en la almohada, renunciando a definir lo que hubiese podido darme placer, ¿sus dedos o su boca, o tal vez incluso su polla? ¿Cómo se podía elegir algo así? La multitud de respuestas relacionadas con la pregunta de Monsieur me abrumaba hasta marearme, y su lengua insidiosa, a ratos larga y aterciopelada, a ratos dura e invasiva, complicaba considerablemente las cosas. Fruncí las cejas antes de

balbucir en las sábanas:

—¡Que me hagas algo en el coño!

Recobrando, de no sé dónde, algo parecido al aplomo, proseguí:

—Es irritante que no me lo toques aposta.

De inmediato, despegó su cara de mí, y por detrás de las medialunas de mis nalgas, lo miraba fijamente, con ojos entrecerrados, negra y roja de excitación. Esa boca maravillosa se había adornado con redondeces todavía desconocidas, la hinchazón de haberme larga y sabiamente preparado para la intrusión, y Monsieur, desfigurado de esa manera, tenía cara de animal —la cara peligrosa de una fiera interrumpida durante un banquete—. Estaba a punto de someterlo a una directriz cualquiera, con una vocecilla vacilante, cuando dos manos secas me pusieron boca arriba como a un escarabajo de la patata, y ni siquiera el término fiera bastaría para describir qué parecía Monsieur de rodillas delante de mis piernas abiertas de par en par, con su polla desplegada y tensa contra su vientre, surgiendo de su vello moreno. Qué crudeza tenía su mirada cuando apuntó a mi vientre, forzado al impudor, dominado por sus dos grandes manos. Parecía cualquier cosa, excepto un cirujano —porque era inconcebible, porque el más mínimo instrumento entre sus dedos, en ese mismo momento, ¡hubiese sido peligroso! ¡Fatal! ¡Consagrado a mi sumisión total y sin fisuras!

Monsieur, en realidad, así despojado de sus ropas, no era ya más que un cuerpo alto y delgado, dibujado en torno a su polla, que decidía ella sola qué movimientos efectuar, qué comportamientos adoptar. Ya no quedaba rastro de esa sofisticación alabada mil veces, sumamente elogiada entre mis amigas, escrita y soñada y sublimada, y buscada en tantos otros en vano: lo que parecía tramarse en la mente de Monsieur era viejo como el mundo, estaba en su origen incluso, le hacía fruncir los labios enseñando los dientes cuando gruñó, con los ojos clavados en mi raja chorreante:

—No te muevas. Déjame mirarte.

Entonces, empuñó firmemente su polla sin apartar la mirada —e, incómoda, me hundí en mi almohada, tan rápida como un insecto—. Me esperaba cualquier cosa, salvo que me cogiera el cuello con su mano libre, sin ningún cuidado, y yo, en medio del pánico, tenía los ojos que piaban asustados «¿pero no me irás a hacer eso, verdad, no me irás a estrangular?». Porque hubiese bastado una presión un poco más fuerte para que sus precisos dedos empezaran a hundirse en las partes blandas de mi garganta, rompiendo los cartílagos rosados. Lo miraba con tal fijeza aterrorizada que Monsieur, con el pulgar, me acarició la mejilla murmurando:

—No tengas miedo, nenita.

Pero el corazón se me salía del pecho y respiraba como cuando nos desmayamos.

La presión se aflojó gradualmente y pude recobrar el aliento, mi deglución dolorosa. La polla de Monsieur palpitaba en su mano derecha y yo estaba abierta, vergonzosamente, con mi coño revuelto, trastornado delante de él, con mis carnes

alborotadas expuestas allí. «De qué debo tener pinta, madre mía», pensé obligándome a mirar fijamente a esa cara seria que tenía encima de mí.

«Tienes pinta de puta —me respondió la mirada de Monsieur—. Te veo el culo, el coño, te veo incluso por dentro y tienes pinta de puta. Lo bastante como para que se me ponga a reventar al mirarte entre las sábanas, con tus ojos que se evaden y tu boca que ya no sabe qué decir. Como si tu boca necesitara hablar. Como si tu segunda boca no dijera mucho más. Puedes esconderte donde quieras, cerrar las piernas incluso si quieres, sé lo que se oculta entre ellas, qué coño voraz y permisivo que llora que se me parte el alma para que le meta un meneo, escucha esos gañidos de perra que lanzas. Escúchate. Tienes el vientre de par en par, la garganta dilatada, y te permites cerrar los ojos... ¿qué sentido tiene esto, Ellie? ¿Por qué no podría tener las dos cosas, tu alma y tu culo? ¿Con qué derecho bloqueas así las retorcidas ideas que se te pasan por tu cabecita rubia, cuando ante mis ojos un interlocutor mucho más sincero de lo que tú nunca lo serás está dispuesto a matar por mis dedos o mi polla, a lo mejor, incluso, por mi boca? ¿Quieres darle eso a otro? ¿A un gilipollas que no va a entender qué regalo le haces al dirigirle una mirada tuya? ¿Ellie? Paso tan rápido cada vez que cualquiera diría que soy una exhalación. En pocos días, te masturbarás frenéticamente al recordar esta escena, porque no habrás tenido valor para vivirla ahora, aquí en este momento, ahora que tienes todos los instrumentos para correrte hasta desgarrarme la espalda con tus uñas. Te odiarás y te harás daño en SMS embarullados, mal expresados, en los que sólo comprenderé que me echas de menos. Así que mírame. Pon tus deditos encima de tu raja babeante mientras me retas con la mirada a encontrar otra zorrita tan guapa como tú en este mundo. Ponlos. Tócate».

Pero no me toqué. Sólo le dije a Monsieur, con un boquita de piñón húmeda de saliva:

—Lámeme el coño.

«¡Lámeme el coño!».

Entonces, Monsieur puso ambas manos en el nacimiento de cada muslo, abriéndome de par en par con un ruido húmedo que hizo que me sobresaltara. Eso era lo que significaba estar abierta, realmente abierta, desmesuradamente. Sus pulgares, que estaban en el borde de la entrada, acariciaron lentamente mis labios hasta encontrarse en un sitio perfecto, con una seguridad capaz de calcular casi al milímetro (ese rigor... quirúrgico). Entrecerré las piernas como una mariposa clavada en un tablón, Monsieur, que vigilaba escrupulosamente la zozobra en mi cara, se apresuró a agarrarme con el índice y el corazón, como se dan pellizcos a la naricita de un niño. Incluso con los párpados cerrados sabía de la fijeza de sus ojos, de su penetrante fijeza.

Hundiendo dos dedos, me abrió como una herida, con la misma delicadeza grave, sacando a la luz esa carne aterciopelada que nadie ve nunca, desplegando cada repliegue (y me retorcía como una lombriz encima de la cama, balbuciendo inicios de palabras absolutamente incomprensibles —esa lengua casi primitiva del amor).

Indagamos, con Babette, qué pregunta nos hacían los hombres para que repitiéramos Sí, Sí, Sí mientras lo hacemos. Al igual que hay preguntas retóricas, hay respuestas estrictamente ornamentales, que no juran ni consienten nada en particular: el Sí que nace en ese momento concreto, de esa garganta concreta, es un consentimiento total —es el Consentimiento mismo, su esencia—. No es decir Sí a unos dedos o a una polla intercambiables, de todas formas, a discreción, aunque sean el eje de rotación de este efímero universo paralelo. Es aceptar en bloque un momento t, el placer, el auténtico sentido del hecho de ser felices, más allá de todo lo que pase antes y después de ese instante de gracia. No hay nada más que decir salvo Sí. Es la interjección que resuena con más fuerza, que casa mejor con esa impresión frágil y extremadamente potente de completa libertad, de amor incondicional.

Y volvía a pensar en la manera que tuvo Henry Miller de describir el ruido de un dedo en un coño, una especie de microsonido a lo *squish-squish* —mientras, bajo mi vientre, Monsieur me sacaba gorgoteos chorreantes que mis balbuceos no lograban disimular, ruidos de succión muy lejos de ese refinado *squish-squish* salido directamente de un tocador del siglo XIX—. Miller evocaba a un pequeño animal al que forzamos a hablar, cuando ahora me parecía dotado de una boca inmensa y chorreante de saliva, una boca llena de lenguas que se agolpan para hablar todas, al mismo tiempo, hasta cercar mi cuello... y me oigo decir:

—Bésame.

Monsieur, sin oponer la más mínima resistencia (probablemente le pareció que estaba en mi punto) se apresuró a poner sus labios sobre los míos, estampando primero un beso casto sobre esa carne que gritaba insensateces. Paralizada, lo miraba sin dar crédito a esa cabeza de hombre entre mis muslos, esas manos cuyos dedos abrían hoyuelos en mis nalgas. Sentí más que oí su susurro cálido.

—Qué bien hueles... ¡Tu coño huele tan bien!

Mientras recobraba la respiración, preparando ya mis próximos chillidos, Monsieur se puso a darme lengüetazos concienzudamente, primero muy despacio para que sintiera cada centímetro cuadrado entreabrirse bajo su lengua. ¡Como si fuera un sello! Ésa fue la imagen que me asaltó entonces, por unos segundos, justo antes de que la hundiera dentro de mí como para follarme, y esa sensación de no estar más que un poquito llena me sacó de quicio hasta el punto de golpear mis muslos contra sus orejas a un ritmo frenético. Cortándolo con un empujón imperativo en las rodillas, me picoteó con miradas de completa dominación hacia esa parte de mí todavía rebelde, todavía febril. Me veía casi hincharme y endurecerme bajo sus labios, ponerme en punta como un pezoncito mojado entre sus dientes, como una lentilla entre sus dedos cuando ponía su boca por completo en mi entrada, y parecía beber, beber, beber otra vez, infatigablemente. En pocos minutos, Monsieur había convertido todo ese suplicio, esa espera constante, esas vejaciones, esas

humillaciones en un camino necesario para llegar a ese momento de comunión extraterrestre, yendo más allá de las palabras y de todo a lo que el ser humano recurre normalmente para expresarse. La lengua del amor está hecha de roces de muslos, de crujidos de sábanas, de tiranteces repentinas y —por supuesto— del Sí, Sí, Sí.

Justo en ese momento en que menos me lo esperaba (estaba gimiendo sin cesar, perdida en un torbellino de placer lacerante) cuando Monsieur, sin más preámbulos, deslizó dos dedos dentro de mi culo —y hubiera podido gritar, madre mía, gritar como una posesa, lo que, por otra parte, creo que hice—. Bendigo a las que saben: ellas constituyen la fina franja de lectores que comprenderán la violencia exquisita y repugnante de lo que pude vivir entonces. La velocidad con la que me abrí y me cerré me retorció las tripas —y me desgañitaba, con las piernas paralizadas.

—Voy a encularte —susurró Monsieur—. Voy a encularte, Ellie.

—¿Por qué no por delante? —balbucí, ahogándome con mi propio aliento.

—Porque va a ser grandioso, mi polla en tu culito y justo por encima tu coño que está regurgitando.

Entonces, Monsieur se incorporó lentamente por encima de mí. Su polla brillaba en la oscuridad rosada de la habitación (había olvidado lo que era eso, los hombres cuya polla está totalmente mojada después de unos minutos de caricias).

—Ábretelo con los dedos.

Obedecí manteniendo mi raja muy abierta mientras emitía una especie de ultrasonido frenético. Monsieur se propuso abrirse paso, forzando con la punta de su polla la brecha mojada de saliva. Un breve fogonazo de dolor me cruzó de parte a parte cuando, de una embestida, se vio medio engullido, susurrando:

—Ya está, cariño... ya está.

Apenas había tenido tiempo para recobrar el aliento cuando sentí su pelo contra mis nalgas, y entre ellas algunos kilómetros de carne incandescente que me llenaban, llenaban hasta reventar, «llena como una puta».

—Ya la tienes, Ellie. Bien hasta el fondo de tu culo.

—Sí, sí, sí...

—Háblame, dime cómo te sientes, dime lo mucho que te gusta que te encule.

—Me gusta mucho —repetí, y el sonido se alargaba como el algodón de azúcar, cambiando millones de veces de tonalidad—. ¡Tu polla me gusta —instante de contricción total en que mi vocabulario me traicionó, y encima de mí parecía esperar el adverbio, masculino donde los haya—... mucho!

—Mírate —sonrió Monsieur.

Eché una breve ojeada en respuesta a su golpe de mentón, avergonzada hasta la náusea por la obscena hinchazón de mi coño, que se desplegaba, indolentemente, húmedo y carmesí. En un acto reflejo, quise esconderlo, y empecé a masturbarme. Monsieur enseguida me apartó de una embestida de mis manos y allí estaba, tendida encima de esa cama de hotel con los muslos abiertos a reventar, el vientre lleno (y sentirme repleta tenía tanto de éxtasis como de suplicio), la mitad de una polla casi

dolorosamente dura sobresaliendo de mi culo y luego clavándose hasta el final, y justo por encima mi raja, santurronamente abierta con un gesto de estupor. Y mientras me sentía la última de las últimas, Monsieur me miraba con intensidad, a años luz de toda repugnancia, con aspecto de encontrar maravillosa esa dicotomía entre mi cuerpo palpitante y mi rostro todavía civilizado, todavía —¿cómo decía él por teléfono?— de muñeca pepona. Pero como el placer era milagrosamente creciente, la civilización poco a poco perdía terreno, se dejaba minar segundo a segundo —y el mundo ante mis párpados caídos era de repente más borroso, el corazón latía más fuerte, los nervios se tensaban con más fuerza—. El aire se volvía más denso. Todo era de repente más bello, más cálido —como si sin renunciar a Monsieur hubiese podido estar sola en esa habitación, en absoluto preocupada por mirada alguna sobre mí—. Como si, en plena sesión de masturbación, me hubiesen lanzado a un hombre capaz de aderezar mi ritual con su polla como un metrónomo, que supiera encontrar las palabras justas para acompañar mis arrullos incoherentes. Justo cuando mi vientre se desbocaba, presa de una violenta contracción en torno a él, Monsieur —que hasta entonces había probado en vano con todos los hilos para amedrentarme— encontró la actitud más obscena de todas: saliendo bruscamente de mi culo, se quedó quieto como una estatua mientras sus manos me forzaban a permanecer dócil, se puso a mirar largo rato su obra, con su polla erecta orgullosamente contra su vientre, con aspecto casi de querer entrar en su ombligo.

—¡Para! —dije sin aliento, aterrorizada por la crudeza de la situación y por la hipótesis (demasiado pragmática, dadas las circunstancias, pero después de todo no soy más que una chica) de estar lo suficientemente abierta como para aspirar sin querer todo el aire de esa habitación.

Pero Monsieur no era más que un hombre, y los daños colaterales de esa clase de prácticas lo impresionaban o lo incomodaban demasiado poco como para impedirle quedarse ahí, con sus dedos en mis rodillas dobladas para mirarme el agujero del culo y el coño totalmente a sus anchas mientras me empapaba en mi irritación. O, a lo mejor, por el contrario, era totalmente consciente de que no me atrevería a mover una oreja, por miedo a no correr el más mínimo riesgo. Así es como me vi paralizada con mi mano que se agitaba infatigablemente, frenéticamente casi, para evitar pensar qué pinta podía tener, con todas esas entradas refrescantes al aire. Lloriqueaba:

—¡Fóllame!

—Espera, deja que te mire un poco más —repetía Monsieur, que se divertía paseando la punta ardiendo de su polla entre mi culo y mi coño.

—Por favor —gemí creyendo ablandarlo mediante esa sumisión melosa.

—Sigue masturbándote —vomitó en respuesta.

«Sí, muy bien —pensé ultrajada—. Pero faltará, aun así, algo de polla en esta historia».

Y, como Monsieur, fascinado, no podía resolverse a cortar el espectáculo, de un solo golpe me enulé yo sola, aprisionando con mis piernas su espalda para hacer

imposible toda huida. De inmediato, una de sus largas manos, que adoraba y temía por igual, se abalanzó sobre mi cuello, «muy bien», dijo Monsieur, y mientras, neutralizada, levantaba los ojos desorbitados por la sorpresa hacia el techo, llenó mi coño de Dios sabe cuántos dedos, sin dejar de follarme a un ritmo —¿existe en el mundo una palabra que pueda describir ese ritmo perfecto que encuentran a veces, como por un milagro, después de una eternidad de tanteos?—. Un ritmo que parecía adaptarse exactamente a cada contracción de cada una de esas mucosas misteriosas, previendo su frecuencia. Tenía casi lágrimas en los ojos.

—Pero qué puta eres, Ellie —sonrió mientras yo repetía que iba a correrme con una rapidez absurda.

Mi nombre, en su boca y en ese contexto sonaba como el golpe bien preciso de un látigo muy fino. No pude contenerme el rato suficiente (pero el simple hecho de tener que contenerme era una victoria sobre la vida y el mundo) como para oír claramente su última y magnífica frase, pero creo acordarme de que en medio de mis alaridos, en medio del maremoto, sólo prorrumpió, con una voz que era como dos puntos antes de la palabra «orgasmo», en esta frase:

—Pero qué mojada estás, cariño...

Después, hubo unos segundos en que pensé en respirar de nuevo, exhausta —no veía mis muslos empapados ni la polla todavía dura de Monsieur más que a través de una especie de niebla densa—. Inmersa en una sensación de plenitud total, estirada como una cerda sobre la cama deshecha, recuperaba el aliento lo mejor posible, indiferente de pronto a sus gesticulaciones encima de mí, a la rigidez súbita de su polla entre mis mucosas agotadas. Fue entonces, cuando me clavó las uñas en mis muslos, sobándome hasta hacerme cardenales, cuando abrí un ojo torvo. La corrida de Monsieur comenzó como un soplo de viento sobre la superficie del agua; ante mis ojos, a su pecho, luego a su cuello subió una oleada de carne de gallina y, como irritadas, sus cejas se fruncieron violentamente. Bajo mis párpados casi cerrados, dos pupilas de un gris profundo buscaban las mías. «Pero qué guapo es, madre mía», pensé muy claramente, no podía pensar en otra cosa y, fascinada, me lancé a ciegas a su contemplación. Esa nariz de aletas finas, palpitantes, que me había recorrido entre las nalgas y las rodillas. Esa boca todavía entreabierta mientras lo hacíamos, ese labio inferior carnoso, tendido como un bonito trasero de mujer. Esas largas pestañas indolentes. Esa piel suave hasta el escándalo, esa piel de chica en un cuerpo íntegramente masculino. Esa brutalidad en sus rasgos, la belleza violenta de ese rostro cuando se estremecía así, encima del mío, entre lucha y rendición. Monsieur ya no se resistía. Monsieur miraba cómo nos agarrábamos mientras lo absorbía con mi culo, de repente apasionada por los temblores en sus labios, por sus ojos extasiados que se olvidaban a veces de abrirse.

—Me voy a correr —murmuró enredando sabiamente sus dedos en mi cabello.

«Te quiero», pensé, antes de responder, acariciando su mejilla con la mano abierta:

—Córrete.

Entonces, saltó fuera de mí, cogiendo su polla con una mano en la que la excitación había dibujado venas, huesos, ligamentos, toda una arquitectura carolingia insospechable. Incapaz de decidirme a romper mi cómoda inmovilidad, dejé que descargara interminablemente encima de mi coño. El blanco lunar del semen brillaba como la saliva en los labios de un comensal por fin saciado. Una gota brotaba sola todavía, que recogí con la punta de los dedos para llevarla a mi boca, suplicando con una voz sorprendentemente ronca:

—Abrázame, ¿quieres?

El silencio, en esa habitación amarilla, era tierno como las siestas que se hacen, con cinco años, con los padres. No tenía ocurrencia alguna con que romperlo de manera elegante. Entonces, con una voz que salió como un cuchicheo, dije:

—No quiero hablar de cosas convencionales contigo. Nos vemos tan sumamente poco que cada vez que lo hacemos me odio por haberte hablado de la universidad, de mis amigos, de mis estúpidas cosas.

—Esas historias estúpidas me interesan —replicó Monsieur, cuyas manos cruzadas encima de mi pecho, no se habían movido ni un ápice—. Todo lo concerniente a ti me interesa.

—Quiero hablar de literatura. Es lo que más nos une. Pero tengo tantísimas cosas que decirte, que preguntarte sobre el tema, que tengo la sensación de ahogarme. —Volviéndome, amodorrada—: Quédate conmigo un rato, que podamos al menos hablar de Bataille.

—Ellie, ¿de verdad crees que incluso en dos o tres horas habremos dicho todo de Bataille? No se puede hacer una disertación literaria así, de buenas a primeras. Es normal que nos contemos nuestras vidas, esa clase de conversaciones preliminares son necesarias.

—Sí, pero te quedas tan poco tiempo que esas conversaciones preliminares son todo lo que tenemos.

Como bajaba la barbilla, Monsieur se incorporó repentinamente, con su mano en mi cuello.

—Ya lo sabes, mis obligaciones pesan.

—Lo sé.

—¿Y qué podemos hacer, Ellie? ¿Quieres que dejemos de vernos?

—No lo sé. A decir verdad, desde hace tiempo, ya no sé nada.

—¿No quieres verme más?

—¡No lo sé!

Hundí la cara en la almohada unos segundos, en los que recobré el aliento, para

disimular mi irritación.

—Ya ves, al vernos sólo raramente, al espaciar las citas con cuentagotas, has procurado que nuestra historia quede fuera de todo lo convencional.

—¿Y qué? ¿Eso está mal?

—Tiene un doble filo. Lo sabes perfectamente.

—No quería que lo viviésemos como la gente convencional. Tú y yo valemos mucho más que eso.

Monsieur siempre me habló con tal aplomo que no tenía el valor, tampoco la audacia, de oponerle una resistencia demasiado evidente. Con expresión de disgusto que ocultaba en su hombro, proseguí:

—Muy bien, pero a lo mejor hubiese preferido ser un poco menos extraordinaria y verte más. A lo mejor a mí sí me hubiese gustado eso, vernos todas las semanas en un hotel y preguntarte cómo está tu mujer mientras te desvistes. Eso hubiese sido mejor que verte cinco minutos cada tres meses y no hablar contigo nunca. A lo mejor es de persona tremendamente convencional, pero no todo lo convencional es malo. Si la gente lo hace así, debe de ser porque tiene sus ventajas.

Sentí por el gesto de su boca en mi pelo que Monsieur ponía mala cara. Su desdén se expresaba así, con esa parte de la cara, y con la manera que tenía de quitar repentinamente su nariz de mi cabeza, como si mi vulgaridad despidiese un olor desagradable.

—¿Crees que hubieses sacado un libro de una historia que cualquiera hubiese podido vivir?

—Hubiese sido más feliz viéndote. ¡Discúlpame! ¿Cuántas de las trescientas páginas de ese libro fueron escritas porque no te veía aunque tenía que hablar contigo, de una manera u otra?

—Lo sé, pequeña —suspiró Monsieur frotando con ternura mis pechitos, con cara de poder ahuyentar así las quejas que tenía que hacerle.

—Pasas de mí.

—Por supuesto que no, ¡pero bueno! ¿Por qué me dices cosas así? Si pudiese pasar más tiempo contigo...

—Pero no tienes tiempo. Nunca tienes tiempo. Lo sé perfectamente. Estoy harta de frases que empiezan por «si».

—No, no tengo tiempo. Trabajo catorce horas al día y tengo una familia.

—Entonces, ¿por qué no me dices que se ha terminado?

—¡Porque no tengo ganas en absoluto de que se acabe!

¿Qué es lo que me dejó más impactada en ese preciso momento? ¿Qué pensé en primer lugar, fue «qué cerda egoísta» o «no tiene ganas de dejarme»? ¿Me quedé primero aliviada o consternada? Tenía los ojos secos de mirar delante de mí sin ver nada.

—Entonces qué, ¿prefieres arrastrar constantemente detrás de ti una especie de magma humano que no hace más que llorar o mojarse?

—¿Qué es lo que tengo que decir, Ellie? ¿Que no quiero verte más? No puedo mentirte.

—Yo no puedo seguir así, indefinidamente.

—Que te diga «hemos terminado» no cambiará en nada las ganas que tengas de mí, o las que tengo yo de ti.

—Fingiré. Pasaré a otra cosa. Tengo veintiún años.

Desconcertado, Monsieur retiró su mano calentada por mis caderas. Dejé su brazo, que yació indolentemente contra el mío, añadí con una vocecilla:

—No quiero estar todavía enamorada de ti con cuarenta y cinco años. Ésa es la otra cara de la moneda: nuestra historia es tan poco convencional que me acordaré de ti toda mi vida.

—Y qué, ¿no es mejor así?

—Y tú, cuando tengas setenta años, volverás a pensar en mí. Hemos encontrado la mejor manera de ser desgraciados.

Y, por primera vez, Monsieur me estrecha contra sí, preguntando:

—¿Qué hacemos, entonces?

—No lo sé —respondí.

Quería darle tiempo para tener miedo. Quería sentir que se mordía la lengua, que evitaba preguntarme más detalles, una decisión tajante, que suplicaba que abreviase esa escena insoportable. Que lo supiera, al menos por unos segundos. Pero fui yo quien se vino abajo.

—No voy a seguir así en tu estela eternamente. Eso no me lleva a nada. Eso me pone triste.

—¿Qué es lo que te pone triste esencialmente?

Monsieur se inclinó hacia mí, mientras su larga mano recorría nerviosamente mi vientre hasta mi entrepierna, con una conciencia increíble e irreflexiva de cada curva, cada abultamiento. Al cerrar los ojos, cualquiera se hubiese creído en la sombra de un psiquiatra especialmente poco dado al protocolo.

—He...

Me interrumpí bruscamente, destrozada. Aunque quería hablar, sentí que se me cerraba la garganta como en un puño, y giré la cabeza hacia la almohada. Monsieur cogió mi barbilla entre sus dedos, pero lloraba y pocos segundos después, tenía dos regueros de moco saliéndome de la nariz, los ojos hinchados, no había, realmente, necesidad de ello.

—¡Déjame en paz! —protesté esperando en vano que la irritación disimulara el ruido de las lágrimas, cómo me sorbía todavía discretamente, pero de una sola vez, de una sola, se pegó contra mí con todo su esbelto cuerpo tibio, cogiendo mi rostro entre sus manos.

—¿Qué te pasa, pequeña?

—Y además, deja de llamarme pequeña. Llamas pequeña a todo el mundo.

—¿Qué es lo que te pone triste?

—Con lo inteligente que eres, con lo brillante que eres, ¿todavía no lo has adivinado?

—No te conozco mucho, ¿sabes, Ellie?

Trabada en él, trataba por todos los medios de rehuir su mirada, esperando ocultarle las lágrimas y las ventanas de la nariz inundadas. Pero Monsieur insistía.

—No tengo ni idea de lo que pasa en tu cabeza. Lo que esperas de los demás, lo que te gustaría ser, lo que esperas de mí.

—Es tu culpa, yo...

—Lo sé, cariño, lo sé —me cortó Monsieur besándome en la frente. Luego en la punta de la nariz.

—Si me hubieses dado tiempo para hacerlo, te lo hubiese contado todo sobre mí. Hubieses podido conocerme mejor que cualquiera —sollocé desesperadamente, y el beso que me dio para calmarme o hacerme callar tenía un regusto a sal—. Me pone triste no tenerte nunca al teléfono, que no respondas nunca a mis mensajes, que no me llames nunca, que me des falsas esperanzas para darme plantón en el último momento. Es evidente que, en esas condiciones, no puedes conocer nada de mí. En diez meses de persecución agotadora, no has podido organizarte una miserable noche para pasarla conmigo, ¡y tienes la cara de decirme que no quieres que esto se termine!

—Ellie...

—Y ni siquiera yo te conozco. He escrito un libro sobre ti, pero podría estar completamente equivocada también, ya que no sé de ti más que lo que me has mostrado. A lo mejor en total seis horas de tu tiempo.

Tengo esas cejas alzadas de forma fatalista de las que Babette dice que permiten vislumbrarme dentro de veinte años. Esas cejas alzadas que odio.

—Eso es, *grosso modo*, lo que me pone triste. No conocerte, y ser casi una extranjera para ti me pone triste. Que te dé absolutamente igual es lo que me apena.

—¿Quién te dice que eso no me pone triste?

—Pues eso, nadie. Todo lo que piensas lo tengo que adivinar con medias tintas. No me dices nada.

—Eso me pone triste —dijo Monsieur pegando su nariz a la mía—. No conocerte suficientemente bien, no verte, no hablar contigo, todo eso me resulta casi insoportable.

En el fondo, veía claramente que hubiese bastado con no decir nada, con quedarme simplemente así, acurrucada contra él, con mi rostro pringoso para que nos quedáramos allí, y que todo empezara otra vez por unos meses, en unas condiciones que probablemente no cambiaran, pero todavía con la esperanza implícita de llamar su atención, sus favores. Hará pronto un año que estamos con esto. No sería al cabo de un año más cuando iba a hacerme un sitio entre Monsieur y su mujer, aislada de las demás chicas con una periodicidad que no consultaba más que de manera distraída, de vez en cuando, al venirle la idea a la cabeza. Entre un infame ruido de gorgoteo, sugerí:

—Pero dime, entonces, que se ha terminado.

—No puedo hacer una cosa así.

—¡Lo egoísta que puedes llegar a ser!

Me levanté limpiándome la nariz sin escrúpulo alguno, en ese momento de rodillas delante de Monsieur, quien, tumbado, abría ya la boca para contradecirme.

—Lo único que no quieres es quitarte la posibilidad de follarme cuando te venga en gana. Me parece humano, pero comprende que eso puede convertirme en una desgraciada.

—Tú sabías cuando empezamos a vernos que no tenía tiempo. Cada vez que te veo son minutos robados a mi agenda, a mi trabajo, a mí...

—No empieces otra vez a hablarme de ella.

«Ella». ¿Desde cuándo hablo como una amante?

—No me hables de tu mujer. He tenido siempre el buen gusto de ni siquiera tenerla en cuenta entre los obstáculos que nos impiden vernos, con que no me hables de tu mujer. Nunca he tenido las más mínimas ganas de compararme con ella.

—No quiero que te compares con ella, pero el que esté ahí es también una razón por la que no cuido más de ti. Ésta es la vida que he elegido entre otras mil posibles.

—O la otra posibilidad, que pasas completamente de mí.

Monsieur se puso rígido repentinamente, y su mano, entre las sábanas, recobró rigideces preorgásmicas, pero esta vez eso no presagiaba nada bueno. Su voz era como la de los padres que sabemos contrariados y que no necesitaran más que una señal de rebelión más para estallar.

—¿Cuándo dejarás de creer que paso de ti?

—Cuando hayas hecho alguna cosa para probarme lo contrario —respondí repitiéndome que nunca podría levantarme la mano, aunque lo sacase de sus casillas—. Cuándo tendrás el valor de decirme que ha acabado todo porque objetivamente no tienes tiempo para ocuparte convenientemente de mí.

—¿Tengo que llamarte más? ¿Ésa es la clave del problema?

—La clave es en sí un problema.

Al volver a ponerme las bragas, con un nudo en la garganta:

—Me he arrastrado durante ocho meses a tus pies con la esperanza de que acabaría llamando tu atención, de que acabarías hablándome como a una adulta. A lo mejor estoy equivocada, a lo mejor te has equivocado al dejarme hacer, pero el hecho es éste: no puedo seguir así.

—Nunca he querido hacerte desgraciada.

—Lo sé. Nadie quería hacer a nadie desgraciado. Nadie quiere nunca hacer a nadie desgraciado, pero pasa.

—Pues yo no quiero que dejemos de vernos.

Ese tono de niño al que acaban de castigar me dio ganas de echarme en sus brazos. Por más que sospechara en él astucia, manipulación tortuosa, nada me probaba, en realidad, que a Monsieur no se le hiciera difícil. Tan difícil como a mí

misma tal vez. Que tener que evitar tener el más mínimo contacto regular conmigo hubiera podido costarle. Que mi nombre se hubiese vuelto doloroso de pronunciar, incluso de pensar. Podía elegir entre echarme en sus brazos y odiarme por hacerlo, o seguir allí plantada sobre mis rodillas y lamentarme meses más tarde de haber perdido una ocasión de respirar su perfume, de sentir todo su cuerpo alrededor del mío. Apretando los puños, solté una risa como un portazo, incapaz de mirarlo.

—Pero si yo tampoco quiero que dejemos de vernos. Seguramente sea lo último que quisiera hacer. ¿Crees que hay, en mi vida, alguien más que me hable de Aragon o de Mandiargues como tú?

—Todavía podemos hablar, sin follar —sugirió Monsieur en un tono que me pareció muy honesto.

—Sabes perfectamente que eso es imposible. Las ganas de tocarte seguirán corroyéndome. Y tú nunca podrás evitar sobarme las piernas por debajo de las mesas de las cafeterías. Te vería también poco. Incluso menos todavía. Pero siempre lo bastante para acordarme de lo que era tenerte conmigo. Eso no cambiará nada.

—¿Entonces qué, Ellie? ¿Dejamos de llamarnos, de hablarnos, de preguntarnos cómo nos va?

—Yo dejo de llamarte, de hablar contigo, de preguntarte cómo te va. Tú sigues haciendo justo lo mismo que hasta ahora.

—¿Decimos que ha terminado?

Apreté los dientes, exasperada por esa tendencia que tenía Monsieur a sacarme de quicio, una y otra vez, inconsciente de cuánta ingenuidad había podido perder lejos de él. Por otra parte, a lo mejor fue para provocar por lo que solté, con el corazón en un puño:

—Venga, que sí, que ha terminado.

Y luego, como para mí misma:

—Hay que tomar ya una decisión.

Hubiese podido desmayarme durante el rato que necesité para vestirme. Ligueros. Bragas. Vestido de cuello Claudine. Bensimon. Monsieur no me quitaba ojo de encima, de vez en cuando parecía tirar de un hilo invisible que me hacía levantar la cabeza hacia él —para evaluar su reacción, pero, sobre todo, creo, porque tenía ya conciencia de que no lo volvería a ver—. Era imposible de concebir. La calma con la que me seguía con la mirada atestiguaba mi convicción profunda: sabía, desde el principio, que me iba. Que me había ido ya un poco desde hacía tiempo. Y que mi huida de improviso había sido detenidamente premeditada, de manera más o menos consciente. Entonces, ¿por qué, por qué me miraba así? ¿Por qué lo oía casi ofenderse por que pudiera rehuirlo?

Rehíce mi cola de caballo tres veces con dos gomas diferentes.

Me senté en el borde de la cama para atarme correctamente los zapatos.

Fingí enviar cuatro mensajes.

Ganaba tiempo. Hacía todo sin pensar en ello, mecánicamente. Cuando por fin,

con las manos cruzadas sobre las rodillas, me di cuenta de que ya no había nada más que hacer excepto irme, Monsieur me vio temblorosa y murmuró mi nombre. Mirando hacia abajo, a través de mi pelo vi avanzar su mano hacia mí lentamente, completamente abierta e inofensiva. En una fracción de segundo, desapareció, y, de repente, fue en mi pelo donde la sentía, de la coronilla a la mitad de la espalda. Le lancé una breve mirada a Monsieur, con cara de decir «pero ¿qué quieres que haga?».

«Vete», decía sin palabras, lo que era peor aún que «Quédate».

En un instante, tomé plena conciencia de la tragedia que se estaba desarrollando en esa habitación. Qué inmenso y completo desastre. Cientos de personas acababan de morir en un terremoto en Chile, la Tierra se había salido de su eje después de aquello, estaba esa historia de Haití, y mi único drama, el único acontecimiento capaz de arrancarme unas lágrimas, era dejar a ese hombre, ocho mesecitos de una vida, pero eso era tanto como toda mi existencia por completo. Se me debieron de poner los ojos rojos, como en los dibujos animados, y me eché literalmente contra él, metiendo la cara en su cuello, gimiendo y llorando como si me muriera, enjugando la mitad de mis lágrimas en su barba cerrada de la mañana. Monsieur clavó sus uñas con tanta fuerza en mi espalda que conservé la marca mucho tiempo —unos días tal vez: tres lunas crecientes al principio rosadas, que se pusieron rojas y marrones—. Mientras sollozaba en silencio, con mi mejilla contra su mejilla, cogió entre sus manos mi rostro, por el que corrían lágrimas.

—Cuídate, por favor. Y no me olvides.

—Vale —le prometí mientras me sorbía.

—¿Vale?

—Tú también, cuídate...

—Júralo —me dijo Monsieur poniendo su nariz contra la mía: entre las largas pestañas de sus ojos grises había todavía esa aparente neutralidad que interpretar como me pareciese.

—Lo juro —lloriqueé arrancándome sus manos de la cara.

¿Tuvo la más mínima idea de lo que pude vivir entonces? Me tenía en pie, pero a duras penas (¿y cómo narices era capaz de ello?), y Monsieur sentado todavía conservaba la huella pringosa de mis mejillas en sus mejillas. Como tenía que hablar, bajo pena de perder definitivamente la razón, añadí como para mí misma:

—No empieces a hablarme de recuerdos o de adioses. No creo en los adioses.

—Yo tampoco.

—¿Sabes? —proseguí mientras mi barbilla se venía abajo por enésima vez—, cuando tenía quince años, tuve mi primer desamor. Me salté las clases de la tarde de lo triste que estaba. Me acuerdo perfectamente, habíamos estado con mi padre en la panadería para comprar pan provenzal, lloraba como una magdalena. Creo que no sabía qué hacer para que me sintiera mejor (nunca hablamos de esas coas con mi padre), conque me dijo «siempre nos volvemos a cruzar con las personas que cuentan o que han contado». —Volviéndome para limpiarme la nariz discretamente en mi

cuello, proseguí—: Ésa es la única cosa en la que puedo pensar ahora, en este mismo instante. Es una frase totalmente patética.

—Es una frase genial —replicó Monsieur.

—A lo mejor, un poco las dos cosas —le concedí mientras me ponía la chaqueta.

Entretiem po: estábamos todavía en marzo, pero mayo llegaba volando. El aire olía casi como el año pasado. Los castaños en flor. El mango demasiado maduro. Una mezcla de Habit Rouge y de polvo, de cera del suelo. El cielo podía estar igual de azul. ¿Había que ver en ello una conclusión lógica cualquiera, el cierre de un círculo que nunca pude descifrar? Tendría todo el tiempo del mundo para pensar en ello en el metro, ya que ninguna canción de ningún iPod podría distraerme. A mi alrededor las conversaciones irían a buen ritmo, la gente se besaría, se reiría, escucharía a los Beatles, leería su *Cosmopolitan*. El mundo seguiría, ¡vaya mierda! ¿Cómo es posible? ¿Cómo unos mundos individuales podían venirse abajo sin tener la más mínima influencia en el mundo en su conjunto?

Cuando me incliné para coger mi bolso, deseé con mucha fuerza perder el conocimiento. Pero no era tan fácil.

—¿No volveré a ver nunca más tus bragas, entonces? —recalcó Monsieur, en un tono que no era ni especialmente provocador, ni especialmente gracioso, a decir verdad. Neutro. Transparente.

«Nunca más». Hay palabras así, que unidas una a la otra dan ganas de vomitar.

Ningún hombre, creo, vale lo que esas bragas que me habían visto hacer mis primeras orgías, montar sobre mis primeras conquistas, correrme mis primeras fiestas. No era una cuestión de precio —aunque en su momento me había parecido totalmente desorbitado—: las manos más nobles, las máspreciadas, habían tirado de las gomas como de las cuerdas de un arpa. Los ojos más queridos se habían comido mi carne más suculenta bajo ese encaje brillante. Las había mojado un número considerable de veces, en los lugares más extraordinarios. En el Baron, con Olivier Destelles como carabina. Unas semanas después, hasta el culo de MDMA, deambulaba en el apartamento de Thomas Pariente, y no las llevaba más que a ellas y un fular de Hermès. Muchos años antes, Alexandre, al verlas, apenas salidas del bolsito afectado de Agent Provocateur, las había bautizado como mis «bragas en caso de paro cardíaco». Toda mi vida sexual estaba escrita en su raso negro. Había perdido peso, engordado otra vez, y vuelto a perder, pero nunca me habían hecho la afrenta de quedarme demasiado sueltas o demasiado apretadas. Como por un milagro, la tela se ceñía a mí. Esas bragas me pertenecían.

—Toma —le dije a Monsieur, con una sonrisa enferma.

Apenas estuvieron en sus manos cuando, sin apartar su mirada, se las llevó a la nariz, olisqueando la huella de mi coño con los párpados lánguidos de un perfumista ante una esencia exquisita. Ésa era la razón de haber amado a ese hombre... la primera, la que había precipitado todo lo demás: por el recogimiento en su rostro cuando le abría mis piernas. Por esa gula de todos los sentidos.

—Son demasiado bonitas para que me las des —recalcó Monsieur, cuyos dedos se entremezclaban con el encaje.

—¿Esta historia también lo era? —respondí con una entonación fatalista que me pareció ridícula, un tono de actriz de telecomedia.

Me sonrió.

Cuando di el primer paso hacia la puerta, me sentí sorprendentemente ligera para ser alguien que no iba a volver a ver a Monsieur. Me movía como si el aire no tuviera ya ningún peso. El suelo, a mi paso, tuvo la poquísima delicadeza de crujiir: me hubiese gustado escapar sin la más mínima señal tangible de que me iba. Sentía en mi espalda cómo los ojos de Monsieur escaneaban por última vez mi silueta sin bragas (esta promesa de desnudez siempre había tenido un efecto catastrófico en él), y él, que siempre había sido tan hablador, no se atrevía a romper el silencio de una manera o de otra. Pero a lo mejor había adivinado que no tenía nada que decir. Que había un dolor necesario, como para sacarse una espina, contra el que ninguna palabra podía hacer nada.

Abrí la puerta, luché violentamente, por última vez, por no darme media vuelta; en la habitación y en el pasillo la ausencia de ruido era idéntica. En el interior había un silencio que gritaba. Fuera, un silencio de duelo. Apretando los dientes, tiré de la manilla, una última bocanada de aire cargado de Habit Rouge vino a acariciarme la mejilla, y eso fue todo.

Eso fue todo.

La impresión de salir bien parado es algo eminentemente frágil. Cuando volví a caminar, la moqueta me pareció mullida, de una suavidad repulsiva. El olor de los lirios en agua era insoportable, las paredes demasiado anaranjadas. Nada me temía tanto como oír a Monsieur moverse allí, a pocos metros, desplazarse por la habitación. El ruido de la manilla.

Bajé corriendo los escalones de cuatro en cuatro, pasé por delante de la recepción como un rayo, incapaz de echar la más mínima ojeada a ese hotel al que nunca podría volver, nunca, mascullando «gracias, adiós» con una voz tan fantasmal como el resto («nunca pude dar el nombre de ese distinguido establecimiento del distrito XVII sin ser presa totalmente de las náuseas. Digo esa palabra y durante una docena de segundos mis interlocutores, el mundo circundante, tanto la música como el silencio se detienen y pierden su color, acaban por parecerse a esas fotos analógicas que siempre hacen sonreír con el corazón encogido»).

Era mediodía, calle Des Dames. De pie sobre la pequeña escalera miraba, incapaz de recobrar el aliento, la riada de transeúntes grises. Los edificios me parecían alcanzar alturas vertiginosas, las ventanas eran como ojos muertos. Sin convicción apenas, adelanté un pie y bajé un escalón, un joven ejecutivo me esquivó por los pelos gruñendo «¡perdón!» con ese tono que indica todo menos una disculpa —y

brinqué hacia atrás como un gato de donde venía, del umbral de la entrada—. Tenía la impresión de estar algo tocada, con esa torpeza que da el haberse bebido tres copas. Y, sobre todo, sola. Perdida. A medio camino de dos catástrofes, la de ser tragada por la ola de todas esas insignificancias amontonadas, y la de volver al suave calor del hotel donde Monsieur me esperaría, con una sonrisa de trampa para lobos. A menudo me he preguntado cómo vivían los demás esa desorientación y pérdida de motivación; si despertaban en su mente frases en cursiva como me sucedía a mí, o más bien surgían sin la más mínima modificación.

«Si vuelves ahí dentro, lo vas a joder todo. Y si te vas, igual. ¿Qué te queda al final? Nada. Ningunas ganas de leer, de escribir, de follar o de ver a los tuyos, ningunas ganas de dormir o de estar sola, pero ¿qué me queda, joder? ¿Pensé siquiera en estos términos: “no volveré a ver nunca más a Monsieur”? No lo hagas. Si lo haces, te pones a gritar. No volverás a verlo nunca, ni en la clínica, ni en casa de Philippe, ni en el hotel, ni en su coche —en ningún sitio—. No volveréis a estar juntos en ningún lugar de este mundo. He querido a Monsieur más que a nada. No volveré a verlo. Tendremos, desde ahora, vidas paralelas, yo... yo seguiré madurando sin que sepa nada de la mía. Yo no sabré nada de su vida. Te olvidará, necesariamente. O peor aún, no te olvidará nunca».

—Ay.

«No lo olvidarás nunca. Todo lo que me quedan son recuerdos, pero, madre mía, ya no me acuerdo de nada, Dios mío, hasta se me ha olvidado su cara, su cara, que nunca aceptó estar en la misma foto que yo. No tengo más que retazos —sí, y pronto desaparecerán como el resto—. Aunque lo escribas. Escribir nunca ha impedido que pase el tiempo y se lo lleve todo a su paso. ¿Qué es lo más terrible? ¿Olvidar o lo contrario? ¡Pero yo no quiero hacerlo! ¡No quiero olvidar! No quiero que me olvide, Dios mío, que acabe olvidándose de mi culo o de mi olor o de todos esos mensajes que le enviaba, de mi nombre y de mi patética devoción, mi devoción perruna por él, yo... ay, pero ¡qué importa el olvido después de todo, si no lo voy a volver a ver NUNCA! Respira. No puedo respirar. Tengo miedo, me muero de miedo. De frío. De... siéntate. No te vengas abajo delante de esta gente. Siéntate y saca un cigarrillo. Tenlo entre esos deditos que tiemblan. Ay, ya no quiero ser yo. Quiero despertarme cuando el nombre de Monsieur haya desaparecido de mi memoria a corto plazo, cuando su recuerdo me haga sonreír con sinceridad. ¿Sucederá eso algún día? ¿Acaso soy capaz de ello? ¿Podrás alguna vez mirar una foto suya sin tener la impresión de recibir una bofetada a cámara lenta? Ya no quiero ser yo. No creo poder soportar este sufrimiento más de unos minutos. O, mejor dicho, sé que lo soportaré... sé que cogeré el metro como siempre, que volveré por el camino de siempre a casa, aunque llore o me sofoque o moquee durante todo el camino, después de todo, ¿qué más da? No es nada que esa gente, cuyo nombre desconozco, no haya visto nunca. Tengo ganas de vomitar. Voy a vomitar. Trágate ese montón de saliva. Respira, respira. No cometas el error de olvidarte de respirar».

Si me acuerdo tan bien de ese momento, por lo demás efímero, es porque Monsieur me encontró así, sentada con la espalda en la pared, en lo alto de unos escalones que me separaban de la multitud, con los ojos desorbitados, las mejillas bañadas en lágrimas que me escocían como el limón, reprimiendo mis chillidos con mis manos. Sólo vi una sombra cerca de la mía —me daba igual—. Tenía miedo y la tripa tan revuelta que no sentía nada, ni vergüenza ni especial necesidad de recuperar mi dignidad. Gemía sin hacer ruido. Todo era demasiado grande. No comprendía que me dejaran ir sola por una ciudad tan grande. Que pudiesen confiar en mí hasta ese punto.

Eché una ojeada a mi izquierda, despejé de mi frente un mechón empapado de sal, vi a Monsieur y su chaqueta de traje, su bolsillo deformado por mis bragas. No dejé de gritar. Debía de haber visto en cuanto huí por el pasillo que mis rodillas no me llevarían muy lejos. Eso no era tan grave; no tenía más que veintiún años. Es una edad en la cual corremos a una velocidad que impide sentir dolor o cansancio; te da así, en la escalera de un hotel, en plena carrera enloquecida.

—Te lo ruego, no llores —me dijo con una dulzura que me hizo hasta daño.

Bajé las manos para farfullar alguna cosa, Monsieur creyó que lo iba a tocar, y, antes de que pudiese articular palabra, sacó de su bolsillo interior un gran pañuelo de seda de color hueso, que, abajo a la izquierda, tenía bordadas en gris las iniciales «C. S.».

—Toma —oí, y medio segundo más tarde tenía entre mis dedos lo más exquisitamente suave que el Hombre ha hecho con toda probabilidad, una tela que era en sí un mimo sin brazos y sin torso, pero una caricia sin lugar a dudas.

A costa de un esfuerzo de todo mi ser, le esboqué una sonrisa a Monsieur, que también me sonreía, ocultando tras las arruguitas del rabillo de los ojos una sombra de pena, insospechada hasta ese día. Nos miramos durante largo rato así, sin conciencia de nada. Luego, mi corazón, que ya creía hecho añicos, se rompió por enésima vez, hundí el rostro en el pañuelo que olía a Guerlain, con la boca abierta —pero Monsieur, con cara de huida, bajó los ojos antes de bajar de cuatro en cuatro los doce escaloncitos que llevaban a la calle—. Estirando el cuello hasta hacerme daño, lo seguí con la mirada por unos metros, distinguiéndolo por el azul de su bufanda... pero, un poco más allá, dobló una calle, o desapareció como siempre supo hacer, y ya no quedaba más que Ellie, calle Des Dames, Ellie y su pañuelo impregnado de Habit Rouge.

—Ay —balbucí de nuevo, con voz cavernosa.

Algunas veces nos sacamos una espina. A veces tenemos que arrancárnosla. El resto importa poco. El resto es ese largo proceso de desamor que lleva a todas las niñas a límites donde desaprenden el dolor, el compromiso, la abnegación, el sufrimiento, donde las penas son menos desgarradoras y el placer menos intenso.



EMMA BECKER. Nació en Francia en 1989. Publicó su primera novela, *Monsieur* —enmarcada dentro del género erótico— cuando apenas contaba 22 años y estudiaba Comunicación en la Universidad de La Sorbona.

Notas

[1] Serie de novelas de espionaje de Gérard de Villiers. La abreviatura, idéntica a la española, se desarrolla como «Su Alteza Serenísima». (*N. del t.*) <<

[2] Palabras del escritor Gustave Flaubert al joven Guy de Maupassant en carta de 15 de agosto de 1878 con las que le aconseja que dedique más tiempo a la escritura. (*N. del t.*). <<